

A romantic scene featuring a couple in silhouette, embracing and looking out at a sunset. The sun is low on the horizon, creating a bright, warm glow and a lens flare effect. The sky is a mix of soft pinks, oranges, and blues, with a few stars visible in the upper portion. The overall mood is intimate and hopeful.

Alexandra Ferrara

*Todo no dura
siempre*

Todo no dura siempre

Alexandra Ferrara

Copyright © 2017 Alexandra Ferrara

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 9781981057870

A mi familia,
Gracias por hacerlo posible.

«Estamos hecho de aquellos que nos han
construido
y luego
nos han roto».
Atticus

Capítulo 1

En un abrir y cerrar de ojos todo lo que conocía se había acabado, era comenzar de nuevo, no solo para ella y su hermano, también para el resto de la familia. Los ruidos demasiado estruendosos aún la asustaban, y cada vez que oía una sirena todos los recuerdos de aquella noche le venían a la cabeza.

El aterrizaje, la espera de las maletas, el taxista que no se callaba ni debajo del agua, iban haciendo que su dolor de cabeza fuese aumentando por momentos. Se sentía muy fatigada, y el cansancio que había acumulado durante las últimas semanas estaba haciendo mella en ella, pero sabía que tenía que ser fuerte, que tenía que aguantar por su hermano. Le miró, no sin sentir una profunda pena por todo lo que les estaba tocando vivir. Cuando él le devolvió la mirada se sonrieron mutuamente infundiéndose ánimos para la futura vida que tenían por delante.

El taxi aparcó delante de una casa en una pequeña urbanización bastante alejada del centro del pueblo. Parecía un sitio tranquilo, aunque no tenía verja de entrada a la urbanización ni había seguridad. Se fijó en las casas, todas muy similares, con pequeños jardines en la parte delantera, puertas de madera y tejados rojizos. Estas tampoco tenían una puerta para entrar en el jardín, sino que se separaban por medio de unas vallas bajas, también de color blanco, aunque algunas estaban cubiertas por setos. Se bajaron del coche justo en el momento en el que una pareja mayor salía de la casa, con caras apenadas, pero con los brazos abiertos esperando recibir un abrazo que consolase a todos. Tras ese reencuentro, recogieron las pocas maletas que llevaban y entraron en la casa.

Hacía tiempo que no iban por allí, pero todo estaba igual, como si no

hubiese cambiado nada, pero en realidad había cambiado todo. Al principio se quedaron parados sin saber dónde ir, porque aunque fuese la casa de sus abuelos se sentían como invasores. Comenzaron a subir las escaleras y se encontraron con varias estancias. Su abuela les fue explicando cuáles serían sus habitaciones y les dijo que tendrían un baño para ellos solos, porque en su habitación había uno. Siguió explicando cómo iba todo aquello, y que tendrían que ir al día siguiente a buscar muebles nuevos porque solo había una vieja cama en cada habitación. Se disculparon porque no les había dado tiempo a comprar nada y que no sabían los gustos que tenían. Pero al ver lo poco comunicativos que estaban, dejaron que se acomodasen un poco antes de cenar.

La cena fue tranquila, las palabras pocas, aunque los abuelos eran quienes más conversación trataban de dar, y el resultado solo lo recibían de Juan. El chico estaba algo más animado de lo que en un principio podía parecer, y miraba a su hermana mayor con pena por no integrarse en la poca conversación que había. Tras cenar recogieron y subieron a sus habitaciones para descansar después del viaje, pero ella no podía dormir y se sentó en las escaleras mirando, sin ver, la puerta de la calle. Cuando se dio cuenta estaba escuchando un trozo de la conversación que mantenían sus abuelos sobre cómo veían a cada uno de sus nietos. Al principio quiso hacer caso omiso de las palabras que le llegaban lejanas del salón, pero poco a poco se fue interesando en saber cuál era el aspecto que mostraba al mundo. No escuchó mucho porque su mente iba y venía sin darla un respiro, así que se metió en la cama pensando en lo último que había escuchado: «Eran sus padres, pero también era mi hijo».

Se levantó cansada por culpa de los agitados sueños que había estado teniendo durante toda la noche. Esa mañana tocaba ir a comprar los muebles y la pintura de las habitaciones porque quedaban pocas semanas antes del

comienzo del curso y tenían que tener todo preparado. Primero fue la pintura, un tono verde para el dulce de Juan, rosa para ella. Eso no fue lo más complicado, pero esa tarde irían a pintar y no podrían dormir en sus habitaciones en dos días. Lo siguiente, que era lo más difícil, fue elegir los muebles puesto que habían olvidado medir las habitaciones. Un par de mesas, cómodas, camas, mesillas, y dos pares de estanterías. Las cortinas y las lámparas las cogieron más adelante. Se lo llevarían en dos días, tiempo justo para que se secase la pintura de las paredes.

Justo dos días después tenían todo montado, y llegaron algunas de las cajas que habían mandado con las pertenencias que no podían facturar, así que dedicaron el resto del día a organizar sus habitaciones. No podían pedir más de lo que tenían porque era verdad que todo lo que habían elegido estaba a su gusto, aunque ambos tenían un gusto amargo en la boca porque extrañaban las que habían sido sus habitaciones. Poco a poco comenzaron a ver que se iban abriendo un poquito más y ya mantenían conversaciones entre los cuatro. Fueron pasos bastante grandes para el poco tiempo que llevaban juntos. Cuando empezaron a tener todo más o menos preparado, salieron a hacer las matrículas en el instituto, y de ahí a comprar libros y material escolar para las clases que cada vez estaban más próximas. Solo les quedaba una semana para que acabara el triste verano y empezasen con una rutina nueva y a la vez tan conocida.

Tres días antes de comenzar las clases, sus abuelos les avisaron de que irían a cenar unos vecinos a casa. Ella se pasó toda la tarde con su abuela en la cocina preparando empanada, croquetas, platos con embutidos y ensalada. Un poco de todo para picotear. Cuando hubieron dejado todo listo en el jardín trasero se subieron a cambiar ya que faltaba poco para que llegasen sus invitados. Adriana fue la última en bajar por lo que todos estaban listos

para ir a la mesa.

Era un matrimonio joven; ella, Carmen, tenía el pelo castaño y corto, era alta y delgada con unos grandes y llamativos ojos castaños; él, Roberto, en cambio era de la estatura que su mujer, con el pelo negro, un poco calvo, un espeso bigote y los ojos almendrados. Cuando llegaron a la mesa sonó el timbre y mandaron a Juan a abrir la puerta, y apareció acompañado por un chico que saludó a todos disculpándose por la tardanza. Se sentó mirando a la chica que tenía en frente con una extraña curiosidad. Se fijó en su pelo negro ondulado, sus ojos verdes, en su naricilla de ratón, en sus labios...

Ella estaba pendiente de servirse un poco de comida y no le dio tiempo a prestarle demasiada atención hasta que se fijó en la fluida conversación que el chico mantenía con su hermano. Era alto, muy alto, con la piel dorada por el sol del verano, los ojos almendrados y el cabello castaño; Nacho, oyó decir justo en ese momento. Se sonrojó cuando él la pilló mirándole, pero rápidamente se puso a hablar con su abuela de lo rica que le había salido la comida para no tener que volver a mirar al chico.

Durante la noche la conversación fue agradable, los mayores comenzaron la sobremesa con una charla amena y los más jóvenes se metieron en el salón. Los dos chicos, que no habían parado de hablar, se pusieron a jugar con la PlayStation que habían instalado en el salón. Ella observó durante un rato antes de darse por vencida, ya que no era lo más apasionante del mundo contemplar una carrera de motos, así que se despidió de los dos muchachos y de los padres de este antes de subirse a su habitación.

Desde el accidente se encontraba más cómoda estando sola en determinados momentos, tumbándose en la cama y dejando de pensar. Le relajaba en la medida de lo posible y la hacía evadirse del mundo que la rodeaba. Cuando no llevaba así lo que a ella le pareció ni medio minuto llamaron a la puerta.

—¿Se puede? —dijo una voz al otro lado de la puerta.

—Pasa —y con voz casi imperceptible añadió—: Seas quien seas.

—¿Molesto? Es que tu hermano se ha quedado frito en el sofá y le he subido a la cama.

—Gracias, espero que no haya sido molestia —dijo fijándose mejor en el chico que tenía delante y no sabía dónde sentarse hasta que ella le señaló la silla del escritorio.

—Para nada, es muy simpático. —Miraba a su alrededor sin saber cómo proseguir.

Durante un rato permanecieron en silencio, incómodos por la carencia de conversación. De vez en cuando cruzaban miradas, pero rápidamente las apartaban, sin saber dónde posarlas. Fue él quien rompió ese silencio preguntando por el instituto al que irían, logrando mantener una conversación puesto que era posible que ambos compartiesen bastantes clases, y si no lo normal era que los profesores mandasen lo mismo en ambos grupos. Él le habló sobre algunos de los profesores, sobre cómo eran las clases y los tipos de exámenes; ella le escuchaba atentamente, sin perderse una palabra. Estuvieron durante un largo rato hablando, no solo de clases, sino de libros, cine y música, de tantas cosas que perdieron la noción del tiempo hasta que le llamaron para marcharse.

Justo la noche antes de comenzar las clases llamaron por teléfono los vecinos para preguntar si querían que llevasen ellos a los chicos al instituto ya que tenían parte de la mañana libre y podrían acercarlos. Así que las cosas quedaron resueltas y se fueron a la cama para afrontar de nuevo un primer día de clases.

Capítulo 2

Se despertó con una extraña sensación en el cuerpo, no era mala, sino esa que sintió en su primer día de instituto la primera vez que lo vivió. Recordó que su madre hizo tortitas y zumo de naranja para desayunar, que estuvieron los cuatro en la cocina, riendo y haciendo bromas. Y ahora iba a empezar su último primer año de instituto.

Estuvo durante unos minutos tumbada en la cama recordando esos momentos antes de empezar a vestirse para bajar a desayunar. Tenía poco apetito, pero sabía que tenía un duro día por delante, así que aprovechó a preparar una merienda de medio día para ella y su hermano, que bajaba por las escaleras como un zombi. Se notaba que había dormido poco, tenía bastantes ojeras y, para ser él estaba poco comunicativo esa mañana. Desayunaron en silencio sabiendo que cualquier comentario desafortunado podría hacer que el resto del día fuese horrible.

Llamaron al timbre antes de lo esperado, por lo que bajaron corriendo cargados de libros, cuadernos, folios y bolígrafos. Se montaron en el coche de sus vecinos para ir directos al instituto. Juan preguntó el porqué de que Nacho no fuese en el coche con ellos, porque a pesar de que le sacaba dos años había hecho buenas migas con él. No se podía decir que hubiese dejado la «edad del pavo» atrás, sino que había madurado mucho en pocos meses y había veces que no parecía que tuviese quince años. La mayor parte de los días se seguía comportando como un chico de su edad, pero el resto parecía mayor.

El coche paró y bajaron. El instituto no parecía ser gran cosa. Estaba

rodeado por una valla, pero todo estaba verde, con árboles, bancos, pérgolas para los días de lluvia, e incluso un parking; y el edificio se dividía en tres bloques, no muy grandes. Fueron al central, puesto que habían llegado con tiempo suficiente para poder ir a preguntar. Allí en la secretaría principal, les dijeron dónde tenía que ir cada uno; Juan se quedaba en ese mismo edificio, donde se encontraban los alumnos desde primero hasta cuarto de la ESO. El de la derecha era el gimnasio, para las clases de educación física; y el de la izquierda, algo más pequeño, para los alumnos de bachillerato. Nada más llegar al edificio que le correspondía se buscó en las listas para ver cuál era su clase.

De repente se puso nerviosa, no sabía exactamente por qué, pero se sintió un poco mareada. Se sentó en un banco y comenzó a decirse a sí misma que se tranquilizase, que esto no iba a ser nada nuevo, que se tenía que centrar. Y justo en ese momento sonó el timbre que anunciaba el comienzo de las clases haciendo que los pasillos se llenasen con una marabunta de gente en dirección a sus respectivas clases.

Inspiró hondo y buscó la clase que le correspondía. Cuando la encontró aún estaba vacía, las mesas estaban dispuestas de una en una, en seis columnas con ocho filas de asientos; así que cogió sitio pegada a la ventana en la tercera fila. Siempre se sentaba delante, sobre todo porque siendo nueva la parte de atrás estaría ocupada por los más «populares», mientras que las primeras filas se dejaban para los empollones. Estaba, pues, en un sitio perfecto entre los dos grupos más diferentes de la clase. Sabía que luego esos grupos se dividirían en subgrupos porque siempre pasaba lo mismo. Sin darse cuenta, en menos de dos minutos, la clase estaba repleta y tal y como había previsto, estaba en el lugar correcto.

Pudo darse cuenta de que eran dos nuevos en clase puesto que todos les estaban mirando, algunos con ojos desconfiados, otros con curiosidad. El

otro nuevo estaba sentado a su derecha, por lo tanto eran un punto clave de atención. Se saludaron con un leve movimiento de cabeza justo en el momento en el que entró la profesora de economía en clase; una mujer bajita, regordeta, con una cara muy amable.

En cuanto entró la gente dejó de hablar, se sentó y guardó silencio mientras ella colocaba sus cosas sobre la mesa. Justo antes de que empezase a hablar ya se sabía que daba una impresión que no era, parecía simpática y comprensiva, pero en cuanto abrió la boca se tornó brusca, dura y antipática. Dijo que ella no iba allí a perder el tiempo con tonterías, que iba a empezar a dar apuntes desde el primer momento, que haría exámenes sorpresa para evaluarles y que esperaba en selectividad las notas más altas de todos los institutos. Nada más decir esto pasó un taco de papeles con los horarios y mientras empezó a escribir cosas en la pizarra. Fue una clase verdaderamente abrumadora para ser el primer día.

Al terminar la tortuosa primera hora, miró el horario: Ampliación de Inglés. La clase fue mucho más interesante; el profesor, un hombre negro nacido en Estados Unidos, comentó que harían redacciones, practicarían conversaciones y harían *listenings*. Les mandó hacer una redacción en clase sobre el tema que quisiesen para evaluarles y poder dividirles en grupos mezclándolos con otras clases.

Todo fue tan rápido que no se dio cuenta que era la hora del descanso, hasta que el chico que estaba a su lado, el otro nuevo, se acercó preguntándole su nombre. Durante los escasos veinte minutos que tuvieron hablaron sobre él, que se acababa de mudar ahí por el trabajo de sus padres, que eran marchantes de arte. No entendía como aún nadie había hablado con él, con sus ojos verdes, su pelo rubio y ese moreno de haber estado en la playa toda su vida; era el típico chico al que todas querrían hablar, y al que todos, por su aspecto de deportista, querrían tener como amigo. Lo cual le hacía pensar que al estar

en una pequeña ciudad donde prácticamente todos se conocían desde siempre, les costaba abrirse hasta no haber investigado un poco.

Miguel, o mejor dicho, Mike, como le llamaban desde siempre, parecía simpático, no la miraba con cara de pena, porque probablemente era el único que no sabía lo de su familia. Tenía la certeza de que la mayoría de personas de aquel sitio estaba al corriente de lo que había sucedido, porque noticias como esa corrían rápidamente y más cuando se trataba de algo que tocaba de lleno a dos comerciantes del centro del pueblo, que solían ser visitados a menudo. En una población de aproximadamente 15.000 personas, excluyendo a niños y ancianos, ¿cómo no iba a enterarse la otra mitad? Y más teniendo en cuenta que el boca a boca es más eficaz que un periódico.

Las dos siguientes horas pasaron con tranquilidad, los profesores se dedicaron a explicar brevemente los contenidos del curso y a dar clase, ya que ese año no iban a perder ni un segundo, puesto que se jugaban la selectividad en menos de nueve meses. El siguiente descanso duraba media hora, por lo que aprovechó a salir, junto con Mike, al patio a tomar una pequeña merienda.

Allí se veía el caos del primer día, la gente saludándose como si hubiesen pasado siglos sin verse, risas, broncas y muchos gritos. Mientras se sentaban en una de las mesas de las pérgolas vio a su hermano con un grupito de chicos de su edad jugando al balón algo más lejos. Sonrió al verle contento, jugando y sin ese temor a que no volviese a ser un chico de su edad. Mientras hablaba con Mike de cosas que la mantenían ocupada se quedó blanca al ver quién se acercaba hacia ellos con paso decidido y sonriendo con aires de superioridad. Con el cigarro en la mano y exhalando el humo que acababa de tragar, se sentó a su lado.

—Cuánto tiempo sin verte, muñeca —dijo apagando la colilla en el suelo—. Hace un año que no nos vemos y me saludas con una cara un poco arisca, ¿no crees?

—No tengo nada que hablar contigo, Héctor —contestó sin mirarle a la cara.

—¿La mejor pareja de todo el instituto y ahora se va a acabar todo aquí? Muñeca, las casualidades no existen, yo me mudé aquí hace un año, tú ahora, es el destino. —Miró a Mike con cara de pocos amigos expresando su poca amabilidad y haciendo que este se levantase—. Muy bien chaval, ya nos veremos.

—Espérame, voy contigo —dijo ella rápidamente para no quedarse a solas.

Se levantó y fue andando tras Mike, que con el simple gesto de levantar una ceja lo estaba preguntando todo. Levantando los hombros con signo de rendición comenzó a contarle sin mucho detalle que había sido un exnovio de su antiguo instituto, que finalmente había dejado por ponerle los cuernos en varias ocasiones con una de sus supuestas amigas. El chico con una sonrisita se metió en el baño mientras chascaba los dedos y decía «muñeca».

Justo en el momento en el que sonaba el timbre se puso de camino a clase preguntándose dónde se habría metido su vecino. No sabía nada de él desde el día en el que cenó en su casa, y desde entonces su humor había mejorado mucho. Aunque ese día seguía estando lleno de sorpresas raras, como la de encontrarse a su antiguo ex en un lugar tan inesperado como esa pequeña ciudad costera.

Las dos últimas clases del día y se iría a su casa a comer. Eso es lo que pensaba. Se le pasó el tiempo rápido, apuntó todo lo que tenía que hacer en su agenda y se levantó en cuanto el timbre anunció el fin de las clases. Mientras esperaba con Mike en la puerta a que saliese su hermano para irse juntos se fijó en la gente que se iba yendo. Se notaba quiénes eran los famosillos del instituto por los corrillos, sobre todo porque se reían cerca del

parking de motos. Y, allí, entre la élite, vio a su vecino, subido en una preciosa Honda azul. Se le veía tan cómodo, en su ambiente, sonriendo a diestro y siniestro.

Un pequeño pinchazo en su estómago le dijo que ojalá se hubiese parado a mirarla y saludarla. ¿Por qué pensó eso y justamente de él? Desechó ese pensamiento y a aquel pequeño nudo para volver a prestar atención a la salida de su hermano. Llegó tranquilamente, y mientras iban a la parada del autobús, junto con Mike, les fue contando un poco su día.

El autobús les dejaba justo en frente de la urbanización, y no se tardaba más de veinte minutos en llegar. La comida estaba lista y solo faltaba calentarla, así que se pusieron la tele. Pensó que solo llevaban tres semanas en aquel sitio y se dio cuenta de cómo habían cambiado las cosas, o más bien, cómo habían cambiado ellos.

Su hermano siempre había sido muy tímido y reservado en muchos aspectos hasta que hacía unos años había empezado el temible instituto; allí había descubierto una nueva faceta suya y se había abierto a un nuevo mundo de amigos, novias y, alguna que otra fiesta. Pero desde el accidente de sus padres había vuelto a ser el chico tímido que era antes, solo que en las tres semanas que llevaban en esa alejada ciudad a la que solo iban en vacaciones para visitar a sus abuelos, todo había vuelto a dar un giro. Sabía que la pena que llevaba dentro no iba a desaparecer, pero una parte de él sabía que lo iba superando mejor que ella.

Podía ser que ella también hubiese mejorado su carácter desde que llegó, pero cada vez que se sentía un poco feliz por cualquier cosa había algo en su interior que le decía que no podía, que tenía que seguir triste y aparentar lo contrario. Una sonrisa no significaba que estuviese bien, pero sabía que eso contentaba, de alguna manera, a sus abuelos. A ellos sí que se les notaba cuando fingían una sonrisa. La mayoría eran reales porque se sentían

afortunados de tener a sus nietos con ellos, pero el haber perdido a su hijo les mataba por dentro y se había llevado una gran parte de ellos.

Al día siguiente, cuando se levantó pensó en que en realidad lo peor no había pasado, el primer día de clases siempre era la primera prueba, y la más fácil, para alguien nuevo. Ahora comenzaba el juego, con las clases, las interacciones y el tener que formar grupos de trabajo para algunas asignaturas.

Conocer a Mike había sido una suerte, pero al ser el típico chico deportista se metería en algún equipo y haría muchos amigos. Ese chico le caía muy bien, no sabía por qué pero le daba muy buena espina. Pero el gran problema estaba en Héctor, que por casualidades de la vida había acabado en el mismo sitio que ella. O ella en el mismo que él. Había sido su ex tiempo atrás, las cosas no habían acabado nada bien, y obviamente ella ya no sentía nada de nada por él, pero no le gustaba el hecho de que estuviese ahí. Quería empezar de cero, sin un pasado que la atormentase allá por donde fuese, y él podía incentivar que eso no sucediese. Desde siempre había sido un bocazas, le conoció en primero de la ESO y se llevaron bien en un grupo grande, que poco a poco se fue dividiendo. Y dio la casualidad que años después acabaron saliendo juntos, pero nunca supo tener la boca cerrada.

Los últimos ocho meses habían sido una tortura para Adriana. Desde el accidente toda su vida se había venido abajo; los estudios los había conseguido sacar de milagro y había perdido a todos sus amigos. Ellos habían decidido dejar de llamarla por miedo a «decir algo que pudiese herir sus sentimientos» y a raíz de eso dejaron de tener conversaciones cerca de ella solo por si acaso. Desde febrero estuvieron viviendo con sus tíos mientras solucionaban papeles y terminaban el curso; lo mismo pasó con el verano, que lo pasaron entre firmas, aperturas de sobres y mudanzas.

Y allí estaba de nuevo, frente a las puertas del instituto dispuesta a empezar el segundo día. A primera hora, el profesor de Ampliación de Inglés

les dijo que se había puesto de acuerdo con el de Inglés para dividirlos en grupos por niveles, y que estos ya estaban hechos. En Ampliación reforzarían vocabulario, redacciones, *listenings* y *topics*, mientras que en Inglés, aparte de eso darían gramática. Nivel bajo, así que ya podía aplicarse.

El resto del día pasó sin mayor importancia, durante los recreos Mike se dedicó a buscar deportes de equipo a los que apuntarse. El deporte no era lo suyo, alguna vez había jugado al vóley en el colegio, pero no había pasado de ahí. Verlo no le importaba, incluso lo disfrutaba, pero practicarlo era algo totalmente distinto. Por eso dedicó el tiempo libre a ver cómo podía subir sus notas para más adelante poder entrar en alguna carrera decente.

Esa tarde, después de comer, como aún hacía buen tiempo salió a dar una vuelta. Había estado allí durante quince días cada verano, pero en realidad siempre habían ido de la casa a la playa y de la playa a la casa, nunca se había preocupado en dar una vuelta por la urbanización y mucho menos por el centro. La casa se encontraba un poco alejada del centro, y aunque se podía ir andando, se tardaba algo más de una hora.

Coches aparcados en las puertas, ventanas abiertas que dejaban salir el ruido de niños riendo, alguna discusión... El sitio estaba muy bien, limitaba con un pinar por el que pasaba un pequeño riachuelo y que tenía algunas mesas típicas de picnic. Al volver a entrar en la calle vio la Honda azul aparcada dos casas más abajo. Hasta ese momento no sabía dónde vivían exactamente sus vecinos, los que habían ido a cenar varias noches atrás. Entró en casa lista para empezar a hacer todas las tareas que tenía para clase cuando escuchó el sonido de la PlayStation. Entró en el salón dispuesta a regañar a su hermano por no hacer lo que debería estar haciendo cuando se dio cuenta de que no estaba solo.

—¡Hola! Había venido a verte para ver qué tal los primeros días y me he encontrado con tu hermano —dijo Nacho levantándose del sofá.

—Ah, ¡hola! Pues la verdad que bien, me iba a poner a hacer ahora algunas cosas que tengo que entregar mañana. —Estaba un poco nerviosa ante la inesperada visita—. ¿Quieres algo de beber?

—¿Cerveza? —Ella levantó una ceja—. Es broma. —Rio—. No te he visto ningún día por el instituto, ni siquiera en el descanso. Bueno, ¿y qué tal las clases?

—Bien, nada del otro mundo, en realidad. —Se sentaron en la mesa del porche—. La gente parece maja, las clases... bueno, son clases. No sé...

—¿La gente parece maja? —preguntó incrédulo.

—Vale, no, solo he conocido a un chico y porque también es nuevo, pero es que es el único que no me mira como diciendo «mira, por ahí va la huerfanita».

—Tampoco le has dado a nadie la oportunidad —dijo añadiendo—, aún quedamos gente decente que no juzga de buenas a primeras. A parte, tú eres simpática, seguro que conocerás gente en breve. Si no, ya tienes dos amigos, el chico ese y yo —guiñó un ojo.

Le contó que estaba agotado, que se había presentado a las pruebas de fútbol y de baloncesto porque quería entrar en los dos equipos y que saldrían los resultados al día siguiente. Dijo que allí había conocido a un chico nuevo llamado Mike. Hablaron un rato sobre él, que era lo que, por ahora, tenían en común. Luego comentó que en las pruebas de fútbol se había topado con los de siempre, y que el que se suponía que era el capitán no le iba a dejar entrar.

Se puso a explicarle que ese chico había llegado nuevo hacía aproximadamente un año y que se había dedicado a hacerle la vida imposible a la gente. Adriana no necesitó más explicación para saber de quién se trataba y cambió la cara, haciendo un gesto que él llegó a comprender por lo que le preguntó sobre el tema. Al principio ella se planteó si comentar algo o no, y

decidió dar una explicación lo más corta y reducida del por qué conocía a Héctor, dejando la historia en que se conocían del instituto anterior al que había asistido. Cambió rápidamente de tema porque no quería darle más importancia de la que en realidad tenía, así que comentaron temas de clase y al poco se despidieron, no sin antes quedar para estudiar juntos algunos días.

Capítulo 3

Las semanas siguientes pasaron sin más. Las clases eran un auténtico frenesí de no parar, les mandaban deberes diariamente, tenían trabajos en grupo programados de octubre a diciembre, sin contar con los exámenes sorpresa y las «notas evaluativas», eso sí, obligatorias, que tenían una vez cada dos semanas. Nunca había sido una mala estudiante, pero con el ritmo y el nivel que llevaban en ese instituto se empezaba a plantear el ser la peor de toda la clase. Sabía que ese iba a ser un año duro, no solo en estudios y porque se jugaba la prueba de entrada a la universidad, sino porque aún tenía en la cabeza el tema de sus padres y no paraba de rondarle.

Su amistad con Mike empezaba a ser muy buena. Nunca se había llevado tan bien con un chico; sí, había tenido amigos con anterioridad, pero con él era distinto. Hablaban de muchas cosas y tenían otras tantas en común, y en lo que no, buscaban la forma de llegar a un acuerdo. Le habían escogido para el equipo de baloncesto, a pesar de que se había presentado a rugby (que no habían salido suficientes personas para formar equipo) y a fútbol, que como él decía: «El Héctor ese se merece una patada en la boca solo por lo gilipollas que es».

A raíz del equipo de baloncesto había conocido a tanta gente que le saludaban por los pasillos e incluso le invitaban a pasar el rato con ellos en los descansos. A ella no le importaba, le veía pasárselo bien y reírse con otra gente. Incluso las chicas habían tardado muy poco en acercarse a coquetear con él, solo que no parecía muy interesado, por lo que le preguntaban si salía con «la huerfanita». Él le contó que cada vez que la llamaban así se enfadaba

por que no debían tener tan poco tacto con la gente, y menos con personas que hubiesen perdido familiares. Ella le calmaba y le decía que lo que la gente dijese de ella le daba igual.

Un día, sentados a la hora del descanso, Mike le preguntó qué había pasado. Al principio ella no supo qué decir, porque aunque no sabía a qué se refería exactamente no quiso arriesgarse, por lo que intentó evitar el tema diciéndole que estaba mejorando y ya le pillaba el truco a los métodos de estudio del sitio ese.

—No me refiero a eso, y lo sabes —comentó con voz suave.

—Ah... Te refieres a «eso». —Pensaba que nunca le preguntaría, y se sentía un poco estúpida por no habérselo ni siquiera planteado.

—Sí... Bueno, a ver, te lo pregunto porque soy tu amigo y no sé nada. —Se notaba que tenía un verdadero interés en saberlo, no por cotillear—. No quiero que te sientas forzada a decírmelo, pero me gustaría que tuvieses la confianza de poder contármelo.

—Aún no se lo he podido decir a nadie —respondió mirando al suelo—. No he sido capaz. Y no quiero que pienses que no confío en ti, lo hago, pero es que... No sé si voy a poder.

—Inténtalo.

—En febrero... —Respiró hondo—. En febrero ellos se fueron a cenar a casa de unos amigos suyos que vivían bastante alejados, en la sierra. Justo ese día había discutido con ellos porque había suspendido una asignatura y no me dejaban ir a la fiesta que tenía en casa de una amiga. Me acuerdo que estaba muy enfadada cuando salieron de casa, y ellos conmigo, y casi ni nos despedimos. —Paró un momento, pensando en si seguir o no. Levantó la mirada con duda y él le animó a que siguiese. Respiró hondo antes de continuar—. La sierra estaba nevada, y cuando salieron de la casa, ya de noche, había helado. Las carreteras... las carreteras tenían placas de hielo, o

eso es lo que nos dijeron. —Volvió a parar cuando los sentimientos de ese día afloraron, no quería dejar escapar una lágrima, pero era inevitable, no había pasado ni siquiera un año—. Para bajar un puerto en esas condiciones hay que ir lento, poner las cadenas y esas cosas. Llamaron a sus amigos para preguntarles si podían dar la vuelta en algún sitio y volver a su casa hasta el día siguiente y bajar con mejor visibilidad. Pero no había ningún punto en el que pudiesen dar media vuelta. Al parecer un coche bajaba muy rápido, iba sin luces y les dio... —No podía seguir, el corazón le palpitaba a mil por hora sabiendo que era real, que era muy real lo que había sucedido, y era la primera vez que lo decía en voz alta a alguien que no fuera un familiar. Se le quebró la voz, pero una parte de ella necesitaba soltarlo todo de una vez—. Ellos cayeron por el terraplén, y, bueno, el resto ya lo sabes, no sobrevivieron.

—¿Sabes que me tienes aquí para lo que necesites, verdad? —No quería decir nada que la hiriese—. Sé que no soy una chica, pero eres la primera amiga a la que conocí aquí y eso no va a cambiar las cosas. —Le secó una lágrima furtiva con el pulgar y le dio un pañuelo para que se sonase.

—Gracias. —Fue una contestación simple pero sincera.

Desde entonces, desde aquella conversación, algo había cambiado. Había sido la primera vez que había hablado de ello con alguien y era como si de todo el peso que llevaba encima de sus hombros desde el accidente hubiese disminuido unos cuantos kilos. Lo que había necesitado durante mucho tiempo había sido sacar de dentro eso, contárselo a alguien que no juzgase, que no hiciese comentarios al respecto. Sus amigos del otro instituto, cuando se enteraron, solo hacían comentarios acerca del alcohol, y del coche. Habían tenido muy poco tacto, por eso las conversaciones acababan con codazos o carraspeos.

Al parecer, la confidencia del accidente de sus padres a Mike había

hecho que su amistad se consolidase un poco más. Desde ese momento ya no iba en modo protector cada vez que alguien decía algo, sino que simplemente se resignaba a poner una mirada de odio infinito a quien lo dijese. Él sabía que ella no necesitaba ninguna protección, pero le salía el instinto de hermano mayor, y más teniendo en cuenta que era el mayor de cuatro hermanas.

En octubre llegó el primer puente del curso, y con él, el primer partido oficial de la temporada. Allí había una especie de liga entre los institutos en todos los deportes. Por eso la expectación general de todos. Esto no era como hacen los americanos con mascotas, robo de las mismas, apuestas ilegales... Más bien era una forma de demostrar quién era el mejor, no perder el orgullo.

Lógicamente, el fútbol era el deporte más seguido y en quienes todos ponían sus esperanzas. Los pasillos del instituto se llenaban con gritos de alegría cada vez que pasaba un jugador de alguno de los múltiples equipos. Muy americano eso. Ahí se competía solo en tres deportes: fútbol, baloncesto y tenis.

Al ser puente, los partidos se jugarían el viernes por la tarde, dejando así libres el sábado y el domingo para la fiesta. Estaban montando una pequeña feria con puestos de comida, de juegos y alguna atracción, como la noria, cerca del puerto. Lo montaban así porque sabían que en épocas festivas llegaban muchos turistas al hotel o a zonas de los alrededores, y les gustaba pasar el tiempo no solo catando la gastronomía local, sino disfrutando de pequeños espectáculos.

El jueves, el último día de clases antes del puente, Mike le contó a Adriana lo nervioso que estaba por el partido. Sabía que si llegaban a subir puestos en la competición podría conseguir una beca de estudios por deporte, e incluso se podría ir a estudiar fuera. No paraba de sonreír, pero se le notaba nervioso. Habían quedado después del entrenamiento para adelantar todo el

trabajo que tuviesen pendiente y así él pudiese descansar a gusto e incluso practicar un poco más.

Al llegar a casa de Adriana había bastante jaleo porque su hermano estaba en el equipo de fútbol, y se había llevado a dos amigos a casa. Les dejaron en el salón y salieron al patio de atrás para ponerse al día con todo lo que tenían por delante. Justo antes de empezar apareció Nacho con su mochila y la bolsa de entrenamiento en el hombro, diciendo que se había olvidado las llaves en casa y que sus padres no estaban, por lo que había pensado quedarse ahí hasta que llegasen. Adriana sacó algo para picar mientras empezaban sus tareas. Ella y Mike se habían repartido las asignaturas que mejor se les daban para luego explicarle las cosas al otro.

—¿En serio? ¿Así hacéis los deberes? —preguntó Nacho levantando una ceja.

—Fácil, a ella se le da bien Historia del Arte, Economía e Historia —dijo Mike divertido—. A mí el resto.

—Oye, ni que fuese un delito copiarse los deberes, lo importante luego es el examen, ¿no? —dijo ella.

—Tenemos los mismos profesores en Historia, Filosofía, Lengua e Inglés, así que el truco nos sirve a los tres. —Guiñó un ojo divertido.

—No, en Inglés no... —puntualizó Mike.

—Me ayuda porque voy muy retrasada con eso. Nunca ha sido mi punto fuerte. —Se sonrojó un poco al admitir eso.

—Vivo a dos casas de la tuya, si necesitas ayuda con eso me lo dices. —La miraba de esa forma que suplicaba que aceptase su ayuda—. He estado varios veranos fuera estudiando y no se me da mal, y así no haces venir a Mike, que últimamente anda muy ocupado. —Se rio.

—¿Muy... ocupado? —Se sorprendió ella.

—Sí, verás, es que... el otro día, en la cafetería de enfrente, pues...

Buah, Nacho, ¡qué bocazas, tío! —Se rieron todos.

—Así que tienes un amor platónicooooo. —Se dejó llevar por la emoción del momento porque le hacía ilusión que su amigo se hubiese encaprichado.

—A ver, a ver... La tía está muy buena, pero nada de ilusiones —dijo Mike—. Fue Nacho quien me la presentó, es la hija de los dueños del sitio ese, y va a otro instituto, pero ya está. Ni que me hubiese pillado.

Siguieron la conversación picándole durante un rato. Mike contó que no había pasado nada, que habían hablado un poco después de que Nacho les presentase, pero que simplemente le parecía una chica mona. Poco tiempo después sonó su móvil y les dijo que ya habían llegado sus padres a recogerle, que les vería en el partido. «Por eso estaba tan contento», pensó Adriana. No es que sintiese celos, pero le hubiese gustado que se lo contase.

Sabía que aparte de ella tenía más amigos, y eso no se lo iba a quitar por nada del mundo. Era su amigo, eso lo sabía, pero seguro que él se lo había intentado contar y ella no se había enterado. Nunca en su vida había estado unida a un chico, en cuanto a amistad se refiere, y sabía que ellos lo dicen todo de manera distinta. Seguía desvariando cuando Nacho le pasó la mano por delante de la cara moviéndola de arriba abajo para llamar su atención.

—Eeeooo. Que te has quedado empanada y no me oyes. —Ella parpadeó volviendo a la realidad, haciendo un gesto con la cabeza indicándole que siguiese con lo que le estuviese contando—. Te decía que cuando quieras te ayudo con lo del inglés, que te pases por casa, que no tengo problema siempre y cuando no me pilles en el entrenamiento.

—Vale, gracias —sonrió.

—Ah, bueno, tengo algo para ti —dijo mientras rebuscaba en su carpeta. Sacó un papel pintarrajeado y se lo dio—. Es una entrada simbólica

al partido, para que vengas a vernos. —Ella no sabía qué decir, y simplemente le miró sonriendo sinceramente—. Es una gilipollez, que me aburría en clase y ya está.

Justo después de ese comentario Adri se empezó a plantear si los chicos tenían de verdad un serio problema mental. Primero Mike le decía las cosas sin decírselo, y luego Nacho tenía un detalle bonito con ella y la cagaba en el último minuto. Su abuela interrumpió sus pensamientos diciéndoles que la cena estaba lista y servida.

El día del partido había llegado. Juan estaba mucho más sereno que el día anterior, que se lo había pasado en casa de un amigo «practicando» para el partido. Se había pasado la mañana con todo el cuerpo lleno de bolsas de gel frías para los músculos, su abuela le había lavado la equipación y estaba todo listo para esa tarde. Su partido era a las seis en uno de los campos municipales de fútbol. Adriana sacó el papel que le había dado Nacho la noche anterior y vio que ellos jugaban el partido a las ocho, y justo en ese momento le llegó un mensaje de Mike:

«¡Acuérdate de venir al partido! Es a las 8, así que luego mueve ese culo a la pista, que te quiero ver en las gradas».

A las cinco ya habían llegado al pabellón municipal y se dirigieron a las gradas del campo de fútbol. La presentación de equipos la habían hecho la semana anterior, con las fotos oficiales, el reparto de equipaciones y todo lo que se hacía. Esa mañana habían jugado todos los equipos de niños y por la tarde tocaba el resto. Este era el único día en el que jugaban todos juntos ya que era una tradición. Se veía a la gente por la calle comentar contentos los partidos o la ilusión por saber quién querían que ganase.

Media hora después de que hubiesen llegado se empezaron a llenar las gradas. No es que ella entendiese mucho, pero le alegró saber que al final el equipo de su hermano ganó el partido con un único gol de diferencia. Al ser un apasionado del fútbol, Juan se cambió y llegó corriendo para darles todo a sus abuelos, que se iban a casa a descansar, y él así poder ver el siguiente partido. Adriana ayudó a sus abuelos a meter todos los trastos en el coche y se despidió de ellos para irse a ver el partido de sus amigos.

Se subió la cremallera de la sudadera y fue a las pistas de baloncesto. El partido estaría a punto de empezar, así que se sentó en la grada, alejada de la poca gente que conocía de clase, a los cuales no caía bien. No es que ella no lo hubiese intentado, pero se cerraban herméticamente.

Entraron los jugadores en la pista y mientras se preparaban en la zona del banquillo, el entrenador daba las últimas órdenes. Quinteto titular y a jugar. Al final del último cuarto iban empatados, por lo que pitaron prórroga. Todos los que habían estado viendo el fútbol llegaron para ver el final del partido y el pabellón acabó lleno de gente que animaba a uno u otro equipo. Entre pitidos y gritos se comentaba la victoria en fútbol del equipo contrario por tres goles a uno, pero como decían, todo lo resolverían a la vuelta. Finalmente, el partido de baloncesto acabó con la victoria del equipo de su instituto.

Salir de allí iba a ser imposible, todo el mundo quería ir corriendo a divertirse a la feria y luego a disfrutar con la música de la orquesta. Adriana se quedó sentada esperando a que saliesen para poder irse. Abrió el móvil para mirar sus redes sociales; llevaba mucho tiempo sin publicar nada, y tampoco es que tuviese nada interesante que subir o que comentar, pero de algo tenía que servir el tener contactos que sí lo hiciesen. Alguien saltando a su lado y sentándose la sobresaltó.

—¿Qué te ha parecido? —Ella se sorprendió al verle allí hablando

con ella y no supo qué responder en ese momento—. Bueno, no es que estemos a tope, y hemos ganado de coña, pero no ha estado tan mal como para que pongas esa cara.

—Yo... —¿Se lo decía o no? No, mejor no—. No creo que haya estado tan mal, no soy una entendida, bueno, de ningún deporte en general —sonrió.

—Anda, vamos, que cierran esto. —Él se fijó en su sonrisa, no es que no lo hubiese hecho antes, pero sabía que esa sonrisa era de verdad, no fingida—. Hace un rato que se han ido todos, yo he vuelto porque se me había olvidado una cosa y te he visto aquí, tan concentrada en tu móvil... —Rio.

—Estaba esperando a que todos saliesen y ni me he dado cuenta de que se había quedado ya vacío. —Guardó el móvil en el bolsillo y se puso de pie—. ¿Vamos? Me apetece cenar algo y tengo que encontrar a Mike, que habíamos quedado.

—Sí, vamos. —«¿Habían quedado?», se preguntó él. Recordaba a Mike diciendo que iría con ellos luego a la fiesta en el paseo marítimo—. Supongo que estará abajo.

Abajo aún quedaban algunos de los chicos del equipo, a los que ella no recordaba haber visto. Mike estaba hablando con ellos, y cuando les vio aparecer se despidió. Nacho, a sabiendas que Mike estaba al corriente y había dicho que sí, les dijo que todos se iban a cenar, y que más tarde irían a celebrar la victoria al paseo marítimo. Mike no sabía a dónde mirar y le sentó muy mal que su amigo dijese eso delante de ella sabiendo que no querría ir con ellos. Decidió hacer como si no supiese nada y mirarla preguntándole qué era lo que quería, intuyendo ya la respuesta.

En esos momentos Adriana se debatía interiormente; sabía que a esa gente no le caía bien, pero también que su amigo quería ir. Aceptó dejando boquiabiertos a ambos. Para que no cambiase de opinión se pusieron

rápidamente en camino a la feria. Como los dos eran nuevos, fue Nacho quien les contó que ganasen o perdiesen en cualquier equipo iban siempre a cenar a un puesto de comida en el que les hacían descuento, y después de eso se iban todos a casa de uno de los del equipo a celebrarlo por todo lo alto. Hasta ese año, ya que el chico no estaba por que se había ido a la universidad. Al llegar al sitio estaban formadas, y llenas, casi todas las mesas, así que se sentaron en una medio vacía. Todos se saludaron con apretones de manos, palmadas en el hombro e incluso choques de manos; hablaban de los partidos como si no hubiese otra cosa en el mundo.

Adriana se levantó para ir a pedir su comida y a su paso se empezaron a extender las miraditas y algún que otro susurro. Parecía que estuviera en una película americana. Mientras elegía se puso a pensar en que eso que al parecer tanto les fascinaba tendría que acabar pronto. Sabía que no podía durar mucho, pero lo que más le fastidiaba era que lo que sabían no era motivo razonable para no querer conocerla. Si al menos buscasen un motivo, que obviamente no tuviese que ver con la muerte de sus padres, no le importaría.

No es que ella fuese introvertida o antipática, por eso no entendía que a Mike, que también era nuevo, le hubiesen acogido con los brazos abiertos. «¿Es porque es un chico y está bueno?», se preguntaba. Decidió no darle mayor importancia al asunto, al fin y al cabo sabía que su futuro no se encontraba en ese sitio. Muchos de ellos, tras acabar la carrera volverían porque sus vidas estaban allí, pero a ella no le ataba nada; no era donde su padre se había criado, sino el sitio que años atrás sus abuelos habían decidido para mudarse.

A pesar de los cuchicheos lejanos, la cena terminó sin mayor qué. Las mesas se habían ido vaciando y la gente se despedía para verse al rato en el paseo. A Nacho le llamaron de un grupito y se unió a ellos, diciéndoles que les vería más tarde, así que Mike y ella se levantaron para ir a ver lo que había

montado por allí. Era la segunda vez que Adriana caminaba por el paseo, que ahora estaba abarrotado de puestecillos de comida, ropa, bisutería, de juegos de azar... Parecía un sitio de película, porque nunca había estado en algo de ese estilo. Había conocido puestos de playa cuando había veraneado fuera, pero no había llegado a algo así. Tenían una noria y varias atracciones, y era lo que más le confería el estilo años cincuenta peliculero.

Como Mike vivía cerca se lo conocía de memoria. Ya había dado por allí varias vueltas, así que, como le apetecía jugar a disparar a las latas, fueron directos para allá. Nada más llegar y pagar, se quedó mirando a un punto detrás de ella, y le explicó, que la chica del bar estaba allí. Disimuladamente se giró a verla. Solo se le pasaron por la cabeza dos palabras: chica prototípica. Era un estilo Barbie, con sus ojos azules, su pelo rubio, probablemente teñido, liso tabla, y como no, esquelética. Su ropa no mejoraba el asunto ya que enseñaba más de lo que tapaba, y no es que fuese una noche especialmente calurosa, más bien hacía fresco. En cuanto les vio se acercó contoneándose tanto que parecía que se le iban a desencajar las caderas y saludó al chico dándole la espalda a ella. Los dos se pusieron a hablar, y en cuanto la chica se giró para jugar con la escopeta trucada, Adriana aprovechó para despedirse de Mike. Él intentó convencerla para que no se fuera, pero sabía que ahí sobraba alguien, y era ella. Se despidieron con un beso en la mejilla y les dejó jugando.

La música de las distintas casetas se mezclaba entre sí, al igual que las luces. Vio a su hermano haciendo cola para una atracción y cuando se acercó a hablar con él le dijo que le subiría a casa el padre de un amigo. Se despidieron y ella siguió por el paseo, parando de vez en cuando a mirar algo en los puestos. Se sobresaltó cuando al ir andando, alguien por detrás, le tapó los ojos. «Tranquila, que me conoces», fue lo que le dijo la voz a la que pertenecían las manos. Le había pillado tan desprevenida que no se le ocurría

nadie.

—Venga, si sabes quién soy. —Le volvió a decir.

—No, no tengo ni idea... ¿Me puedes soltar ya? —Las manos que le tapaban los ojos le soltaron y una figura apareció rápidamente delante de ella—. ¿Nacho? Pensé que habíais quedado todos no sé dónde.

—Y yo que vendrías —dijo tan rápido que ni lo pensó. Los dos se quedaron callados unos segundos.

—Mike se encontró con la tísica buscona del bar y no me iba a quedar allí de sujeta velas. —Fue lo que dijo ella—. ¿Y tú qué haces solo?

—Buscando... Nada, em... buscaba algodón de azúcar.

—Ya...

—¿Te apetece dar una vuelta? —«¿Pero qué me pasa?», se decía a sí mismo después de preguntar.

—Yo... me iba a casa ya. —No iba a mentirle con eso, no era tan grave, al fin y al cabo no se iba a quedar sola allí.

—No te dejes, tú te vienes conmigo. —Le agarró de la mano—. Te prometo que será divertido.

Se acercó a un puesto y compró algodón de azúcar. Pasearon el uno al lado del otro entre ese ambiente fiestero. Cuando él la ofreció algodón ella le confesó que nunca lo había probado.

—¿Cómo? ¡Esto no puede ser divertido sin algodón de azúcar! Vamos, pruébalo. —Le volvió a ofrecer y esta vez ella cogió un poco, aunque no sin algo de esa desconfianza al probar algo nuevo—. Bueno, qué, ¿te gusta?

—Mmm.. Está muy bueno. —Se sorprendió de que algo que parecían pelos rosas revueltos le gustasen tanto—. ¿Puedo un poquito más?

—Todo lo que quieras —sonrió.

Iban andando por el paseo, parándose a mirar algunas atracciones. Después de un rato mirando los coches de choque, el chico apareció con dos entradas para montar. Subieron rápido y se lo pasaron como niños persiguiéndose y chocando, procurando esquivar a quienes no conocían. Riéndose salieron contando las veces que se habían dado. Después de un rato así ella se acordó que él había quedado.

—Oye, que habías quedado con todos esos de la fiesta o no sé qué.

—No voy a ir —respondió él mirándola—. Me lo voy a pasar mejor aquí que estando de botellón en la calle hablando del partido.

—Pero son tus amigos, deberías ir —añadió ella. No quería que encima la tomasen con ella porque dos de sus jugadores no fuesen.

—Bueno, solo hay dos opciones. La primera es que te vengas conmigo al botellón ese. —Paró pensando si añadir algo más—. La segunda, es quedarnos un rato más y luego subir a casa juntos —sonrió—. Así que te quedes con la que te quedes te va a tocar aguantarme.

Él sabía la decisión que ella tomaría, no tenía duda, y a parte, después de lo ocurrido tras la cena, lo último que le apetecía era estar fingiendo sonrisas. Tampoco le iba a dar más importancia, una pelea no le iba a quitar las ganas de pasar un rato sin pensar en nada y pasarlo bien. Había tenido suerte al encontrar a su vecina en el paseo porque él también estaba a punto de irse a casa. Hasta que no la vio lo único que le apetecía era pasar su cabreo solo, sin dirigirle la palabra a nadie.

Se lo estaba pasando genial, pasearon por el resto del recorrido igual que como lo habían empezado. Se asomaron a la playa, quedándose sentados en los bancos de enfrente, hablando de lo que era vivir en un sitio así cuando no era verano. Permanecieron un rato en silencio mirando el reflejo de la luna en el mar, con el ruido de las olas al romper mezclado con la música de las

casetas que empezaban a apagarse. «Son las dos y media, deberíamos irnos si queremos coger el autobús», dijo Nacho rompiendo el silencio. Había estado un rato mirando cómo ella dejaba la mirada perdida en el océano, sin pensar, con una expresión totalmente relajada. Sabía que se lo había pasado bien, lo había notado cada vez que ella soltaba una carcajada; no sonaba igual que cuando forzaba la risa. Le gustó la sinceridad de esa noche.

Ya en casa se despidieron en frente de casa de ella.

—Te dije que te divertirías y al final lo has hecho —dijo él con una sonrisa triunfal.

—Mucho, gracias por todo, ha estado genial —sonrió ella a su vez.

—No me des las gracias, por que mañana repetimos, y ¡será mejor! —
Rio.

—¿Y tus amigos? ¿No has quedado con ellos? —Se avergonzó nada más decir eso y él levantó una ceja. Se lo había pasado muy bien, más de lo que podría haber pensado en un principio, y no quería que pensase que lo había dicho solo por complacerle—. Lo digo porque en la cena habíais estado hablando de quedar y no sé qué más.

—Ya, bueno, sí, pero... —titubeó.

—¿Ha pasado algo? —Se acercó a él un poco más para infundirle confianza—. Sé que casi no me conoces. —Mientras decía esto se sentaron en el bordillo—. Pero me puedes contar lo que quieras, prometo que no se lo diré a nadie.

—Verás... —Miró los ojos verdes que tenía delante, con esa luz que le confundía, y pensó que no podía mentir, que sabría si decía la verdad o mentía, así que se rindió—. Ha habido una pelea. —Ella abrió los ojos preguntando si estaba bien—. No ha sido nada, bueno, a ver, si ha sido algo, pero nada que merezca la pena comentar.

—Nachó...

—Son cosas de tíos, así que no le des más vueltas —dijo más cortante de lo que en realidad pretendía sonar.

—Las «cosas de tíos» —enfaticó—, suelen ser tías. Ahí lo dejo. —Se fue a levantar y él la agarró del brazo. Sus ojos se encontraron durante un momento que se hizo largo para ambos.

—Espera. —Rotundo, sincero, aún con las miradas conectadas—. Es una gilipollez tan grande que no merece la pena ni que la nombre. —Se quedaron así un rato, sentados en el bordillo, sin decir nada.

—Bueno, buenas noches. —Se levantaron los dos.

Se acercó, le dio un beso en la mejilla y se giró para entrar en casa. Vio cómo se cerraba la puerta y fue directo a la suya pensando en el beso en la mejilla. Ni muy rápido ni muy lento. Un beso. Al encender la luz de su habitación se iluminó el corcho que tenía lleno de fotos al que sus padres iban añadiendo más cuando había algo que les gustaba, incluso las descargaban de Facebook y las ponían ahí. Al mirarlo se fijó en una foto que hacía años que no veía. Un chico, dos niños y una niña en la playa, jugando a hacer castillos de arena. Sabía quién era ella, solo que no sabía si ella se acordaba de él. Hacía muchos años que no se veían.

Ya estaba tumbado en la cama, pensando en esos ojos verdes cuando recibió un mensaje:

«Cari, esto lo podemos solucionar. ¡Mañana nos vemos y lo hablamos todo! ¡Te quiero, pequeño!».

Capítulo 4

Se oían muchos ruidos en la casa cuando se despertó, y en su casa nunca había tanto ruido. Solo las veces que llegaba su hermano de visita. «¿Habrá llegado?», pensó mientras se levantaba y bajaba corriendo las escaleras. Nada más llegar abajo se encontró con el petate verde oscuro apoyado en la pared de la entrada. «¿Por qué no me han despertado?», iba preguntándose de camino a la cocina. Y ahí estaba, alto, musculoso, con el pelo muy corto, muy parecido a él, pero a la vez tan diferentes.

—Y por fin se ha levantado el canijo este —dijo a modo de saludo su hermano mientras se abrazaban—. Bueno, lo de canijo lo voy a tener que cambiar, que ya casi estás como yo de alto.

—Llevo siendo como tú de alto desde hace al menos dos años, así que cierra el pico, que aún puedo crecer algo más y dejarás de llamarme «canijo» —sonrió.

—Bueno, no empecemos con lo de siempre —dijo Carmen aún con los ojos iluminados de la emoción—. ¿Cuánto te vas a quedar, cariño? Siempre tengo tu cuarto preparado porque nunca nos dices cuándo vas a venir.

—Me han recomendado que haga un curso de paramédicos militares. —Miró las reacciones de todos, que intentaban no dejar entrever sus opiniones—. Así que como he aceptado esperaré aquí a que me destinen. Probablemente sean una o dos semanas a lo sumo.

—Ya sabes que en casa eres bienvenido todas las veces que sea necesario —añadió su padre abrazándole.

Se fue a deshacer el petate a su habitación, seguido por Nacho al que no paraba de hacer preguntas.

—¿Alguna novedad? —Levantó una ceja como diciendo que a él no le iba a mentir.

—Nada de nada.

—Primero aprende a mentir y luego hablamos —dijo Víctor serio—. ¿Algo en casa? ¿Instituto? ¿Chicas?

—En casa lo de siempre, nada que merezca la pena contar. Bueno... —añadió—: A mamá le gustaría tener noticias tuyas más frecuentemente.

—Sabe que no puedo, llevo el móvil, pero no puedo usarlo estando de maniobras —dijo no sin estar apenado por ello—. ¿Y del resto?

—¡Qué pesado, tronco! Último año de instituto, ya sabes lo que es eso. —Y no quiso responder a la otra pregunta, así que se levantó para irse.

—¿Y Laura? —Encaró una ceja cruzándose de brazos. No le dejaría ir sin saber algo más.

—Supongo que bien. —Fue la respuesta.

—¿Supones? ¿No llevabais casi un año juntos?

—Sí, supongo. —Se estaba exasperando, cuando su hermano se ponía pesado no había quien le parase hasta que no lo contase todo—. Ayer discutimos, se pone muy pesada con todo, está en plan lapa, no se suelta en ningún momento, y me pone malo.

—Antes no... —Le miraba como mira un padre a un hijo, y puede que se sintiese así, se llevaban diez años, se notaba mucho.

—Tampoco era así.

—¿Hay... alguien más? ¿Por su parte o por la tuya?

—No...

Cerró la puerta de la habitación antes de tener que responder nada más, y eso que sabía que la conversación no había acabado. Le sacaba de

quicio que su hermano siempre estuviese con esas preguntas. Y probablemente era porque tenía razón. Ella llevaba así de rara desde antes de verano, y eso que se suponía que había ido de vacaciones a visitar a su abuela, o eso es lo que le había dicho. Sospechaba de ella desde entonces, pero ¿qué le iba a hacer? Las preguntas no iban a servir para nada porque no respondería a lo que no quisiese, y lo negaría todo.

Lo que más marcado le había dejado era el «por parte de los dos» que había dejado caer su hermano. ¿Había alguien más por su parte? Desechó la idea, aunque se acordó de algo que dijo su hermano hacía unos años: «Cuando estás con alguien y te fijas en otras personas no es malo, lo malo es cuando te fijas solo en una; ahí es cuando tendrás problemas».

No le dio tiempo a pensar en más cosas. La llegada de su hermano suponía comidas o cenas fuera de casa, invitar a familiares, reuniones con amigos en casa... Lo que llamaban el «Tornado Víctor». Solía durar tres días y por mucho que él insistiese en quedarse en casa descansando, era casi imposible. Esta vez había amenazado con irse a un hotel si no le dejaban estar tranquilo, había aceptado una comida con la familia y una cena de amigos, pero de ahí no pasaría. En cuanto dijo eso su madre se dedicó a organizar todo para ese mismo fin de semana, haciendo que el resto pusiese los ojos en blanco. «El Tornado Víctor llega a tope», dijo su padre antes de desaparecer.

Pasaron dos días de celebraciones, sin parar de comer y con visitas de familiares y amigos que buscaban la ocasión de la visita de su hermano para comer y beber como si les fuese la vida en ello. Lo mejor había sido que a las fiestas del puerto había ido dos días, y solo había disfrutado uno. Había empezado ese año con el pie izquierdo, de eso no había duda. El lunes lo último que le apetecía era ir a clase, casi no había hecho nada en todo el fin de semana y sabía que eso repercutiría en sus notas, así que pensó en hacerse el enfermo para no tener que ir a clase.

Nada más entrar por la puerta del instituto se arrepintió de no haber fingido estar enfermo. Laura esperaba con toda la tropa de amigas en la entrada, con cara de malas pulgas y eso era mala señal. Como aún quedaba un rato para entrar en clase fue directo a hablar con ella, y como no, se hizo la indignada, haciendo que la persiguiese. ¿Cómo le podía exasperar tanto? Finalmente, fingiendo un esfuerzo supremo decidió hablar con él. Le echó la bronca, acusándole de no confiar en ella, alegando que eso le dolía, y así estuvo durante diez minutos. Hizo cuatro pucheros y todo solucionado. Siempre la misma historia, no cambiaba y llevaban así varios meses. Entrando en clase Nacho se preguntaba cómo podía aguantar. Su historia no había sido mala, al menos en un principio, como las amigas de Laura decían «estaban predestinados». Pero él se empezaba a plantear seriamente eso, y más desde el fin de semana de «visita a la abuela».

En clase de Historia les aplicaron un nuevo método de estudio, al menos en los cuatro siguientes temas que iban a dar. Por grupos, mezclados entre las dos clases, tendrían que hacer un trabajo de investigación sobre el temario indicado. Pondrían los grupos, hechos al azar en el tablón de fuera. Antes de que saliesen la profesora avisó que tendrían dos semanas para entregarlo y que los grupos, gustasen o no, no se podrían cambiar. Las quejas comenzaron a extenderse en cuanto la gente miró las listas; que si les había tocado con tal, que si con cual, que por qué no podían estar con este o con esta, que ya habían hecho más trabajos juntos... El tablón estaba lleno y como estaban en el descanso se fue fuera.

A mediados de octubre ya refrescaba, y mucho. Las chaquetas habían pasado a ser abrigo y no faltaba mucho para las bufandas y los gorros. Cogió su sudadera y se sentó en una de las mesas de las pérgolas. En menos de un mes no habría mucha gente fuera. Disfrutó del rato de no tener que aguantar ninguna estupidez puesto que no estaba de humor. En cuanto acabó el descanso

subió a mirar el tablón, parecía que le había mirado un tuerto cuando vio a sus compañeros de trabajo.

En el segundo descanso, fue a la puerta de la clase de letras, ya sabía a quienes se encontraría, pero aun así se acercó. Casi todo el mundo había salido y corrían a ver el tablón entre quejas y unos pocos gritos de júbilo.

—¿Con quién te ha tocado, cari? —Laura le abrazaba por la espalda.

—Contigo. —Fue un poco seco porque sabía lo que significaba trabajar con ella, y más con los otros integrantes del grupo.

—¡Cari! ¡Qué genial! —Se retorció en un intento de ser apasionada, pero le salió mal—. ¿Y con quién más?

—Héctor y Adriana, la chica nueva. —Viendo la cara de horror de ella añadió—: Tenemos que ser dos de letras y dos de ciencias. O por lo menos así son la mayor parte de los grupos.

—¿La huérfana? No... Qué asco, por Dios. —Se giró para mirarla pasar con el otro chico nuevo, el que estaba bueno.

—¿Podrías ser un poco más educada? Y más con temas tan delicados. —No era de extrañar que muchas veces le sacase de quicio, parecía que últimamente hubiese perdido todas las neuronas de golpe.

—Ais... No hace falta que te pongas así. —Hacía pucheros intentando llamar la atención de Nacho, que no le había quitado la vista de encima a su vecina mientras se acercaba con Mike a ver el tablón—. Al menos Héctor mola.

Al ver la cara de Adriana vio que se le caía el mundo encima, se había quedado pálida. Mike le dijo algo e hizo un amago de abrazarla. Se preguntaba qué pasaba para que tuviese la misma cara que si hubiese visto un fantasma. Mientras, Laura seguía intentando llamar su atención como una niña pequeña, pero él tenía la cabeza en otra parte. Justo en ese momento llegó Héctor, con

esa sonrisita de superioridad que llevaba siempre en la cara. Se acercó a ellos diciendo «parejita», arrastrando la última sílaba de la palabra, como hacía siempre, y tanto le exasperaba.

Nada más llegar se giró y gritó «muñeca» en dirección a Adriana mientras le hacía un gesto con la cabeza para que se acercase. Vio la cara de ella, visiblemente enfadada ante la forma que tenía de llamarla, pero se acercó igualmente. Mike, desde donde estaba, se cruzó de brazos mirándolos, notablemente enfadado.

Nada más se aproximó Adriana, Héctor tomó el mando de líder que tanto le gustaba y empezaron a hablar del trabajo; dijo que quedarían en su casa, porque si no él pasaba de hacer el trabajo, por lo que quedaron en que irían a casa de él después de los entrenamientos de los chicos.

Lo que menos le apetecía en el mundo era tener que hacer un trabajo con Héctor e ir a su casa, por lo que se pasó el resto del día amargada ante la idea de tener que pasar tiempo con él. Mike no paraba de insistir en que hablara con la profesora para que la cambiaran de grupo, pero ella le decía que dejase las cosas como estaban. No merecía la pena intentar nada y menos cuando ya les habían explicado el por qué en clase. No sabía que le había pasado a Mike desde la noche esa en las fiestas, pero parecía cambiado, estaba todo el rato pendiente y eso empezaba a ponerla nerviosa. A veces su amigo tenía una forma muy extraña de contar las cosas, y creía que esta vez quería contarle algo y no sabía cómo. Decidió pasar del tema, si quisiese algo sabía que se lo diría tarde o temprano.

Justo a la salida de clase, Nacho la abordó para decirle que como él tenía que pasar por casa antes de ir a la de Héctor, podía recogerla e ir juntos. Declinó la oferta, pero él no paró de insistir hasta que no consiguió que cambiase de opinión. Tenía la sensación de que iba a ser un día duro, al menos lo que quedaba de él.

A las cinco y media salió a la calle, y apenas un minuto después oyó cerrarse la puerta de una casa, así que se puso en marcha, justo en el momento en que su vecino se acercaba a la moto. A modo de saludo se sonrieron mutuamente. Él la tendió un casco antes de ponerse el suyo. Arrancó la Honda, se puso la mochila a la espalda y esperó a que ella hiciese lo mismo. Se subió, y la moto se puso en movimiento.

Ya había subido en una moto con anterioridad, pero nunca en una tan grande. Una pequeña sensación de vacío en el estómago la inundó durante unos momentos, mientras cogían velocidad por la carretera. No entraron en el pueblo, sino que fueron por una carretera que lo rodeaba hasta llegar a una urbanización con valla de seguridad, donde un hombre apuntaba las matrículas a la entrada mientras preguntaba a dónde se dirigían. Una urbanización de personas pudientes, diciéndolo de manera educada, en un sitio pequeño. Ella ni se lo había imaginado. Las casas eran diferentes entre sí, todas con puertas valladas. Pararon en una de ellas, sin duda no era la más grande, al contrario, se podía decir que era la más pequeña de todas.

Aparcaron y llamaron al timbre. Nada más entrar se encontraron con Laura y Héctor en la mesa del salón hablando animadamente. La cara de Nacho era un poema, pero Adriana no quiso decir nada. Desde el viernes en la feria del puerto no habían vuelto a hablar, pero esa mañana no había escuchado otra cosa que no fuese él y su relación con la chica esa. No había tenido mucho tiempo para pensar en el asunto, pero le resultaba raro que no le hubiese comentado nada la misma noche que hablaron. Él habló de una pelea, pero por lo que dio a entender era una pelea entre chicos. Apartó el tema al escuchar el ya característico «muñeca» de los labios de su anfitrión.

Justo cuando se estaban acomodando en el salón para ponerse a trabajar apareció la madre de Héctor. Saludó a todos y se quedó mirando a Adriana durante un rato antes de preguntarle con efusividad qué tal le iba todo, que

hacía mucho tiempo que no se la veía en esa casa y que se la echaba de menos. De los que se encontraban en esa habitación, dos de ellos no sabían cómo reaccionar y miraban estupefactos, un tercero no sabía dónde meterse, y ella empezó a sonrojarse cada vez más. La madre, ajena a todo, salió de la estancia hablando de llevarles un «piscolabis».

Adriana fulminó con la mirada a Héctor para que no dijese ni una palabra, y se pusieron rápido a hacer el trabajo mientras los otros aún no reaccionaban. Una mirada silenciosa entre todos fue decisiva para hacer caso omiso de lo que había pasado hacía pocos instantes. Más de uno de los que estaban en esa mesa tenían un secreto que no querían que saliese a la luz.

Dos ordenadores, dos personas en cada uno. Escogieron el primer tema, y empezaron a investigar. Laura se levantaba cada dos minutos intentando llamar la atención de todos, Héctor la seguía el juego, Nacho miraba con caras raras a uno y a otro. «Un circo», pensaba ella al ver esa situación. Con el panorama que tenían en el sitio ese se les hizo tarde muy pronto. Eran las nueve y media cuando volvían a estar sobre la moto recorriendo las carreteras para llegar a casa. Al bajarse le tendió el casco.

—Una tarde muy interesante, ¿no? —Fue lo primero que dijo Nacho después de casi una hora sin hablar.

—¿Uhm? ¿A qué se refiere de todo? —pensaba ella. Laura le había estado gritando un rato antes de irse porque no la acompañaba a casa, pero él no le dio más motivo que el hecho de que viviese a menos de una calle de distancia de la de Héctor.

—Todo. El grupo que nos ha tocado, que conozcas a Héctor, a su madre... —La miraba esperando a que respondiese a algo—. Que no me hayas preguntado por Laura, que ni Héctor ni tu hayáis dicho nada de vuestra amistad secreta... ¿Sigo?

—¿Qué quieres que te diga? Lo primero de todo, no me meto en tu

vida. —Se estaba enfadando, no había persona en el grupo ese más a disgusto que ella—. Y lo segundo, no te tengo por qué dar explicaciones de la mía.

Le dio el casco y se fue a paso rápido a su casa. ¿Cómo iba a reaccionar ante aquella respuesta? Era cierto que él no tenía por qué pedirla explicaciones de nada, pero había tenido un día de perros, así que ante lo que acababa de pasar entró enfadado en casa.

El móvil empezó a sonar cuando un número oculto apareció en la pantalla. No sabía si cogerlo, pero al final decidió descolgar. «¿Me abres la puerta, porfa? Fuera hace frío». ¿Qué hacía llamando a esas horas, y peor aún, qué hacía en la puerta de su casa? Se puso una bata encima del pijama, las zapatillas y bajó a abrir la puerta.

—Gracias. —Él también iba en pijama cuando entró.

—Mis abuelos están en el salón, sube. —Aún estaba enfadada, no mucho, pero le molestaba que sin venir a cuento le hubiese pedido explicaciones de lo que hacía o dejaba de hacer.

—Siento el haberme presentado así, pensaba subir con una escalera a tu ventana, en plan peliculero. —Sonrió al ver la media sonrisa que ella trataba de esconder—. Pero no quería que pensases que iba a atracarte ni nada. —La chica de la habitación rosa se metió en la cama y él se sentó al borde mientras le decía estas últimas palabras—: Sólo te quería pedir disculpas.

—Disculpas aceptadas. —Le tendió una manta para que se tapase mientras el silencio les invadía unos instantes, ambos intentaban aclarar sus ideas—. Siento si lo que te he dicho te ha molestado, eso sobre que es mi vida y tal.

—Lo entiendo, bueno, en realidad no. —Levantó una ceja a modo de pregunta.

—Es algo muy largo, no sé... —En su fuero interno se debatía si debía

hablarle de su relación con Héctor o no, y ella quería saberlo todo sobre la chica de la voz chillona.

—Yo tengo toda la noche. —Sonrió.

—Y mañana hay clase... Aunque yo no iría, porque significaría... Buah, nada. —Se fijó en cómo la estaba mirando, preguntando y queriéndolo saber todo—. ¿Por qué me miras así?

—Sigo teniendo toda la noche, mañana podemos decir que no estamos en condiciones de ir a clase, y así de paso nos saltamos el segundo día de tortura en casa del —recalcó— simpático de Héctor.

Vio como ella soltaba una sonora carcajada y se tapaba la boca para hacer el menor ruido posible, y como no quería problemas se acercó para hacer lo mismo, poniendo su mano sobre la de ella.

—¡Shhh! ¡Que tus abuelos me matan!

—¿Qué quieres saber? —dijo cuando se calmó, aún un poco roja de la risa.

—Eh... —La miró a los ojos. Estaban los dos recostados en la cama y de repente, por su cabeza le pasó un pensamiento, algo que le surgió de lo más adentro: «Está tan bonita». Se puso rojo sin darse cuenta y se fijó en que ella le miraba expectante—. ¿Qué pasa entre Héctor y tú?

—¿Por qué lo dices, muñeco? —dijo imitando el tono del susodicho provocando que Nacho riese—. Le conocí en primero de la ESO en mi otro instituto, éramos amigos y bueno, hará cosa de un año que él se mudó aquí. —Él miraba sin entender del todo aunque podía suponerlo—. Justo antes estuvimos juntos unos meses.

—¿Héctor? ¿En serio? —Lo había supuesto, sí, pero cuando las palabras confirman algo, la persona no puede dejar de sorprenderse.

—Sí... —Se tapó la cara con las manos avergonzada—. No sé cómo. —Él la destapó la cara—. Pero sucedió. Por eso su madre me conoce.

—Héctor...

—Sí, no lo repitas más, suficientemente horrible es ya. —Y era horrible porque le había acabado odiando.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Ella asintió—. No es el por qué él, aunque también me gustaría saberlo... es... ¿qué pasó? Ya sabes...

—El por qué él, no lo sé ni yo, simplemente pasó. —La otra pregunta dudaba si contestarla o no—. Lo otro... bueno, a ver. —Estaban el uno frente al otro, mirándose mientras hablaban—. La respuesta rápida y fácil es que me puso los cuernos. —No sabía por qué, pero Nacho no estaba para nada sorprendido—. Lo difícil es que fue con una de mis mejores amigas.

—Lo siento, no sé qué se dice en esos casos. —«Cuernos» pensaba.

—No lo sientas, tampoco es que ahora me hable con nadie de allí. —No le costó decir eso, pensaba que el hecho de haber perdido a sus amigos le afectaría más, pero una parte de ella sabía que si las cosas eran así, era por algo—. Bueno, y... ¿miss voz de pito?

—Laura... —No es que lo que ella había dicho justo antes de preguntarle eso no le hubiese dejado impresionado, pero no quería presionarla a decir nada que no quisiese—. ¿Qué es lo que no sabes? Bueno, la respuesta rápida es que es... —Iba a decirlo mirando a la chica que hacía que algunos momentos fuesen fantásticos—. Mi novia. —Silencio. Eso es lo que obtuvo.

—Bien. —¿Acaso le molestaban esas dos palabras?— Eso se veía venir. —«¿Eres tonta? ¿De verdad que eso te está molestando? Si ya lo sabías...», se decía a sí misma.

—Mira, es algo...

—¿Complicado? —Se había girado y ahora miraba al techo, totalmente tumbada. «¿Pero por qué me pongo así?», pensaba.

—Sí, pero no por lo que piensas. —«¿Pero por qué me estoy justificando?» se preguntaba. En realidad sabía la respuesta, pero no quería

admitírsela ni a su propio subconsciente.

—Yo ahí ni pincho ni corto, no me tienes por qué dar explicaciones de nada, Nacho —Sí, estaba enfadada, pero no quería estarlo.

—Adri... —La giró la cara delicadamente de forma que le volviese a mirar—. Creo que ella me ha puesto los cuernos.

El silencio inundó la habitación. Durante el rato que llevaban hablando lo habían estado haciendo en voz baja, pero ese silencio les pesaba. Habían confesado cosas, o compartido pensamientos, que otras personas no sabían. Sus miradas no se separaban, y pasaron así un rato largo, sin decir nada, pero diciendo todo. Sus cabezas no paraban de pensar, y el tiempo pasaba con el único sonido de sus respiraciones.

Se conocían de hacía poco, pero en realidad no era poco. Nacho la conocía desde hacía mucho, y así, tumbados, se preguntaba si ella recordaría algo. En el bolsillo del pantalón de su pijama llevaba una foto que había cogido de un álbum, y era lo que había hecho que se presentase en su casa. ¿Se acordaría ella de la foto? Una parte de él quería sacarla y enseñársela, pero otra le decía que no, que ella se acordaba de todo.

Al mismo tiempo Adriana pensaba en él. No sabía por qué, pero solo le pasaban imágenes de él por la mente desde el día que le había conocido. Y no, no se refería a su reencuentro en la cena. Sabía que nadie había querido sacar el tema, y era lógico que su hermano no se acordase, era muy pequeño, pero ella lo recordaba todo, con claridad, sobre todo los últimos años. ¿Qué niña de nueve años podría olvidar una promesa de amor eterno?

Capítulo 5

Se despertaron con el ruido del despertador, levantándose rápidamente y mirando cada uno hacia un lado. Sabían que no había pasado nada, simplemente se habían quedado dormidos después de haber estado hablando. Desde lo último que él había dicho ninguno de los dos había pronunciado una palabra, solo se habían mirado durante lo que a ambos les había parecido una eternidad. Con pocas palabras bajaron corriendo y se despidieron rápidamente en la puerta mientras él se iba a su casa.

Sus abuelos no hicieron preguntas al oír que se cerraba la puerta de la calle. Cuando llegó a la cocina, simplemente la miraron sorprendidos de lo poco que había tardado en bajar a desayunar. La situación con ellos llevaba semanas siendo muy buena, no habían tocado el tema tabú, no hacían falta palabras. Félix y María sabían que sus nietos lo habían pasado mal, no solo por la muerte de sus padres, sino por las tres mudanzas que habían soportado en menos de un año, que les hubiese tocado estar presentes en tantos papeleos siendo menores, que hubiesen tenido que tomar decisiones importantes en tiempos breves. Y Adriana y Juan sabían que sus abuelos habían perdido un hijo, y eso no era reemplazable, al igual que lo de ellos.

Al final, las semanas más duras habían sido las dos primeras, en las que todos, por mucho esfuerzo que pusiesen lo notaban. La naturalidad había surgido poco a poco y parecía que todo era normal. El carácter de Adriana había dejado de ser arisco y ya no estaba enfadada con todos; Juan había vuelto poco a poco a hacer las cosas que habitualmente solía hacer; y los abuelos... bueno, eran abuelos.

Al llegar Juan en estado zombi, como cada mañana, sus abuelos les obligaron a sentarse. Esa situación les puso muy tensos, pero les calmaron rápidamente. La noticia era que iban a vender su tienda. El mutismo invadió la cocina durante unos segundos mientras los dos chicos asimilaban la noticia. Félix

continuó explicando que habían llevado una vida dedicada al trabajo, y que ahora les tocaba descansar. Ya no podían llevar la tienda ellos solos y cada vez necesitaban más y más ayuda, por lo que habían decidido venderla.

Esperaban una reacción de sus nietos cuando María decidió continuar lo que su marido había empezado diciendo que tenían dinero suficiente para vivir cómodamente muchos años, incluso para pagar las respectivas universidades y todo lo que ello conllevara. Eso fue lo que causó la discusión, el tema del dinero. Tanto Juan como Adriana estaban contentos de que sus abuelos se jubilasen, pero ambos tenían claro que no iban a ser sus abuelos quienes pagasen sus gastos una vez cumpliesen los dieciocho. Ese tema lo habían hablado los hermanos alguna vez desde que habían llegado y ambos coincidían en que en cuanto cumpliesen la mayoría de edad y recibiesen la herencia de sus padres, los gastos correrían a cargo de ellos todo el tiempo que pudiesen.

Al bajarse del autobús su hermano salió corriendo en dirección al instituto, y Adriana bien sabía que no era por sentarse en clase antes de que llegase el profesor. Nada más empezó la primera clase supo que ese iba a ser un día más aburrido de lo normal. Mike no había aparecido y se estuvieron mandando mensajes toda la mañana. Al parecer el chico no se presentaría en clase porque había tenido un problema y se tenía que quedar en casa cuidando de su hermana pequeña, que estaba enferma.

En el segundo descanso estaba fuera, a pesar del frío, terminando unos ejercicios de inglés que tenía pendientes cuando Héctor se sentó a su lado. «Muñeca», dijo dándole una calada a su cigarro. Ella no se molestó ni en contestarle, sabía que hablaría quisiese o no. Se dio cuenta de que un grupito de chicos les miraba y se reía, por lo que supuso que todo tendría que ver con el hecho de que el susodicho se encontrase allí. Le miró y volvió a lo suyo. Él se fumó tranquilamente su cigarro y cuando aplastó la colilla con el pie, empezó a hablar. Amenazas fue lo único que salió por su boca. ¿Y a ella qué?

No tenía nada que perder, y él lo sabía, pero siempre le había gustado el jueguito del gato y el ratón, solo que él se consideraba el perro. Lo último que le dijo fue la hora a la que habían quedado para hacer el trabajo, así que, sin añadir nada más, se levantó y se fue.

Al acabar las clases fue directa a casa a comer y a hacer las tareas que llevaba atrasadas por culpa de lo que les había mandado la profesora de Historia. Acabó algunas cosas y aprovechó el tiempo que le quedaba libre para recopilar información y así, al hacer el trabajo grupal, podría ponerse a redactar lo que ya tenía.

Cuando llegó a casa de Héctor fue él esta vez quien le abrió. No hubo «muñeca» ni las típicas tonterías que solía decir, y eso la dejó sorprendida. No le apetecía nada hablar con el chico, así que fueron al salón, y para su sorpresa había sido la primera en llegar. Encendieron el ordenador dirigiéndose las palabras justas y empezaron a trabajar. Se dio cuenta de que estaba tan callado porque era su padre quien se encontraba en casa. Por lo que ella recordaba era un hombre muy estricto, que cuando estaba en casa trabajando le gustaba el silencio absoluto. Daba gracias de que estuviese cerca para no tener que aguantar las insolencias del hijo.

Laura y Nacho llegaban tarde, una hora, para ser exactos. Lo bueno es que aprovecharon el tiempo para adelantar trabajo, cada uno en un ordenador. Habían terminado la mitad del segundo tema cuando la pareja llamó al timbre. La mirada fulminante de Laura al entrar, los ojos en blanco de Nacho y la sonrisilla de superioridad de Héctor; todo muy idílico.

Esa tarde trabajaron igual que la anterior, con la única diferencia del silencio sepulcral que flotaba en el ambiente, solo cortado cuando era necesario decir algo. Milagrosamente les dio tiempo a terminar el tema que tenían entre manos, y fue ahí donde quedó todo. Se levantaron y se despidieron. Repitiendo la escena del día anterior, Laura le montó un pollo a Nacho para que la

acompañase a casa, y este con tal de no discutir hizo lo oportuno.

Esa semana dio paso a la siguiente. Los avances en el trabajo en grupo eran mínimos cada día y no hacían nada. Sus abuelos ya tenían la tienda en venta y se habían reunido varias veces con gente interesada en comprar. Había ido a ver a Mike a su casa porque su hermana había tenido varicela y se la había pegado a todos, ya que ninguno la había pasado. Le llevó los libros que había dejado en la cajonera para que pudiese llevar al día los deberes, y también le había puesto al tanto de lo que había ocurrido hasta el momento.

Agradeció la llegada del fin de semana. El viernes nada más terminar de comer, puso música, el móvil en silencio y se tumbó en la cama. No le apetecía saber nada del mundo en unas horas. En lo que a ella le parecieron diez minutos llamaron a la puerta de su habitación. Al abrir los ojos se dio cuenta de que era de noche. La puerta se abrió y entró su abuela. Se sentó a su lado, y acariciándole el pelo, le dijo que se tendría que ir a duchar, que si no tenía planes esa noche tenían una cena. «Nada de vaqueros», dijo antes de salir por la puerta.

Se desperezó y fue directa a la ducha. Le encantaba el frío, lo agradecía, sobre todo cuando se metía bajo el chorro de agua calentita de la ducha. Se quedó ahí un rato hasta que su hermano empezó a aporrear la puerta diciendo que se diese prisa. Se secó rápido y cogió el secador. Cuando llegó a su habitación lo primero que hizo fue secarse el pelo; hacía poco que sus abuelos le habían comprado un espejo que había puesto encima de la cómoda, así que en cuanto terminó con el pelo, se maquilló.

Si su abuela decía «nada de vaqueros» significaba que iban a un sitio en el que cenarían bien. Abrió su armario y eligió un vestido color beige de manga francesa, se puso unas medias y las botas de caña alta marrones. Sabía que tenía tiempo, así que decidió alisarse el pelo para no parecer un león recién salido de hacerse una permanente. Cuando terminó, bajó las escaleras para

reunirse con todos en el salón. Su hermano no estaba porque al parecer había quedado para salir con unos amigos, así que irían solo los tres. Cogió su trenca roja, el bolso y salieron todos. Ella fue directamente al coche hasta que llamaron su atención diciéndole que iban a cenar a casa de los vecinos.

Desde que se había ido a vivir allí, aún no había cruzado esa puerta, y en ese momento se encontraba delante, con el timbre sonando. Sus abuelos no habían dicho nada al respecto de una cena en casa de sus vecinos, lo hubiese recordado, y no entendía por qué habían dicho «nada de vaqueros», al fin y al cabo, ir a cenar a casa de unos vecinos era algo muy informal. Abrió Carmen con una sonrisa, y muy bien vestida para ser solo una cena en casa, haciéndoles pasar al salón. Una de las paredes estaba pintada a rayas verticales blancas y azules (al estilo marinero), y las otras tres en blanco roto. Todo el mobiliario estaba en azul, madera y blanco. Era precioso porque no quedaba sobrecargado en ningún momento. Allí les recibió Roberto, terminando de poner algunas cosas sobre la mesa.

Estaban todos tomando unos aperitivos en el sofá cuando entró por la puerta un chico alto, algo musculado y muy parecido a Nacho. Se acercó a sus abuelos saludándoles muy afectuosamente. «Eres tú», dijo acercándose a Adriana. La abrazó preguntando si se acordaba de él, que sabía que había pasado mucho tiempo, pero que se alegraba de verla. Un poco azorada le dio dos besos diciendo que se alegraba de verle. Le recordaba vagamente porque había empezado a ir de campamentos justo las temporadas que ella iba a pasar allí los veranos.

Poco rato después de que Víctor se pusiese a narrar un poco sus aventuras con el ejército, la puerta del salón se volvió a abrir. Nacho, con camisa azul claro y unos chinos, entró pidiendo disculpas por haber tardado tanto en bajar. Saludó a todos y se sentó en el sofá. Se dio cuenta de que se había quedado mirando a Adriana y su hermano no le quitaba la vista de encima a él. Carmen

no tardó en anunciar que la cena estaba lista, pero cuando estaban todos de pie para ir a la mesa, volvió a sonar el timbre de la puerta.

Estaban extrañados porque no esperaban a nadie más. Fue Víctor a abrir y se le escuchó hablar animadamente con una chica. Nacho fue poniéndose en tensión mientras las voces se acercaban al salón, pero se relajó inmediatamente al verla entrar. Todos los de la estancia se quedaron un poco sorprendidos. Era una antigua compañera de clase de Víctor que había ido a su casa cada vez que celebraban algo. Nunca había pasado de ahí, o al menos, no lo habían dicho en público.

Se sentaron todos en la mesa y empezaron a comer con una charla amena. Todo fue muy bien hasta los postres. Víctor se puso en tensión cuando los terminaron, y dijo que tenía algo que decirles. Todos se quedaron callados, estupefactos, mientras empezaba un discurso hablando de la familia. Cada uno de los presentes se preguntaba qué quería decir, pero no paraba de divagar sobre el tema. Finalmente, soltando un suspiro les dijo que tenía una noticia importante que darles a todos, y recalcó el «todos» final.

—Sé que os habré dejado un poco descolocados con lo que acabo de decir, pero... esto es importante. —Paró y volvió a respirar hondo—. El otro día cometí lo que algunos pueden llamar una estupidez... —A cada parada que hacía provocaba tensión en sus padres—. Claudia y yo nos vamos a casar — Sonrió feliz.

El estupor les dejó a todos tan boquiabiertos que no sabían cómo reaccionar. Nadie sabía que estaban saliendo, solo tenían sospechas. Sus padres se levantaron y felicitaron a su hijo y a la que, ahora, era su prometida. El mismo ejemplo siguieron el resto de los asistentes. Una vez se volvieron todos a relajar, empezaron a contar su historia. Todo había empezado cuando quedaron para ver qué tal le iba, y dio comienzo una amistad que llevaron a través de internet porque él estaba lejos. Después de eso se dieron cuenta de

que sentían mucho el uno por el otro, y, la siguiente vez que se vieron, empezaron a salir, aunque no se lo habían querido decir a nadie puesto que era difícil que todo cuajase. Cuando terminaron el relato, se pusieron a hablar de planes de boda, de cuándo se celebraría.

Los adultos eran los que más emocionados estaban, hablaban de hacer una cena para conocer a los padres de ella; Claudia no podía parar de sonreír, y Víctor no le quitaba el ojo de encima. Nacho se levantó y fue a la terraza a sentarse en uno de los butacones que tenían fuera, esperando estar solo durante unos minutos, pero alguien se sentó a su lado sin decir una palabra. Ambos miraban el jardín aguantando el frío sin decir una palabra, probablemente cansados de tanta habladuría sobre la boda.

—¿Te gusta? —dijo la figura que tenía al lado.

—Sí, creo que en el fondo todos sabíamos que estabais juntos —empezó—, y quien no, se lo esperaba. —El vaho salía cuando hablaba y ya empezaba a tiritar, pero le gustaba esa sensación.

—Ya, eso era obvio, ¿por qué crees que nadie se ha sorprendido? — Víctor miraba a su hermano esperando una respuesta, pero como no llegaba volvió a repetirla—: ¿Te gusta?

—Vamos, tío, ya te he dicho que sí. —Se molestó por la repetición de la pregunta—. Que hacéis buena pareja, que bla, bla, bla. ¡Si ya lo sabes!

—No me refiero a Claudia. —Su hermano levantó la vista hacia él cuando dijo esas palabras, pero no le respondió—. Os he visto, y eso ya lo he visto antes.

—Déjalo estar, estoy con Laura y punto —añadió después de un rato.

—A Laura nunca, y repito, nunca, la has mirando como la miras a ella.

Después de eso último ninguno dijo nada, ambos permanecieron en silencio hasta que el frío les hizo levantarse para entrar dentro. Se fulminaron con la mirada y cada uno se sentó en su sitio. «¿Qué le pasa a este idiota, es

que aún no se ha dado cuenta?»), pensaba Víctor mientras observaba a los más jóvenes de la reunión.

Antes de que Adriana saliera por la puerta para volver a su casa, Nacho la abordó para decirle que aún tenían pendientes las clases de inglés, y que sabía que la semana siguiente le tocaba examen, por lo que podían verse durante ese fin de semana para practicar. Ella se lo agradeció y le dijo que podía pasarse a ayudarla por la mañana si quería. Se puso la capucha y salió la última a la calle, unos metros por detrás de sus abuelos. Una vez en su habitación abrió la ventana y dejó que el aire frío de octubre entrase e inundase la habitación.

A pesar de ser sábado se levantó con la sensación de un lunes al que llegaba tarde a clase y saltó de la cama. Tardó un rato en darse cuenta de la realidad y volvió a meterse entre las sábanas intentando conciliar el sueño de nuevo, pero le era imposible, así que como la casa aún permanecía en silencio se puso un chándal y salió a caminar un poco.

Últimamente habían vuelto a aparecer esporádicamente los sueños raros y dormía mal, pero sabía que ante eso no había nada que hacer. Mientras paseaba por el pinar de vuelta a casa vio a alguien corriendo por allí, sorprendiéndola que los sábados hubiese gente que se levantase tan temprano para correr por el campo. La verdadera sorpresa se la llevó cuando vio quién era, y que iba corriendo directo hacia ella.

—Buenos días por la mañana, muñeca. —Con todo lo que fumaba no sabía cómo aún podía respirar después de correr.

—¿Se puede saber qué haces por aquí viviendo casi al otro lado de este sitio? —No le iba a responder con amabilidad, menos aún por la mañana, recién levantada, y sin haber desayunado.

—Suelo venir corriendo hasta aquí. —Puso los brazos en jarras—. Mucho alcohol por las noches, y si quiero pasar los controles, tengo que

sudarlo.

—Como si eso funcionase. —Se giró para volver a casa—. Adiós.

—Tu y yo tenemos algo pendiente, muñequita, pero ya me lo cobraré.

Un escalofrío recorrió su cuerpo por el tono que había usado. ¿Por qué sonaba como una amenaza? Y ¿a qué se refería con que tenían algo pendiente? Ese chico se creía muy misterioso, pero luego era peor que un libro para niños de cinco años con misterios ocultos. Volvió a casa a tiempo para desayunar con sus abuelos, que acababan de bajar para preparar todo. Tostadas, magdalenas, mermelada, miel, zumos... parecía que celebrasen algo y la respuesta de sus abuelos era simple «el primer fin de semana de vacaciones de jubilación». Comentaron con su nieta que habían decidido que se iban a hacer un viajecillo para celebrarlo, pero que aún estaban pensando el destino.

Después del desayuno se puso dos pares de pantalones, dos de calcetines, una sudadera gorda y salió, ante el asombro de sus abuelos, al porche trasero a hacer sus deberes. Se puso los cascos, abrió los libros y se puso a terminar todo lo que llevaba atrasado. Le tocaría ponerse a estudiar, que esa semana tenía examen el martes, por eso tenía que terminar cuanto antes todo lo demás. Alguien le puso una mano en el hombro después de lo que a ella le pareció una eternidad para avisarla que iban a comer. Odiaba estudiar, lo había hecho siempre, y el saber que ahora se tenía que pasar horas con ello la ponía enferma.

Después de comer se tomó un descanso y se puso una película en el ordenador. Cuando aún no habían salido ni los créditos alguien llamó a la puerta y sin esperar respuesta entró. ¿Qué hacía ahí? Se suponía que habían quedado por la mañana y no había aparecido.

—Tus abuelos me han dejado pasar, y como esta mañana no he podido venir... ¿puedo? —dijo señalando la cama.

—Ya, pero... ¿qué haces aquí a estas horas? —Eran las tres de la tarde

y nadie en su sano juicio estudiaba a esas horas, y él llevaba todos los libros debajo del brazo.

—Lo siento, necesitaba salir de casa, pero... —Dudó antes de decirlo—. Si quieres me voy. —Se iba a poner de pie.

—Puedes quedarte, yo iba a ver una peli. —Miró todo lo que traía y añadió—: Si quieres estudiar me pongo los cascos, y puedes utilizar mi mesa.

—Me apunto a la peli. —Sonrió dejando todo sobre la mesa y acercándose de nuevo a la cama—. ¿Cuál es?

—*El club de los poetas muertos*.

—Me flipa esa peli —dijo emocionado—. Vamos dale al play.

Se recostaron en la cama con el ordenador en medio. Para ambos era incómoda la situación teniendo en cuenta que esa semana habían dormido juntos sin darse cuenta. De vez en cuando cruzaban miradas, se ofrecían parte de la manta o un cojín. Las pocas miradas silenciosas que se mandaban hablaban por sí mismas, pero eran ellos quienes las desecharan. Él tenía novia, y lo sabía; y ella sabía que él tenía novia. ¿Pero por qué se encontraban tan bien juntos? ¿Y las miradas cómplices? ¿Y ese cosquilleo? Cuando terminó la película se quedaron hablando sobre ella durante mucho rato. Enlazaron el tema con otros hasta que se fijaron en la hora y se pusieron con el inglés, explicando las cosas que ella no entendía para después ponerse cada uno con sus asignaturas.

Nacho terminó lo que estaba haciendo y se quedó mirándola mientras intentaba memorizar algo del libro que tenía entre manos. Algo se accionó en su cerebro porque solo pensaba en que había algo que tenía que solucionar, y cuanto antes mejor. En cuanto ella terminó él empezó a hablar. Le dijo que se apuntase esa noche a ir a una fiesta que organizaba un chico de clase. No sabía si eso iba a causar una discusión, él había visto a la verdadera Adriana el día de las fiestas, la noche que se quedaron dormidos, y esa misma tarde. Sabía que era

divertida, abierta y que caería bien; pero una parte de él tenía por seguro que ella no iba a aceptar, lo veía en su mirada, y, en parte era porque tenía pleno conocimiento que esa gente no se abría a los cambios.

Su grupo había sido «el peor» según una evaluación psicológica que les habían hecho años atrás. Cuando les explicaron qué significaba les dijeron que eran un grupo cerrado, que no sabía adaptarse a los cambios, y esos cambios solo eran aceptados si lo aceptaban los más fuertes. ¿Qué les pasaba? Habían ido entrando nuevos y, por unas o por otras, siempre habían acabado siendo aceptados.

Todas estas elucubraciones le llevaron a escuchar la respuesta que sabía que le daría, por lo que no quiso tocar más el tema. Aunque quedarse sola en casa un sábado no le parecía que fuese el mejor plan para alguien de su edad. Antes de que pudiese decir nada más ella añadió que era probable que fuese a ver a Mike. Se quedó sin habla, no sabía realmente por qué, pero algo en su interior le decía que eso le molestaba. Finalmente se ofreció a bajarla al centro con la moto ya que a él no le importaba, por lo que quedaron más tarde.

Una hora después la moto paraba en su puerta y el piloto le tendió un casco. Se montó y tras dejarla cerca de casa de su amigo, se fue. Una vez dentro, Mike la ofreció de cenar. Ya estaba mejor, el médico le había dicho que el lunes podría volver a clase, así que estaba contento por poder salir de casa. Hicieron un bol de palomitas y se pusieron a hablar.

Lo primero que le contó fue el hecho de que Héctor apareciese en el pinar de al lado de su casa. Sabía que Mike se enfurecía con ese tema, pero era su amigo y se lo tenía que contar. Cuando logró calmarle, cambió de tema y le preguntó si tenía noticias de la tísica, aunque, por supuesto, no pronunció esa palabra. Le habló sobre ella, que se lo habían pasado bien y que mientras había estado enfermo se habían estado mandando mensajes. No daba muchos detalles y de vez en cuando soltaba algún comentario fuera de lugar, pero se le

veía ilusionado y eso le alegraba.

Pasaron el resto de la noche jugando a juegos de mesa y comiendo guarrerías con las hermanas de él. Cuando se hizo demasiado tarde, las más pequeñas se fueron a dormir y ellos acabaron la partida casi a las tres de la mañana. Finalmente, cuando llegaron los padres de Mike decidieron llevarla a casa debido a la hora que era, ya que no querían que anduviese sola por la calle.

Una vez en casa se puso a pensar en la noche que había pasado en casa de su amigo y sintió una punzada de celos en el estómago porque él tenía unos padres que estaban ahí. Se dio cuenta que esa era la primera vez que tenía ese pensamiento en mucho tiempo. No había olvidado a sus padres, no era algo que pudiese olvidarse en unos meses, pero el dolor que había ido acumulando en el pecho, que hacía que el corazón le latiese más lento y le costase respirar, había disminuido en gran medida. Podía deberse a que ahora se encontraba más ocupada, y eso hacía que sus pensamientos no solo se centrasen en la muerte de sus padres.

El psicólogo al que había ido le dijo que cada uno pasa el dolor de formas muy distintas, pero que el dolor que se siente por haber perdido a un ser querido no se supera nunca, que siempre habría algo que tendría metido en lo más hondo de su ser que se lo recordaría. Estaba un poco abatida por todo lo que le rondaba la cabeza en esos momentos, y al meterse en la cama y taparse con las sábanas sintió alivio.

Capítulo 6

El mensaje de texto con el cambio de hora para el grupo de trabajo de Historia le llegó a tiempo para que le diese tiempo a prepararse e ir. Al llegar a la puerta de la casa de Héctor y ver que no había nadie se propuso quedarse fuera esperando a que alguno de los otros llegase, pero con el frío que empezaba a hacer por esas fechas decidió entrar. Ya habían pasado algunos días desde que se le encontró merodeando por donde vivía y lo que menos le apetecía era estar a solas con él. Por muchas vueltas que le había dado no conseguía entender el por qué le había dicho «que tenían algo pendiente» cuando todo había quedado claro en su momento.

Se sentaron en el sofá y cada uno se puso a hacer cosas en sus respectivos ordenadores mientras esperaban al resto de integrantes del grupo. Apenas habían pronunciado unas pocas palabras desde que había entrado y aún resonaban las palabras que él había dicho en el pinar en los oídos de Adriana. No vio venir el empujón después de que dejase su ordenador sobre la mesa. Un segundo después tenía ambas manos cogidas y a Héctor prácticamente encima tapándola la boca con la otra mano.

—Te dije que teníamos una cosa pendiente, y quiero hablar, muñeca.

—La miró de una forma que le puso los pelos de punta al tiempo que él quitaba la mano de la boca.

—¿Pero tú estás idiota o qué te pasa?! ¡Suéltame! —gritó.

—Chs, chs, chs —chistó él—. Vas provocando con tus miraditas, tus sonrisitas, los coqueteos esos, ¿y te crees que no me doy cuenta de lo que pasa?

—¿Pero qué me estás contando? —exclamó anonadada mientras intentaba soltarse—. No sé de qué vas, pero suéltame de una maldita vez. ¡Vamos!

—¿Que no lo sabes, muñeca? —Ella se esforzaba por soltarse, sabía que eso no habría pasado si alguno de los padres de él hubiese estado en casa, por lo que no podía gritar porque no la oiría nadie. Él prosiguió con su discurso—. Hace dos años, en esa famosa fiesta me dejaste en ridículo delante de todos mis amigos. Nos lo íbamos a montar y de repente te levantas y te vas. Pues me lo quiero cobrar.

—Estás loco, ¿eso no ha pasado nunca! —No sabía de lo que estaba hablando, no recordaba nada de una fiesta y menos del episodio que él describía.

Sin que pudiese reaccionar de ninguna forma los labios de él se posaron sobre los suyos de forma brusca, intentando ser correspondido en un beso forzado del que ella trataba de escapar golpeando como podía. Todo eso estaba pasando en minutos que a ella le parecían horas, y de repente sin saber cómo, Héctor había desaparecido de encima y estaba levantándose del suelo. Todo el mundo gritaba sin coherencia.

—Eres un hijo... —decía Héctor abalanzándose sobre Nacho, que recibía un puñetazo en la cara.

—¿Pero qué hacías con ella, si estás conmigo? —preguntó Laura mientras se acercaba a Adriana con la mano levantada.

Toda la escena fue pasando a cámara lenta. Adriana se levantó para huir de la mano abierta que iba a chocar contra su cara; Nacho le devolvía el golpe a Héctor al tiempo que asimilaba las palabras que acababa de decir la que era su novia; Héctor se giraba para mirar a Laura con cara de pocos amigos al tiempo que recibía el puñetazo de Nacho. Después de que Laura agarrase por el pelo a Adriana, que intentaba defenderse como podía de las

uñas de la chica, Nacho fue a separarlas.

—¿Me puedes explicar qué es lo que acabas de decir? —preguntaba sangrando aún por el labio.

—Laura... —El tono amenazador de Héctor se escuchó mientras se levantaba del suelo.

—¡Cállate! —chilló—. ¿Has quedado con esta —señalaba a Adriana sin quitarle los ojos de encima al chico— después de lo de anoche?

—¿¿Qué?? ¡Explícame eso! —Nacho la había cogido del brazo sin darse cuenta.

—Tú no pintas nada en esta conversación —sentenció Héctor.

—No, tú te callas si no quieres que te vuelva a dar otra vez —dijo y señalando con un dedo a Laura añadió—: Y tú, dime de qué va todo esto.

—Cari. —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Fue un error, un error tremendo, te lo juro.

—¡Já! ¿Un error? ¿Llamas «un error» a pasarte meses montándotelo conmigo a espaldas de este pintamonas? —La sonrisita se le quitó del golpe que le dio Nacho en el estómago.

—¿Meses? ¿Meses? —Estaba enfurecido—. Esto —dijo señalando alternativamente a Laura y a él—, se ha acabado, sea lo que sea lo que hubiese. Y tú asqueroso gilipollas... —Se acercó a Héctor que estaba tendido en el sofá apretándose donde había recibido el golpe—. Como la vuelvas a poner un dedo encima, te mato.

—¿Ahora te preocupa eso? —replicó a media voz con la sonrisilla de suficiencia.

—A esta te la puedes quedar, digo a ella. —Agarró a Adriana del brazo, y la sacó a rastras del salón en dirección a la puerta.

Se escuchaba la discusión de los que se quedaban en el salón, reprochándose el haber dicho y hecho las cosas que acababan de suceder. En

la calle, sin una palabra, Nacho le puso el casco a Adriana, se subió a la moto, después ella, y condujo rápido, con giros bruscos hasta llegar a casa.

—¿No te ha parecido poco lo que ha pasado hoy como para que conduzcas como un loco? —Le dio un puñetazo lo más fuerte que pudo en el hombro y se giró corriendo hasta desaparecer tras la puerta de su casa.

Lo primero que hizo fue meterse bajo la ducha y frotar sin parar con gel para quitarse la sensación de asco del cuerpo. No había pasado nada, al menos nada grave, pero se sentía como si se hubiese bañado en un contenedor de basura. Se quedó quieta, debajo del chorro de agua caliente que le daba directamente en la cabeza. Al cabo de un rato cerró el grifo y se envolvió con su albornoz, sentándose y viendo cómo el vapor se iba moviendo por la estancia, silencioso, apaciguador.

Salió del baño, dejando toda su ropa tirada por el suelo, en dirección a su habitación. Cogió un pijama limpio y se lo puso. Se fijó en las marcas de las uñas que tenía en el hombro y una en la cara, parecían rasguños, aunque aún le escocían. A través del espejo vio el casco que no le había devuelto a Nacho. Tenía la certeza de que no tenía por qué haberle gritado, pero los nervios y la tensión de lo que habían vivido, sumado al hecho de cómo había conducido, había hecho que explotase. Seguía atónita ante lo que había pasado, cómo Héctor se había abalanzado, la pelea, las cosas que habían salido a la luz...

Bajó las escaleras y vio a sus abuelos con cara de preocupación a punto de hacer la cena. Sabían que había pasado algo por cómo había subido directamente a su habitación sin saludar, pero su preocupación creció cuando vieron los arañazos. Ella trató de calmar a sus abuelos y a su hermano que se había sumado a ver qué pasaba. Contó que haciendo el trabajo se habían empezado a pelear y esas eran las consecuencias. Sin parecer muy convencidos, trataron de dejar el tema zanjado, aunque se fijó en cómo todos la miraban de reojo, intentando averiguar si mentía o no.

Después de cenar, mientras estaban entretenidos, se puso los zapatos, cogió el abrigo, el casco y salió de casa procurando no hacer ruido. Llamó al timbre de sus vecinos pensando que era demasiado tarde para eso, pero Carmen abrió la puerta casi al instante. Hablaron brevemente, le ofreció algo de tomar y le dijo que su hijo estaba en la habitación. Subió cargada con una bandeja con la cena de Nacho y dos vasos de leche con colacao que aún hervían. Llamó a la puerta esperando contestación, pero no recibía respuesta alguna. Dejó la bandeja encima de una cómoda que había al lado de la habitación y volvió a llamar. Un «déjame en paz» salió de la habitación.

No sabía qué hacer, si entrar o volver a llamar, pero no quería que estuviese enfadado con ella, así que se arriesgó y abrió la puerta. Le encontró sin camiseta, con toda la ropa que había llevado ese día tirada en el suelo, y la miraba como si fuese lo único interesante de ese sitio. Cogió la bandeja que había dejado fuera y con un «hola» bajito cerró la puerta y entró en el cuarto del chico. Él, casi sin levantar la cabeza, respondió al saludo y siguió con sus pensamientos.

Dejó la bandeja sobre el escritorio, procurando que no se le cayese nada para no manchar la cantidad de papeles que había ahí, y se arrodilló delante de Nacho, poniéndole las manos sobre las rodillas.

—Lo siento. —Se disculpó ella mirándole a los ojos, esperando a que él le devolviese la mirada, pero no obtuvo respuesta. Se acercó más, levantó un poco la cabeza de él teniéndola entre sus manos y buscando su mirada, repitió lo mismo—: Lo siento.

La miraba sin verla, como si tuviera la mente en otro sitio, pero ella sabía que le prestaba atención. Como salido de un sueño, pestañeó varias veces y durante un segundo la miró horrorizado.

—¿Me estás pidiendo perdón? —La agarró la cara y se sentó junto a ella—. Soy yo el que debería pedirte perdón por no haber llegado antes, por

no haber podido evitar que... —Le cambió el semblante de tal manera que ella se asustó un poco. Sabía que estaba conteniendo la rabia que sentía, así que solo se le ocurrió abrazarle.

—No podías haber sabido nada, y no ha pasado nada. —Nacho le bajó un poco la camiseta contemplando el arañazo que le llegaba desde el cuello al hombro—. Eso no es nada. Es solo un rasguño, ni siquiera me duele. Tu labio está peor.

—¿Vas a...? —Se quedó esperando una respuesta, pero como ella no dijo nada, volvió a preguntar—. ¿Vas a denunciarle?

—No.

Él se levantó enfadado ante la respuesta sin titubeos de ella.

—¿Cómo que no? —Estaba de pie, mirándola mientras la ira se encendía en sus ojos—. Puedo pasar gran parte de lo que ha pasado hoy, pero no voy a permitir que un tío que ha intentado... —Se paró pensando la palabra que quería decir—: Forzarte, se salga con la suya.

—Nacho. —Él no la hacía caso, así que se levantó, le agarró del brazo y le obligó a sentarse junto a ella en la cama—. Escúchame. —Le volvió a agarrar la cara girándosela hasta que la miró—. No pueden hacer nada porque no ha pasado nada. ¿Lo entiendes?

—Sí...

—Tu madre me ha dado tu cena. —Intentó cambiar de tema.

Se tomó rápido el bocadillo y cuando terminó le tendió un vaso de colacao que aún estaba caliente.

—Siento lo que ha pasado. —Logró decir Adriana después de un rato en silencio.

—No tienes que sentirlo. —Se quedó pensando durante unos segundos en sus palabras—. Bueno, a ver... puedes sentir lo tuyo, no lo mío. Al fin y al cabo lo iba a haber dejado yo.

Estaban sentados en la cama, apoyados en la pared y ella le miraba apremiándole a que siguiese contando.

—Los meses que llevamos mal ya sé por qué son, y tú, y mañana probablemente todo este maldito pueblo. Nunca me imaginé que pudiese haber tenido algo con él —dijo esa última palabra con desprecio—. Con otros me lo podía haber imaginado, incluso lo pensé, pero a este siempre le ponía verde. De todas formas, no era ya por que las cosas no fuesen, lo que se dice, bien, pero yo lo quería dejar. Llevaba un tiempo pensando cómo hacerlo y esto me ha ayudado bastante. —Sonrió pero hizo una mueca de dolor por el corte que le había producido el puñetazo de Héctor.

—No sabía que quisieses dejarlo con ella, se os veía... muy bien. —Se sonrojó al decir eso.

—Era por otra persona.

Se callaron durante un rato, con la vista fija al frente, procurando no mirarse. Él sabía por quién iban esas últimas palabras, pero no quería decir nada más. Ella se había quedado muda, no quería comprender lo que estaba entendiendo por miedo a equivocarse. Los minutos se hicieron eternos cuando se volvieron a mirar. Los ojos de ambos brillaban al mirar al otro, una fuerza sobrenatural les empujaba lentamente y sin pausa hacia el otro, acortando poco a poco la distancia. Sus ritmos cardíacos se iban acelerando a cada centímetro que acortaban entre ellos.

De repente Adriana se paró, saliendo del momento de ensueño que estaban viviendo, rompiendo la magia de esos instantes mientras decía que era tarde y se tenía que ir. Le dio un fugaz beso en la mejilla, deteniéndose solo unas milésimas de segundo para disfrutar del instante. Cogiendo su abrigo salió despacio por la puerta, girándose para mirar al chico, que aún no se había movido de la cama.

Llegó a su casa sintiéndose estúpida por no haberle besado, pero a la vez, se

sentía aliviada de no haberlo hecho. Él era su amigo, un muy buen amigo, y no quería haber malinterpretado sus palabras, pero... ¿entonces por qué no lo había cortado él? Un millón de preguntas rondaban su cabeza y no podía dormir. Después de casi una hora tumbada en la cama con un centenar de pensamientos que no la dejaban conciliar el sueño, se levantó, cogió su ordenador y se puso a hacer el trabajo de Historia que tenía pendiente de entrega. Esa era la única forma que tuvo de sacar de su mente todo lo que le pasaba por la cabeza.

Había dormido muy poco y, cuando lo había hecho, había sido en una posición tan mala que le dolía todo el cuerpo, pero una parte de ella estaba contenta porque había logrado terminar todo el trabajo en una noche, lo que significaba no volver a tener que quedar con esas personas.

Todos los pensamientos que había logrado dejar apartados durante la noche le volvieron de golpe a la mente, dejándola aturdida durante el tiempo que tardó en lograr guardarlos en una caja en lo más profundo de su mente.

Nada más montarse en el autobús supo que ese día iba a ser uno de los peores desde que había empezado el instituto. Tenía esa extraña sensación que electriza la piel, que hace que el aire esté más cargado. Solamente con recordar las miradas de odio de Laura, el cómo se abalanzó sobre ella, sus arañazos, que buscaban herirla todo lo profundo que le fuese posible, supo que iba a hacerla la vida imposible hasta que se cansase.

No hizo falta mucho más para confirmar lo que ya sabía. Nada más puso un pie en la entrada del instituto, todas las miradas se posaron en ella. Las había de todo tipo, los que miraban con cara de pena por lo que se le avecinaba, los que miraban con cara de terror por saber con quién se había metido, los que se compadecían, y los que apoyaban la guerra que se le había declarado por algo que no había hecho.

Lo que ella tenía claro es que todo eso le iba a afectar lo menos posible, puesto que ella no había tenido nada que ver en las paranoias de Héctor, en que Laura pusiese los cuernos a Nacho, ni en que los dos chicos se hubiesen pegado. El problema era que muchos pensaban que sí, pero sabía que debía mantenerse fuerte y con los pensamientos claros, para que todo lo que estaba a punto de estallar no le diese de lleno, hiriéndola.

Los cuchicheos en las primeras clases pasaron a ser amenazas en un tiempo record. Mike, aunque sabía solo lo esencial de la historia, estaba preocupado y no la dejaba a solas ni un momento. Después del segundo descanso el chico volvió del baño con noticias de última hora que tenían todo y nada que ver con los chismorreos sobre ella. Le contó que se habían reunido por la mañana los profesores de Educación Física, los de los equipos de actividades extraescolares, el jefe de estudios y el director para hablar de los golpes en las caras de los chicos, y de los chismes de la pelea entre ellas. Al parecer hablaban de expulsiones aunque, por lo que le habían dicho a Mike, no podían porque no había sido en horario lectivo ni dentro del recinto. El grano de arena no se había hecho montaña, comenzaba a parecer una cordillera.

Al llegar a su sitio se encontró con Laura de frente, que la golpeó haciendo que tropezase y algunos la aplaudiesen mientras el resto permanecía en silencio. Una chica que se sentaba al lado se acercó corriendo para ayudarla.

—No tienes que hacer caso, es un chisme y tardan poco en cambiarlos por alguno nuevo —dijo la chica tendiéndola la mano.

—No me preocupa, fue ella la que se volvió loca y empezó a pegarme sin motivo —señaló Adriana.

—Si el motivo es don Nacho, es un motivo y muy grande —susurró—. Por cierto, soy Ana.

—Lo sé. —Sonrió mientras se sentaba en su sitio.

Su hermano la esperaba, solo, en la entrada del colegio con mala cara.

La saludó y fueron juntos hasta la parada del autobús en medio de un incómodo silencio que había inducido él. Paró un autobús en el que se subió la mayoría de la gente de la parada y se quedaron solos con la única compañía de una señora y su perro.

—Sé lo que pasó ayer. —Fue lo primero que dijo Juan.

—No sé qué sabes, pero seguro que no es cierto, así que mejor cállate. —No le había hablado así en mucho tiempo, pero no iba a consentir que los rumores del instituto hiciesen que su hermano se pusiese en contra suya, causando problemas en casa.

—No lo sé por medio del boca a boca ese que se ha formado en el instituto. —Eso dejó un poco impresionada a su hermana—. Lo sé por fuentes más fiables y sé que no fue cierto todo lo que contaste ayer en casa.

—Bueno, pues como son mis problemas, tienes la boca cerradita y tan contentos. —Él la miró de una forma que le pareció muy adulta para la edad que tenía, y por un momento se planteó el retirar lo que había dicho.

El resto de la semana no fue mejor que ese día. Siempre había alguien que la empujaba por algún motivo u otro, ya había dejado de ser la «pobre huerfanita» a ser la «rompe parejas» del instituto. ¿Qué le pasaba a aquella gente? Ahora había gente que se acercaba a hablarla casi a escondidas para darle su apoyo si quería ir a devolverle la paliza a Laura. ¿En serio se planteaban que quisiese ir a patearla el culo? No es que no lo hubiese pensado más de una vez, pero sabía que eso sería entrar en su juego. Ana, la compañera de clase que le ayudó el día que empezó todo el barullo, le comentó que en dos semanas se haría una fiesta, que allí habría algún problema y su tema dejaría de ser el más hablado por todos.

Al día siguiente eran las presentaciones de los trabajos de historia que se suponía que los grupos tenían que haber hecho. Las dos clases estaban en el salón de actos esperando a que cada grupo expusiese su trabajo. El momento

en el que llamaron al grupo de Adriana ninguno se levantó puesto que el trabajo había quedado incompleto. Desde sus respectivos asientos se miraron entre los cuatro a sabiendas que estaban suspensos, cuando sin previo aviso Adriana se levantó dejando a los otros tres componentes del grupo boquiabiertos. Enchufó su pendrive al ordenador para que el proyector fuese mostrando el PowerPoint, y a medida que iban pasando, iba narrando los acontecimientos.

Al terminar su exposición la profesora les comunicó que tendrían que verse todos al acabar la clase para hablar. Una vez se hubo vaciado el salón, la profesora les mandó acercarse a donde estaba, con el trabajo en CD y papel. Cuando les preguntó quién había hecho el trabajo, las respuestas fueron dispares, hasta que con una simple mirada de la profesora, Nacho empezó a relatar que lo habían dejado a medias. Nada más oír eso, les pidió que se colocasen en fila separados por una silla. Sacó papel y les dijo les iba a hacer un examen sobre los temas de su trabajo y que esa sería su nota. Ante la sorpresa de todos, les dictó rápidamente las preguntas, dándoles una hora para realizar la prueba.

Nada más terminar sonó la campana que anunciaba del final de las clases. Adriana recogió sus cosas, enfadada, y se fue directamente hacia la salida mientras Héctor y Laura discutían como nueva pareja que eran. A la salida vio a Mike con su novia «la tísica» y se despidió de él con un saludo de mano, yendo directa a la parada de autobús. Mientras esperaba sentada, la Honda azul se paró delante de ella tendiéndole un casco. El piloto la apremió a que se diese prisa y, segundos después, comenzó a moverse por la carretera con suaves giros en las curvas. Pasaron la entrada de su urbanización, siguiendo más adelante mientras veían pasar multitud de pequeños bosques hasta que, por fin, la moto giró por una salida y poco tiempo después pararon en un pequeño merendero.

Sobraban las palabras. Nacho sacó unos sándwiches de su mochila y unas latas de coca cola y se sentaron en una de las mesas a comer. Una parte de Adriana quería decir tantas cosas como la parte de él, pero ninguno de los dos se atrevía a abrir la boca.

Al principio el silencio empezó a ser incómodo para los dos, pero poco a poco la conversación fue surgiendo y con ella las sonrisas. Pasaron gran parte de la tarde dando una vuelta por aquel sitio escondido, remoto, lleno de árboles gigantes y sin personas cerca. Lo estaban disfrutando para ellos solos. Las sonrisas se volvieron risas cuando se sorprendieron persiguiéndose el uno al otro. Cuando empezó a oscurecer un poco, volvieron a montar en la moto en dirección a casa. A ambos les había sentado muy bien el haber estado sin reprimendas ni miradas acusadoras o problemas cerca. Habían sido ellos mismos durante unas horas, habían tenido tiempo para disfrutar, desinhibiéndose, descargando la tensión que habían acumulado los últimos días.

A medida que se acercaba la fiesta de Halloween de la que le había hablado Ana, Mike trataba de convencerla más. Incluso la propia Ana la animaba. Ambos habían llegado a la conclusión de que si se presentaba en el sitio, con una sonrisa de oreja a oreja, significaría que había ganado la guerra que le había declarado Laura, pero ella seguía creyendo que eso solo aumentaría la tensión. Los argumentos de los chicos cambiaban cada día, y cada vez que nombraban la fiesta algo en ella cambiaba, dándole ganas de ir, no por montar pelea, sino por pasárselo bien.

Mike y Ana habían hecho buenas migas, hablaban bastante. Ella tenía su grupo de amigos, pero pasaba algún tiempo con ellos, sobre todo en las clases. El día anterior a la fiesta, justo a la salida del instituto, Mike y Ana se habían confabulado para llevarla al centro comercial a comer para luego ir a

comprar. A pesar de sus reticencias acabó aceptando porque la estaban arrastrando por los pasillos.

Nada más terminar de comer se pusieron a mirar tiendas, probándose ropa, a pesar del aburrimiento que Mike estaba soportando. La última tienda en la que entraron no estaba dentro del centro comercial, era de segunda mano y había ropa aún con las etiquetas originales puestas, nueva o poco usada.

Salieron de ahí con un «mañana te recogemos, que no te pierdes Halloween». Aún con la sonrisa en la cara y con alguna bolsa en la mano llegó a casa. Hacía mucho tiempo que no se compraba algo, y eso la hacía sentir bien. Ana era simpática y se había portado muy bien con ella esas semanas, incluso la había convencido para comprarse algunas cosas que nunca hubiese pensado. Se suponía que la fiesta era de disfraces, estilo años setenta, como en la película de *Grease*, y todo lo relacionado lo habían encontrado en la tienda de segunda mano.

Capítulo 7

Había terminado de cardarse el pelo y de maquillarse cuando llamaron al timbre. Bajó corriendo, después de haber cogido el abrigo y sus cosas lo más rápido posible. Cerró la puerta con llave y vio a Mike con una especie de equipación de algún deporte de hace siglos. Ambos se rieron de sus pintas mientras subían al coche. Cuando llegaron, la casa donde se celebraba la fiesta estaba llena de gente que entraba y salía con vasos en las manos, todos disfrazados. Una mirada reprobatoria de la madre de Mike alertaba a los chicos de las consecuencias que habría si llegaban en mal estado a sus casas.

En el momento en el entraron por la puerta el reloj marcaba las once y media de la noche, y ya había gente que estaba a punto de no poder mantenerse en pie. Cuando algunos de los asistentes empezaron a mirarla y a cuchichear, Adriana comenzó a arrepentirse de haber ido. Su amigo se dio cuenta y la condujo hasta otra habitación. Allí había menos gente conocida, y tenían aspecto de ser mayores. Parecía una típica película americana con vasos de colores, y bebidas gratis, solo que aquí nada era gratis ni había vasos de colores. Allá donde mirasen la gente jugaba a juegos para emborracharse más y más.

Se fijó en Mike hablando con tanta gente y se sentía mal por estar ahí molestando, haciendo que él estuviese pendiente e intentase pasárselo bien. Fue a por algo de beber y se sentó en un enorme butacón que se acababa de quedar vacío. No habían pasado ni cinco minutos, cuando un grupo de chicos que no conocía se sentaron a su alrededor poniéndose a jugar a otro de los estúpidos juegos esos. Llamaron su atención, cuando, según ellos, era su turno.

Bebió un sorbo de su vaso en señal de que no iba a hacer ningún tipo de prueba y al resto les pareció bien. Poco a poco se fue sumando más gente y el pequeño círculo se había convertido en todo un espectáculo.

—Nunca hubiese pensado que te gustaría emborracharte así —comentó Mike sentándose a su lado.

—Es solo coca cola, no me arriesgaría a que tu madre me vetase la entrada a tu casa. —Le guiñó un ojo—. He visto a tu súper novia por ahí buscándote.

—Déjala que busque, a lo mejor se marea y se pierde. —Ese comentario extrañó a Adriana, pero entendió lo que quería decir—. A quién he visto yo es a la fabulosa pareja de boxeo profesional.

Y como si todo estuviese planeado en ese momento entraban por la puerta, vestidos a juego, agarrados de la mano y saludando como si fuesen los reyes de la fiesta. Héctor, a pesar de su falsa sonrisa no estaba a gusto con tanta caricia pública, él siempre había sido un «machito rompecorazones» y, al parecer, a ella le gustaba mostrar a su nueva mascota. Tardaron poco en separarse, pero se veía cómo ella no le quitaba el ojo de encima.

Ante el panorama que se avecinaba Mike y Adriana decidieron salir de la habitación de los horrores. De camino se encontraron con «la tísica» y, entre risas, huyeron escaleras arriba. De quien fuese la casa había hecho muy mal en dejar que todo el mundo corretease por donde quisiese porque el suelo estaba pegajoso, las alfombras manchadas y ya había cristales de un jarrón esparcidos por el suelo. Volvieron a bajar cuando vieron que todo estaba despejado.

La casa era bastante grande y no tendrían por qué toparse con nadie que no quisiesen. Encontraron otro sofá en el que sentarse observando a la gente que jugaba al Sing-Star sin apenas poder entonar. Un poco más lejos otros jugaban a «la botella», a la «oca alcohólica» y juegos del estilo. Risas, llantos, gritos y

música, todo se mezclaba en una atmósfera que se llenaba poco a poco de humo y diversos olores.

En apenas unos minutos todo empezó a desmadrarse. Unos gritos empezaron a subir de tono gradualmente hasta que llegaron a ser los más oídos. Mucha gente empezó a andar en esa dirección para ver qué pasaba. La música había dejado de sonar y alguien empezó a pasar el rumor de que habían llamado a la policía, por lo que la mayoría de los asistentes recogieron sus cosas lo más rápido posible e intentaron salir por la puerta. Mientras, los gritos seguían en aumento, y los que habían estado cotilleando se apartaban atropelladamente. Varios cuerpos pasaron entre la multitud lanzando golpes o intentando defenderse. Alguien tiró del brazo de Adriana y la arrastró hacia la puerta. No podía ver quién era, había muchos que estaban interesados en saber qué ocurría y empujaban en dirección contraria.

Cuando por fin llegó a la calle apareció Mike corriendo y preguntándola por qué no había salido detrás de él. «¿Detrás? ¿No ha sido él quien me ha ayudado a salir?». Estaba confusa mirando a ver si encontraba la mano amiga que la había ayudado a escapar del caos, pero no reconocía a nadie. Se frotó el brazo sabiendo que le saldrían moratones al día siguiente mientras seguía a su amigo en dirección a la parada de autobús más cercana.

Aún no sabían nada de lo que había pasado, por el camino iban escuchando las teorías de la gente que se escondía de las calles principales huyendo de la posible aparición de la policía. Durante todo el camino Mike insistía en que se quedase en su casa, que había sitio de sobra, pero como ella no daba su brazo a torcer acabó acompañándola a la suya. Nada más bajarse vieron cómo se acercaba el autobús del sentido contrario, así que se despidieron rápidamente para que Mike no tuviera que esperar.

Tal y como Ana había predicho, nuevos rumores circulaban por el instituto y cualquier cosa que hubiese sucedido antes quedaba encerrada en el baúl de los

recuerdos. Poder volver al anonimato inicial de «huérfana» le parecía mil veces mejor que ser la «rompe parejas» oficial del instituto. Las miradas acusadoras, los dedos que no paraban de señalarla, todo había cambiado y volvía a ser ignorada. Ese mismo día les dejaron salir antes puesto que el profesor había enfermado y no tenían un sustituto que les diese clases, así que salió de clase dispuesta a comer un bocadillo e ir a la biblioteca a adelantar todo el trabajo posible.

Llevaba media tarde sentada cuando se levantó a tomarse un refresco antes de seguir con lo que estaba haciendo.

—Mira que las chicas sois lentas, en la fiesta del otro día casi te pegan y hoy solo consigues que la cola para coger algo de la máquina aumente. —Se quedó helada al oír esas palabras. ¿Quién era tan maleducado como para decir algo así?

Se giró y se encontró frente a frente con un chico al que no había visto en su vida. Él sonreía de esa manera de suficiencia que ponen los hombres cuando saben que tienen razón en algo. Sus ojos la miraban intensamente esperando una respuesta.

—Lo siento, ¿te conozco? —dijo ella observando su cara.

—Creo que no, al menos formalmente, pero te reconocería en cualquier lado. —Durante unos segundos la miró a los ojos sin pestañear—. Te ayudé a salir de esa fiesta.

—¡Ah! ¡Fuiste tú! Gracias. —Salió directa hacia la sala de estudio sin esperar nada más.

Una vez dentro, se puso los cascos y volvió a concentrarse en sus tareas, sin darse cuenta de que alguien se sentaba a su lado. Toda la mesa se empezó a llenar de libros y papeles, dejándola poco espacio. Fue en ese momento cuando se giró, quitándose los auriculares, para decirle a la persona que tenía al lado que la mesa era para dos, cuando vio al chico de la máquina

de refrescos.

—Lo siento, necesito bastante espacio para todos los libros —susurró con indiferencia—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—No lo puedo evitar, así que pregunta.

—¿Normalmente eres así de borde o es porque no te gusta hablar con desconocidos? —Ahí la había pillado.

Se fijó en los papeles de la mesa mientras pensaba la respuesta, y se dio cuenta que el chico tenía que ser universitario por los libros que tenía.

—Suelo serlo con personas que te ayudan a no quedar atrapada en medio de una pelea, luego desaparecen y reaparecen pidiendo explicaciones. —El muchacho se quedó un poco perplejo ante las palabras de ella, pero aun así sonrió.

Cada uno volvió a sus quehaceres sin dejar de pensar en la cortísima conversación que habían tenido y con ganas de seguir hablando, el problema era que ninguno se atrevía a hacerlo. Cuando ya había anochecido, Adriana recogió sus cosas para volver a casa a terminar lo poco que le quedaba ya que no quedaba mucho tiempo para los exámenes de final de trimestre. Una vez en la puerta alguien la llamó con toquecitos en el hombro, haciendo que se girase para encontrarse de frente con el chico de la máquina de refrescos.

—Perdona, es que no sé tu nombre y no quería que te olvidases de esto. —Le tendió la agenda de clase en la que tenía todo apuntado.

—Gracias... otra vez. —Se sonrojó.

—¿Me lo dirás?

—¿El qué? —respondió confusa.

—Tu nombre.

—Adriana. —Sonrió sintiéndose un poco tonta por la extraña situación—. ¿Y el tuyo?

—Pablo, encantado. —Su sonrisa le llegaba de oreja a oreja—. Por

cierto, algún día... esto, ¿te gustaría tomar algo? Es algo que me debes por salvarte de una panda de niñatos con ganas de pegarse. —El comentario la hizo sonreír pensando en lo absurdo que parecía aquello.

—Ya veremos, si nos volvemos a ver, puede. Me tengo que ir, que pierdo el autobús. —Se despidió haciendo un gesto con la mano mientras andaba lo más rápido posible.

Llegó a casa todavía preguntándose qué era lo que había pasado con Pablo. El chico era un poco bocazas, pero al menos se había dado cuenta de que al hablar con él no la juzgaba como lo hacían sus compañeros de clase. Quizás fuese porque era universitario, quizás porque aún no sabía todos los chismorreos. Aun así se fue a la cama con la sensación de que podía caer bien a la gente si dejaban de lado los prejuicios o no se enteraban de lo que pasaba a su alrededor.

Durante esa semana algo había cambiado, no estaba segura de qué era, pero podía notarlo. Era una sensación, un presentimiento, un no sé qué. Puede ser que lo notase durante los descansos de clase. Mike y ella ya no estaban solos, se les había unido más gente. Seguían sin hablar con ella con naturalidad, pero notaba el cambio. Incluso Nacho se apuntaba a veces.

De vez en cuando, Adriana se daba cuenta de que se le quedaba mirando y se ruborizaba ante la idea de que alguien pudiese haberlo notado. Sabía que los momentos con él eran únicos, y que esa conexión que sentía al estar cerca suyo la mareaba, dejándola aturdida porque aún no sabía qué era, no podía definirlo. Solo sabía que era algo que desde hacía años había mantenido en lo más profundo de su corazón. La promesa. Esa promesa tonta de final de verano que tenía grabada a fuego.

El viernes, a la salida de clase, cuando estaba llegando a la parada del autobús, alguien empezó a llamarla pero no encontraba ninguna cara conocida,

así que siguió caminando hasta que alguien tocó su hombro. Pablo, el chico de la biblioteca, estaba ahí de pie. No se había fijado bien en él hasta ese instante. Unos grandes ojos marrones, alto pero sin serlo demasiado, iba forrado de capas de abrigo, pero aun así le notaba musculoso. Era ese tipo de chico al que ninguna chica podría quitarle el ojo de encima.

—Te estaba esperando, pero me he liado hablando con unos colegas y he dejado de prestar atención, por eso no te he visto hasta ahora. —Él la miraba de esa forma que parecía que no hubiese nadie más alrededor.

—Hola —contestó sorprendida aún—. ¿Cómo sabías dónde estudio?

—Lo miré en tu agenda, pero no quería parecer un acosador... — Sonrió tratando de quitarle importancia al asunto.

—Parecerlo lo pareces, pero bueno, supongo que tampoco has hecho nada malo —dijo mientras volvía a andar hasta la parada para no perder el autobús.

—¿Quieres comer? —Paró un segundo para pensar en la frase—. Me refiero a si tienes hambre y te apetece comer conmigo. —Eso la dejó un poco descolocada puesto que no se esperaba esa proposición—. No tienes por qué decir que sí —siguió él—, pero como me dijiste que quizás si nos volvíamos a ver te tomarías algo conmigo...

—Ehhh... El problema es que no te conozco, Pablo, y esto es un poco raro para mí. —Quería ser amable, pero no sabía cómo rechazar la oferta sin que el chico se sintiese ofendido.

—Mira, tengo una idea. —Empezó él haciendo caso omiso a las palabras que ella había pronunciado antes—. Qué tal si vamos a la misma cafetería a tomarnos un sándwich o algo y nos volvemos a encontrar por casualidad para que me pueda sentar en la misma mesa que tú y que hablemos un rato, ¿te parece?

—Pero... —Tenía comida en casa sin necesidad de pagar y aun así

seguía sin apetecerle mucho.

—Por favor...

Acabó aceptando pero con la única condición de que solo tenía dos horas para volver a casa porque tenía un compromiso familiar. Era una mentirijilla piadosa, pero no se sentía del todo cómoda con esa situación. Eligieron el bar de enfrente del instituto ya que era barato y no tenían que irse demasiado lejos. Pablo no paró de hablar sobre la universidad, sobre que volvía a pasar algunos fines de semana ahí. De vez en cuando la preguntaba cosas, y estaba interesado en saber de ella, pero aun así hablaba más de lo que pretendía. Le explicó el porqué de que la ayudase a salir de la fiesta y le contó que la había visto perdida esperando a salir de allí sin lograr encontrar la salida. Cuando terminaron de hablar se ofreció a llevarla en coche a casa pero declinó la oferta con rapidez.

La casa estaba vacía cuando llegó. Al parecer, esa noche estaría sola según la nota que sus abuelos le habían dejado diciendo que se iban a cenar y que su hermano dormiría en casa de un amigo. Juan había mejorado mucho su actitud desde que habían llegado, estaba más hablador y comunicativo, y no le había costado hacer amigos a pesar de las habladurías de todo el mundo. Volvía a ser él, al menos todo lo él que podría ser sabiendo que había perdido a sus padres.

Una sonrisa se dibujó en su cara al pensar en su feliz hermano pequeño, con sus miradas recriminadoras cuando ella se ponía a la defensiva y se encerraba en su mundo de penas. Sabía que ahora la tocaba a ella cambiar, dejar sus penas lo más atrás posible, olvidar sin olvidar. Como otros decían, pasar página. Pero ¿cómo se pasa página completamente cuando las personas que te dieron la vida han dejado de existir? La sonrisa se le desdibujó al pensar en ello, pero a la vez sabía que al estar encerrada en ese mundo no avanzaría. Mirando la foto de familia que tenía en la habitación se prometió a sí misma

que tenía que dejar esa actitud a un lado, dejar de comportarse como una niña y empezar a vivir su vida. Ese pensamiento iba acompañado de algunas lágrimas rebeldes que se le iban escapando.

El timbre sonó y la sobresaltó mientras leía un libro. Al abrir la puerta no se esperaba que el que estaba en frente de ella hubiese aparecido por su casa. Víctor la miraba sonriente.

—¡Hola! —exclamó a la vez que ella le saludaba—. Tus abuelos me han dicho que estabas sola en casa y he pensado que te podrías venir a cenar con nosotros.

—Bueno, no quiero molestar a nadie, iba a cenar algo aquí. —No quería ser descortés, pero «nosotros» seguro que significaba ir con su prometida y no quería ser una carga.

—Buah, no molestas, a parte te lo pasarás bien. —Le guiñó un ojo a la vez que añadía—: Te esperamos en media hora en la puerta.

Se despidió y se marchó dejándola aún con la palabra en la boca, así que decidió ir a cambiarse. Cuando salió a la calle la temperatura había bajado considerablemente, así que corrió al coche que ya estaba en marcha frente la casa de sus vecinos y se subió en la parte de atrás. Se pusieron en marcha en dirección contraria al pueblo. Debería haber llamado a sus abuelos para contarles que se iba a cenar, y parecieron leerla el pensamiento porque Claudia estaba sacando el móvil mientras marcaba el número y esperaba respuesta.

Víctor hablaba muy animadamente del sitio al que iban a ir, que se lo había recomendado un amigo. Y no tardaron en llegar. El lugar en el que estaban era bonito, pequeño, pero con ese ambiente especial. Aparcaron el coche y fueron andando hasta un restaurante cerca del río. Estaba lleno de gente y cuando se acercaron a la mesa vieron que ya estaba ocupada. Nacho esperaba ahí sentado, mirando su móvil y sin prestar atención a lo que ocurría a su

alrededor.

Levantó la mirada justo cuando se acercaron a saludarle. Su expresión lo decía todo. Se había quedado boquiabierto al ver aparecer detrás de su futura cuñada a Adriana. Aún estaba un poco atónito cuando comenzaron a hablar del local en el que estaban. Se había dado cuenta de que ella también estaba colorada. Ambos tenían la sensación de que todo lo que estaba pasando allí era una encerrona. Cinco minutos después de sentarse y de que les tomaran nota para las bebidas, un grupo empezó a tocar en el pequeño escenario al fondo de la sala. Adriana no se sentía muy cómoda en esa situación ya que los últimos acontecimientos con Nacho la habían hecho pensar más de la cuenta.

La cena estuvo animada, hablando de los planes para la luna de miel, de lo que harían después. No era aún muy tarde cuando decidieron volver a casa. Nacho había ido en moto, y le ofreció a Adriana llevarla, haciendo que Claudia saltase diciendo que la chica no iría en moto con el frío que estaba haciendo. Llegaron a la vez, pero Víctor y Claudia continuaron después de dejar a Adriana.

Antes de que abriese la puerta, Nacho llegó corriendo ofreciéndola ver una película ya que seguía siendo pronto. Sin pensárselo dos veces le siguió hasta su casa. No había nadie así que fueron al salón donde tardaron un rato en decidirse por el DVD más adecuado. Se decantaron por uno que tenía buenas críticas en internet. Media hora después de que esta empezase, él empezó a reírse tanto que tuvieron que parar la película.

—¿Qué pasa? —preguntó ella divertida ante la reacción de su vecino.

—Es que es tan mala que no me estoy enterando de nada —respondió aun riéndose—. Aunque admiro tu inteligencia.

—No quería decirte nada, pero... yo tampoco me estaba enterando. Me daba vergüenza decírtelo. —Se sonrojó a la vez que una sonrisa tímida asomaba por la comisura de sus labios. Ambos rieron.

—Entonces ya no admiro tanto tu inteligencia... —Dejó caer poniéndose lo más serio que pudo.

—¡Oye!

—Tus quejas no harán que cambie de opinión. —Quitó el DVD y se volvió a sentar notablemente más serio que cuando bromeaban. Parecía que quería comentar algo pero que no sabía cómo hacerlo. Justo en el momento en el que encontró la valentía suficiente, el móvil de Adriana empezó a sonar. Sorprendida por la hora que era abrió el mensaje—. ¿Quién te escribe?

—Un chico que conocí el otro día en la biblioteca —respondió ella mientras escribía por el móvil—. Fue un poco raro —añadió mientras miraba a su amigo—, resulta que fue él quien me ayudó a salir de la fiesta de Halloween cuando se estaban peleando. Y hoy me ha invitado a comer. —Sonrió un poco, sin darse cuenta de la cara que estaba poniendo él mientras le contaba todo.

—¿Eras tú quien estaba comiendo con Pablo en el bar de enfrente del instituto? —comentó en un tono más brusco de lo que había pretendido ser en un principio.

—Sí, ¿por qué? —La pregunta tan inocente que acababa de hacer casi le descoloca la gran cantidad de pensamientos que estaba teniendo, pero logró recomponerse.

—Aléjate de él, y no es broma.

—¿Pero qué estás diciendo? —Sorprendida se sentó frente a él para intentar aclarar lo que le acababa de decir.

—Solo te digo que pares lo que quiera que esté habiendo entre vosotros, no es un tipo del que te puedas fiar. —Estaba siendo lo más sincero posible—. Hay demasiados rumores por ahí correteando sobre él.

—De verdad, no me puedo creer que justo seas tú quien me está diciendo estas cosas. —Se levantó del sofá—. Estoy muy harta de los rumores

de este maldito sitio porque en su mayoría son mentiras o intentos de fastidiar a gente que no conocen.

Se había enfadado, pero porque ella había vivido la horrible sensación de ser juzgada, y no solo porque fuese huérfana, sino porque habían empezado a correr rumores acerca de que ella había sido la causa de la ruptura entre Nacho y Laura. Estaba harta de que la gente comentase cosas porque no tenían nada más jugoso con lo que chismorrear.

—Adri, en serio, no me estoy inventando nada. —Entendía su enfado, pero sabía que aquí sí que había cosas ciertas—. Pregúntale a Mike, él sabe algunas cosas. Lo han comentado mucho en los vestuarios.

—El dúo de la salvación ya está aquí, por supuesto. —Se fue hasta la puerta de entrada mientras Nacho intentaba impedirle el paso para que entrase en razón—. No me puedo creer que todos penséis que soy tan débil o tan tonta como para no darme cuenta de las cosas.

Se zafó del intento de Nacho por sujetarla y corrió hacia su casa dejando al chico con un «espera» en la boca. En cuanto la vio entrar en casa, lo primero que hizo fue escribir a Mike para contarle la situación. Era tarde, pero quería que él se enterase por estos medios antes que por otros. Sabía que ellos dos eran uña y carne, y ella le escucharía.

Llegó echa una furia a su habitación. ¿En serio le había montado una escenita de celos? No entendía cómo había sucedido todo. Lo que más le había molestado, a parte del tema de los rumores, es que justo Nacho hubiese tenido que recriminarla nada. No eran nada y no entendía el rollo novio celoso que se traía muchas veces con ella.

Tan pronto como pudo se metió en la cama deseando que el día acabase lo antes posible. No podía dormir porque tenía la cabeza llena de pensamientos controvertidos. Primero había averiguado que se sentía atraída por Nacho, y

ya era un paso confesarlo, pero no había visto que el chico le diese señales claras, y si lo había hecho, no se había dado cuenta. Pero una parte de ella, le decía que se alejase de él, que siguiese su camino. La parte grande, por el contrario, le decía que le pidiese perdón, que se arriesgase. Desechó todos los pensamientos intentando ser fría. No tenía que tomar ninguna decisión, eso lo sabía, pero ¿por qué sentía que sí que tenía que hacerlo? Poco a poco, mientras el enfado iba desapareciendo ella lo hacía a su vez en el mundo de los sueños.

Durante un tiempo le dio la sensación que las pesadillas habían desaparecido, pero esa noche parecía que las hubiese dejado salir de la jaula en la que estaban recluidas. Daba vueltas por la cama intentando salir de donde Morfeo, quien en un intento cruel de asustarla, la había dejado atrapada.

A las seis de la mañana consiguió zafarse de todos esos sueños. Su cama estaba completamente deshecha, los escalofríos no paraban de subirle como serpientes por la espalda y se levantó para comprobar que la ventana estaba cerrada. Al verse en el espejo casi no se reconoció, con el pelo revuelto, grandes ojeras y la piel más pálida de lo normal.

Capítulo 8

Y así empezó diciembre, con treinta y nueve de fiebre y en cama. Al ver que no se levantaba, su abuela apareció en su habitación preocupada. No hizo falta mucho para darse cuenta de que su nieta estaba enferma. Pasó gran parte del fin de semana en la cama, y cuando no estaba ahí estaba en el sofá bajo una montaña de mantas dejándose mimar por sus abuelos. El domingo por la tarde la fiebre había casi desaparecido, por lo que intentó estudiar para los exámenes que se le venían encima. Solo deseaba que ese horrible periodo terminase pronto.

Antes de irse a dormir pensó en que no había tenido noticias de ninguno de sus amigos ese fin de semana. Al pasar su hermano de camino a su habitación le llamó para preguntarle, ya que se llevaba tan bien con Nacho. Él la miró un poco extrañado ante la pregunta y le dijo que le había visto ayer con Mike cerca de la plaza del ayuntamiento. El alma se le calló a los pies en ese preciso momento. ¿Qué tenían que hablar ellos dos? ¿Era por lo de Pablo? Se estaba volviendo paranoica y lo sabía, pero no entendía por qué no había tenido ninguna noticia, ni siquiera de Mike. ¿Estaría él también enfadado?

Aunque la fiebre había desaparecido y se encontraba mejor, su mala cara no había mejorado demasiado. Bajó al instituto forrada hasta las cejas y, a pesar de su reticencia, con maquillaje para mejorar su aspecto. Nada más llegar Mike la esperaba a la entrada con una gran sonrisa. «Sin duda soy yo la trastornada», se dijo para sí misma. De camino a clase le dijo que nadie le había dicho que estaba enferma, que si no hubiese ido a verla sin ninguna

duda. Y sabía que su preocupación era real y no fingida. Decidió no darle mayor importancia al tema. Al final del día quedaron para estudiar en casa de ella, así que nada más salir de clase se fueron directos a plantar los codos en la mesa.

Y así pasaron dos semanas. Sus abuelos les habían dejado solos el puente para hacer su esperado viaje, y el resto del tiempo lo pasó igual. Estudiando, haciendo exámenes, estudiando, haciendo exámenes, estudiando... Hasta que, por fin y para alivio de todos, acabó la tortura. Aunque los profesores no fueron más indulgentes con ellos, y la cantidad de trabajo para casa seguía siendo la misma. Para su sorpresa, durante esas dos semanas no había cruzado casi palabra con Nacho, y eso que vivían al lado. La mayoría de la gente de clase iba a ir a celebrar el fin de exámenes, un miércoles, a casa de una chica que decía tener la casa sola.

A la salida, de camino al autobús se sorprendió al ver a Pablo en la entrada charlando con un grupo de gente y fue directo a saludarla. No habían hablado desde el mensaje, pero a él pareció no importarle y le dijo de ir esa tarde a tomar algo por el centro. Aceptó la invitación y quedaron de verse más tarde.

Justo al bajarse del autobús vio la moto de Nacho entrando por la urbanización. Quiso acercarse a él a preguntarle por sus exámenes, pero tuvo la sensación de que la evitaba al verle entrar rápido en su casa. Seguía sin entender su enfado, pero a lo mejor debía de ir ella a pedirle perdón (por algo que no consideraba haber hecho mal).

A veces es necesario dar el brazo a torcer por contentar a otras personas, así que fue directa a casa de su vecino, pero en el momento de ir a llamar al timbre algo la hizo quedarse petrificada. No sabía qué era, pero no podía llamar, no sabía qué decir. Rápidamente, y esperando no haber sido vista, dio

media vuelta y se fue a casa. Toda ella no paraba de decirse que lo estaba haciendo mal, que a pesar de todo era su amigo y que tenía que hacer lo posible por solucionar las cosas con él.

Al terminar de ducharse le mandó un mensaje a Mike para ver si podían quedar un rato ya que con los exámenes apenas habían tenido tiempo de hablar de otra cosa que no fuesen estudios. Estuvo esperando tanto tiempo que casi se le hizo la hora de salir para ver a Pablo. El autobús la dejó casi en frente de donde él la había dicho. La verdad es que conocía poco aquel sitio al que se había mudado. Sus amistades eran escasas y apenas salía, aunque tampoco se sentía apenada por ello.

Ya no decía «la casa de mis abuelos», sino que la tomaba como suya. Su cambio de actitud había sido muy grande, no tanto como el de Juan, pero sí lo suficiente como para empezar a apreciar muchas cosas que antes no, como la sonrisa conciliadora de su abuela, la risa desternillante de su hermano, o a su abuelo concentrado haciendo crucigramas en el sofá y preguntando por la existencia de palabras inventadas. Todo eso la hacía sonreír porque esa era ahora su nueva vida, y ellos llenaban parte del gran vacío que aún sentía en su interior.

Llegó al sitio y vio que era una especie de centro comercial, bastante alejado del centro, con pequeños bares, restaurantes y tiendas. Le sonaba haber oído hablar de él, aunque era la primera vez que iba. Su nuevo amigo llegó pocos minutos después en el coche, y con gran confianza en sí mismo le pasó el brazo por los hombros a Adriana después de saludarla y la condujo hasta un bar que había cerca. El sitio estaba bastante lleno de gente joven. Se sentaron en un sitio y después de pedir algo para tomar se pusieron a hablar, o mejor dicho, él no callaba. No se había dado cuenta de lo mucho que Pablo hablaba. Ella apenas había pronunciado palabra y él tampoco había

preguntado nada. Contaba mil batallitas de la universidad, de su tiempo en el instituto...

De vez en cuando la camarera le traía una nueva cerveza o alguien les interrumpía para saludar a su amigo. Al volver del baño se encontró que la mesa estaba llena de gente desconocida que no paraban de hablar. Cuando llegó le dijo que se tenía que ir, que la habían llamado y que la esperaban en casa. Él bastante indignado le dijo que se quedara un ratito más, que luego la acercaría a casa. Un poco a regañadientes aceptó y se sentó mientras los amigos de Pablo hablaban con él y la preguntaban.

Se le heló la sangre cuando escuchó cómo susurrándole al oído Pablo la llamó «nena». La forma de decirlo le recordó mucho a Héctor, no sabía por qué, pero no le gustó esa sensación. Pablo solo le dijo que si quería la llevaba a casa, que no le importaba. Le agradeció el gesto pero al final lo rechazó visto el gran número de cervezas que se había tomado. A él pareció no importarle mucho, así que después de despedirse se fue.

Era más tarde de lo que había pensado cuando cogió el autobús de vuelta a casa. Al llegar se encontró solo con su abuela en el sofá, viendo la tele. Se disculpó mientras entraba a la cocina a por su cena y, con una bandeja se lo llevaba al salón. Al principio ambas estuvieron calladas viendo la televisión, pero su abuela apagó el sonido y le dijo a su nieta:

—Estoy contenta de verte así. —Parecía abrumada, como si llevase un tiempo pensando las palabras, por lo que Adriana se quedó callada esperando a que dijese algo más—. Hemos pasado un duro golpe, y sé que no ha sido fácil para ti venir a vivir aquí, adaptarte a otro sitio, a estar sin ellos... Pero —dudaba si seguir—, he visto que últimamente estás más contenta, sonríes más, hija, y eso me hace sonreír a mí.

—Abuela —dijo Adriana acercándose a ella y dándole un abrazo—, no digas esas cosas que haces que se me salten las lágrimas. Sé que no he sido

la persona más amable del mundo estos meses, y menos al principio, pero te prometo que últimamente estoy haciendo más esfuerzos, que no quiero culpar al mundo de todo, y, quería decirlos al abuelo y a ti que me alegro de estar aquí, a pesar de las circunstancias —añadió con una leve sonrisa—. Y, que os quiero.

Eso fue suficiente para que a su abuela se le saltasen las lágrimas. Era la conversación más íntima que habían tenido, y eso que llevaban varios meses viviendo juntas. Estuvieron un rato más hablando hasta que vieron la hora. Al llegar a su cama, Adriana sintió cómo gran parte del peso que le oprimía el pecho se había esfumado. Necesitaba a su familia, pero ella se había obsesionado en pensar que esa familia solo podrían ser sus padres. Estaba muy equivocada, y ahora lo sabía.

Dos días después era el último día de clases del trimestre. A pesar de la creencia de todos de que no darían clase, las tuvieron, y los profesores no se cortaron a la hora de dejar tareas para las vacaciones. A última hora les entregaron el pequeño boletín con las notas. El nerviosismo general se apoderó de la clase y de los pasillos, con gente dando grititos de alegría, otros asombrados y algún que otro sollozo. Pero en general la alegría por el fin de clases inundaba los pasillos de gente haciendo planes para las navidades. Mike y ella salieron juntos y se fueron a comer para celebrarlo. Hasta pasada la media tarde estuvieron solos, y poco a poco se les fue uniendo gente.

Cuando se quedaron un poco apartadas del resto, Ana le dijo si no le importaba que quedasen al día siguiente para hacer unas compras de navidad, así que aceptó. Por la tarde del día siguiente se vieron en el centro comercial para empezar la búsqueda de regalos navideños, y al final acabaron con varias bolsas, aunque su idea principal no había sido comprar tantas cosas. Cuando

terminaron se sentaron a tomar algo en una pequeña yogurtería.

—Bueno, ¡no me has dicho nada, Adri! ¿Qué tal fueron las notas? — preguntó Ana nada más sentarse—. Las mías nada mal, todo aprobado pero muuuy raspado, ya sabes.

—Pues ojalá me hubiese ido tan bien como a ti... He suspendido inglés, mates e historia. Aunque ya sabes el porqué del suspenso de historia. —Se miraron con complicidad antes de echarse a reír.

—Bueno, en dos de ellas te puede ayudar Nacho, se le da bien el inglés y a parte está en ciencias. —Al decir esto se fijó en la cara que ponía Adriana—. Aunque por la cara que pones veo que no tienes muchas ganas... Pero si es por toda la historia con...

—No, no es por eso. —Cortó rápidamente dejándola con la palabra en la boca—. No sé. Últimamente las cosas con él están algo tensas.

—¿Por qué os gustáis? —Lo dijo sin pensar, con tal sinceridad e inocencia que dejó paralizada a Adriana—. Bueno, a ver, no me mires así, es que ya sabes que las chicas tenemos un sexto sentido.

—Ana, no nos gustamos, eso te lo puedo asegurar, es solo mi amigo. —«¿Estoy siendo sincera?» se preguntaba mientras decía eso—. Es que el último día que quedamos discutimos y bueno, pues eso.

—No voy a decir nada a nadie de lo que hablamos, así que no tienes por qué decirme nada, pero si quieres o necesitas hablar, conmigo puedes. —Sonrió dulcemente y le dio un pequeño apretón en la mano a su amiga para infundirle ánimo en su decisión.

—Está bien... —Consiguió sacarle una sonrisa a Ana de oreja a oreja que denotaba su interés por el tema—. El día de la fiesta... —Y así comenzó a relatarle toda la historia con Pablo y el por qué no entendía el enfado de su vecino.

—¡Vaya percal! Lo que está claro es que les gustas a los dos.

—¡Y dale! Que no digas eso. —Rio Adriana.

—Bueno, tú piensa lo que quieras, yo te doy mi punto de vista. —Hizo un parón breve para ver si tenía algo que decir al respecto y prosiguió con su explicación—. A Pablo le gustas, sinceramente no sé qué quiso decir Nacho con lo de que tuvieses cuidado, yo no le conozco de nada, ni he oído nada, que si me entero te digo. Y Nacho lo que tiene son celos. Peeero... —dijo en tono misterioso— habla con Mike.

—¿Por qué con Mike? —inquirió curiosa.

—Primero porque Nacho te dijo que le preguntases a Mike, y segundo porque se llevan muy bien, salen juntos bastantes veces.

Dejaron el tema a un lado aunque en la cabeza de Adriana seguían resonando las palabras de Ana «se llevan muy bien, salen juntos bastantes veces». Lo de que se llevaban bien lo sabía, pero no que fuese una amistad tan grande como para que se vieses tanto como le había dado a entender Ana.

—¿Puedo serte cien por cien sincera? —preguntó Ana cuando se terminó su yogur. Ante el asentimiento de su amiga siguió hablando—. Realmente no te dije que vinieras conmigo hoy solo por las compras, es que... quería decirte algo. Puede que te suene raro o puede que no, o puede que ya lo supieras, pero...

—¡Arranca que me estás poniendo nerviosa! —exclamó sonriendo.

—Me gusta Mike. —Tal cual, rotunda. Se puso roja al decirlo en alto—. No pareces sorprendida, ¿por qué no dices nada?

—Estoy sorprendida —comentó remarcando el «estoy»—. Aunque no tanto como me esperaba. Mike es muy guapo, pero que muy guapo, no lo niego.

—¿Verdaaad? —Se le iluminaban los ojos—. No sé cómo ha sido, pero el otro día, al llegar a casa pensé en escribirle porque hablamos mucho, como ya sabes, pero de repente me puse a pensar demasiado en las palabras que quería ponerle. Me vi a mi misma mirándole en clase, sonriendo por

estupideces, y... me di cuenta. —Sonriendo mientras decía esto se fijó en que su amiga hacía lo mismo—. Te confieso que al principio pensé que eráis pareja, siempre juntos, abrazándoos, y esas cosas. Pero me fijé mejor cuando os conocí mejor a ambos y, no sé... se apreciaban diferencias.

—Mike es mi mejor amigo, ha sido la persona que más apoyo me ha dado en mi vida, y él no tuvo prejuicios en hablar con «la pobre huerfanita». —Se dio cuenta cómo Ana se sonrojaba de la vergüenza ante esas palabras—. Siempre ha estado ahí, y le conozco solo desde que empezamos el curso, pero siento que hemos sido amigos toda la vida. Pero, te digo, aunque sea muy, muy guapo, no me gusta, si es por eso por lo que me lo has contado.

—¡No, no! No ha sido por eso, de verdad, es simplemente que quería comentártelo. —Estaba roja—. Y, como te he dicho antes, siendo sincera, saber si sabías algo.

Este último comentario dejó un poco confusa a Adriana. Le comentó que no habían tenido tiempo para hablar estas últimas semanas, y le intentó dejar claro que ella no quería meterse en problemas por estar contando algo que no debía; que si no era «información clasificada» le comentaría. Estaba contenta de que a Ana le gustase Mike, y por una parte esperaba que a él le gustase ella. Era todo lo contrario a la «tísica» de su ex-lo-que-fuera, mucho más dulce y, para su gusto, más guapa.

Llegó a casa intentando esconder las bolsas que traía, y lo consiguió por poco porque justo en ese momento su abuelo salía de la habitación. Cuando bajó a cenar sus abuelos le comentaron que tenían a alguien muy interesado en comprar la tienda, e incluso que ya les había hecho una oferta. Había habido más gente interesada en ella, pero por una o por otra razón al final no habían llegado a más que a un interés. Pero el hecho de que su abuelo estuviese tan convencido era buena señal, ya que anteriormente no lo había

estado. Pasaron bastante rato hablando de eso e incluso haciéndose ilusiones sobre el viaje que harían como recompensa por tan grande esfuerzo. Adriana les sugirió un crucero, y Juan estuvo tan de acuerdo que se emocionó y comenzó a buscarles ofertas por internet.

Después de que su abuela preparase una tetera para tomarla juntos en el salón salió el tema de las navidades. Nadie lo había estado evitando, pero tampoco habían pensado en ello más de la cuenta. Félix, para intentar no darle mayor importancia al tema y no incomodar a nadie, dijo que había pensado en pasar unas vacaciones tranquilas en casa. Ellos ya no estaban para viajar largas distancias en coche, por lo que habían hablado con su tío por si iban a volver a España a pasar las fiestas, pero allí el calendario era distinto, por lo que les habían dicho que no.

Por su parte, su abuela, se había tomado la libertad de hablar con el resto de su familia política, los padres de su nuera, para saber si tenían en mente alguna reunión familiar, pero ellos eran aún más mayores y tampoco se encontraban en condiciones de viajar. A Adriana y Juan les dio mucha pena saber que sus abuelos maternos pasarían las navidades solos. A pesar de todo decidieron que pasarían las vacaciones tranquilos.

Nochebuena resultó ser menos tranquila de lo que en un principio habían pensado. Unos antiguos amigos de sus abuelos les habían propuesto hacer la cena juntos, por lo que habían aceptado. Lo mejor fue que uno de ellos había sido chef en un gran restaurante y había preparado una cena deliciosa y cuantiosa para los pocos que eran. Hubo tantas sobras que acabaron dándoles varios táperes, por lo que su abuela no tuvo que cocinar nada el día de Navidad. Nada más levantarse para desayunar vieron que bajo el árbol había cuatro pequeños paquetes que se dirigieron rápidamente a abrir.

A la hora de cenar llamó a Mike para quedar con él al día siguiente, y

él con voz de súplica, le pidió que le ayudase con sus hermanas porque sus padres se iban a un concierto a las afueras y dormían allí. Aprovechó para recordarle que la última vez que le tocó cuidarlas se le desmadraron. Adriana conocía perfectamente la historia así que aceptó y quedaron de verse por la tarde.

A la tarde siguiente las cuatro hermanas de Mike parecían haberse vuelto locas. Corrían por la casa sin parar, gritaban y jugaban como locas. La cara de desesperación de Mike lo decía todo. Sus padres se habían ido por la mañana y ellas parecía que habían entendido eso como luz verde para hacer lo que quisiesen. Después de poner un poco de orden en la casa les dijeron a las niñas de salir un rato a dar una vuelta, ir al parque y que allí se calmasen. Las gemelas corrían y saltaban por los columpios, la mediana no paraba de imitar a la mayor y esta última, como tenía doce años se creía mayor de lo que era e intentaba que la dejaran ir con sus amigas.

Cuando vieron que se les hacía tarde decidieron volver a casa a prepararles la cena. Adriana ayudó a las más pequeñas con la ducha y luego se puso a hacer unas pizzas con Mike. Mientras las niñas jugaban antes de irse a dormir, ellos aprovecharon para cenar. Después de la tarde en el parque, las niñas estaban tan cansadas que se quedaron dormidas pronto.

—¡Por fin! —exclamó Mike cuando se quedaron solos en el salón—. Mil gracias por haber venido a ayudarme, sin ti esto hubiese sido un caos aún mayor. —Acabaron riéndose—. ¿Peli? ¿Jugamos a algo? O a lo mejor te tienes que ir.

—No, aún puedo quedarme un rato, tengo autobuses hasta tarde, así que lo que a ti te apetezca.

—Em... —Se puso a pensar mientras giraba sobre sí mismo—. Pelis ahora mismo tengo poca variedad, así que vamos a jugar a las cartas, así te

enseño a jugar al póker.

—¿Al póker? —Se rio—. ¿Pero qué interés tengo yo en eso? —Ante la mirada reprochadora de su amigo añadió—: Vale, vale, enséñame a jugar al póker.

—Mejor así. —Mientras recogía le llegó un mensaje, así que fue a mirarlo.

—¿Tus padres? —preguntó Adriana curiosa.

—No, es Nacho, que si se pasaba por casa, que estaba por aquí cerca. —Ella palideció al oír eso, más que nada porque hacía casi tres semanas que no hablaba con su vecino. Parecía que Mike se había dado cuenta y le vio escribir de vuelta—. Creo que mejor le digo que no, porque con las bandidas estas en casa... —dijo haciéndose el despreocupado mientras se sentaba.

—Mike, sé que has hablado con Nacho, vamos, seguro que has hablado con él, por eso estás raro conmigo... —Miraba a la mesa mientras decía esas palabras porque le avergonzaba un poco no haber hablado con su amigo—. Yo...

—El tema es que no os habláis y aunque pienses que no me doy cuenta lo sé. Él me llamó esa noche, me contó lo de Pablo, pero quería que me preguntases tú, no quería sacarte yo el tema.

—Es que... —Fue lo que oyó de Adriana antes de hacerla callar levantando la mano para que le dejase continuar.

—Sabes que, al igual que tú, odio los rumores. Puede que incluso tú más. Pero Raúl, el chico que está en el equipo, el que va a clase de Nacho, ¿sabes quién es, verdad? —Ella asintió ante la pregunta esperando a que continuase su relato—. Pues resulta ser que su hermana mayor estuvo saliendo con el tal Pablo este. Raúl nos contó que al principio era un tipo legal, que parecía que se interesaba mucho por su hermana, pero que un día cuando él llegó a casa con sus padres el tipo este estaba gritándola como un descosido,

no saben si la llegó a poner la mano encima. Tiene una denuncia, Adri —Su cara era un poema, aún estaba alucinando con lo que le acababa de contar y no tenía palabras—. Te lo cuento porque me importas, no por otra cosa.

—Por eso... —Empezó pero no sabía continuar—. Sinceramente no sé qué decir, no me esperaba eso, simplemente pensé...

—Pensaste que era un ataque de celos. —Terminó Mike la frase—. No sé cuánto de cierto tiene la historia, pero me fio lo suficiente de Raúl como para creer al menos una gran parte.

—Lo siento, de verdad. —Estaba realmente arrepentida—. Es que con todo lo que ha pasado, pensé que era un rumor más, pensé que... no sé qué pensé. A veces os ponéis demasiado protectores, tanto tú como él. Y no soy vuestra hermana de cinco años, sé qué está bien y qué está mal.

—Bueno, yo tengo cuatro hermanas a las que proteger, y sabes que para mí eres como de mi familia, y mira que te conozco desde hace poco... — Se echaron a reír mientras le llegaba otro mensaje a Mike—. Y por cierto, creo sinceramente que deberías solucionar las cosas con Nacho, es buen tío, y creo que se preocupa realmente por ti, y te lo digo porque últimamente hemos empezado a ser muy buenos amigos. —Río mientras se acercaba a darle un abrazo a su amiga—. O si no, Ana tendrá razón y es que le gustas de verdad.

—¿Qué? —Se asombró ante la afirmación—. ¿Tú también? Ana ya me lo dijo el otro día, y he de deciros que estáis los dos locos, solo somos amigos. —Y recalcó bien la palabra *amigos*.

—Yo solo he dicho que ella cree eso, no que sea verdad o mentira, aunque... ahora que me llevo tan bien con él, le puedo preguntar... —Se le fue la mano con la picardía en ese comentario y se pusieron a reír tan alto que tuvieron que bajar la voz para que las hermanas de Mike no se despertasen. Estuvieron riendo y aprendiendo a jugar al póker hasta que fueron casi las tres de la mañana, hora en la que Adriana se fue para volver a casa. Mike se

disculpó por haberla entretenido hasta tan tarde y no tener un medio para llevarla a casa, pero ella le dijo que no era molestia tener que coger el autobús.

Al llegar a casa, Adriana se puso a pensar en la conversación que había tenido con Mike acerca de Pablo. Cuando ella había estado con él a solas no le había dado la sensación de ser agresivo; creído y un poco egocéntrico sí, pero nada más allá. Sabía que Mike no le había dado una orden al respecto, sino que simplemente le había contado eso para que ella tomase la decisión que creyese oportuna. ¿Pero qué era lo correcto? Una corazonada le decía que cortase cualquier tipo de relación que pudiese tener con él y más desde que le susurró «nena» al oído.

Unos días más tarde le escribió Mike diciéndola que le habían avisado para ir a una fiesta en Nochevieja. Solo quedaba un día para eso, pero Ana le llamó pocos minutos después para que quedasen más tarde a probarse algunos vestidos en su casa. Su abuelo la llevó en coche hasta allí puesto que tenía que hacer unos recados, y le dijo que si no tardaba mucho la subiría a casa.

Era la primera vez que iba a casa de Ana. Era un piso bastante grande no muy lejos del centro. Cuando subió le presentó a toda la familia y fueron corriendo a la habitación. Ya había sacado muchos vestidos y los tenía sobre la cama. Se pasaron un rato discutiendo del color y en cuanto Ana se decantó por uno intentó convencer a Adriana para que eligiese uno. No tenían la misma talla, Ana era más alta y tenía un cuerpo muy atlético. En cambio Adriana, a pesar de ser delgada, tenía un cuerpo bastante normal, con curvas, no tan delgado como para que la sociedad lo considerase como tal.

Después de que Ana le discutiese todos sus argumentos sacó un vestido del armario y le dijo que se lo probase. La tela era muy suave y delicada, y una vez se lo puso a regañadientes, Ana le hizo mirarse al espejo, dándose cuenta

que le quedaba muy bien. No le quedaba tan corto como había pensado y, al contrario del que se había probado Ana, este era suelto pero a la vez le marcaba unas curvas que no sabía que tuviese. También era escotado, pero nada demasiado exagerado. Pasaron el resto de la tarde planeando la noche siguiente.

El día de Nochevieja fue un poco caótico en casa. Pasaron gran parte de la mañana cocinando para tenerlo todo listo por la noche. A pesar de cenar solos, su abuela les obligó a arreglarse. Juan bajó en traje para no tener que cambiarse más tarde y Adriana se puso un conjunto elegante, pero no el vestido de su amiga para no mancharlo. Tras la cena, recogieron todo y esperaron a la medianoche para tomarse las doce uvas. Estaban un poco nerviosos, pero en sus mentes pedían deseos para el próximo año.

12... «El año que viene será genial».

11... «El año próximo veré más sonrisas».

10... «El año que viene les querré aún más».

9... «A nueve segundos del próximo año pido que esta siga siendo mi familia».

8... «Poder dejar atrás el pasado».

7... «Que ellos estén ahí».

6... «Que no cambien».

5... «Verles felices».

4... «Que desde donde os encontréis, estéis orgullosos de nosotros».

3... «Prometo recompensar con esfuerzo todo lo que he recibido».

2... «Que sean felices».

1... «Ser feliz».

—«¡Feliz año nuevo!»—gritaron los cuatro abrazándose y besándose.

Capítulo 9

Terminó de arreglarse en su habitación y pensó que estaba demasiado maquillada, demasiado arreglada. Justo en ese momento su hermano llamó a su puerta, nervioso, porque su abuelo les estaba esperando para llevarles en coche a sus respectivas fiestas. Cuando bajó por las escaleras su hermano se quedó mudo y, con caras de sorpresa, todos la felicitaron por lo guapa que iba. Pasó todo el viaje en coche avergonzada por tantos halagos. No le gustaba eso, no era algo a lo que estuviese acostumbrada y nunca se había creído guapa. Sí llamativa, pero no guapa. Por eso se sentía incómoda cuando la gente la alababa de esas formas.

Ana la esperaba en la puerta de su casa bajo un enorme abrigo. Se subió al coche y les condujeron hasta la entrada del local. Resultó ser un restaurante. No es que se hubiese preocupado mucho en enterarse de las cosas, pero sí sabía que el padre de alguien les había dejado el sitio gratis, con las pocas condiciones de no romper nada, dejarlo limpio y que nadie usase nada del restaurante que él no hubiese autorizado.

Al entrar ya había mucha gente, tanta que era casi imposible entrar por la puerta. El sitio era más grande de lo que parecía desde fuera, y dentro no estaba tan abarrotado. Fue fácil encontrar al grupo con el que habían quedado, y nada más llegar, se felicitaron el año nuevo. La música ya estaba alta, así que cuando se quitó el abrigo para dejarlo junto con los del resto no se dio cuenta de las reacciones de sus amigos hasta que vio a Ana riéndose. Se puso tan colorada cuando se dio cuenta de la situación, que alguno no pudo evitar la tentación de hacerla sonrojar aún más tirándole más piropos. El vestido negro

resaltaba la blancura de su piel, al igual que su pelo negro, que llevaba semirecogido y ondulado. Los ojos le resaltaban gracias al *eyeliner* que se había puesto, llamando aún más la atención sobre el verde de sus ojos.

Mike se acercó a ella para darle un abrazo diciéndola lo impresionado que estaba de su cambio de look. Aunque para él, cualquier cosa que no fuese verla con ropa de calle significaba eso. A Ana pareció molestarle un poco el acercamiento que tenían ambos, pero no dijo nada, solo se dedicó a observar. Sabía que entre ellos no había nada, pero desde que se había dado cuenta que le gustaba Mike sentía un poco de celos de la relación de este con Adriana.

Los chicos se habían llevado su propia bebida (uno de los requisitos de la fiesta) y empezaron a servirse copas. Mike le pasó un vaso antes de irse con algunos chicos, dejando solas a las chicas. Ana no paraba de hacerla preguntas indirectas sobre Mike.

—No sé nada sobre ese tema aún, Ana —dijo con sinceridad antes de ser atacada con otra pregunta.

La cara de su amiga se tornó triste, pero Adriana le dijo que Mike era muy poco parecido al resto de chicos de su edad. No era un chico que tuviese la costumbre de ir besando a cualquiera por las esquinas. Él le había contado que había tenido su época loca, pero que se había hartado de hacer daño a la gente solo con eso. Al final Ana logró reponerse del todo e intentó sacar a Adriana a bailar, pero ante la negativa de esta, se fue con el resto del grupo.

Ana se quedó pensativa ante el hecho de darle a entender a Mike que le gustaba o no. No es que quisiese empezar el año con mal pie, por eso fue a tantear el terreno. Mike y otros chicos estaban haciendo un poco el idiota en la pista de baile, así que se aproximó a hablar con ellos. Algunas chicas que no conocía de nada se acercaron a ellos, por lo que la mayoría se interesó y acabaron un poco desperdigados por la sala.

Ella se quedó con Mike hablando y bailando, pero al poco rato vio cómo la

cara de él cambiaba cuando miró hacia la puerta. Héctor entraba en ese preciso instante con sus amigos riéndose. «Qué mal me cae ese tío», pensó Ana. Sabía que el hecho de que se hubiese presentado ahí ponía en tensión a Mike. Él sabía lo que había pasado porque era amigo de dos de los involucrados, pero nunca le había oído decir una palabra.

Adriana no parecía haberse enterado de nada y hablaba con uno de los chicos del equipo de fútbol que se llamaba Carlos. Parecían entretenidos, y, a pesar de lo alto que estaba vociferando Héctor no se giraron. La famosa Laura, apareció detrás embutida en un vestido rosa chicle tan corto y escotado que de milagro no se le veía nada. «Ella sin duda sería la jefa de animadoras en un instituto americano, aunque no tan guapa como la de las películas», pensó Ana mientras esta pasaba por su lado contoneándose en dirección a su nuevo novio. Una vez estos dos estuvieron lo suficientemente lejos se acercó un poco más a Adriana para contarle y que viese las nuevas. Carlos, que sabía algo de la historia por los rumores no paraba de preguntar interesado, aunque ya había reconocido que aguantar a Héctor era demasiado para él.

La noche no había hecho más que empezar, aún eran las dos de la mañana cuando casi la mitad de los asistentes habían pasado a estar en un estado algo perjudicial. Se notaba en la forma de reírse de la gente, en sus caras rojas, en los intentos de beso frustrados de algunos... Mike se acercó con otra copa para Adriana, lo que dejó a sus acompañantes confundidos. Él había estado atento toda la noche, pero no todos entendían eso como amistad.

Ana se había vuelto a poner celosa, y se le notaba más porque había bebido. Carlos, que en un principio había estado intentando ligar con Adriana, entendía esa muestra de amabilidad como un reto por «conseguir a la chica». Al final convenció a todos los que habían estado sentados de que fuesen a la pista de baile, una zona de la que habían apartado una gran cantidad de mesas para que se pudiese estar de pie.

Ya llevaban un rato divirtiéndose y haciendo el tonto cuando Adriana se fijó en quién estaba saludando a Mike en ese momento. Se le paró el corazón instantáneamente. No sabía si era por todo lo que había hablado con sus amigos en los últimos días o qué, pero verle con traje y corbata la dejó sin aliento. Al parecer ella causó el mismo efecto por la cara de sorpresa que puso él. ¿O era sorpresa de verla allí? Se le pasaban tantas cosas por la cabeza en esos momentos que no podía reaccionar, casi ni cuando se acercó a felicitarle el año. Parecía muy frío con ella, y cuando volvió a la realidad decidió que no quería empezar mal el año con una persona a la que apreciaba mucho.

Por fin vio que Nacho se quedaba solo y que iba directo a la calle, así que le siguió con tan mala suerte de cruzarse con Héctor en ese preciso instante. Como de costumbre, llevaba a su lapa habitual pegada del brazo y a pesar de las quejas de él ella seguía ahí. Su mala suerte no fue solo cruzarse con él, sino la sarta de improperios que ambos le regalaron como felicitación del nuevo año.

Cuando consiguió zafarse, salió a la calle, pero no encontraba a su vecino por ningún lado. Después de buscar bajo el frío helador que hacía le encontró, cigarro en mano, en una calle adyacente.

—No sabía que fumases —dijo a modo de saludo. Él no pareció asustado, se limitó a encogerse de hombros, tirar el cigarro, y una vez apagado la miró—. Oye, yo... eh... yo quería hablar contigo, ¿puedo?

—Creo que no es el momento —respondió Nacho empezando a andar hacia la fiesta.

Adriana se quedó ahí parada, esperando que dijese algo más, y cuando él ya estaba lejos consiguió gritar:

—Lo siento. Solo quería hablar contigo. —Eso último lo dijo mirándose las puntas de los pies y con lágrimas en los ojos.

No le gustaba estar mal con la gente y menos con alguien que se había portado tan bien con ella, que le había ayudado en muchos momentos. Se sentía impotente, así que se quedó ahí, tiritando bajo el frío para que cuando volviese a entrar nadie notase su pena.

—No es el momento porque está helando —dijo él poniéndole la chaqueta por encima—. Pero si quieres hablar aquí con el frío no hay problema. Yo preferiría un sitio donde no nos congelásemos.

—Pero es que no hay más sitios. —Le castañeaban los dientes.

—Anda ven. —Agarró la mano de Adriana y la condujo hasta la parte de atrás del restaurante, por donde se entraba a la cocina, abrió, no sin esfuerzo, la puerta y entraron por ahí. Estaba vacío, y al principio ninguno de los dos sabía dónde ponerse o cómo empezar a hablar.

—Yo... —Le temblaba la voz mientras se sentaba en la única silla que pudo encontrar—. Siento mucho lo que pasó la última vez. No sé por qué me sentó tan mal, quizás... —Paró al ver que se ponía junto a ella y no se atrevió a mirarle directamente—. Quizás fuese por todo lo que había pasado antes, y que a veces sois, bueno, Mike más, muy no sé cómo decirlo... ¿sobreprotectores, tal vez? Y no estoy acostumbrada a esas cosas, y —tiritaba, pero no sabía si era por el frío o por los nervios—, pues eso.

Nacho estaba callado. Adriana, tiritando aún, no levantaba la mirada del suelo. Pasó un rato hasta que alguno se movió. Pero fue solo eso, un movimiento. Nacho quería decir tantas cosas, pero no sabía por dónde empezar. Había pensado mucho últimamente, y había pensado en ser él quien se presentase en su casa con una pobre disculpa en la boca. Cada vez que la había visto, ya fuese saliendo de su casa, por el pasillo del instituto, o por la ventana, se había acobardado.

Tuvo muchas conversaciones con Mike, que al parecer era quien mejor la conocía, incluso habían llegado a hacerse buenos amigos gracias al tema. A

pesar de eso, había sacado pocas cosas en claro de una pelea que no se podría haber considerado como tal, pero una de ellas era que no quería que ella sufriese. Entonces bajó la mirada y vio cómo justo se levantaba dispuesta a irse, le puso la mano sobre el hombro y cuando por fin logró que se volviese a sentar, empezó a hablar.

—Llámalo como quieras, pero cuando le importas a una, a dos o a tres personas, estas hacen lo posible para que no salgas perjudicada por ningún motivo. —Dudó un momento sus siguientes palabras mientras estaba en cuclillas mirando a esos ojos verdes que tanto le confundían—. Ese día no quise decirte las cosas tan bruscas, pero quería que supieses lo que yo sabía —ella asintió—. Siento si todo sonó muy brusco, pero no siento el haber intentado proteger a una persona que me importa.

—Nacho, yo... —No sabía cómo agradecerle la sinceridad de sus palabras, así que posó su mano sobre la mejilla de él y le acarició—. Perdóname por haber sido tan tonta —sonrió—, pero a pesar de que no aprendo de mis errores, prometo seguir cometiendo uno tras otro, porque soy así, porque si no cometiese errores nunca aprendería.

—Bueno, pues entonces, tendré. —Se paró a pensar mientras acariciaba la mano que su amiga tenía en su mejilla, y corrigió lo que iba a decir—: Tendremos que estar ahí para ayudarte. Al menos espero que Mike te contase todo... para que no sigas por ese camino, me refiero.

—Lo hizo, no te preocupes. ¿Amigos?

Entonces en un arrebato de felicidad ante el gesto afirmativo de su amigo le abrazó. Un abrazo que reconfortó a ambos, puede que incluso de maneras distintas. Le dio un beso en la mejilla, y cuando se separaron él no pudo callarse más el comentario acerca de lo guapa que estaba, haciendo que se pusiese roja de nuevo.

Así pues, volvieron con el tumulto de gente. «Veo que volvéis a ser amigos»,

fue el comentario de Mike cuando llegaron. Ana, que estaba cerca haciéndose fotos con unos cuantos se acercó, móvil en mano, para hacerse más fotos. Le dio el teléfono a Adriana para que le sacase una foto con Mike, y después se dedicó a hacer fotos a los presentes, con o sin ella. Hizo varios comentarios acerca de una cámara de verdad y siguió con las fotos.

Poco tiempo después salía a la calle de la mano de Ana, que la arrastraba en dirección al coche de sus padres, y veinte minutos más tarde estaba en la puerta de casa. Cuando logró quitarse el maquillaje y ponerse el pijama había empezado a amanecer.

Se levantó a la hora de la comida, sonriente. Ese año había empezado muy bien y le gustaría que siguiese así. Su primer pensamiento fue para sus padres, deseando que se sintiesen felices allá donde estuvieran. Decidió que quería dejar atrás todo lo malo, que intentaría sonreír más a menudo.

Por la tarde le llegó un mensaje de Ana avisándola para que mirase su correo electrónico, que le había mandado las fotos y, había subido otras tantas al Facebook. Miedo le daba ver eso, pero cuando encendió el ordenador para verlo se llevó una sorpresa al ver que era todo lo contrario. Todos habían salido muy bien, mejor que bien, e incluso a ella le costó reconocerse. Había varias fotos que le gustaban especialmente así que se las guardó en un USB para algún día ir a imprimirlas y ponerlas en algún marco en su habitación. En realidad las fotos que Ana había subido a Facebook eran pocas, y la mayoría de ella con gente, lo que hizo que no le diese un ataque al corazón. Aun así aprovechó para enseñarles las fotos a sus abuelos.

Casi cuando se iba a cenar recibió un mensaje al móvil: *«Me han dicho que necesitas ayuda con mates y con inglés para las recuperaciones»*.

Le gustaba volver a tenerle como amigo, así que le dijo que se pasaría por su casa cuando le viniese bien.

Dos días después estaba cargando con sus libros y sus apuntes a casa

de su vecino. Carmen abrió la puerta sofocada. Se disculpó ante el desorden que tenía en casa, pero estaba intentando organizar todo para las fiestas de los próximos días, y aparte estaba ayudando a su hijo y a su prometida a organizar la boda, que finalmente se celebraría en primavera. Subió a la habitación de Nacho cargada con una bandeja donde su madre había puesto cosas para merendar. Dejó la bandeja en el aparador de fuera para llamar a la puerta y entrar. Un Nacho terminando de ponerse la camiseta la recibió dejándola con pocas palabras. Él pareció no darse cuenta de ello y le cogió los libros, dejándola las manos libres para entrar con la bandeja.

Tenía el cuarto mucho más desordenado que la última vez, pero hizo hueco para que se pusiesen a estudiar. Le explicó todo desde el principio, le puso a hacer ejercicios, y después de lo que a Adriana le pareció una eternidad se levantó y se dejó caer en la cama. Ya era de noche fuera y a pesar de la insistencia de su nuevo profesor particular le dijo que no quería seguir estudiando, le aburría demasiado. Él al final tuvo que ceder y abrió la comida que aún no habían tocado. Estuvieron un rato en silencio oyendo el masticar de patatas del otro.

—Me mandó Ana las fotos que hizo el día de Nochevieja —dijo ella rompiendo el silencio—. Si no las has visto te las enseñaré el próximo día.

—No, no las he visto —contestó distraído.

—¿Te pasa algo? —Adriana se sentó en la cama mirando preocupada a su amigo, que estaba sentado a un lado de la cama.

—Es solo que... —calló un momento pensativo—, que pensaba en decirte de ver una peli, pero la última vez no salió muy bien. —Esbozó una tímida sonrisa.

—Es que elegiste una muy mala —dijo ella quitándole hierro al asunto porque no quería que ese tema volviese a salir a la luz.

—La elegimos los dos, te lo recuerdo. —Rio—. Aunque creo que la

próxima sería mejor que fuese una en el cine. —No se dio cuenta de sus palabras hasta después de haberlas pronunciado y sabía que había sonado a cita.

—Hecho.

Pasaron lo poco que quedaba de tarde hablando de sus próximas clases, y cuando llegó la hora de cenar, a pesar de la insistencia de Carmen, volvió a su casa.

Cuando por fin llegó el día de reyes se dio cuenta que no estaba tan emocionada como otros años. Lo había estado hablando con su hermano los últimos días, y habían llegado a la conclusión que no era por el hecho de que hubiesen perdido a sus padres, sino que ese día había perdido gran parte de su significado, se habían hecho mayores. Aun así, al bajar a abrir los regalos, y ver las caras emocionadas de sus abuelos, no fingieron felicidad, sino que la sentían de verdad por tener la suerte de compartir esos momentos con ellos. Cuando terminaron y se fueron a levantar, Adriana dijo haber visto más paquetes detrás del sofá, lo que hizo que los tres se llevaran una gran sorpresa al ver sus nombres sobre los paquetes.

El resto del día lo pasaron tranquilamente. No había que ir a casa de nadie a compartir regalos, ni comidas, ni cenas forzosas. Estuvieron ellos cuatro pasando un día relajado hasta que su abuelo tuvo la gran idea de sacar un juego de mesa que al principio resultó divertido, pero que a medida que avanzaba hizo que los más jóvenes se sintiesen frustrados.

Capítulo 10

La primera semana de clases fue la más dura, y no solo por la cantidad de deberes que les mandaban diariamente, sino porque encima tenían todas las recuperaciones en una sola semana. Adriana había estado estudiando mucho durante los últimos días de vacaciones, y la ayuda de Nacho había sido fundamental, incluso el chico se había ofrecido a ayudarla todas las semanas para que no tuviese problemas. Minutos antes de su primer examen recibió un: «*Mucha suerte, ¡tú puedes con todo!*», de parte de Nacho. A pesar de los nervios le sacó una sonrisa.

Al llegar el viernes había terminado todo y sentía que se había quitado un peso de encima. Ese día había tenido su último examen, así que fue a hablar con Ana al terminar la clase para hacer algún plan que la sacase del encierro que había sufrido los últimos días. Esta le comentó que unos cuantos habían pensado en ir al cine o a la bolera esa tarde, que se apuntase al plan. Estaba convencida de que unos meses atrás hubiese dicho que no, que habría mucha gente, o cualquier otra excusa. Pero ahora no, algo había cambiado, quizás su actitud, quizás ella... No sabía exactamente, pero sí que le apetecía.

Después de comer se vistió rápido y se fue al centro comercial. Aún faltaba mucho para la hora a la que habían quedado, pero decidió ir a mirar qué le podía regalar a Mike por su cumpleaños ya que solo faltaban un par de semanas. Primero fue a imprimir las dos únicas fotos que tenían juntos, las que había hecho Ana con el móvil. No tenían muy buena calidad, pero el chico de la tienda logró mejorarlas con un poco de *Photoshop*. Sin darse cuenta, y con la tontería, había pasado ahí más tiempo del que imaginaba, así que se fue a

dar una vuelta a ver si encontraba algo más que regalarle. En la última tienda que entró se quedó paralizada al ver que Héctor estaba con Pablo; hablaban como amigos que eran, pero aun así esa combinación no le gustaba por lo que intentó pasar desapercibida y salir de ahí cuanto antes.

«Muñeca», dijo una voz muy cerca, mucho más de lo que la hubiese gustado. Se giró lentamente con la sangre helada para ver a Pablo con una sonrisa un tanto desconcertante y detrás a Héctor, con su sonrisa de suficiencia. Este último se despidió entre risas y se fue hacia la puerta preparándose un cigarro.

—¿Pensabas irte sin decirme nada? —preguntó un tanto inquisidor Pablo—. Sé que me has visto, así que no te hagas la sorprendida.

—Yo... —¿Qué le iba a decir? ¿Que le habían contado lo de la hermana de Raúl? ¿Que se creía todo lo que le decían sin preguntar?

—¿Tú qué? —Estaba enfadado y Adriana no entendía por qué—. Primero —dijo mientras le agarraba el brazo y la llevaba hasta un sitio poco concurrido—, el día de Nochevieja te veo y ni te dignas a saludarme, y a parte, me entero que estás con una panda de mocosos haciendo el gilipollas y no sé qué mierdas más. —Había subido el tono de voz tanto en volumen como en agresividad—. Y segundo, ¿ahora me ves y vuelves a pasar de mí?

—¿Pero qué me estás contando? Suéltame que me haces daño. —Le medio gritó ella a pesar de lo asustada que estaba—. ¡No tengo por qué darte explicaciones de nada!

—Ohhh... —soltó—. ¿Cómo que no? —inquirió.

—¡Que me sueltes, que me estás haciendo daño! —gritó más alto y él sonrió apretando un poco más su mano.

—Creo que te ha dicho que la sueltes —dijo de repente una voz detrás.

—Tú no te metas, tío —amenazó Pablo sin girarse—. Esto no es asunto tuyo.

—Lo es. —Esta vez vio a Nacho detrás de Pablo—. Te he dicho que la

sueltes.

Justo en ese momento la soltó para enfrentarse a quien estaba amenazándole a él. Nacho era más alto, pero aun así fue directo a pegarle. Adriana se puso en medio para que no le diese, gritando a Pablo que se fuese de allí, que se alejase de ellos y que no quería volver a verle en la vida. Apareció en ese momento un hombre de seguridad señalando con el dedo al chico y diciéndole que se quedase quieto donde estaba, pero aún estaba tan lejos que, sin necesidad de correr, Pablo desapareció de la vista del hombre. Este avisó por radio y se acercó a los dos chicos pidiéndoles explicaciones. Adriana le apretó un poco el brazo a Nacho para que se callase ya que le veía con muchas ganas de hablar. Ella simplemente le dijo que el chico se había vuelto un poco loco por una cosa que le había dicho, pero que no había pasado nada.

Una vez que se hubo ido el de seguridad Nacho echó a andar hacia la puerta a paso rápido, lo que le costó a ella un poco alcanzarle. Cuando por fin lo hizo, él se giró y le dijo:

—¡Te lo dije, te lo avisé! «Aléjate de él», te dije, y tú ni caso, y erre que erre, que tendrías que cometer tus propios errores para aprender, pero es que esto ya pasa de castaño oscuro. —Estaba enfadado, aunque no levantaba la voz.

—Yo no me he acercado a él —dijo mientras seguían caminando—. No entiendo por qué me dices eso.

—¿Tú por qué crees? Si me dices una cosa y luego veo otra... —Se había parado y se había sentado en un banco.

—He venido a comprar unas cosas, he entrado en la tienda, les he visto y me he ido —explicó—. Y después ha pasado lo que has visto.

—¿Les? —dijo antes de que ella pudiese seguir.

—Estaba con Héctor. Pero aun así no entiendo por qué te pones así. La

que debería estar mal soy yo —añadió más bajo.

—¿Y tú cómo crees que me siento yo? No es la primera vez que pasa esto, y no te veo afectada para nada —dijo bruscamente.

—¿Que no me afecta? —comentó más alto de lo que pretendía—. Ponte en mi situación...

—Ponte tú también en la mía. —Era la primera vez que la miraba a los ojos—. Primero lo de Héctor, que fue como una patada en... Bueno, ya sabes. Y ahora esto cuando te había avisado de ese tío.

—Nacho... —Se le estaban saltando las lágrimas—. ¿De verdad crees que soy masoquista? ¿Que me gusta que me hagan daño? Es que parece que piensas que lo estoy buscando...

—No he dicho eso, es solo que me molesta, ¿vale? —Se planteaba si enjuagarle la lágrima que tanto le había costado retener y que ahora resbalaba por su mejilla lentamente—. Te dije que eres importante para mí y que no me gustan esas cosas.

Pasaron un rato en silencio sentados hasta que ella le pidió que le acompañase a recoger unas cosas. Cuando llegaron a la tienda de las fotos él esperó fuera a que ella terminase de pagar y de recoger su pedido, y cuando terminaron fueron a sentarse. Miró el reloj, aún quedaba algo de tiempo para verse con el resto, así que sacó una de las fotos y se la dio a Nacho. Esta la cogió con un poco de recelo y la miró asombrado. Era una foto de ellos dos.

—¿Y esta foto? —dijo asombrado.

—De Nochevieja, te dije que Ana había sacado fotos a diestro y siniestro y me las mandó. —Le cogió la foto de las manos para mirarla—. Quería tener unas cuantas en mi habitación y como iba a sacar la de Mike para su cumple pensé en hacerlo con las que más me gustaban.

—Me gusta mucho... —No le quitaba la vista de encima a la foto, un robado de ellos dos riéndose.

—Quédatela y renueva la que tienes en ese tablón de tu habitación que hace demasiados años de ella. —Se la tendió y este, sorprendido ante el comentario, la cogió.

—¿Cómo...? —No pudo terminar la pregunta porque ella le interrumpió.

—¿Que cómo sé lo de la foto? ¿O que cómo es que me acuerdo de ella? —Se echó a reír—. Trae que te la guardo para que no la estopes. Lo sé porque la vi el otro día cuando fuiste al baño, me hizo hasta gracia que la tuvieses ahí pinchada, y me acuerdo porque tengo la misma foto. —Él estaba un poco avergonzado y a la vez, sorprendido.

Se dice que la curiosidad mató al gato, pero él quería saber. Desde el principio ella nunca había dado muestras de acordarse de sus veranos allí, pero al parecer lo sabía y se acordaba de todo, así que le preguntó. Ella dijo que nadie le había preguntado, por eso tampoco había dicho nada, pero que había sido hacía muchos años. Se acordaba de todo, recalcó, de él, cuando aún tenía el pelo rubio, haciendo castillos en la arena. Ese todo fue lo que más le impresionó.

La conversación se quedó a medias porque ella había quedado, y le invitó a quedarse, a lo que él aceptó. Le gustaba verla así, más cercana a la gente, más animada. El resto estaba esperándoles dentro porque fuera hacía frío, y los chicos pasaron un rato debatiendo sobre a dónde ir. Mientras Ana y Adriana conversaban animadamente un poco alejadas del resto hasta que se pusieron a andar y vieron que llegaban a la bolera. Ya habían planeado todo, equipos y de más, por lo que, después de pagar, fueron directos a jugar. Pasaron allí gran parte de la tarde hasta que Carlos empezó a quejarse del hambre que tenía, por lo que recogieron sus cosas y fueron a un bar no muy lejos del centro comercial. Ana pasó de estar contenta a estar entusiasmada cuando recibió un mensaje de Mike preguntándola por dónde andaban.

El rato que tardó en llegar se le hizo eterno a Ana, pero más a Adriana que estaba aguantando con una sonrisa todas las preguntas que esta le hacía. Nacho, que estaba sentado a su lado, quitó la cara de amargado al ver la situación y empezó a sonreír. Una vez llegó Mike, Ana se calmó y aparentó indiferencia, o al menos la máxima indiferencia que podía causarle el objeto de su deseo. Después de saludar a todos se sentó al lado de su mejor amiga, dejando a Ana con cara de pocos amigos durante un buen rato.

Cuando por fin se animó de nuevo sacó el tema del cine, pero a nadie le apetecía ya, incluso la mayoría votaba por volver a la bolera; así que ella dejó las indirectas generales y empezó a planteárselas a Mike. Él, que no entendía el porqué de esas preguntas le dijo que se apuntaba sin problema, pero otro día. Ana, con los ojos como platos por la sorpresa de una respuesta afirmativa, se quedó sin habla. Aunque todo cambió cuando él le preguntó a Adriana si se apuntaba ella también. Esta última se puso blanca porque no quería molestar a su amiga, pero tampoco que él se enterase de nada.

Balbuceó un rato en busca de una respuesta mientras miraba a Ana, que detrás de Mike no paraba de hacerla señales negativas para que dijese que no. Al final, Carlos saltó desde el otro lado de la mesa que él también se apuntaba el próximo día. Mike, Nacho y Ana estaban pendientes de su reacción, y ella, como excusa, se fue al baño.

Ana la siguió hasta la puerta diciendo que tendría que responder cuando llegase a la mesa, que qué iba a decir. No paraba de preguntar mientras estaba en el baño y se estaba poniendo mala. Una vez fuera le dijo que ya encontraría la forma de decir que no iría.

Al terminar la cena volvieron a la bolera y les regalaron dos partidas más de las que habían comprado. Decidieron dejar los equipos igual que al principio incluyendo a Mike en el de Ana, que era al que le faltaba una persona. Adriana se fijó en todas las emociones contenidas que tenía su amiga: se notaba que le

gustaba el chico pero procuraba tratarle como un amigo más que como una conquista, le reía las gracias, hacía chistes malos con él... Y él o le seguía el juego o estaba interesado en ella, eso es lo que Adriana tenía que intentar averiguar.

Cuando pasaron sus turnos fueron juntos a por algo de beber a la barra y decidió que le interrogaría ahí. Lo más sutilmente que pudo o que supo, le preguntó si se lo estaba pasando bien, por lo que pasaron un rato hablando de eso. Luego ella dejó caer que era una pena que solo fueran dos chicas, y su comentario fue: «Sí, es una pena, tocamos a demasiados tíos por cada una de vosotras». Tras propinarle un puñetazo en el brazo sacó el tema de Ana, diciéndole lo buena amiga que era, lo simpática que era... Sabía que estaba forzando mucho la conversación, pero entonces él dejó caer un «sí» un poco pensativo. Eso fue lo que dio pie a que ella le preguntase acerca de ello. Mike la miraba interrogativo ante tanta pregunta y lo único que le dijo es que estaba de acuerdo en todo. «Uuffsss. ¿Por qué son tan difíciles de descifrar los chicos?», se preguntó mientras volvían con el resto.

A medida que pasaba la noche la gente se iba despidiendo, hasta que solo quedaron cinco de ellos. Carlos hablaba sin parar sobre ir al cine, pero ya era demasiado tarde, así que al final se levantaron listos para irse. A la salida Carlos se despidió y se fue andando a casa ya que no vivía muy lejos de ahí.

—Nacho, ¿me llevas, no? —dijo Adriana—. Lo digo por el casco y eso...

—Eh... sí, sí, claro. —Estaba confundido por la pregunta tan precipitada.

—Bueno, chicos, pues nos vamos, que es tarde... —Se quedó dubitativa un momento y prosiguió—. Como es tarde... eh... Mike, podrías acompañar un poco a Ana hasta casa. No es que viváis muy lejos...

—Claro, sí, vamos —dijo este último.

Se despidieron y con un «gracias» mudo de Ana, los dos desaparecieron. Ya con una sonrisa de satisfacción llegaron a la moto, donde ella se puso el casco que le tendía y fueron a casa. Una vez bajó de la moto para que la metiera en el garaje y cuando este salió le tendió el casco y después de darse las buenas noches cada uno se fue a su casa. Aún él no había abierto la puerta cuando Adriana se acercó despacio. Habían hablado muy poco desde el incidente con Pablo, pero ella también quería decirle algo.

—Tú también eres importante para mí —comentó tendiéndole la foto que le había guardado—. Y no quiero verte enfadado, ni triste, ni a punto de pegarte... porque se te forma una arruga muy fea aquí. —Le tocó el entrecejo—. Y no te queda nada bien —sonrió—. Gracias por ser tan buen amigo.

Le dio un beso en la mejilla y se fue. Nacho no había dicho ni una sola palabra, se había quedado un tanto impresionado. Metió la llave en la puerta y fue directo a su habitación. Sus palabras aún resonaban en su mente: «También eres importante para mí», «no quiero verte triste»... y... «gracias por ser tan buen amigo». Después ese beso. Otra vez. Ni rápido ni lento. Suave. Le cosquilleaba la mejilla, una cosa que sabía que era imposible, pero es lo que sentía. Estaba tan enfadado y a la vez tan aliviado. Tenía esa extraña necesidad de protegerla de cualquier cosa y le sentaba muy mal que le hiciesen daño, de cualquier tipo.

Sabía que su instinto protector no era como el que tiene un hermano con una hermana pequeña. Ella no era muy alta, pero eso no hacía que la viese como tal. Era algo más profundo. Ya se había planteado con anterioridad el que ella le gustase, pero ¿y si simplemente se estaba obsesionado con la idea? No es que soñase con ella, pero había algo que hacía que el estómago se le encogiese cuando estaban juntos.

Se metió en la cama pensando en todo ello y la única respuesta lógica que encontraba es que le gustaba. Se acordó del comentario de Carlos de ir al cine

con ella, Mike y Ana. No lo había esperado, ni siquiera se había planteado que a él le gustase Adriana. De Mike sí, cada día que les veía juntos lo pensaba, pero si se gustasen ¿ya habría pasado algo no? Le palpitaba la cabeza de tanto pensar, y su último pensamiento antes de quedarse dormido fue que intentaría sacar en claro todas las preguntas que le rondaban la cabeza.

Capítulo 11

Había llegado la semana del cumpleaños de Mike. Cumplía dieciocho y aún no se lo creía ni él. Era una edad que suponía muchas cosas, entre ellas ser legal para comprar alcohol (lo que beneficiaba a muchos compañeros), tendría edad suficiente también para sacarse el carnet de conducir, salir de fiesta legalmente... Aunque también conllevaba una gran responsabilidad. Cuando este llegó a clase se encontró en su silla una caja que abrió rápidamente a escondidas. Se encontró varios *cupcakes* con su nombre y un dieciocho dibujados.

Al terminar el primer periodo de clases Adriana se acercó a darle un fuerte abrazo y un tirón de orejas por su día. Salieron de clase sin que el chico tuviera apenas un momento para respirar. Cuando por fin apareció Ana entre la multitud, le agradeció la caja. Ella, avergonzada le dijo que no había sido, y sintió una punzada de celos al darse cuenta que había sido Adriana. Mike abrazó a su amiga y repartió los dulces entre algunos de sus amigos sin dejar de sonreír.

Una vez a solas le confesó a Adriana que no sabía cómo celebrarlo, que en su casa iba a ser imposible y que no tenía dinero para invitar a tanta gente. Después de un rato pensando y sin ninguna idea nueva decidieron dejar pasar el tiempo para ver si se les ocurría algo. En el último recreo fue corriendo al baño con Ana.

—No se huele nada, te lo prometo —susurró Adriana—. Pero quiere celebrarlo sí o sí, está muy emperrado en encontrar una idea.

—Puuufsss... Pues invéntate lo que sea, pero que no sospeche nada. —

Estaba nerviosa—. Aún queda mañana, así que no todos podremos decir que nos es imposible ir, pero con que varios se apunten al cumpleaños falso nos vale. Luego acuérdate del plan y ya está.

—¡Crucemos los dedos! —Salieron juntas riéndose.

Al día siguiente Mike aún no había parado de decir que no se le ocurría nada digno de los dieciocho. Le había dicho a unos cuantos de ir a un sitio que le habían recomendado, pero era el único mayor de edad y no podían hacer gran cosa. Al final le propuso quedar una hora antes para darle sus regalos y que así no tuviese que cargarlos por todos lados.

Al terminar las clases se montó en el autobús como siempre, solo que se bajó unas paradas más adelante, donde había quedado con Ana. Después de comer prepararon todo, se arreglaron —Adriana lo justo para no levantar sospechas—, y a la hora prevista estaba esperando a Mike. Este apareció un poco triste. No paraba de decir que siempre se había imaginado su mayoría de edad con una fiesta por todo lo alto. Al cabo del rato de quejas y más quejas le dijo que era hora de callarse y abrir su regalo. Le tendió un pequeño paquete que llevaba en el bolso.

Cuando por fin desenvolvió el regalo se encontró con un marco con una foto de grupo. Era la que se habían hecho la noche de fin de año todos. Sin darle tiempo a decir si le gustaba o no le dio otro paquete, que esta vez contenía otro marco con una foto de los dos. «Sé que es un poco cutre para los dieciocho, pero quería que recordases a la gente que te aprecia», le dijo algo sonrojada por las fotos. Él se lo agradeció con un abrazo de oso. Siendo sincero consigo mismo le había gustado el regalo, era un tanto femenino, pero aun así le habría gustado algo más.

Un rato después su amiga recibió una llamada de Ana. Esa chica le traía un poco de cabeza, no en el mal sentido, pero era un poco apabullante. Le caía muy bien, y la apreciaba mucho, incluso le parecía muy guapa, pero después

de su última relación en ese momento no pensaba en nada parecido. Ana le había ayudado en muchos aspectos, y entre ellos su ruptura. Aunque para él, su amiga, con la que podía contar para todo, seguía siendo Adriana. La veía aún un poco frágil, pero sabía que era más fuerte de lo que parecía.

Adriana le dijo que Ana había tenido una bronca muy grande con alguien que no logró comprender y que si no le importaba que fuesen allí un rato antes de quedar con el resto. A pesar de su reticencia, no pudo resistirse a la insistencia de Adriana. Una vez allí llamaron al timbre, y Ana les abrió con cara de pocos amigos. Les ofreció pasar al salón un momento. Justo cuando encendió la luz todos gritaron al unísono: «¡¡Sorpresa!!», y casi le da un infarto.

Una pancarta de «Feliz Cumpleaños» colgaba de la pared y toda la gente que estaba situada debajo se acercó a él para felicitarle. Cuando se calmó un poco el asunto, la música empezó a sonar y poco tiempo después llamaron de nuevo al timbre. El repartidor de pizza entró con una montaña de estas en los brazos, dejándolas encima de una mesa. Un «lo siento, el presupuesto era limitado» sacó una gran sonrisa a Mike que estaba disfrutando mucho de su fiesta.

Ana y Adriana no cabían en sí de alegría porque todo había salido a pedir de boca. Después de que la pizza hubiese desaparecido aparecieron con una tarta con dieciocho velas y todos comenzaron a cantar el cumpleaños feliz. Ya casi era media noche cuando los últimos restos de comida desaparecieron, por lo que decidieron darle el regalo de cumpleaños. Se acercó Adriana con un sobre para Mike y todos se quedaron en silencio mientras lo abría y lo leía. Fue entonces cuando Ana apareció con la tabla de hacer surf.

—¿Estáis todos locos? —gritó emocionado—. ¡No me lo creo! —Agarraba su nueva tabla de surf como si estuviese hecha de oro o se fuese a desvanecer en cualquier momento—. Esto ha sido idea tuya —señaló a Adriana.

—No, no, fue idea de todos —dijo sonriente.

—Clases y la tabla...

Aún no había pestañado porque no se creía que de verdad le hubiesen regalado esas cosas. Se pasó gran parte del resto de la fiesta sin separarse de su regalo máspreciado. Adriana le observaba desde el sofá en el que estaba sentada hablando con Carlos y no podía sentirse más feliz por él. Parecía un niño pequeño. Poco rato después llegó Nacho y se sentó entre ambos. Había bebido y se le notaba bastante. Empezó a ser un poco borde con Carlos y ese se levantó poniendo como excusa que tenía que ir al baño.

—¡Qué prisa tendría por ir al baño que se ha ido a la terraza a fumarse un cigarro! —dijo visiblemente perjudicado por el alcohol. Ya había menos gente en la fiesta y su voz sonó demasiado alta.

—¿Cuánto has bebido? —preguntó preocupada.

—No muscho —respondió arrastrando las palabras.

—Dios, Nacho, estás bastante borracho... Le preguntaré a Mike si puedes dormir en su casa, que así ten por seguro que no vas a coger la moto.

—No he venido en moooto, quería probar essso del autobús...

Le dejó ahí sentado para ir a despedirse de algunos que se iban, quedando muy poca gente ya. Fue a hablar con Ana, diciéndole que lo de dormir en su casa tendría que esperar. Le explicó la situación y dijo que se llevaría a su vecino a casa. Ana se quedó un poco decepcionada ante el asunto, pero entendió perfectamente su preocupación. Cuando fue a hablar con Mike le dijo que si no le importaba hacerle un favor enorme. Era la única forma con la que se le ocurría que podía compensar a su amiga. Este, como estaba que aún no se creía lo de la tabla le prometió que haría lo que fuese y más después del impresionante regalo que le habían hecho. Así pues Adriana no se cortó en pedirle que ayudase a Ana a recoger después de la fiesta porque ella al final se tenía que ir. Mike asintió y se despidieron. Esperaba que su

plan improvisado surtiese efecto.

Cogió el abrigo de Nacho, se lo llevó y cuando terminó de recoger sus cosas, salieron juntos. Hacía mucho frío esa noche y en la parada del autobús se estaban quedando helados. Con la temperatura tan baja parecía que Nacho hubiese recuperado algo de conciencia y cogió a Adriana sentándola encima de sus piernas alegando que tenía frío. Estaba enfadada con él por haberse comportado como un idiota toda la noche y no quería dirigirle la palabra, pero él empezó a hablar e intentar hacerla reír. Por fin llegó el autobús y se montaron, Nacho con cierta dificultad haciendo que el conductor les echase una bronca a modo de aviso. En el trayecto a casa, que duraba más de lo habitual Nacho se quedó dormido en su hombro.

«Últimamente es imposible entender a ese tío... Te hablo, no te hablo, me importas, paso de ti, me vuelves a importar, me enfado, me desenfado... ¿qué le pasa?», iba pensando Adriana de camino. «Alguien debería hacer un manual que nos explicase estas cosas. Pero... ¿y si está teniendo la misma reacción que tenemos nosotras cuando nos gusta alguien? El sí, pero no, no pero sí... No es que lo hagamos siempre. Pero vamos, que no, que no le gusto, que Ana se dedica a meterme pensamientos raros en la cabeza. Pero, ¿me gusta a mí? Si no por qué he estado tan pendiente de él... No, no, no».

Justo en ese momento llegaban a la parada por lo que despertó a su vecino. Llegar hasta la calle fue un suplicio porque empezó a decir que no tenía sueño, que se podían ir a dar una vuelta. Al final le logró convencer para ir a casa, y al ver lo mal que se las apañaba tuvo que ayudarle. Al entrar ella solo rezaba para que no despertasen a sus padres.

—Creo que la cena me ha sentado mal —dijo una vez dentro de la habitación.

—Justo. La cena... Anda metete en la cama —espetó más borde de lo que pretendía. Y él abrió la cama y se fue a meter con ropa.

—La cena y todo lo demás —arrastraba un poco las palabras pero parecía más del sueño que del alcohol.

Le quitó el abrigo y los zapatos para que no ensuciase la cama más de lo que ya lo iba a hacer con la ropa. Él tomando impulso se quitó la camisa y los pantalones haciendo que ella se diese la vuelta.

—Tranquila, me he tapado ya.

—Me llevo tus llaves, te las daré mañana —dijo agarrando el pomo de la puerta para irse.

—¡Espera! —sonó más alto de lo que había pretendido, pero no podía controlarlo y lo sabía—. Creo que he gritado, ¿no? —Ella asintió acercándose—. ¿Te he fastidiado la fiesta?

—Un poco —dijo sentándose en el suelo frente a él—. ¿Por qué has bebido tanto?

—Por muchas cosas, pero sobre todo quería olvidar, o eso creo. —Notaba que todo le daba vueltas y se le cerraban los ojos.

—¡Por Dios! —exclamó en un susurro—. Si tienes diecisiete años... ¿Qué quieres olvidar?

—A ti —susurró antes de quedarse dormido.

Aún con la boca abierta escribió una nota y se fue a casa. ¿Por qué la quería olvidar? ¿Qué le había hecho ella? Se metió en la cama triste, todavía dándole vueltas al asunto.

Se levantó con mucho dolor de cabeza. Qué idiota había sido al beber tanto. Hacía mucho que no lo hacía, y cada vez que se levantaba con tanta resaca pensaba en lo mismo, que no tenía que haberlo hecho. Su casa estaba llena de ruidos que no dejaban de atronarle la cabeza. Su madre entró a decirle que había preparado la comida, que cuando quisiese que bajase, pero su voz, siempre en el tono perfecto, sonaba demasiado alta. El vozarrón de su

hermano, que se oía desde su habitación hacía que tuviese pocas ganas de bajar, y al verle la cara todos empezaron a preguntarle, mejor dicho a interrogarle. Un «espero que no cogieses la moto en esas condiciones» de la boca de su padre le hizo pensar en que no recordaba dónde la había dejado.

A medida que iba comiendo se iba acordando de cosas y al final recordó que Adriana le había acompañado a casa. Se puso un poco rojo al pensar en que sin ningún pudor se había quitado la ropa delante de ella. Una vez en su habitación encontró la nota que ella le había dejado: «*Tengo tus llaves, A*». Sabía que había estado hablando con ella, pero no se acordaba de mucho. Las últimas semanas, desde su «me importas» habían hablado normal, pero él no había parado de pensar en que si le gustaba o era un producto de su imaginación. Y había llegado a una conclusión a medias: sí, le gustaba, pero prefería tenerla como amiga antes que nada. ¿La llamaba o no? ¿O mejor iba a su casa directamente a por las llaves?

Al final, después de la siesta, decidió ir en persona. Llamó a la puerta y le abrió Juan. Se llevaba muy bien con él desde el primer día, y le gustaba pasar tiempo con él, pero aún tenía demasiado mal cuerpo como para pasarse un buen rato jugando a videojuegos con él. Justo cuando iba a subir las escaleras Ana bajaba, intercambiaron varios saludos y ella se disculpó por ir con prisas mientras salía corriendo.

Adriana estaba en la cama recostada leyendo un libro cuando abrió la puerta. Le miró con lo que él entendió disgusto, y después de saludarle le tendió las llaves de su casa. A penas cruzó dos palabras más y se volvió a la cama.

—¿Estás muy enfadada, no? —comentó después de un rato decidiendo si quedarse o no.

—¿Tú qué crees? —espetó sin mirarle aún con el libro entre las manos.

—Que mucho... —susurró sentándose en la cama. Volvió el incómodo

silencio del principio y pensó en qué decir mientras la escuchaba pasar las hojas del libro—. Tú misma me dijiste que la gente comete errores y que de ellos se aprende. Pues ahí lo tienes, simplemente bebí más de la cuenta sin querer.

—Queriendo —puntualizó ella.

—¿Cómo?

—Te pregunté por qué habías bebido tanto y me dijiste que querías olvidar —Nacho aún se preguntaba si sonaba triste o enfadada.

—¿Y qué te respondí? —preguntó intrigado.

—Que a mí. —Estaba muy seria y le miró a los ojos al decirlo. A él se le cayó el alma a los pies al oír eso y ella lo notó dejándola más confusa de lo que había estado la noche anterior.

—No creo que dijese eso...

—Pues se dice que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad —añadió secamente.

—Entonces no estaría borracho. ¿Por qué razón iba a querer yo decir eso?

El teléfono de Adri empezó a sonar y colgó. Volvió a sonar y volvió a colgar. Tras un «creo que deberías cogerlo», lo hizo al fin. Escuchó la voz de Mike al otro lado del teléfono. Al principio sonaba contenta, y ¿cómo no iba a estarlo con el regalazo de cumpleaños?, pero entonces ella le dijo algo que no llegó a entender porque estaba sumido en sus pensamientos y el tono de él cambió. Pasó un minuto más en el que se despidieron y ella volvió a centrar su atención en él.

—Sinceramente, no lo sé. —Esto le confundió—. A lo que me has preguntado —aclaró—. No os entiendo, pero a ninguno. Mucho decís que nosotras, las mujeres, necesitamos un manual de instrucciones, pero ¿y vosotros qué? He pensado un poco, bueno, en realidad mucho, y sigo sin

entenderlo.

—¿Pero por qué te iba a decir un día que me importas y al siguiente que me quiero olvidar de ti? —inquirió—. ¿No ves que no tiene sentido?

—Puede que seas bipolar. —Sonrió un poco.

—No lo creo... Pero bueno... ¿está Mike enfadado conmigo?

—Sí.

—¿Por todas las tonterías que hice en la fiesta? —preguntó.

—No.

—¿Entonces? —Se estaba poniendo nervioso ante las respuestas monosilábicas.

—Ha venido esta mañana, y me ha preguntado. Yo simplemente se lo he contado. Todo —añadió—. Y estaba enfadado por lo que dijiste al final... Pero luego se le pasó. Ahora ya no sé por qué es exactamente, habla tú con él. Para él eres importante, si no uno de sus mejores amigos, uno muy bueno.

—¿Y para ti? ¿Sigo siendo un amigo? —La miraba con inocencia no fingida porque sabía el por qué había dicho que quería olvidarla, pero no quería confesárselo.

—Solo si me dices por qué dijiste eso.

—No lo sé, de verdad. —Intentó que viese que era lo más sincero posible, y parece que funcionó porque vio cómo le cambiaba el semblante a su amiga.

Unos días más tarde todo había vuelto a la normalidad. Las clases, las rutinas... el único cambio era que ahora pasaba más tiempo con Adriana y eso le gustaba. Además había llegado el momento de empezar a buscar universidad y todas las semanas tenían una charla sobre el tema. Incluso les habían mandado una circular en la que decía que si salían suficientes alumnos organizarían una excursión de un fin de semana a Madrid para visitar Aula, la

feria de las universidades, y asistir a algunas charlas. Muchos alumnos estaban intentando animar a sus padres a que firmasen solo por el hecho de poder irse un fin de semana fuera y disfrutar de la capital. A ellos les importaba poco lo de ver universidades.

Además faltaba poco para las charlas orientativas que tendrían, donde realizarían test y cosas parecidas a parte de hablar con un orientador para ver en qué encajarían bien en un futuro. Él llevaba barajando las mismas opciones desde hacía años, incluso había pensado en qué universidades le gustaría hacerlo. Era algo que ya había hablado con sus padres, pero le gustaría visitar las facultades y eso requería mucho tiempo. Había hablado con Adriana sobre qué elegiría o dónde durante los días que la había ayudado, pero ella le respondía una y otra vez que no lo tenía claro.

Él quería ayudarla. Tenía claro desde hacía un tiempo que le gustaba, pero ella no parecía interesada en nadie y menos en él. Sabía que le había hecho mucho daño cuando le dijo que se quería olvidar de ella, pero era consciente de que no era posible. Pasó muchos días pensando en ello y había llegado a la conclusión que lo había dicho porque las posibilidades que veía de estar con ella eran pocas o nulas. A pesar de eso pensaba que era mejor ser amigos que no ser nada.

Capítulo 12

Se acercaba el odiado día de San Valentín para Adriana. Sería en dos días, y para colmo un viernes, que ya de por sí la gente estaba revolucionada.

—Pues yo no le veo la gracia, sinceramente. —Le comentó a Ana mientras esta terminaba una tarjeta para el día—. ¿Por qué no se lo dices en vez de dejarle una notita?

—¿Qué poco romántica eres, hija! —dijo algo indignada—. Así puede sospechar de varias.

—No soy poco romántica, lo que no entiendo es por qué solo podemos demostrar «el amor» hacia una persona un único día... —Se quedó pensando un segundo antes de continuar—. Yo lo haría para sorprenderle por su cumpleaños, para felicitarle por haber ganado un partido...

—¿Y esa persona que se te pasa por la cabeza quién es? —Encaró una ceja dejando a Adriana sorprendida y sin una respuesta que poder darle—. Lo digo por la cara que has puesto...

—¿Eh? ¿Qué? ¡No, no, no! —dijo tan rápido como pudo, poniéndose roja como un tomate.

—Bueno, si te gustase alguien, ¿sabes que me lo puedes contar, verdad? —No paraba de mirarla porque sospechaba que no le quería decir quién era, pero hacía relativamente poco que eran amigas, y sabía que a Adriana le costaba un poco más de lo normal confiar—. Puedes confiar en mí, y lo digo totalmente en serio.

—Ya lo sé. —Seguía ruborizada cuando la abrazó—. Gracias. Pero bueno, sigue contándome cómo lo vas a hacer.

—Mira, he pensado que...

Y ahí perdió el hilo de la conversación y empezó a pensar en la imagen fugaz que había cruzado su mente. Quiso deshacerse de ella, pero era más persistente de lo que creía, la tenía grabada a fuego tras los párpados. El timbre que anunciaba el fin del recreo la despertó de la ensoñación y pasó el resto de las clases tratando de prestar atención sin conseguirlo.

Esa tarde le tocaba clase con Nacho. La mayoría de las veces se habían reunido en casa de ella porque Carmen estaba como loca con los preparativos de la boda y aprovechando que su hijo mayor no estaba había montado el cuartel general en la casa; por lo que era un poco molesto intentar concentrarse mientras preguntaba mil veces por colores o sabores. Cuando por fin llamó a la puerta le abrieron con los abrigos puestos y a punto de salir. Una vez en la habitación de Adriana se pusieron a estudiar. Él trató de explicarle todo lo que ella no entendía, y cuando cada uno se puso a hacer sus deberes se dio cuenta de que ella no le quitaba el ojo de encima.

—¿Lo entiendes? —dijo intentando descubrir lo que la pasaba.

—Sí, sí, perfectamente, gracias.

Cinco minutos después notó cómo ella volvía a levantar la vista de su cuaderno y se le quedaba observando. Intentó concentrarse y no prestarla atención, pero ¿cómo podía hacerlo si se sentía observado? Suspiró antes de empezar a hablar.

—Bueno, ¿qué pasa? —No lo dijo bruscamente, pero sorprendió a la chica—. Debo ser guapísimo para que no me hayas quitado el ojo de encima en un buen rato. —Ese comentario, a pesar de sonar un tanto prepotente causó que las mejillas de Adriana se pusiesen tan rojas como una langosta.

—Lo siento. —Bajó la mirada hacia su cuaderno muerta de la vergüenza.

—No lo sientas, pero dímelo antes de que vuelvas a mirarme otra vez

como si estuviese en un expositor. —Cerró el libro y se acercó a donde estaba ella.

—Es más bien una curiosidad. —Se pensó si debía decírselo—. ¿Celebrarás San Valentín? —Se dio cuenta al momento de que parecía que le estuviese pidiendo una cita, y el rojo de sus mejillas aumentó el tono ante la cara de sorpresa que había puesto él—. Me refiero a que he visto gente haciendo tarjetas y hablando de planes. Parece un poco película americana...

—Eh... pues no tenía ni idea. —«¿Está evitando la respuesta a propósito?» se preguntaba mientras buscaba una respuesta—. Y no, no es una americanada, aunque he de confesar que ese día parece primavera. —Había decidido evadir la pregunta.

Capítulo 13

Y en un abrir y cerrar de ojos, llegó el viernes. Había llegado algo más tarde de lo normal, por lo que al entrar por el pasillo vio cómo Cupido había hecho su magia, magia que ella consideraba pasajera. No es que pensase que no fuese romántico que regalasen flores y cartas románticas, incluso pensaba que el día internacional del amor era bonito, pero para ella el amor había que demostrarlo día a día.

Notaba la mochila pesada de camino a clase. Y era porque cada cuatro segundos encontraba a alguien que la apartaba para ir en dirección a su amado o amada. Entró en clase en el momento justo en el que sonó la sirena y el profesor se acomodaba en su silla. Se giró hacia Mike y le dijo sin palabras «qué horror» haciendo que le sonriese de par en par. En el primer recreo se reunieron todos en la cafetería. E incluso hicieron planes para esa noche.

De vuelta a clase Ana le hizo una señal levantando el pulgar y desapareció en su asiento. No se acordó de lo que era hasta que vio palidecer a Mike a su lado cuando al abrir el libro de texto se encontró con la pequeña tarjeta con falsa caligrafía. Mientras la profesora explicaba, intentó llamar la atención de su amiga, ganándose una reprimenda por interrumpir la clase. Al terminar se acercó corriendo donde estaba su amiga y se la enseñó. Parece ser que puso la mejor cara fingida de sorpresa porque no paraba de hacer preguntas sobre el tema. Mientras, Ana miraba expectante desde el otro lado del aula.

En cuanto sonó el timbre, Mike la empujó corriendo al pasillo y empezó el interrogatorio. Él sabía que ella sabía más de lo que quería contar. Viéndoles ahí, en una esquina, ella apoyada en la pared y él casi encima de ella, podría

parecer más de lo que era, e incluso Ana tuvo un momento de duda al verles así. El poco espacio que Adriana tenía de visualización quedó completamente cubierto cuando vio a Nacho abrazándose con una chica realmente guapa justo delante de ellos. Mike debió advertir el cambio en su semblante porque la abrazó y le preguntó si quería que fuesen a hablar a otra parte. Ella negó con la cabeza y fue a sentarse en su sitio. «Pero ¿por qué me molesta? Qué estúpida puedo llegar a ser de verdad...».

Justo le vio aparecer frente la puerta de su clase con esa chica de la mano, echándose miraditas cómplices. Una punzada de celos le recorrió el estómago mientras salían de su campo de visión. Una parte de ella había creído que a él le gustaba ella, pero al parecer estaba equivocada. No podía recriminarle nada, ella tampoco había dicho ni una palabra, a nadie, y sobre todo porque no se había dado cuenta de sus sentimientos hasta hacía relativamente poco. Se sentía tan estúpida...

Cuando las clases terminaron e iba de camino a la parada de autobús acompañada de Mike y Ana, vio a la chica subiéndose en la Honda azul de su vecino, y esas punzadas en la boca del estómago volvieron a aparecer, haciéndose más agudas cuando la moto pasó delante de ellos con ella agarrada a él como si no hubiese nada más. Cuando por fin llegó el autobús les dijo a sus amigos que se encontraba mal y que posiblemente no quedase con todos esa noche. Mike la miró preocupado mientras se despedían rápidamente.

De camino se puso a pensar en todo lo que ella había entendido como señales, que no lo eran, con respecto a Nacho. Sobre todo el último día cuando le había preguntado si iba a celebrar el día de los enamorados y a él le había cambiado la cara. No es que ella hubiese esperado encontrarse una carta en su mochila, ni una nota en la taquilla, ni una flor en el buzón, pero había entendido la cara de él como otra cosa distinta a la que había visto hoy. No como que le gustaba la chica alta, de piernas larguísimas, piel morena y un cabello castaño que

parecía recién salido de peluquería. A pesar de todo tenía que reconocer que el gusto de Nacho para las chicas era muy bueno. Esta última era espectacularmente guapa, y Laura, a pesar de su comportamiento y sus modales era también atractiva.

Llegó a casa justo en el momento en el que comenzó a diluviar sin previo aviso. El corto trayecto de la parada a su casa la dejó calada hasta los huesos. Al principio había querido protegerse de la lluvia, pero al ser imposible había desistido y había caminado a casa mientras se reía de lo absurdo de la situación. Siempre había adorado la lluvia, y aunque había llovido bastante los últimos meses, no había sentido la lluvia en su piel hasta ese momento. Su abuela no hizo más que regañarla desde el momento en el que abrió la puerta por no haberse tapado e ir llenando la casa de marcas de agua. Después empezó a murmurar algo sobre ir a buscar a Juan con el coche y desapareció con la fregona.

Como no quería más reprimendas se metió corriendo en el baño para ducharse y quitarse la ropa mojada. Una vez abajo su abuela le había dejado todo listo y al lado un sobre de medicina para que no se acatarrase.

Cuando se dio cuenta el timbre había sonado ya dos veces. «La medicina esta tiene un efecto demasiado potente», pensó mientras se acercaba a la puerta envuelta en una manta. Al mirar por la mirilla no vio a nadie así que se giró de vuelta al cómodo sofá hasta que, dos pasos más tarde, el timbre volvió a sonar. Regresó a la mirilla y seguía sin aparecer ninguna cara, así que directamente abrió la puerta. Casi se le paró el corazón cuando una figura alta se le puso delante de un salto haciendo que metiese un grito. La silueta se empezó a reír a carcajada limpia y ella, por fin, pudo enfocar la vista reconociendo a Mike, que estaba casi en el suelo de la risa.

Con un tortazo en el hombro le empezó a regañar por el susto, diciéndole que si hubiese sido alguno de sus abuelos les podría haber matado. Después de una

disculpa y de que entrasen a la cocina a coger algo de beber se sentaron en el sofá.

—Pues era verdad lo de que te encontrabas mal... —Este no le quitaba el ojo de encima—. Al menos tu aspecto es horrible. —Sonrió por la cara que ella había puesto murmurando un «gracias» algo enfadado—. Oye, ¿seguro que no has hecho tú la cartita hortera esa, no? En plan para hacerme una broma...

—No, ya te lo he dicho antes, a parte si hubiese sido yo la hubiese llenado de corazones y de colonia para que te encantase —dijo imitando la voz de alguien enamorada y cursi—. Además ya sabes que no soy fan de este día.

—Pues sabes quién es, seguro, te conozco —comentó inquisitivo mientras daba un trago a su coca-cola—. Así que ya sabes... Empieza a largar por esa boquita.

—No puedo. Primero porque no sé quién ha sido. —«Las mentiras piadosas no cuentan como mentiras, ¿no?»—. Y segundo, si lo supiese y me hubiesen pedido que no te lo dijese no lo haría. —Él la miró con ojos de cordero degollado—. No, ni siquiera por mi mejor amigo.

—Eso es que sabes más de lo que me quieres decir, pero bueno, ¿si lo adivino lo afirmarás? —Ella asintió—. Pues empecemos el juego. Supongo que puede ser del equipo femenino de voleibol, que entrenamos en la pista de al lado y hablamos mucho. ¿Claudia? ¿María? ¿Patricia? No será Laura, ¿verdad? —Puso cara horrorizada antes de que ambos se echasen a reír.

—¡Quién tuviese esa suerte! Sería muy afortunado. —Rio ella.

—Nacho.

Se produjo un silencio que duró quizás segundos, pero que parecieron horas. La risa se había acabado y durante esos segundos ella se acordó del día en que le había visto por primera vez con Laura, de cuando él le habló de ella...

Luego le vio con ella misma, riendo el día que fueron a comer al campo, en su casa viendo una película... Y por último esa mañana con la morena despampanante.

—Sí, él ha tenido mucha suerte con ella —dijo aún en su ensoñación—. Aunque las cosas no les fuesen bien, quizás porque Héctor es más... ehh... más... algo. —Sonrió para intentar cambiar la cara que suponía que tenía.

—¿Te gusta, no? —dijo sentándose a su lado y dejándola anonadada.

—¿Héctor? ¡Tú estás loco! —Repuso horrorizada a la pregunta y con el corazón latiéndole a mil por hora—. Mira que ya salí con él una vez, y creo que paso de los acosadores psicópatas.

—No hablo del «muñeco» y lo sabes... —Quería ser más sutil, pero no le salía—. Sé que la sutileza no es lo mío, pero te gusta Nacho, ¿verdad?

—Definitivamente no, no es lo tuyo. —Se quedó callada pensando en qué responder. Él tampoco quiso decir nada, simplemente esperó a que ella respondiese. Y con un suspiro dijo—: ¿Tanto se nota?

—No sabría decirte, supongo que sí, pero no me fijo en esas cosas en las que vosotras os fijáis, pero esta mañana, tu cara cuando le has visto con esa chica... Y luego la misma chica en su moto. He atado clavos.

—Yo no quería, de verdad. —Su voz sonaba suplicante, aunque no sabía por qué—. Ni siquiera sé cuándo ha empezado, pero...

—Oye, a mí no tienes por qué darme explicaciones de nada, sabes que Nacho me cae genial, pero ahora mismo le daría una paliza —dijo sonriente.

—Mike, por favor, no le digas nada, ni a él ni a nadie, nunca. —Le miró suplicante, expectante.

—Anda ven aquí, tonta. —La abrazó—. No diré nada, lo prometo.

El haberle confesado a su amigo lo que sentía por su otro amigo no la había ayudado a solucionar nada, pero sí que se había quitado un peso de encima al

aclararse algo a sí misma. Realmente hasta esa mañana no se había dado cuenta cien por cien de que le gustase, e intentaba aclarar en su mente la diferencia entre el gustar y el querer, para no confundirlos. Para querer se requería más que una atracción.

No mucho tiempo después Mike se despidió porque había quedado más tarde con todos. Ella confesó no sentirse del todo bien aún, que seguía sintiendo frío después de su paseo bajo la lluvia, pero que se apuntaba a lo que hiciesen al día siguiente. Mike, a pesar de querer que su amiga saliese de casa, aceptó con la condición de que si no la veía iría a sacarla de la cama.

En el momento justo en el que cerró la puerta tras Mike el teléfono empezó a sonar y al descolgar se encontró con la voz de Ana suplicante de noticias sobre su amado. Sin traicionar la confianza de su amigo le contó que no sabía de quién se podía tratar la chica, pero que eso no significaba que fuese algo malo, sino que al menos no esperaba que pudiese ser cualquier otra persona. Eso le dio ánimos a Ana para planear algo con lo que llamar la atención del susodicho. Después de más de media hora hablando, Ana llegó a la conclusión de que tenía que seguir con el plan inicial del cine, pero aún no sabía cómo hacerlo. No tardaron en colgar porque había quedado con unas amigas.

El comentario de Ana sobre sus amigas no la hizo sentirse sola en absoluto. Últimamente había pensado mucho en las amistades y había llegado a la conclusión que el dicho de «los amigos pueden contarse con los dedos de una mano» era tan cierto como que el sol salía cada mañana por el este. Se había dado cuenta que no son necesarios muchos para tener a los buenos cerca. No pensaba que hubiese que tomarse a rajatabla lo de que solo fuesen cinco, pero sabía que no podía ser un número mucho mayor. Los amigos de verdad estaban ahí en todo momento. Claramente ella no llenaba una mano entera, pero tampoco le importaba. Se podían tener muchos amigos, pero AMIGOS con mayúsculas, de los de verdad, pocos.

Esa noche recibió un mensaje común con una propuesta para el cine para el día siguiente ya que habían estrenado una película de superhéroes en la que algunos (según Ana en su mensaje privado, Mike) estaban interesados. Concretaron la hora y decidieron verse allí.

La tarde siguiente volvió a recibir una llamada de Ana con dudas sobre qué ponerse. Mike había confirmado que iba, pero aún no sabían quién más se apuntaría, por lo que Adriana le había prometido que si solo estaban los tres ella se inventaría alguna excusa para desaparecer. Después de decidir casi todo el conjunto de su amiga se tuvo que dar más prisa de la que pretendía para estar lista a tiempo. Sus abuelos la iban a acercar porque Juan tenía partido no muy lejos de allí. Prometió no llegar demasiado tarde y se despidió de ellos cuando la dejaron en la puerta del cine.

Ana y Mike ya estaban en la entrada esperando cuando ella apareció. Cinco minutos después apareció Carlos, y a pesar de que a Ana se le cayese un poco el alma a los pies pensó que, pareciendo una cita doble quizás tendría oportunidad de pasar más tiempo con Mike sin que se notase. Además estaba casi segura de que a Carlos le gustaba Adriana. Esperaron aún un rato más y como no vieron aparecer a nadie se fueron a comprar las entradas.

A pocas personas de que fuese su turno, se unieron dos personas más al grupo. Adriana sintió que se le caía el alma a los pies al ver a Nacho aparecer con la guapísima chica del día anterior. Sintió desfallecer al verla aún más de cerca. Elsa, como se la habían presentado, aparte de tener un cuerpo realmente espectacular tenía unos preciosos y profundos ojos marrones que no dejaban indiferentes a cualquiera. Compraron las entradas con la mala suerte de que estarían dos en una fila y cuatro en otra. Adriana rezaba para que no la tocara sentarse con su vecino y su nueva amiga, pero ni la suerte, ni Ana estaban de su parte, y en la repartición a suertes les tocó a Mike y a Ana en una fila y al resto en la otra.

«¿Cómo se comporta una a la que le gusta un chico que tiene una cita con otra? Y lo peor es que todos deben pensar que yo la tengo con Carlos», se iba diciendo mientras cogían palomitas. Estaba intentando comportarse lo más normal posible con Nacho, pero se sentía sobreactuada. Y lo peor era que la tal Elsa no le quitaba el ojo de encima, haciendo que su incomodidad aumentase por momentos.

Al sentarse le tocó, por arte de magia, entre los dos chicos, y girándose hacia Mike este solo le respondió con una subida de hombros como queriendo decir que «qué podía hacer él». «Mucho», pensó, «como sacarme de esta incómoda situación». Nacho estuvo hablando con ella y con Elsa a la vez, y Carlos intrigado se metió en la conversación antes de que empezase la película. La cara de Nacho cambió bastante cuando Carlos le pasó el brazo por los hombros a Adriana, haciéndole pensar en la situación. Pero no sé fijó en cómo ella le pedía amablemente que lo quitara.

Durante la película sus manos coincidieron en el cubo de las palomitas más veces de las que ella hubiese esperado, haciendo que su estómago diese un vuelco cada vez que eso pasaba. Sabía que no era a propósito y que él había llevado a otra chica al cine, pero no quería decir que las cosas que sentía fuesen a terminar de un momento a otro. Carlos, en cambio, no paraba de hacer gracias sobre la película, con lo que ella odiaba que hablasen durante las películas.

Al terminar, Carlos propuso de ir a tomar algo a un sitio que conocía, pero cuando llegaron allí no les dejaron entrar por ser menores. Acabaron en una hamburguesería no muy lejana en la que hacían las mejores hamburguesas caseras que jamás hubiera probado. Mientras cenaban pensó que era muy poco romántico para una primera cita ir a una hamburguesería, donde, por norma general, la gente acababa pringada de tomate y grasa. Aunque no pareció ser un inconveniente para el resto de sus amigos. Elsa comía la hamburguesa sin

pringarse ni un solo dedo, haciendo que Ana, Mike y ella se mirasen sorprendidos. Ya no sabía si era porque la chica parecía perfecta, pero nadie más parecía advertirlo.

Cuando era casi la una de la madrugada empezaron a despedirse. Adriana se despidió para ir a la parada del autobús, que pasaría en pocos minutos, pero Carlos la entretuvo intentando convencerla de que la llevarían sus padres en coche. Después de declinar la oferta en repetidas ocasiones acabó aceptando porque con tanta charla había perdido el autobús y tendría que esperar hora y media al siguiente.

Mike se despidió con un largo y fuerte abrazo, y la promesa de sacarse pronto el carnet de conducir para que no tuviese que volver a usar el transporte público por la noche. La cara de Nacho era un poema y cuando se despidieron le dijo que él podría haber hecho dos viajes y llevarla a casa. «¿Dos viajes? Este tío es tonto, pero que muy tonto...», pensó una vez se subió al coche de los padres de Carlos y veía a Nacho alejarse con Elsa del brazo.

Una vez la dejaron en casa, y después de dar las gracias más de cien veces, aún no había dejado de pensar en Nacho y en su nueva amiga. Casi una hora después, cuando estaba tumbada en la cama intentando poner en orden sus pensamientos escuchó la moto del chico llegar. Se preguntaba qué habría hecho durante más de una hora con Elsa, pero desechó todos los pensamientos porque no conseguía más que entristecerse. De poco le sirvió intentar dejar atrás sus reflexiones porque pasó la noche soñando con ambos.

Se despertó con un jarro de agua fría y realidad al ver el día que era. En menos de una semana sería el aniversario del peor día de su vida. No es que se hubiera olvidado, por supuesto, pero había empezado a dejar de pensar en ello a cada instante. Era eso lo que no le había dejado vivir, el estar siempre anclada en el pasado, el pensar en que en cualquier momento las cosas podrían volver a ser como antes.

Durante la hora de la comida les preguntó a sus abuelos si podrían hacer algún tipo de homenaje a sus padres. Sabía que ir al cementerio era algo imposible, no podían dejar todo de un día para otro, pero quería hacer algo que seguro que a todos les ayudaría en ese día. Sus abuelos pidieron que lo dejasen en sus manos, que se encargarían de ellos.

Y lo hicieron. Ese jueves les esperaron a la salida de clase, les llevaron a comer a un pueblo cercano y, tras eso se montaron en el coche para llevarles a unos acantilados no muy lejanos. Allí les contaron que es donde su padre llevó a su madre en uno de los primeros viajes que hicieron juntos. Años más tarde, les confesó que al verla con el pelo revuelto y riendo sabía que sería su mujer algún día. Cogieron flores silvestres y después de un rato en silencio las lanzaron al aire.

Capítulo 14

Pasó una semana y luego otra. Intentaba comportarse normal en las clases particulares que le daba Nacho y creía estar haciéndolo bien hasta que Mike le comentó, confidencialmente, que Nacho le había preguntado si le sucedía algo. Pero cada viernes allí estaba ella otra vez, en la puerta del instituto esperando con su preciosa sonrisa y sus modales perfectos, siempre amable y con ganas de ver a todos. Y Adriana no podía pensar en otra cosa que no fuera en lo mucho que él se merecía a la perfecta chica que, puntual, le esperaba cada viernes.

Cuando llegó la tercera semana supo que debía cambiar el chip, pensar en Nacho como un amigo y no como en algo más, porque eso es lo que serían. Así que durante el tiempo que pasaba con él trataba de comportarse igual que antes, y él pareció notarlo porque se animó más.

—Bueno, ahora que hemos terminado, ¿sabes si hay planes para este finde? —dijo él sonriente.

—Eh... —La pregunta la había dejado algo confundida—. No lo sé, la verdad.

Parecía que la conversación había terminado pero Nacho tenía ganas de preguntarla por el viaje a Madrid que harían el tercer fin de semana de marzo. Al final la excursión para ver universidades había salido y quedaba poco tiempo para pagarlo.

—Está todo un poco mal organizado, ¿no crees? —dijo él con el papel en la mano, y al ver que su amiga no sabía de lo que hablaba continuó—. Lo de Madrid, digo. Que prácticamente nos vamos en dos semanas.

—¡Ah! Sí, ya, yo aún no se lo he dicho a mis abuelos —respondió mientras miraba el papel detenidamente—. Supongo que lo han hecho perfecto para que a la vuelta nos coincida casi con exámenes.

—¿No se lo has dicho aún? Pues mañana es el último día de pago. —Preocupado por la calma con la que lo dijo—. A parte, deberías ir.

—¿Por la fiesta?

—Porque aún no te has decidido —cortó—. No quería que sonase así, lo siento. ¿Has estado con la orientadora?

—Sí, y hay varias cosas, pero aún no quiero hablar de eso hasta que no me decida yo.

—¿Con nadie? —Sonrió esperanzador y eso casi funciona.

Pasaron lo poco de tarde que les quedaba juntos hablando del tema sin conseguir que ella soltase una palabra más. Cuando iban a despedirse, el móvil de Nacho empezó a vibrar justo al lado de Adriana, y al dárselo leyó en la pantalla el nombre de Elsa, consiguiendo que su buen humor se esfumase.

Esa misma noche sus abuelos le enseñaron las invitaciones a la boda de Víctor y Claudia. Sus vecinos habían decidido entregárselas en mano y el gran acontecimiento sería el miércoles de Semana Santa. Estaban emocionados porque la invitación se extendía a sus nietos. Todo eso alteró a Adriana, aunque eran más los nervios por saber que sería la primera boda a la que asistiría desde que tenía siete años y siempre había querido ir a una siendo mayor.

Ese fin de semana volvió a ver a Elsa, pero esta vez en la puerta de casa de su vecino cuando ella salía de la suya. La había sorprendido no verla a la salida, pero lo hacía más el hecho de que estuviese allí. Esperaba que la otra no la hubiese visto cuando salía medio corriendo escondida bajo el paraguas en dirección a la parada del autobús, pero tuvo la mala suerte de que la

reconoció y fue en su búsqueda.

—¿Adriana? —preguntó sorprendida—. ¡Hola! ¿Qué haces por aquí?

—¡Andaa! ¡Hola! —«Tu tono de sorprendida es realmente falso, contrólate»—. Pues, esto... vivo aquí, ¿y tú? —Trató de cambiar de tema.

—Buscaba a Nacho, pero parece que nadie abre la puerta... ¿sabes dónde está? —La miraba esperanzada—. Es que tengo que ayudarle con algo y bueno...

—Ah, pues no lo sé, lo siento, hoy no le he visto en todo el día. —«Y ahí va otra mentira, pero tampoco le voy a decir que he estado observando a su novio, ¿no?»—. Quizás está entrenando, o con su hermano, que viene los fines.

—Ya, ya lo sé. —La dejó un poco cortada—. Bueno, ¿qué le vamos a hacer? —Rio—. ¿Qué hacéis esta noche?

La pregunta la dejó tan descolocada que no supo responderla al principio. Se limitó a encogerse de hombros y decirle que quizás fuesen a casa de Carlos. Y cuando se dio cuenta estaban las dos montadas en el autobús y venían de camino de ver un partido juntas. Hablaron poco porque Elsa iba hablando intermitentemente con el móvil. Primero una amiga. Luego un amigo. Después lo que debía ser un pariente. Otra vez su amiga. Y así hasta el pabellón.

Aún quedaba bastante tiempo para que empezase, pero consiguió que Ana llegase antes para que la salvase de la incómoda situación. El rato que estuvo sin hablar por teléfono no hizo más que aumentar su resquemor hacia ella. Era el tipo de chica que caía bien a todo el mundo, y que, puede que sin quererlo, hacía que otras se sintiesen pequeñas y a la vez la admirasen. Cuando la preguntó por lo que iba a estudiar dijo que quizás medicina. Y vio a Adriana tan boquiabierta que no pudo parar de reírse en un rato para acabar diciéndola que era broma.

El comienzo del partido ayudó a que dejaran de hablar. Al final varias chicas de clase se les habían unido. No es que todas estuviesen interesadas en el juego, pero sí en los jugadores. Cuando el partido finalizó, desde la pista gritaron que se iban a tomar algo para celebrar la derrota, que les esperasen en la hamburguesería de siempre.

No era un sitio en el que se pudiese pedir mesa, así que intentaron hacer tiempo a medida que andaban hacia allí para no llegar demasiado pronto. Al final, con la tontería, los chicos las alcanzaron en la puerta del local. De camino se les habían unido más amigos, así que al entrar llenaron el local de tal manera que los clientes que ya estaban allí acabaron arrinconados en una esquina.

Al poco tiempo de llegar empezaron a circular bebidas y hamburguesas, y los pocos que tuvieron sitio lograron sentarse. Adriana, que estaba en plena conversación con Mike, Ana y un chico del equipo con el que había hablado varias veces, Guille; se quedó mirando a Nacho y a Elsa, que hablaban con algunos otros chicos y vio cómo esta comenzaba a hacerle carantoñas a otro de los chicos delante de su vecino. Mike advirtió lo que sucedía y alzando una ceja intentó que lo dejase pasar. Pero ¿cómo iba a pasar el hecho de que la novia de su amigo tontease con otros delante de la cara de este? ¿Es que acaso Nacho no se daba cuenta de la situación? Pero él la miraba como si eso fuese lo más normal del mundo, lo que estaba haciendo que Adriana se enfadase.

—Déjalo —dijo Mike sentándose a su lado—. Y no me mires así.

—¿Pero tú la estás viendo? —susurró aún impresionada—. ¡Que está ligando con otros en su cara!

—Adri, problema suyo, tú ahí no te puedes meter —la miró seriamente—. Recuerda lo que dijiste que harías.

—Nada, eso es lo que haría, nada.

Cuando por fin acabaron con las reservas del local, alguien dijo de ir a su casa, la cual estaba vacía. Eso fue como encender una bengala, porque de repente una masa la empujaba hacia fuera y de ahí en una dirección que no conocía. Aunque en un principio pareciese que iban todos, al llegar solo quedaban la mitad, pero no todos parecieron advertirlo.

La casa era bastante grande, un chalet individual al que habían tardado en llegar más de veinte minutos andando. La casa ya estaba ocupada y por mucha más gente. Contándoles a ellos, rondarían las cuarenta personas. Uno de los hermanos mayores había decidido dar una fiesta, y cuando les vio aparecer se acercó diciéndoles simplemente algo como «no toquéis mi alcohol» y se fue hacia otra habitación. Pero a pesar de la advertencia, poco tiempo después la mayoría había cogido una copa. Elsa se acercó y le dijo que había muchísimo alcohol en el salón, que la acompañase.

Fue algo extraño. La llevaba agarrada por el brazo y empezó a preparar dos copas, pero ella, más rápida ya se había servido la suya así que le ayudó a preparar la de ella. Y repentinamente, sin venir a cuento, le empezó a hablar de lo guapo que era Raúl, que si los ojos, que si tal, que si cual. La cara de Adriana era un poema, pero en su cabeza se repetía una y otra vez: «No harás nada, no harás nada...».

Mientras tanto Elsa, como si fuese su amiga de toda la vida, la llevaba del brazo hacia donde estaban Nacho y Raúl. Esta se atusó el pelo y empezó a contonearse un poco más de la cuenta logrando que varias personas más, a parte de su objetivo la mirasen con algo más que interés. Al final, cuando llegaron delante de los chicos se acercó mucho a Raúl y comenzó a hablarle cerca disculpándose del ruido. Tras dos minutos de ver la conversación, Adriana se disculpó haciendo como si la llamasen, yéndose del circo que estaba viendo.

Y entrando por la puerta se encontró a la gran, a la única, Laura. Ese día se

había vestido normal, tanto que el vestido de Nochevieja parecía como si lo hubiese llevado una gemela de otro planeta. Pero así, con unos vaqueros de cintura baja y una camisa lo suficientemente escotada, entendía el porqué de que Nacho hubiese estado saliendo con ella. No llevaba los cien kilos de maquillaje que había acostumbrado a usar desde que salía con Héctor, y la quedaba muchísimo mejor. Incluso al pasar por su lado la saludó sin insultarla, dejándola anonadada. No le dio tiempo ni a saludarla porque pasó veloz como un rayo hacia el salón seguida de dos amigas.

El no ver a Héctor por ahí la alivió un poco, pero por si decidía pasar tras ella fue a buscar a alguno de sus amigos. De camino se encontró con Carlos que la llevó hasta donde estaba el resto del grupo. Ana se acercó rápidamente, llevándosela a parte del resto del grupo.

—¡Te tengo que contar! —decía emocionada de camino a la cocina—. Estaba hablando con Mike y me ha dicho que aún tenemos pendiente el cine. ¡Casi me da un infarto!

—¡Me alegro mucho! —Y era verdad. No podía negar que se alegraba de que su amiga estuviese contenta, y más aún de que Mike hubiese tenido iniciativa, así que decidió que hablaría con él más tarde—. Me tendrás que ir poniendo al día, porque para sacar información a Mike...

—Sí, sí, ¡por supuesto! —No paraba de sonreír—. Bueno, ¿y tú qué? ¿Nadie de tu interés?

—¿Eh? —La pregunta le había dejado estupefacta y no le salían las palabras—. ¡No! Bueno... no, no.

—Eso es un sí. —Le dio un abrazo—. Me lo contarás cuando estés preparada, lo sé.

Sonrientes volvieron con el grupo y esta vez Mike le pidió que le acompañase a por algo al salón. El camino, que no duraba más de un minuto lo hizo en

completo silencio, pero una vez estuvieron lo suficientemente lejos él arrancó a hablar:

—Creo que le acabo de pedir una cita a Ana. —Estaba blanco, como si el tema le asustase.

—¡Qué bien! ¿O no? —preguntó por la cara que él tenía.

—Es que después de lo de... bueno, ya sabes. —Se quedaron callados mientras echaba coca-cola en un vaso para Adriana y se lo tendía—. A ver, que me he liado con chicas desde entonces. —Los ojos de ella se abrieron de par en par—. Pero no sé...

—¿Pero a ti te gusta?

—Sí, al menos eso creo. Llevo un tiempo pensándolo. —No la miraba mientras hablaba—. Y no sé, desde hace tiempo que nos vemos y hablamos mucho... Me gusta pasar el tiempo con ella.

—¿Entonces qué tienes que pensar? Te doy mi bendición. —Hizo un gesto con la mano y ambos empezaron a reírse a carcajadas—. Pero, no me abandones mucho, porfa. —Le dijo una vez que pararon de reírse.

—Eso nunca, ya lo sabes. —Y con un solo brazo la abrazó tan fuerte que casi la dejó sin respiración.

Una vez de vuelta con el grupo vio que se les habían unido Elsa, Nacho y Raúl, y a una parte de ella se le cayó el alma a los pies. Un «sé amable» al odio por parte de Mike le hizo volver a la realidad y ver cómo Elsa se le acercaba sonriente. Esta la agarró del brazo con la confianza que había adquirido apenas una hora antes, y sin previo aviso empezó a llevársela lejos del grupo. De camino a un paseo sin destino fijo la chica comenzó a hablar de la cantidad de chicos guapos que había en la fiesta, pero que la mayoría estaban pillados. Entonces fue cuando le dijo que Mike era muy guapo y que tenía suerte. Adriana, horrorizada ante la idea, le dijo que ellos solo eran

amigos, que no tenían ningún tipo de interés el uno en el otro.

A este comentario, se quedó algo pensativa y empezó a decir que su primo había vivido una situación parecida. Le gustaba una chica, que pensaba que era su amiga, pero a ella le gustaba otro, y al final no pasó nada entre ellos. Adriana lo sintió por el chico a medida que se acercaban al grupo y le dijo que a veces las personas se enamoran de alguien imposible. Y para aclararle que a ella no le gustaba Mike, le dijo que ese no era su caso.

«No elegimos de quien nos enamoramos». Esa frase se repetía una y otra vez en su cabeza como un eco extraño que no acallaba, como si no hubiese sido ella quien lo hubiera pronunciado. «Pero sí de quien nos olvidamos», le decía otra vocecilla con voz prepotente dentro de su cabeza.

Y no hubo tiempo para más conversaciones mentales consigo misma porque por la puerta entraban Héctor y Pablo con algunos amigos, notablemente bebidos, y fueron a saludar al otro anfitrión de la casa. Como si una gota de sudor frío le recorriese la espalda le dio un escalofrío cuando pasaron por su lado. Por suerte, Mike era lo suficientemente alto como para taparla, pero no prestaba atención, aunque sí que vio cómo Nacho les seguía con la mirada.

Se sintió muy tonta al darse cuenta de que estaba asustada. Mike conocía por encima los hechos de los dos encontronazos que había tenido, pero nunca había entrado en profundidad de detalles. En cambio, Nacho lo sabía todo. No entendía por qué desde el principio había cogido tanta confianza con él, en muchos aspectos, pero aun así se alegraba de que alguien lo supiese. Sin que se hubiese dado cuenta, Nacho había aparecido a su lado y se había acercado a susurrarle si se encontraba bien. Adriana asintió un poco apabullada por esa muestra de protección por su parte. Él, que no parecía convencido, se quedó ahí, hablando con la gente pero sin quitarle el ojo de encima.

Cuando por fin logró volver a concentrarse en la conversación les escuchó haciendo planes para el fin de semana que pasarían en Madrid, y de ahí la

conversación derivó al verano. La mayoría estaban escandalizados de que aún no tuviesen un sitio al que ir a pasar el «mejor y más largo verano de sus vidas». Y justo en ese momento una voz, algo lejana, comentó: «A vosotros, vayáis donde vayáis, no os dejarían entrar ni en una pocilga». La inconfundible y amable voz de Héctor consiguió que todos callasen momentáneamente antes de empezar a insultarse mutuamente.

Sin esperárselo nadie, varias personas rodaban por el suelo pegándose mutuamente. Cuando los separaron alguien gritó que la fiesta había terminado. El hecho de que Héctor hubiese acabado sangrando un poquitín logró sacarle una sonrisa a Adriana, pero justo cuando iba a salir alguien tiró de su brazo hacia dentro otra vez.

Solo le dio tiempo a echar un rápido vistazo a quien tiraba de ella y a ahogar un grito antes de que él le tapase la boca suavemente. En cambio apretaba la mano que aún le cogía el brazo.

—Hacía ya un tiempo que no te veía, y me empezaba a preguntar si te escondías de mí —dijo Pablo suavemente y, al ver la cara de ella, añadió—: Solo quería hablar contigo.

—Pues yo no, lo siento. —Logró zafarse de su mano y empezó a andar.

—Solo, esto... yo solo quería pedirte perdón. —Se disculpó mientras andaba tras ella—. No sé qué pasó, a mí me gustabas, me gustas, y bueno... —Al principio parecía sincero, pero entonces esa sonrisa extraña de la última vez cruzó su cara y no le dio buena espina—. Podríamos vernos otro día, tranquilamente.

—Podríamos, pero no, gracias. —Al pronunciar esto, un rayo de furia cruzó los ojos de Pablo—. Y, agradezco tus disculpas. —Intentó sonreír antes de cruzar la puerta lo más rápido que pudo.

Se encontró a Nacho a punto de entrar en la casa, así que le agarró del brazo y

echaron a andar alejándose de ese sitio con prisa. Nacho giró la cabeza justo a tiempo de ver a Pablo salir de la casa cabreado y encima bebido. Este les vio alejarse, haciendo que el cabreo se convirtiera en furia, por lo que empezó a andar tras ellos. Por providencia del destino alguien se cruzó en su camino, consiguiendo que dejase de prestarles atención el tiempo suficiente para perderles de vista.

Nacho no paraba de observarla, pero no quería preguntar nada. Había pasado toda la noche mirándola, no podía quitársela de la cabeza, y eso que lo había intentado. Incluso Elsa había intentado ayudarlo. Hacía tiempo que le había dicho a Mike que notaba rara a Adriana, y que no sabía por qué era, pero de repente, como por arte de magia, ella había vuelto a estar normal con él. Se reían, hablaban... Sabía perfectamente que Mike le tenía que haber dicho algo, pero a él no le importaba con tal de verla bien.

Por eso, en ese momento, solo quería que parase y abrazarla hasta que quitase la cara que tenía. Podía hacerlo, quería hacerlo, y estaba a punto de pararla cuando el resto de sus amigos aparecieron delante. Vio cómo ella cambiaba la cara y le soltaba rápidamente. Entonces, al llegar, le apretó el brazo, le sonrió y fue hacia Mike, quien sí que la abrazó. Una punzada de celos le recorrió todo su ser, no podía evitarlo.

Ahí se despidieron todos, y a pesar de ofrecerle a Adriana llevarla a casa, ella, mirando a Elsa, rechazó el ofrecimiento. Al pasar con la moto se le cayó el alma a los pies al verla en la parada de autobús esperando. Cuando por fin llegó a casa quiso intentar ver si ella estaba ya allí. Se asomó a la ventana del salón esperando ver su abrigo o una luz que descendiese por la escalera, pero no hubo forma. Hacía muchísimo frío, pero aun así decidió esperar en su propio porche a ver si la veía aparecer. Había pasado bastante tiempo, y tendría que estar en casa.

Entonces, en su mente vio la imagen de Pablo saliendo tras ella en la casa, y,

como un rayo se montó en la moto de vuelta a la fiesta. «¡Pero cómo puedo haber sido tan estúpido y no haberme dado cuenta!», se iba diciendo a sí mismo mientras conducía por la carretera. Y al pasar la primera curva vio el autobús subiendo. Se sintió aliviado al verla sentada junto a la ventana, por lo que dio media vuelta. Llegó antes y pensó en esperarla para preguntarle qué había pasado con Pablo, pero se arrepintió al momento y se quedó en el porche de su casa esperando a verla aparecer. Y lo hizo, con la capucha puesta y temblando de frío. No es que en la moto no hubiese acabado tiritando, pero al menos no habría tenido que soportarlo sola. En cuanto ella cerró la puerta tras de sí, él hizo lo propio.

Capítulo 15

El fin de semana siguiente, después de llegar del entrenamiento, Nacho entró en casa sudado porque no había agua caliente en los vestuarios y la vio sentada en el sofá, junto a su madre. Su cara debió decirlo todo, porque un segundo después su madre estaba delante de él explicándole qué hacía ahí. No es que se hubiese enfadado, ni mucho menos, simplemente estaba sorprendido. Adriana le miraba desde el sofá divertida por la situación. Él se disculpó por sus pintas y se fue a duchar sonriendo sin poder quitarse de la mente la cara de la chica. Al bajar, las dos seguían donde las había dejado hablando.

—¿Quieres ayudarnos, hijo? —Le preguntó su madre ofreciéndole sitio entre ambas.

—¿A qué? —Curioseó desconfiado mientras se sentaba.

—A elegir las últimas cosas para la boda —respondió—. He visto a Adriana sola en la parada de autobús y le he pedido ayuda para hacer esto cuando tuviese tiempo. Ha venido hace un rato. ¿Os traigo algo para tomar? ¿Adriana, cariño, te quieres quedar a cenar? Sé que aún falta un rato, pero para que avises en casa.

—Pues no sé... no quiero ser molestia —dijo antes de ser interrumpida por Carmen.

—¡Qué molestia! Anda, llamo yo a María y le digo que hoy cenas aquí —dijo ya con el teléfono en la mano—. Y ya podrías pasar más tiempo por aquí. —Se iba yendo hacia la cocina—. Bueno, elegid lo que he dejado apuntado ahí, a ver si logramos acabarlo cuanto antes.

Salió de la habitación y se la escuchó marcar y empezar a hablar con la abuela

de Adriana. Mientras ellos cogieron la lista y se quedaron un poco confusos al verla.

—¿La lista de canciones no es un poco personal como para que laelijamos nosotros? —preguntó Adriana al ver lo primero de la lista.

—Eso depende... Pero a Claudia le dio un medio ataque de ansiedad el otro día en casa por todo lo que faltaba —comentó apuntando algunas canciones en una libreta—. Supongo que por eso te requiere a ti como ayudante femenina y joven.

—Supongo. —Miró la lista de Nacho y este explicó que eran canciones que a su hermano le gustaban.

Después de pasar un rato apuntando canciones pasaron a lo siguiente de la lista. No eran cosas muy complicadas, pero ambos se sentían como si estuviesen metiéndose en medio de algo que no les pertenecía. Carmen llegó poco después con una bandeja con cosas para picar, disculpándose por la tardanza. Ojeó sus adelantos y de lo contenta que estaba les dijo que solo quedaba algo por decidir: quién tocaría la entrada de Claudia en la iglesia, y les puso un CD con varios instrumentos distintos tocando. Fue una decisión difícil porque Claudia le había pedido que fuese algo distinto, por lo que finalmente se decantaron por un trío musical de flautas, que daba un toque especial.

Cuando terminaron era la hora de cenar y Carmen se fue a poner unas pizzas en el horno mientras ellos recogían un poco el salón. Roberto llegó cinco minutos antes de la cena, disculpándose repetidas veces con su mujer mientras le daba diversas muestras de cariño que no dejaban indiferente a cualquiera. Se notaba tanto cuánto se querían que Adriana no pudo más que pensar en sus padres cuando hacían eso, y se tuvo que ir al baño para que no viesen las lágrimas furtivas que trataban de escaparse. Una vez se hubo serenado volvió con el

resto, que ya había terminado de poner la mesa.

Después de la cena, se ofreció a ayudar a Carmen a recoger y esta, muy agradecida, le indicó qué podía hacer. Al acabar, los mayores se sentaron en el sofá y les ofrecieron ver una película juntos, pero Nacho lo rechazó diciendo que verían una en el ordenador.

Una vez arriba ella le dijo que si tenía que irse por que hubiese quedado, que se iba sin problema. Nacho, que parecía molesto por el comentario, le dijo que se había encontrado un poco mal después del entrenamiento por lo que los había cancelado. Sorprendida le preguntó por Elsa y él le dijo que no había podido ir ese fin de semana. Y ahí quedó la conversación.

Ella con toda la confianza del mundo se recostó en la cama y sacó el bulto que le molestaba en la espalda, un libro.

—No sabía que te gustase leer —dijo ojeando la parte de atrás del libro—. ¿Hay algo que no hagas o que hagas mal? —Ella misma se ruborizó después de pronunciar las palabras.

—Me gusta, sí, pero no es algo que sepa mucha gente. Yo no soy de los que lo van publicando, tengo una reputación. —Riéndose, cogió el libro que ella le tendía y lo dejó sobre la mesilla sentándose a su lado—. Y hago muchas cosas mal, más de las que crees que hago bien. —«¿Se ha puesto roja? No, no puede ser...».

—Vale, veamos. —Hizo una pausa dramática—. Sacas buenas notas, hablas inglés casi perfectamente, juegas a no sé cuántos deportes, por lo que me ha dicho tu madre juegas al ajedrez, ¿ajedrez, en serio? —Rieron—. Espera, que sigo. Mmmm... ¡Ah, sí! Lees, ves películas, tienes tiempo para tus amigos...

—¡Pero eso no son cosas especiales! —La interrumpió divertido.

—Ya, ya... seguro que ahora es cuando haces un truco de magia y sacas una paloma de la manga o conviertes el cojín en conejo. —Él cogió el cojín

rápidamente y después de espachurrarlo un rato empezaron a reírse.

—No, nada de habilidades especiales, ¿ves?

—Lo que tú digas... Yo sigo pensando lo que he dicho.

—Bueno, ¿y tú qué? —preguntó intrigado—. ¿Cuál es tu habilidad especial?

—Ufs... te lo digo confidencialmente, ¿eh? Sé hacer nudos al rabito de las cerezas con la lengua —dijo con picardía mientras la cara de Nacho cambiaba, abriéndosele mucho los ojos.

—¿De... de verdad? —Adriana, que ya no podía aguantar más la risa empezó a reírse tanto que le dolía la tripa—. Qué mala eres... —Parecía enfadado, aunque solo intentaba no reírse él también.

—No entiendo por qué os gusta tanto que hagan eso —dijo riéndose aún—. Si dejaseis de ver películas porno no tendríais fantasías con esas cosas.

—¿Cómo...?

—¿Que cómo sé eso? —Le interrumpió—. Juan es un adolescente y a veces se olvida de ponerse los cascos cuando está en el ordenador... Suerte que el oído de mis abuelos no es muy fino. —Volvió a reírse—. Bueno, ¿qué vas a poner?

Le animó a que eligiese la que quisiese y escogió una de soldados y guerra. Pusieron el ordenador en la silla, en frente de la cama, y se acomodaron para verla. A pesar del sonido de bombas, metralletas y demás, Nacho se fijó en cómo Adriana trataba de mantener los ojos abiertos, pero casi a mitad de la película cerró los ojos y con un pequeño suspiro se quedó dormida.

Le apartó el pelo de la cara y cuando terminó la película debatía consigo mismo sobre si despertarla o acomodarla para que durmiese bien. Empezó recogiendo y apagando el ordenador, y después fue a cogerla para colocarla

bien en la cama. Ella abrió los ojos despacio, poniéndose roja de la vergüenza.

—¿Me he dormido, no?

Se sentó a su lado y le colocó el pelo detrás de la oreja mientras asentía. Un gesto íntimo que llevaba queriendo hacer desde que había empezado la película pero no había hecho por miedo a despertarla. Ambos tenían el corazón acelerado después de ese gesto.

—Perdón —dijo muerta de vergüenza—. La peli estaba muy bien, pero me moría de sueño.

—Qué mala mentirosa eres. —Rio. Quería seguir acariciándola el pelo, pero paró pensando que a lo mejor era demasiado—. Pensaba dejarte dormir aquí y yo me iba a ir a la habitación de mi hermano.

—No te preocupes, me voy a casa. —Se despezó y se levantó—. Pero gracias.

Terminó de ayudar a Nacho a recoger su habitación y bajaron en silencio las escaleras. Era bastante más tarde de lo que pensaban y cuando terminó de ponerse el abrigo se acercó a Nacho y le dio un beso en la mejilla más largo de lo normal. Se separó despacio, disfrutando de ese instante, y dándole las gracias salió rápido para no pensar en lo que había querido hacer.

Cerró la puerta aun sintiendo los labios de ella sobre su piel. Pensó en que nunca había visto a nadie tan guapa como a ella cuando sin querer la había despertado. Tenía que hablar con alguien sobre eso, y la única persona que le iba a la mente era Mike, pero no sabía si podía confiar en que mantuviera el secreto. Aun así decidió intentar dejar el tema a un lado, se suponía que había decidido dejar sus sentimientos aparte.

Mientras, Adriana, ya con el pijama y metiéndose en la cama pensaba que

había cometido un gran error al haberle dado ese beso. Su intención había sido, en un principio demostrarle agradecimiento, pero en cuanto sus labios habían tocado la mejilla de Nacho había sentido como un imán que no la dejaba moverse de ahí, y había hecho un enorme esfuerzo por separarse. No quería que pensase nada raro, y menos ahora que volvía a tener novia.

Al levantarse al día siguiente tenía muchos mensajes de Mike y de Ana. La noche anterior había sido su cita y, por lo que leyó, habían llegado casi a las tres de la mañana a sus casas. En uno de los mensajes Ana le suplicaba que fuese a dormir a su casa a hacer noche de chicas para ponerla al día. Pero decidió que primero pasaría la tarde con Mike.

Después de comer fue a casa de este, que estaba estudiando para sacarse el carnet de conducir. Le puso brevemente al corriente de lo que pasó la noche anterior. Ya sabía que él iba a ser escueto en eso, pero al menos le aclaró que iría poco a poco con Ana, que la conocería fuera de lo que era el grupo de amigos, y que cuando estuviese seguro de lo que sentía le diría algo a ella. Cambió de tema para acabar hablando de los planes para el viaje que organizaba el instituto a Madrid, que sería la semana siguiente, pero no sacaron mucho en claro porque la planificación se la darían esa misma semana, con las horas de salida, de vuelta, etc.

Una vez en casa de Ana, dejó la bolsa que había llevado en su cuarto. Esta lo había preparado para que durmiesen cómodamente las dos, pero le dijo que antes irían otras chicas de clase a cenar con ellas. Rocío y Susana, a las que había visto alguna que otra vez fuera de clase resultaron ser más simpáticas de lo que lo habían sido anteriormente. Se disculparon por haberse comportado tan mal con ella a principios de curso. Al final pasaron una noche muy agradable hablando de chicos y del viaje a Madrid, hasta que tuvieron que irse porque tenían otros planes.

Cuando por fin estuvieron solas en el cuarto de Ana, esta sacó los pintauñas y le dijo que era obligatorio pintarse las uñas tanto de las manos como de los pies. Hacía mucho que no lo hacía, así que aceptó y se pusieron a ello. Como ya no había nadie que les molestase, Ana empezó a relatarle toda la noche con Mike. Desde que se vieron hasta el beso final. Estaba muy emocionada. Pero tenía dudas de si él sentía lo mismo, por lo que Adriana le dijo, que lo mejor es que fuesen poco a poco, pero que estaba segura que a él le gustaba ella. No lo decía solo porque él se lo hubiese dicho, sino porque le había visto con ella, y la miraba con mucho cariño. El amor era algo un poco más lejano, pero había que empezar poco a poco. Cuando Ana oyó eso se puso más contenta aún si podía.

Y como si un rayo le iluminase la cara le dijo que de vez en cuando podrían quedar en plan doble cita. Adriana no contestó por lo que Ana empezó de nuevo su discurso sobre que ella no la presionaría para que se lo contase, pero que estaba segura que le gustaba algún chico. Y como el silencio volvió a ser su respuesta, Ana no pudo más que afirmar lo evidente, por lo que al final Adriana le dijo que sí, pero que era algo imposible porque él ya tenía novia. Esto hizo que su anfitriona se quedase paralizada porque la primera persona que se le pasó por la cabeza fue Mike, pero, sabiendo lo que pensaba le pidió que descartase ese pensamiento, que Mike era su amigo y que le veía casi como a un hermano. Así que Ana volvió a animarse y a pesar de su insistencia en que se lo contase acabó cambiando de tema y confesando que a Carlos le gustaba. Se quedó sorprendida, más que nada porque ella nunca había pensado en él como algo más que un amigo.

Al final se les hizo las cuatro de la mañana cuando se metieron en la cama. Una vez a oscuras y casi en silencio Adriana se alegró de haber encontrado en Ana una amiga, sabía que podía confiar en ella, aunque no se sentía preparada aún para contarle lo de Nacho.

Capítulo 16

El jueves siguiente aún no se creía que estuviese preparando la maleta para irse a Madrid a pasar el fin de semana. Sabía que no era un viaje de placer como tal, pero era el primer viaje que haría con amigos ya que no había podido asistir al viaje de fin de curso del año anterior debido a la muerte de sus padres. Esa época ahora le parecía lejana, como si hubiese sido en otra vida, una vida que revivía día tras día en sus sueños.

Mientras tanto Juan no paraba de revolotear por su habitación haciendo preguntas. Su «edad del pavo» estaba siendo bastante extraña. Se comportaba muchas veces como si fuese el hermano mayor, y otras pasaba de todo el mundo, encerrándose en su habitación o quedando con sus amigos. Pero esa tarde estaba especialmente insufrible con su recién adquirido rol de padre y sus «no bebas», «ten cuidado» o «nada de chicos». Ella no podía hacer otra cosa que reírse por lo bajo, mientras asentía dándole la razón en todo.

A la mañana siguiente se despidió de sus abuelos porque saldrían justo al terminar las clases. Juan llevó la maleta hasta la entrada de su edificio, donde la abrazó como quien no quisiese la cosa y tras de despedirse se fue a clase. Adriana sintió como si él estuviese triste. Notaba cuánto habían cambiado las cosas entre ellos, hacía algo más de un año se llevaban como el perro y el gato, y en esos momentos se llevaban mil veces mejor, no es que fuesen uña y carne, pero eran lo que se entendía por hermanos.

Las clases pasaron muy rápidas, aunque los profesores no se molestaron en no mandar deberes con la excusa de que se fuesen a buscar universidad, sino más

bien todo lo contrario, diciéndoles que era una manera de «incentivarles».

El autobús estaba ya a la entrada del instituto esperándoles cuando salieron antes de que sonase la sirena del final de las clases. Una vez dentro, se peleaban por los sitios de atrás o por sentarse con alguien en concreto. Adriana se sentó en el asiento delante del de Mike, que compartía sitio con Ana, y con gran alivio vio que iría sola. El alivio era porque no le apetecía compartir sitio con alguien con quien no se llevase bien. Además, lo bueno era que no todo el mundo iría al viaje.

El autobús arrancó y empezaron a callejear hasta salir a carretera. Levantó un poco la cabeza y vio a Nacho, sentado unos asientos más atrás con un chico de su clase. Mientras le observaba él alzó la cabeza, encontrándose su mirada. A pesar de sentir que le ardía la cara le saludó y volvió a sentarse.

Cuando llevaban poco tiempo en el autobús, uno de los profesores que les acompañaban cogió el micrófono haciendo que la mayoría de sus compañeros protestasen por la falta de música. Después de un pequeño discurso con normas y demás dijo que iba a proceder a la repartición de las habitaciones. Comentó que había varias habitaciones de cuatro y tres personas, pero que solo cuatro dobles, que serían dos para chicos y dos para chicas. Con esto empezaron a surgir dudas desde el fondo del autobús preguntando si chicos y chicas podrían dormir juntos. Las risas tontas y las carcajadas llenaron el autobús. Ana se levantó rápido y al volver le dijo a Adriana que había cogido una de dos para ellas solas. Le halagaba enormemente que Ana prefiriera dormir con ella que con el resto de sus amigas.

Entonces empezó el desfile de gente y el griterío por ver cómo dormirían. Se giró mirando entre los dos asientos para hablar con sus amigos, pero estos estaban concentrados en arrumacos y cuchicheos al oído, por lo que se puso los cascos, sacó su libro, evadiéndose durante un rato del griterío.

Diez minutos después de que se despejase el pasillo del autobús, y de que

todos volviesen a sus sitios, el asiento que tenía libre al lado quedó ocupado por Carlos. Ana, desde el asiento de atrás le guiñó un ojo, pero a pesar de su sonrisa, por dentro se lamentaba de su mala suerte. Carlos le caía bien, pero después de lo que le había dicho Ana tenía miedo de que él hiciese alguna tontería e hiriese sus sentimientos al rechazarle. Al final pasaron dos de las tres horas que les quedaban de autobús hablando no solo entre ellos, sino también con sus vecinos de atrás, lo que fue un alivio.

Antes de darse cuenta entraban a Madrid por Moncloa, recorriendo parte de la calle Princesa y Gran Vía. Ya había estado antes allí, pero le encantaba ese sitio. Uno de los profesores iba dando instrucciones de lo que harían ese día y cómo organizarían el siguiente. Poco después, el autobús callejeó hasta llegar al hotel, un tres estrellas, que según ponía en el folleto estaba a diez minutos andando del mismo centro. Una vez dentro, empezaron a repartir las llaves de las habitaciones, y todos como locos despejaron el pasillo, llenando los ascensores.

La habitación doble era bastante grande, aunque con una sola cama, ¿pero a quién le importaba? Ana había dejado su maleta y se había ido a investigar quiénes serían sus vecinos. Volvió emocionada diciendo que tenían un pasillo casi entero para ellos, pero que los profesores estaban justo a la entrada. Cerraron la puerta y se fueron a buscar a sus amigos. Acabaron en la de Rocío y Susana, que compartían habitación con dos chicas de la otra clase con las que apenas había cruzado dos palabras. De vuelta a su habitación, la puerta de enfrente se abrió y salió Mike.

—¡Vecinas! —Sonrió al verlas—. Pasad, pasad.

—¿Qué haces aquí? Si esta habitación antes estaba vacía. —Le dijo Ana mientras las dos chicas se sentaban en la cama.

—¡Ah, sí! Es que resulta que nuestra habitación tenía una de las camas rotas, así que nos han cambiado a dos dobles. —Señaló la habitación contento

—. Y ahora es mejor porque tengo unas vecinas envidiables. —Giñó un ojo.

—¿Y quién es el afortunado que dormirá contigo en la mullida cama?

—preguntó Adriana mirando tanto a uno como a la otra.

—Yo —dijo una voz a sus espaldas.

Ya sabía quién era cuando se giró, pero tenía que mirarle. Sinceramente estaba sorprendida de que ellos dos compartiesen habitación porque había supuesto que Nacho compartiría habitación con Raúl y algún otro amigo. Se sentó en frente de los tres en una silla, y entre los dos chicos les explicaron el porqué del cambio de habitaciones. Les dio tiempo a acabar justo el relato antes de tener que bajar.

Les llevaron a dar una vuelta cerca de donde estaba el hotel hasta que acabaron en la Puerta del Sol. Ana, que tenía la cámara preparada para hacer fotos, empezó en cuanto pisaron la gran plaza. Y estuvo así hasta que les dejaron tiempo libre para cenar con la condición de estar a las once en el punto de encuentro. Recorrieron la calle Arenal, la calle Mayor, la Plaza Mayor, Carretas, y cerca de la Plaza Santa Ana encontraron un sitio para cenar que no estaba demasiado lleno.

De vuelta al hotel, los profesores se quedaron esperando a que todo el mundo entrase en sus respectivas habitaciones. Se les oía pasear por el pasillo haciendo vigilancia. Cuando Adriana salió de la ducha Ana le dijo que ya no había monos en la costa y, aun viendo que su amiga estaba con la toalla puesta, abrió la puerta y sus nuevos «vecinos de enfrente» entraron rápidamente en la habitación. Ella, que no cabía en sí de asombro, entró corriendo en el baño y se encerró.

—Vamos, Adri, que es solo una toalla —dijo Ana con tono bromista

—. ¿Te llevo la ropa?

—Sí, está encima de la cama —respondió entre avergonzada y

enfadada.

Alargó la mano cuando llamó a la puerta y cogió sus cosas. Estaba enfadada porque al menos podía haberle dicho que iban a ir, así hubiese dejado las cosas en el baño, y no encima de la cama, donde probablemente todos habían visto su ropa interior. No se sentía a gusto con poca ropa, y menos aún con una simple toalla. Avergonzada por su comportamiento, que podía parecer infantil, salió muy digna y les vio a los tres esperándola. Le comentaron que tenían que llegar hasta la última habitación, que allí se iba a hacer una especie de reunión. Aún horrorizada tiraron de ella hacia afuera y fueron cambiando de habitación hasta que llegaron a la última.

A pesar de ser una habitación cuádruple no era muy grande, pero ahí estaba la mayoría de los que habían ido al viaje y todos, por supuesto, en pijama. Debía ser la única habitación con terraza, porque los fumadores estaban ahí apretujados pasando frío.

Después de cerrar la puerta alguien le ofreció una bebida de un color extraño, que rechazó y, cinco segundos después, volvía alguien a ofrecerle la misma bebida. Se fijó en que Nacho se perdía hacia el final de la habitación y se quedaba ahí con sus amigos. Carlos, como por arte de magia apareció tras ella. Echó un rápido vistazo en dirección a Nacho que ya estaba riéndose y con una chica colgada de su brazo. «Normal, ¿qué te pensabas?», le dijo una vocecilla maliciosa en lo más hondo de su ser. Así que se puso a hablar con Carlos, que le ofrecía la misma bebida que ya había rechazado.

Pasó bastante tiempo con él hablando y riéndose de sus chistes tontos; y cuando el reloj estaba a punto de dar las tres le dijo que se iba a ir a dormir. Él no paró de insistir en acompañarla a su habitación, a pesar de que estaba a unos pocos metros, hasta que ella aceptó. Una vez estuvieron delante de la puerta ella le dio las gracias y vio como él maniobraba para ir a besarla. Lo

único que se le pasó por la cabeza en ese momento fue decirle que le sonaba el móvil. Así que después de otro rápido «gracias» entró corriendo a la habitación y cerró tras de sí. Cuando sintió que se había ido se metió en la cama pensando en qué había hecho mal aceptando que le acompañase a la habitación porque le había dado a entender lo que no era.

No había terminado su primer pensamiento cuando llamaron a la puerta. Rezando para que no fuese Carlos, se acercó a abrir y se encontró con Mike con cara algo enfadada.

—¿Ha pasado algo? —Le dijo mientras este pasaba—. Te noto preocupado.

—Lo estoy, Adri, pero no por mí, por ti.

—¿Por mí por qué? —preguntó sorprendida.

—Sabes que lo de «un clavo saca otro clavo» no funciona, ¿verdad? —preguntó dejándola con la boca abierta—. Bueno, supongo que sí. No tontees con Carlos, Ana me ha dicho que le gustas y así solo conseguirás haceros daño a los dos, o a los tres.

—No he tonteado con él. —Le enfadada que pensase eso de ella—. Solo hemos hablado y poco más.

—Vale, te creo, de verdad. —Su mirada denotaba confianza—. Pero lo digo por él. Sé que quien te gusta es... bueno, el otro. Pero no estés tanto con Carlos. Nosotros no nos caracterizamos precisamente por ser muy analíticos en ese campo. —Rio.

—Mañana iré de sujeta velas contigo y Ana, así no habrá problema. — Su tono era irónico, pero no quiso hacer daño a su amigo, así que, arrepentida, añadió—: Lo siento.

Después de un rato más de conversación con Mike, este se fue y la dejó con los ánimos por el suelo. No es que hubiese pretendido abusar de la confianza

de Carlos y usarle para dar celos a Nacho, pero el chico había logrado que no se pasase toda la noche pendiente o pensando en su vecino. Estaba segura de que a muchas chicas les gustaba él, era moreno, con los ojos muy negros; alto, aunque no demasiado; musculado, pero sin pasarse. Además era simpático y atento. Que sus intenciones fuesen buenas o no ya quedaba aparte, pero al menos lo otro estaba claro. El problema era que a ella no le gustaba. Poco después se quedó dormida, y no escuchó cómo Ana entraba y se metía a dormir junto a ella.

Sintió como si hubiese dormido cinco minutos cuando sonó el despertador. Ana, que tenía el aspecto de haber dormido más de ocho horas, la zarandó un poco para que se moviese. Cuando estaban terminando de maquillarse los profesores llamaron a la puerta con un «revisión». Después Ana le explicó que en el viaje de fin de curso habían hecho lo mismo para no pillar a nadie en un dormitorio que no fuese el suyo. Le confesó que, desde hacía años, siempre pasaban a la misma hora, por lo que nunca había habido ningún problema. En el desayuno, la mayoría tenía cara de no haber dormido en días por lo que se alimentaban a base de cantidades ingentes de café.

Ya en el autobús de camino a la feria, que visitarían los dos días, Ana le tendió una barra de brillo de labios, guiñándole un ojo con un «por los universitarios», haciendo que Mike pusiese los ojos en blanco. Esa vez Carlos se había sentado con ella desde el principio. A pesar de la mirada de reproche de Mike, ella no podía más que encogerse de hombros, sabiendo que si le echaba de ahí quedaría mal con el chico.

Una vez en la feria les dieron un plano y un papel con las actividades programadas para ese fin de semana. Estaba lleno de gente que andaba de un lado para otro. Se organizaron para ir a algunos stands, pero poco a poco empezaron a perder gente por el camino. A Adriana la mayoría ni le

interesaba, y menos irse a estudiar a las Islas Canarias. En un momento se despistó del grupo, del que ya solo quedaban cinco personas, y tras probar a llamar repetidas veces a Mike y Ana, se dio por vencida yéndose por su cuenta.

En uno de los stands se interesó por varias carreras, pero solo estaba uno de los chicos que podía explicarle una de ellas. Le contó todo sobre el programa, los profesores, las salidas profesionales, las prácticas obligatorias... Cuando terminó la explicación le hizo algunas preguntas, y con un «espero verte el año que viene por la facultad» se despidieron. Dio varias vueltas más antes de darse cuenta de que era la hora de comer. Llegó a lo que era la cafetería y no encontró más que a los profesores y al grupito de amigos de Héctor, así que decidió mandar un mensaje a sus amigos mientras aprovechaba para empezar a comer.

Encontró una mesa vacía y se sentó con el sándwich que había comprado, que era lo que mejor pinta tenía del sitio.

—Veo que te hemos forrado a papeles —comentó una voz tras ella—. ¿Puedo sentarme? —Se quedó mirándole porque no le conocía de nada—. Soy el del stand de antes, el que te ha tenido secuestrada casi veinte minutos.

—¡Ah, sí, perdona! —Quitó lo que tenía en la silla y él se sentó.

—¿Tienes poca idea de lo que vas a elegir? —Señaló los papeles al ver la cara de ella—. Lo digo por la pila de papeles que llevas.

—¡Eso! —Rio—. Bueno, tengo tres cosas en mente, pero el resto es un *porsi*. —Cogió unos cuantos folletos—. Aunque en realidad lo hago por los regalos que dais, ¿sabes?

—Ya me extrañaba a mí. —Rieron ambos—. Sobre todo porque ir a la playa con un paipay con el escudo de la universidad debe ser lo más. Entonces, ¿qué? ¿Vendrás a estudiar a Madrid?

—Sinceramente no lo sé, aunque me gustaría. —Admitió sorprendida

por tener tanta confianza con un desconocido.

—Bueno, si vienes, llámame y te enseño esto. —Sonrió y ella no pudo hacer otra cosa que fijarse en él.

Era realmente guapo. Su pelo, de un castaño oscuro, lo llevaba un poco más largo por arriba dando la sensación de llevar un poco de tupé, pero lo que más le gustaba eran sus ojos, de un azul oscuro precioso. Entonces se dio cuenta que le estaba mirando fijamente y notó cómo enrojecía de sopetón, pero el chico pareció no notarlo. Cuando él estaba a punto de terminar su comida, alguien dejó la bandeja a su lado sobresaltándola.

—Hola —dijo mirando a ambos de hito en hito—. Me había dicho Mike que te habías perdido y que no lograban encontrarte —añadió ignorando al otro chico.

—Ya, pero nadie me cogía el teléfono, así que he decidido ir por mi cuenta —contestó sonriente.

—A mí no me has llamado. —Parecía disgustado, pero ella quiso pensar que no era así.

—Em... —Carraspeó un poco el otro chico—. Yo me voy. Encantado de haberte conocido, y, bueno, tienes mi número en ese folleto. —Le guiñó un ojo y desapareció dejando a Adriana con la boca abierta.

—¿Haciendo amigos, eh? —preguntó Nacho, ella asintió—. Bueno, ¿y por qué no me has llamado a mí?

—Por... porque pensé que no querrías hacer de niñera. —Terminó diciendo. No era del todo sincera, pero una parte de ella creía que él lo haría más por ser amable que por otra cosa.

—¿Por qué iba a hacer de niñera? —Ambos se quedaron callados hasta que él llegó a la conclusión—. ¡Ah, vale! Ya entiendo. ¿Has encontrado algo que te guste? —Cambió de tema cogiendo uno de los folletos que ella

tenía.

—He reducido la lista a tres cosas, puede que dos —comentó contenta—. A parte, mira tooodo lo que me he llevado de regalo. —Rio sacando cosas de las bolsas.

Pasaron un largo rato hablando y al final decidieron ponerse en marcha. Pararon en una ponencia para ver si les interesaba. Después de eso fueron parando en distintos stands solo por ver qué les regalaban. «He conseguido un boli», decía uno, y mientras el otro respondía «pues yo una mochila». No paraban de reírse y pararon en un stand donde estaban haciendo caricaturas y escribiendo con letras chinas. Cuando les tocó a ellos, el chino que estaba escribiendo, se había quedado sin papel, solo le quedaba uno, así que escribió los nombres de ambos y en medio pintó un corazón diciendo «pala paleja bonita». Ambos, sin saber qué decir, empezaron a dar marcha atrás, pero el de las caricaturas les obligó a sentarse y en cinco minutos tenían una lámina a carboncillo de ellos dos.

Nacho no sabía qué decir, así que le ofreció a ella quedarse con todo. Medio discutieron sobre quién se quedaba qué, y al final Nacho se quedó lo de los nombres (que Adriana consideraba que era menos sospechoso si lo veía Elsa) y ella la caricatura, que enrolló y guardó en una bolsa a buen recaudo. Cuando vieron la hora salieron pitando en dirección a la entrada principal para volver con sus compañeros. Al día siguiente volverían hasta después de comer porque había algunas presentaciones específicas por carreras.

Mike y Ana la echaron la bronca por no estar pendiente del móvil. Les contó un poco lo que había sucedido, sin entrar en detalles, y volvieron al autobús, donde Carlos ya había cogido costumbre de sentarse con ella. Mike, al que no le gustaba nada eso, le hizo levantarse y sentarse con él, porque «tienen que hablar de cosas de chicas». Adriana le dedicó una mirada agradecida a su

amigo ante el gesto.

Como aún era pronto, los profesores les llevaron a El Retiro y desde allí fueron paseando hasta el hotel. Ana hizo tantas fotos que empezó a quejarse de no tener suficiente memoria en su móvil, por lo que le pidió prestado el suyo a Adriana aun sabiendo que no hacía fotos ni la mitad de buenas que el de ella. Llegaron a Gran Vía y les dejaron tiempo libre para que cenasen donde quisiesen, pero al final, con tanta indecisión, acabaron en el McDonalds. Al ser un sábado, estaba lleno de gente que salía a cenar arreglados para luego ir de fiesta. Un popurrí muy divertido.

Mike, que estaba ya cansado de vigilar a Carlos, se sentó al lado de Adriana rápidamente antes de que este pudiese sentarse con ella, pero no tuvo previsto el otro flanco y Carlos, más listo de lo que pensaba, se sentó con ella. Vio la expresión de Nacho desde el otro lado de la mesa cuando Carlos le pasaba el brazo por encima a su amiga, y no supo qué hacer para que eso no siguiese pasando. Adriana sonrió a Carlos, pero Nacho entendía que era una sonrisa forzada, y lo sabía porque la conocía mejor de lo que ella pensaba. Carlos, en cambio, no lo veía de ese modo, sino como un paso adelante. Y eso le preocupaba mucho.

Mike sabía lo que ella sentía por su vecino, pero no quería verla con Carlos, y no porque este no fuera majo o un buen chico, sino porque no quería ver cómo se destrozaba a ella misma. Puede que la conociese desde hacía apenas unos meses, pero había hablado con ella más que con ninguna otra persona, y era como una más de su familia. Había visto en ella todos los estados de ánimo posibles, y aun así, quería seguir a su lado. El duro golpe que había sufrido y verla ahora feliz le daba ganas de que siguiese así, no de que volviese a ser la chica triste de principios de curso.

Nacho no le quitaba ojo de encima a su vecina, que tenía el cuello rodeado por Carlos. Ese mismo Carlos al que hacía dos días le gustaba una chica distinta.

Era la definición perfecta de «picaflor», cada semana le gustaba una diferente. Aunque Nacho llevaba tiempo observándole, y con su vecina llevaba así bastante. No sabía si eso le enfurecía o no. De vuelta al hotel volvieron a hablar de hacer una pequeña reunión en la habitación del día anterior, y escuchó cómo Carlos le preguntaba a Adriana si no prefería hacer otra cosa. Para su alivio la vio negar con la cabeza.

Una vez en la habitación, Ana se pidió primera en ducharse, así que cuando terminó, entró Adriana. Había sido un día largo, y bajo el agua caliente de la ducha pudo quitarse tensión de encima. Se lavó el pelo tranquilamente y cuando pensó que llevaba demasiado tiempo ahí debajo y que sus dedos empezaban a arrugarse, cerró el grifo y salió envuelta en una nube de vapor. Adoraba eso. Era su momento de relajación máspreciado. Una ducha larga y caliente. Salió envuelta en la toalla para coger su pijama y metió tal grito que casi se le cae la toalla. Él la tapó la boca con la mano a la vez que le pedía que se callase.

—¿Pero qué haces aquí, idiota? —Le dijo más alto de lo que pretendía—. ¡Casi me matas del susto!

—Perdona, es que van a hacer revisión de habitaciones en un rato y Ana me ha pedido que venga aquí un rato, que quería estar con Mike a solas —dijo como si no fuese nada del otro mundo—. Cr... creo... esto... deberías cambiarte.

Ella entró en el baño a toda prisa para cambiarse. Cuando iba a salir de nuevo llamaron a la puerta y escuchó la voz de un profesor. Su corazón se paró instantáneamente, no podía pensar. Gritó que esperase un segundo que se estaba poniendo la ropa. Rápidamente le dijo a Nacho que entrase en el baño, cerrase con pestillo y encendiese la ducha. Y cuando estuvo todo listo abrió con la toalla en la mano.

—Perdone, estaba terminando de cambiarme —dijo ella con la mayor inocencia posible—. ¿Sucedó algo?

—Hemos oído un grito, ¿y su compañera? —Entró sin permiso mirando por todos lados.

—Ya, perdón, me pareció ver algo que se movía. Está en la ducha, ¿Ana? —preguntó y se oyó un ruido extraño—. ¿Ve?

—No hagan más ruido. Molestan al resto de huéspedes del hotel —dijo el profesor seriamente y salió de la habitación cerrando con un portazo tras de sí.

Esperó un momento porque veía la sombra del profesor junto a la puerta, quien estuvo ahí durante un rato. Fue a encender la televisión y cuando volvió vio que había desaparecido. Suerte que ese profesor a ella no le daba clase, porque tenía pinta de ser horrible. Justo antes de llamar a la puerta del baño esta se abrió.

—Tienes mucha experiencia en esconder a chicos en tu habitación, ¿eh? —dijo Nacho divertido.

—Mucha, normalmente escondo uno cada noche. —Le respondió aún molesta—. Piensa que probablemente no eres el único que hay en esta habitación.

—¿Está Carlos? —preguntó inconscientemente, arrepintiéndose al segundo de sus palabras.

—Dios, sois odiosos. —Le respondió enfadada metiéndose en la cama—. Creo que en unos veinte minutos te puedes ir, que ya habrán terminado con la revisión de habitaciones.

—No quería molestarte, Adri —dijo sentándose a su lado y haciendo que ella se girase—. Era solo una broma.

—Pues dejad de meteros en mi vida. —Se tapó hasta la cabeza—. Que

parece que es lo único que sabéis hacer.

—A lo mejor lo hacemos porque nos preocupas. —La oyó suspirar debajo de las sábanas.

Él, que no sabía qué hacer, recordó algo que le hacían de pequeño que hacía que se olvidase de por qué estaba enfadado. Acercó la mano poco a poco y empezó a hacerla cosquillas. Al principio le gruñó que la dejase en paz, pero él siguió, y ella, asfixiada, salió de debajo de las sábanas para quejarse, momento que él aprovechó para hacerla más cosquillas. Al final cedió y empezó a reírse como una niña pequeña. Era la primera vez que la oía reírse así, y eso le gustaba.

Cuando ella empezó a gimotear que parase, lo hizo, pero cuando hubo recuperado fuerzas ella empezó el contraataque. Así que esta vez eran los dos quienes se hacían cosquillas mutuamente, ninguno quería ceder. Nacho, en un esfuerzo por mantenerse recostado no pudo aguantar más, perdió fuerza y calló justo encima de ella. Las cosquillas pararon, sus corazones empezaron a latir tan fuerte que sentían que el otro lo estaba oyendo, y estaban tan cerca el uno del otro que sus respiraciones se mezclaban. Milímetro a milímetro recortaban la poca distancia que había entre sus bocas.

—Vibra tu móvil —dijo Adriana, con la voz entrecortada, rompiendo la magia del momento.

Él se separó rápidamente y sacó el móvil de su bolsillo leyendo el mensaje. Hizo un comentario tan bajo que Adriana no pudo oírlo, y después, dirigiéndose a ella le dijo que habían pillado a dos de camino a la habitación del día anterior por lo que habían estado apuntando los nombres de los que estaban fuera de las habitaciones, que pasarían a hacer otra revisión. Tras eso se levantó y se encaminó a la puerta, pero a mitad de camino paró para darle las buenas noches y siguió hasta que le oyó cerrar.

Un minuto después entraba Ana por la puerta. Llegaba contentísima, y una vez se dejó caer en la cama, empezó a relatar qué tal le iba con Mike, pero no tuvo mucho tiempo ya que justo llamaron a su puerta los profesores. Entraron a revisar toda la habitación. Tras eso se volvieron a quedar solas y Ana volvió a empezar su discurso, pero Adriana no podía parar de pensar, le empezaba a doler la cabeza de las vueltas que le estaba dando a todo.

—¿Me estás escuchando? —preguntó de pronto Ana—. Veo, que no.
—Y se rio—. ¿Me cuentas qué te pasa?

—No es nada importante, perdona. Sigue, que te escucho.

—Adri, mira —empezó—. Sé que nos conocemos desde hace relativamente poco, pero puedo decirte con sinceridad que eres una gran amiga. Aunque a veces no me escuches —dijo riendo—. Pero... —continuó viendo que Adriana quería replicar— a veces hay amigos de hace años que parece que no conocieses, y otras, amigos que conoces desde hace poco que es como si los conocieses de toda la vida. Tengo la suerte de que estás en el segundo grupo.

—Gracias. —Le dijo con verdadera gratitud—. Tú también eres de ese grupo de personas. Y además alguien a quien me gustaría tener en mi vida por mucho tiempo. —La abrazó—. Podría decir que eres mi mejor amiga.

—Así que, con toda la confianza asquerosa que tenemos. —Rio Ana—. A ti no te gusta Carlos, ¿verdad? —Adriana negó con la cabeza—. Lo supuse al ver la reacción de Mike, pero él no me quería decir nada. ¿Me vas a decir quién es? ¿O lo voy a tener que adivinar?

—Es que no sé si es buena idea que nadie lo sepa. —Tenía la mirada baja y jugaba con los padrastrós de sus dedos—. A parte, dudo que tu parte de celestina ayude mucho.

—Tía, prometo no hacer nada —dijo enseñando el meñique como las promesas que se hacían los niños pequeños—. Sabes que mientras no sea

Mike...

—¿Cómo va a ser Mike? —preguntó ya que lo habían hablado más de una vez—. Para mí solo es mi mejor amigo, le veo casi como a un hermano porque ha estado ahí desde el principio. Así que no te preocupes por eso, de verdad. —Le sonrió.

—¿Mike lo sabe?

—Sí. —No entendía por qué estaba avergonzada.

—Vale, déjame pensar. —Y se tumbó en la cama—. Carlos no, eso está claro. Presupongo que ha venido al viaje. —Adriana asintió—. Vamos por buen camino. No —dijo como si hubiese caído en la cuenta y se levantó—. No, no, no, no. ¿Es quién estoy pensando que es?

—No sé en quién estás pensando.

—Sí, sí lo sabes. —Empezó a mover el pulgar hacia la puerta y su amiga encaró una ceja—. ¡Vamos! ¿O quieres que lo diga yo? —La notaba emocionada.

—No quiero ni decirlo ni que lo digas en alto. —Tenía la mirada baja—. Sinceramente preferiría olvidarlo. —Se sentía triste porque había tardado en darse cuenta de sus sentimientos hacia él.

—¿Olvidarlo? No, estás loca. —Ana estaba notablemente emocionada—. Tienes que ir a por él. Ya te dije que le gustabas.

—No puedo. —La mirada extrañada de Ana bastaba como pregunta—. Ya está con alguien.

—Oh, mierda.

Esas últimas palabras fueron el resumen perfecto para la ocasión. No las hubiese habido mejores para expresar todo. Ana la abrazó e intentó animarla diciéndole que no quedaba mucho de curso, y que después, en la universidad, quizás conociese a alguien. Adriana pensó que no le faltaba razón. Pero eso no

hizo que fuese menos cierto, por lo que al apagar la luz una solitaria lágrima resbaló por su mejilla intentando abrir paso para el resto. Ahora que tenía las cosas claras, no podía hacer nada.

La mañana siguiente, después de que el autobús, ya cargado, les dejase en IFEMA, la pasaron entre conferencias aburridas y más stands de universidades. Nada más terminaron de comer se pusieron en marcha de vuelta a casa. Lo bueno fue que a Adriana esa vez no le tocó sentarse con alguien con quien no quisiese porque Ana se puso en el asiento entre ella y el pasillo. Su amiga sacó la baraja de cartas que había conseguido de regalo en un stand y, para ayudar a olvidar, se pusieron a jugar.

El viaje de vuelta se les hizo corto. Raúl, que se había unido a la partida de cartas, hacía monólogos imitando a famosos, así que no pararon de reír durante un buen rato. Poco antes de llegar, su monologuista particular les comentó por lo bajo que estaban preparando algo para el cumpleaños de Nacho, para el que quedaban dos semanas, pero que estuviesen atentas para ver qué salía.

«¡Qué tonta he sido! ¿Cómo se me había olvidado eso?», pensaba. Y lo peor era que no tenía nada que regalarle. A parte que no sabría cuándo podría comprarlo porque a finales de semana tendrían examen de nuevo. Y la semana de su cumple otros dos. Cuatro de abril. Lo que les quedaba de camino lo pasó intentando encontrar un regalo que mereciese la pena, y ya no porque le gustase, sino porque los dieciocho eran la entrada en la edad adulta.

Una vez hubieron llegado, esperó en la puerta, cargada de bolsas, a que alguno de sus abuelos apareciese. Les había llamado de camino para que calculasen el tiempo, pero casi todos sus compañeros ya se habían ido y ella seguía ahí esperando con Mike, que era uno de los pocos rezagados. No se había dado cuenta de que alguien se les acercaba por detrás hasta que Mike le hizo un gesto con la cabeza y se giró. Nacho andaba hacia ellos cargado también con

bolsas, y una vez les hubo alcanzado, le dijo a su vecina que ya estaban ahí para recogerles. En el coche que señalaba vio a Roberto, quien les hacía gestos con la mano.

Se despidió de Mike y se montó en el coche callada mientras padre e hijo hablaban. Lo bueno era que el trayecto era lo suficientemente corto como para que a Roberto no le diera tiempo a hacerle muchas preguntas. Sinceramente no tenía ganas de hablar, aunque eso es lo que le tocó hacer cuando llegó a casa. Después una conversación sobre universidades alegó estar cansada del viaje y tras una larga ducha se sentó en la cama a revisar folletos, colocándolos por gustos y prioridades. Juan, que llegó a casa poco antes de cenar, le dio un fuerte abrazo antes de sentarse a devorar todo lo que había en la mesa. Volvió a salir el tema de la carrera y la universidad y, al final, ella acabó contándoles los planes que tenía en ese momento. Su abuela, aunque sorprendida la abrazó contenta.

Capítulo 17

Canceló las clases con Nacho para las dos siguientes semanas porque les habían puesto más exámenes de los que tenían en un principio para que, esta vez, las recuperaciones fuesen antes de las vacaciones. Así que prácticamente estuvo recluida en su habitación durante dos semanas. Dormía poco, comía poco, no se concentraba, y había días en los que tenía dos exámenes, pero sabía que necesitaba una nota medianamente alta para entrar en lo que ella quería. El jueves en que terminó los exámenes durmió desde casi media tarde hasta el día siguiente sin descanso y, al despertarse, se dio cuenta de que no le había comprado nada a Nacho, y su cumpleaños era al día siguiente. Al terminar las clases fue corriendo a comprar lo que necesitaba para el regalo que tenía pensado.

A la salida del centro comercial se encontró con Carlos, que insistió en invitarla a tomar algo.

—¿Vendrás esta noche? —Le dijo a mitad de conversación cambiando de tema de improviso, y al ver la cara de desconcierto de ella añadió—: A mi casa. Os había invitado a unos cuantos, ¿no te acuerdas?

—Ah, sí, perdona, estaba pensando en otras cosas —pensó la respuesta detenidamente—. Aún no lo sé, te escribo y te digo.

—Vale, pero realmente espero que vengas —dijo acariciándola suavemente el brazo.

Al despedirse, él volvió a insistir en lo de aquella noche. Cuando por fin llegó a casa, estaba más hambrienta de lo que pensaba, pero su abuela, que pensó

que debía ser adivina, había dejado una succulenta comida preparada. Devoró todo y subió a su habitación tan llena que la cama le parecía la mejor opción. Aun así resistió la tentación y se empezó a preparar y envolver el regalo de su vecino. Cuando ya casi estaba terminando, Ana la llamó para que la acompañase esa noche. Adriana volvió a dar la misma respuesta que le había dado a Carlos, pero su amiga insistió diciendo que tenía una sorpresa. Le dijo la hora y colgó rápidamente para no escuchar otra excusa.

Cuando salió rápido de la ducha su abuela la paró, diciéndola que no le gustaba nada que cogiese el autobús nocturno. A pesar de sus protestas, Adriana le dijo que era la única forma que tenía de poder salir un poco sin molestarles a ellos, que no le parecía justo. Su abuela, que pareció entenderlo pero no compartirlo, se fue a preparar la cena. Mientras Adriana cenaba rápido para que le diese tiempo de llegar a la hora que Ana le había dicho, su abuela le dijo que al día siguiente tendrían comida en casa de sus vecinos para celebrar el cumpleaños de Nacho. Al escuchar esas palabras casi se ahoga, tosiendo para poder respirar. Su abuela, que lo achacó a lo rápido que estaba comiendo, le dio unos golpecitos en la espalda y le acercó un vaso de agua.

Se vistió y maquilló a toda prisa para no perder el autobús. Esa vez le tocaba hacer traspaso para ir, y eso solo aumentaba sus ganas de sacarse el carnet de cualquier vehículo. Llegó justo a tiempo, a la vez que Mike, que cruzaba la calle en ese instante. «Ya podría yo vivir más cerca de la civilización», pensó. Se saludaron todos y fueron andando hasta la casa de Carlos. Había llegado bastante gente, y por lo que le comentaron, serían unos veinte. Lo mejor de la situación era que los padres de él estaban en casa, que fueron quienes les abrieron la puerta. Muertos de vergüenza entraron al salón donde estaban casi todos. En cuanto los padres desaparecieron se les destensionaron los hombros mientras se acercaban al resto.

Diez minutos más tarde volvió a sonar el timbre y le vio aparecer. Se sentía

tan estúpida cuando le palpitaba así el corazón. «Olvídate», le dijo la parte de su cerebro que debía odiarla, porque la otra gritaba de alegría mientras tiraba confeti haciendo que le faltase el aire. Se extrañó de no ver a Elsa con él, aunque a la vez se alegraba. Ella le caía bien, pero no podía evitar sentir celos, y una parte de sí misma entendía las inseguridades de Ana, aunque ella y Mike no tuviesen una relación, sino que eran solo amigos.

Ana movió los labios y sin pronunciar palabra dijo «sorpresa» sonriendo. Sabía que lo había hecho con la mejor intención, pero no quería que se metiese en esas cosas, por eso la sentó mal que la supuesta sorpresa fuese esa... Había decidido comportarse lo más normal posible con él, incluso había llegado a aceptar que solo iban a ser amigos, por eso, después de la conversación que tuvieron, le molestaba tanto que intentase jugar a ser celestina. Lo peor era que a pesar de todo entendía su buena intención, y por eso no podía enfadarse.

Carlos sacó un juego, y por equipos compitieron en diferentes pruebas tanto de dibujar como de responder o de hacer mímica. Hubo imitaciones tan malas que no había forma de que ninguno las acertase. Adriana pensó que podía deberse al alcohol, que iban echando en sus copas cuando los padres del anfitrión no estaban por ahí delante. Aunque aún fuese pronto hubo gente que empezó a irse, ocasión que Carlos aprovechó para ponerse a su lado y pasarle el brazo por encima como en la última cena en Madrid. Ella le sonrió incómoda e intentó zafarse de su brazo, pero parecía como si hubiese puesto un peso y no pudiese moverlo.

Como quedaban pocos, Mike y Ana decidieron irse, y Adriana aprovechó la ocasión para levantarse rápidamente e irse con ellos. No quería molestarles, pero tampoco se quería quedar ahí mientras Carlos la retenía tirándole los trastos. El anfitrión les acompañó a la puerta, y mientras ella se ponía el abrigo, sus amigos empezaron a andar, quedándose momentáneamente a solas

con él.

—¿Seguro que no te quieres quedar un rato más? —Le dijo ayudándola con el abrigo—. Mis padres te pueden acercar luego, o puedes dormir aquí.

—No puedo, se me ha hecho tarde y mañana tengo una comida. —«¿Dormir? ¿Es que acaso se le ha ido la pinza?», pensó poniéndose el abrigo—. Pero gracias.

Y en ese momento él aprovechó para ir directo a besarla. Nunca había entendido completamente el concepto ese de «hacer una cobra» hasta ese preciso instante en el que mientras él se acercaba, ella se alejaba evitándole, y para que no se notase tanto le dio un abrazo antes de salir corriendo tras Mike y Ana. Sintió que era una de las situaciones más embarazosas que había vivido en su vida, y se sentía fatal, pero tenía claro que a ella no le gustaba y él no pillaba sus rechazos. En cuanto llegó a la altura de sus amigos, que iban cogidos de la mano, les contó lo sucedido haciendo que se echasen a reír sin parar mientras se lamentaban de no haberlo visto. Cuando por fin lograron calmarse, se ofrecieron a esperar con ella en la parada del autobús a que se montara.

Pero no tuvieron que esperar mucho porque la Honda azul de Nacho paró delante de ellos a los cinco minutos de haber llegado. Saludó a todos y le dijo a Adriana que la llevaba a casa para que no tuviese que esperar. Agradecida de no tener que realizar un trayecto de más de hora y media para llegar a casa, se despidió de sus amigos y cogiendo el casco que su vecino le ofrecía se montó en la moto.

Hacía bastante frío esa noche, menos que los meses anteriores, pero se notaba mucho cuando se iba sobre una moto; así que sin darse cuenta se agarraba al chico con fuerza porque no notaba los dedos de las manos. Una vez pararon

delante de su casa le pidió disculpas. Hacía mucho que no montaba con él y le había encantado. Le devolvió el casco y estaba a punto de despedirse cuando se dio cuenta de algo.

—¡Nacho! —exclamó más alto de lo que pretendía y se tapó la boca con las manos—. Perdón. ¡Muchísimas felicidades! —Se acercó a él para darle un abrazo.

—Gracias —respondió correspondiéndole el abrazo—. Eres la primera.

—Pensaba hacerlo a medianoche pero se me ha olvidado totalmente. —Rio.

—Bueno, estabas ocupada —dijo cabizbajo mirando los cascos que tenía en las manos.

—¿Ocupada? —Estaba confusa con lo que había dicho—. No te entiendo.

—Me refiero con Carlos. —Había cogido el valor suficiente para decírselo, llevaba un tiempo queriendo hacerlo, pero se habían visto poco—. Parece que estáis bien.

—Sí, muy bien, somos amigos. —Le molestaban esas suposiciones de la gente, pero no quería enfadarse con él el día de su cumpleaños—. No entiendo por qué todos pensáis algo que no es.

—¿Solo amigos? —Parecía extrañado y aliviado a la vez.

—Sí, amigos y punto. No punto y coma, ni nada. —Sonrió y él hizo lo mismo—. ¿Puedes esperar aquí sin moverte cinco minutos?

La vio salir corriendo hacia su casa y entrar. Él aprovechó a dejar los cascos en la entrada para no cargar con ellos mientras se sentaba en el escalón del porche a esperarla. El no moverse hacía que empezase a sentir bastante frío, y por fin la vio aparecer. Se acercaba mirando por encima del paquete que llevaba para no caer en la semioscuridad y cuando llegó hasta él le sonrió y le

tendió la caja.

—Tu regalo. —Estaba contenta y parecía una niña esperando a ver la reacción de él—. No quería dártelo mañana. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

—Voy, voy —dijo abriendo la caja—. Veamos. —Se quedó mirando el contenido y sacó el primer paquete—. ¿Chocolate Valor?

—Sí. —La sonrisa no le cabía en la cara—. Por lo de placer adulto y eso.

—Lo pillo. —Rio—. ¿Siguiente? —Ella asintió y él abrió el siguiente paquete—. Fotos. ¿Esta es de la que tanto me hablaste de Nochevieja? Ahora entiendo por qué te gusta tanto.

—El resto son algunas de Madrid. —Él les echó una ojeada rápida y pasó al siguiente paquete, que era un marco que ella había decorado a mano—. Eso, bueno, es una estupidez, pero es para que pongas la foto que prefieras, por eso están todas esas fotos.

—No, me gusta, gracias —dijo dejándolo otra vez dentro de la caja.

—De nada. Pero me falta algo. —Se levantó—. ¿Me acompañas?

Él se levantó y, con una linterna que se había metido ella en el bolsillo del abrigo, empezaron a andar por el campo hasta un descampado que tenía unas cuantas rocas altas. Le animó a subir y se quedó callado mirando el horizonte. No habían andado más de cinco minutos, eso sin duda, y hacía mucho que no iba ahí, pero le volvió a gustar casi tanto como el primer día. La miró a ella, que miraba el horizonte, al mar, a la pequeña ciudad que se veía más abajo poco iluminada, haciendo que todo pareciese misterioso, hermoso.

—Cuando llegué aquí odiaba todo —dijo ella por fin sentándose y él la imitó—. No es de extrañar, ¿verdad? Quería estar en mi casa, en mi habitación, con mis padres, quizás gritarles enfadada porque no me dejaran llegar más tarde de las doce. Para mí este sitio ha sido siempre algo

relacionado con las vacaciones, no como un lugar para vivir. Así, en uno de mis momentos malos me fui a pasear y llegué aquí. Pasó una estrella fugaz, sí, te parecerá una tontería, pero pedí un deseo. —Ella miraba hacia lo que se extendía bajo ellos—. Puede que sea una bobada, pero era que mis padres fuesen felices, entonces subí a estas rocas y entendí que, siempre y cuando yo lo fuera, ellos lo serían.

—Adri, no tienes...

—No estoy triste. —Le interrumpió—. Al contrario. Ahora estoy contenta, ahora entiendo más cosas. Así que aquí tienes tu último regalo —dijo sonriente entregándole un pequeño sobre.

Al principio él no sabía si debía abrirlo, pero le miraba apremiante, a pesar del frío que ya no sentía. Ella había compartido con él algo que probablemente no lo hubiese hecho con nadie y eso le halagaba. Abrió el sobre y sacó una especie de cartulina hecha a mano. Escrito en caligrafía de libro antiguo y con forma de estrella fugaz ponía: «Vale por un deseo».

—Es una tontería, si quieres puedes tirarlo —dijo sonriente—. Es solo que no me ha dado tiempo a preparar nada mejor, y bueno, se me ocurrió esto.

—No, no. —La cogió la mano—. Me encanta, gracias.

Le veía una sonrisa tan sincera que no podía dudar de él. Él miraba su regalo pensativo como intentando decidir qué pedir.

—Pensaba ser yo tu hada madrina para el deseo —dijo divertida enchufándole con la linterna en la cara—. Pero hay deseos que no puedo cumplir, como si quieres ser millonario, o viajar a la luna... —Volvió la cabeza y le vio reírse también—. Pero no me importa si le pides a Elsa que sea tu hada madrina —dijo con tristeza, pero sin quitar la sonrisa de la cara.

—¿A Elsa? ¿Por qué se lo iba a pedir a ella? —Estaba algo confuso y

eso hizo que ella también se sintiese así.

—Bu... bu... bueno... —tartamudeó—. Porque estáis juntos, ¿no? Por eso siempre estás con ella, y bueno... —Se sentía tan avergonzada que no podía sostenerle la mirada.

—¿Yo? ¿Con Elsa? —No sabía si reírse pero la veía tan extrañada que evitó hacerlo—. Elsa es mi prima, Adri, pensé que lo sabías. —Pero por la cara que ella puso era obvio que no.

«No es su novia, es su prima; no es su novia, es su prima», se decía una y otra vez. Se sentía tan tonta por no haber preguntado sino haber dado por supuesto algo que no era. Estaba aliviada, y nerviosa, y se sentía tonta.

—Esto... no lo sabía. —No podía mirarle, no podía verle la cara porque seguramente se estaría riendo de ella. Se mordió el labio para no decir ninguna tontería.

—¿No te lo ha dicho Ana? —Eso dejó aún más sorprendida a Adriana, que negó con la cabeza—. Me lo preguntó ayer, y me sorprendió. Debe ser que vosotras no la conocéis de antes. Ha estado viniendo los fines para ayudar con lo de la boda.

—Ah. —No se le ocurría otra cosa qué decir.

Se quedaron callados admirando las vistas mientras el tiempo pasaba. Ella notaba cómo de vez en cuando Nacho miraba el estúpido papelito que le había dado y luego volvía a mirar al frente. Se sentía un poco estúpida por haberle hecho regalos tan tontos, y probablemente él estaba pensando en cómo deshacerse de todo sin que nadie se diese cuenta. Tenía que haberle dado el reloj que le había comprado y haberse dejado de tonterías. Y cuando pensaba en decirle de irse él rompió el silencio.

—Creo que ya sé qué quiero —dijo sujetando el papel.

—¿Y qué es? —Le temblaba la voz, pero ya no sabía si era por los nervios de la situación o del frío.

—No te lo puedo decir, sino no se cumpliría. —Guardó el papel en su chaqueta y se puso en pie.

—Pero en el regalo iba incluido el precio de «hada madrina». —Se puso en pie despacio para ver dónde pisaba aparentando normalidad.

—Si fueses mi hada madrina sabrías qué quiero. —Le sonrió mientras la ayudaba a levantarse.

—La magia no funciona siempre, aquí no debe de haber cobertura. — Y entonces se atrevió a mirarle después de haber quitado hierro al asunto con su tonta broma.

Él la miraba sonriendo por la tontería que acababa de decir. Y entonces, al ir a agarrarla para que no se cayese fue cuando trastabilló, la acercó hacia sí y la miró. La miró como nunca la había mirado, observando la luz de la tétrica luna en sus ojos verdes y en su blanca piel; viendo cómo la sorpresa inundaba su cara al estar tan cerca. Notó su corazón latiendo rápido cuando le pasó una mano por la mejilla dulcemente. ¿O era el suyo propio? Y notaba cómo la respiración de ella sonaba entrecortada cada vez que salvaba un milímetro más de distancia entre ellos.

Entonces hizo lo que llevaba deseando desde hacía meses. La besó. Primero lentamente, saboreando cada movimiento. Después, al ver que el beso era correspondido dejó que la pasión y las ganas de besarla que tenía desde entonces le inundasen. Ella pasó sus brazos alrededor del cuello para que no la soltase. Y en su estómago se hizo un vacío enorme que se empezó a llenar de mariposas. Puso una mano sobre la nuca de ella y la otra sobre su cadera atrayéndola más hacia sí. Cuando se separaron dejaron las frentes apoyadas esperando que su respiración volviese a la normalidad.

—¿Ese era tu deseo? —preguntó tímidamente sin atreverse a mirarle.
—Sí. —Levantó suavemente la cabeza de ella—. Entre otros.

Le dio un rápido beso en los labios y la ayudó a bajar del montículo de rocas. Una vez abajo, empezaron a andar de vuelta e inesperadamente él le cogió la mano. Puede que fuese un gesto tonto para la mayoría, pero consiguió que el vacío del estómago de Adriana aumentase y se llenase de más mariposas, si aún cabían más. No se creía lo que acababa de suceder, y sin que le hubiese dado tiempo a procesarlo empezaban a aparecer las primeras casas de la urbanización ante sus ojos.

Ella solo podía pensar que no quería que ese momento acabase, que volviesen a las rocas, donde a pesar del frío de la noche se sentía como en casa. Nacho la acompañó hasta casa y allí le dio las buenas noches y un beso en la comisura de los labios. Una vez dentro subió corriendo las escaleras, aún con el corazón a mil por hora, se cambió rápido y se metió en la cama. Sus dedos rozaron sus labios allí donde Nacho la había besado.

Capítulo 18

Él, una vez en su habitación, no paraba de pensar en toda aquella noche. Aún sentía el calor de los labios de Adriana sobre los suyos, y seguía sin entender el impulso que le había llevado a besarla. Nunca había sido alguien que se guiase por impulsos, la mayoría de las veces necesitaba estar seguro al cien por cien, pero esa noche, sin saber por qué, había apostado todo a una sola carta. Y había ganado, eso sin duda.

Llevaba mucho tiempo pensando en ella, pensando en ella como algo más que un beso, pero después de todo aquello, no quería romper la magia con una palabra mal dicha. Y pensaba en magia porque no podía haber habido un escenario más perfecto para un primer beso que ese. No por las vistas, sino por todo lo que había ayudado a crear el momento perfecto. Incluso el traspie que había dado Adriana había sido en el momento indicado.

La puerta de su habitación sonó suavemente cuando pensaba que se acababa de dormir, y con un «feliz cumpleaños» entró su hermano, tirándose encima de él como cada año. Cuando se fue, sacó la caja que le había regalado Adriana de debajo de la cama y empezó a mirar las fotos. Sacó el marco, que había decorado rodeado de conchas, y puso la foto de ellos dos la noche de fin de año, pero no lo colocó en ningún sitio, sino que lo volvió a meter en la caja. Y dentro de ella dejó también la cartulina con el deseo que había hecho para él.

Cuando al fin se levantó de la cama había bastante bullicio porque tendrían bastantes invitados a comer. Al bajar, sus padres y su hermano le esperaban con un gran desayuno en la mesa, y mientras comían le dieron sus regalos sin olvidarse de la charla de lo que en ese momento suponía que fuese mayor de

edad. Al terminar, y soplar las velas, la primera de muchas ese día, subió a prepararse para cuando llegase la gente. Pero sonó el timbre antes de lo esperado y algo hizo que le latiese el corazón muy rápido. ¿Y si era ella? Bajó rápido las escaleras decepcionándose al ver a sus tíos. Y así empezó un desfile de gente que traían consigo regalos y comida.

Mientras abría la segunda cámara de fotos que le regalaban ese día, la vio aparecer de entre un grupo de gente. Llevaba un vestido verde corto y unas botas altas, dando la sensación de tener unas piernas larguísimas. No era muy alta, pero tampoco baja, y eso le gustaba. Siéndose sincero a sí mismo, le gustaba todo de ella, incluso lo que aún no conocía. Terminó de agradecer el regalo y cuando iba a ir hacia ella le pararon más parientes, ¿o estos no eran parientes? Su madre había decidido invitar a media población, y aún no sabía dónde iba a meter a tanta gente.

Había mesas en una pared del salón llenas de comida, por lo que habían retirado las cosas que había en medio, como los sofás, para que hubiese más espacio. Finalmente llegó hasta donde se suponía que estaba ella, pero ya no la veía y se tuvo que conformar con saludar a sus abuelos y a Juan, que estaba ya preguntando cuándo podrían comer. Le dieron un paquete en el que venía una caja pequeña con un pack de aventuras para dos personas que incluía una actividad al aire libre (surf, paracaidismo, barranquismo... ponía en el paquete) y una comida o cena.

Alguien llamó a su hombro y al girarse vio los ojos con los que había estado soñando todas la noches desde hacía meses. Se puso de puntillas dándole un abrazo y un beso en la mejilla. Le felicitó como si nada tendiéndole un paquete perfectamente envuelto. Al abrirlo se encontró con un reloj.

—Sé que no es gran cosa —comentó algo colorada al ver su cara—. Pero por la mayoría de edad supuse que algo acorde, ¿no?

—No tenías por qué. —Le respondió—. Es... demasiado.

Justo entonces se vio sorprendido por alguien que le llamaba, así que se disculpó y fue hacia allí. Poco después, al girarse, la vio ya con un plato en la mano hablando con unos amigos de sus padres que la acribillaban a preguntas. Quería hablar con ella, pero al ser su fiesta todos le reclamaban para una cosa u otra. Su madre había sacado una vieja cámara de carrete e iba haciéndole fotos con todos a pesar de los ofrecimientos de la gente de dejarla sus cámaras digitales. Juan apareció varias veces por allí para hablar con él, pero al final el pobre acababa yéndose porque les interrumpían todo el tiempo.

A media tarde, cuando había algo menos de gente que durante la comida, se empezaron a formar grupitos de gente, lo que le permitió estar libre. Se acercó a uno de los grupos encontrándose con su prima Elsa, los padres de ella, los de él, sus abuelos y los abuelos de su vecina.

—Nacho, cariño, ¿has comido? —Le dijo su abuela—. Te he visto comer poco.

—Sí, abuela, he comido, no te preocupes —dijo haciendo que todos centrasen su atención en él. Y apareció Adriana en ese momento.

—Uy, ¿te has fijado en esta chica tan guapa? —preguntó su abuela haciendo que ambos jóvenes enrojeciesen.

—Mamá —dijo Carmen rápidamente—. Son amigos, van juntos al colegio.

—¿Y no puede ser guapa? —La reprendió la abuela haciendo que se quedasen callados.

—Sí, abu, Adri es muy guapa. —Salió en su defensa Elsa, quien abrazó a la chica con cariño—. Pero ¿cómo no lo iba a ser con esos ojos?

Adriana se ponía más roja por momentos y su propia abuela habló apoyando a

Elsa. Al final la conversación derivó en eso.

—¿Y no tienes novio? —preguntó la abuela de Nacho directamente, dejando a Adriana tan sorprendida que no le salían las palabras.

—Esto... no, ahora mismo no. —Echó una rápida ojeada a Nacho que miraba a ambas de hito en hito.

—Pues mi nieto es muy buen partido. —Sonrió la señora amablemente—. Te lo digo en serio, y no porque sea su abuela.

—¡Mamá! —La regañó su propia hija.

—¿Verdad que harían una buena pareja? —Soltó Elsa de repente—. Yo voto como la abuela. —Sonrió sin maldad.

Tras esa pequeña e incómoda situación, la abuela de Nacho se acercó a hablar con Adriana. Primero le preguntó por sus estudios, por su vida, le dio el pésame por la muerte de sus padres y finalmente le pidió perdón por la situación incómoda que le habían hecho pasar. Adriana agradeció las disculpas diciéndola que no eran necesarias, y pasaron un rato hablando.

Poco después Elsa llegó para llevarse a la chica junto al resto de jóvenes que quedaban allí, que no eran muchos. Pensó en sentarse al lado de Nacho, donde había sitio, pero se sentía tan avergonzada por la conversación que había sucedido momentos antes que no se atrevía ni a mirarle. Tampoco es que después del beso de la noche anterior se atreviese mucho, pero los comentarios no habían mejorado la situación. Si tan solo pudiese hablar con él... ¿Pero qué iba a decirle? ¿Que qué significaba el beso de ayer? ¿Y si solo había sido por el momento? Se estaba mareando de todas las preguntas que le venían a la mente.

—Oye. —Le dijo Elsa bajito—. A mí sí que me haces buena pareja con Nacho, y no es por seguir la corriente a mi abuela. Pero desde que te conozco me pegas para él —Le guiñó un ojo.

—Supongo que... ¿gracias? —«¿Qué debía decir en una situación así?»—. Pero...

—Ni peros ni nada. —La interrumpió sonriente—. ¿Acaso crees que no me he fijado en cómo os miráis?

Se quedó sin habla y parece ser que con la boca un poco abierta, porque Elsa se rio metiéndose en la conversación que tenía el resto del grupo. Ella no intentó comentar nada, aunque tampoco hubiese podido, mil preguntas le venían a la mente y casi ni se dio cuenta de que su móvil vibraba en el bolsillo de su chaqueta. «Ya han empezado a preparar lo de Nacho, cuando puedas ven y nos ayudas, ¿ok?». Era Mike, así que le respondió que iría lo antes posible. Pasó un rato más ahí sentada, participando de vez en cuando en la conversación pero sin dejar de mirar el reloj. Calculaba el tiempo que tardaría en coger el autobús y llegar. Lo peor es que no se sabía la dirección. Escribió rápidamente a Ana para ver si podían ir juntas y su amiga se ofreció a recogerla en cinco minutos, ya que estaba cerca de su casa. Tiempo más que suficiente para despedirse de los que allí había. Empezó por los primos del cumpleaños y cuando llegó a él le dio un beso más largo de lo que esperaba en la mejilla, deseándole de nuevo feliz cumpleaños. Se giró antes de que él pudiese decir nada y se despidió de la gente que quedaba ahí.

Cogió rápidamente su abrigo y salió por la puerta escopetada para que Nacho no supiese a donde iba. Y en cuanto cerró la puerta del coche de los padres de Ana, le vio asomado al porche de su casa.

—¿Te gustó la sorpresa de ayer? —preguntó Ana con picardía en cuanto sus padres las dejaron frente a una bonita casa de veraneo frente a la playa.

—¿Cuál? —preguntó distraída admirando el sitio mientras entraban.

—¡Venga! No te hagas la tonta... —Quería saberlo todo, pero no sabía

si aún quería contarle a nadie lo que había pasado—. ¿Por qué siempre me haces decir las cosas que quiero oír yo? ¿Que Elsa es la prima de Nacho, no su novia! —dijo emocionada—. Así que... tienes vía libre.

—Ana... —Empezó con tono cansado—. No hagas nada, por favor. Nada más, al menos. —La miraba suplicante—. Pero sí, salió el tema, me lo dijo.

—¿Y no me vas a contar nada más? —preguntó esperanzada.

—Él pensaba que yo estaba saliendo con Carlos. —Le confesó por lo bajo después de saludar a algunos amigos y empezar a ponerse a decorar la casa—. Así que yo se lo negué, obviamente, y luego le pregunté sutilmente por Elsa.

—Ojalá estéis juntos. —Ana lo dijo tan sinceramente que Adriana dejó lo que estaba haciendo a la mitad—. Lo digo en serio —añadió al ver la reacción de su amiga—. Nacho es algo así como... no sabría describirlo. Pero es simpático, listo, no se mete en embolados... No sé si me entiendes. Y creo que tú eres todo lo que él necesita.

—¿Por qué dices eso? —preguntó roja como un tomate.

—Porque soy una loca de las historias románticas, y ojalá que la vuestra sea de libro.

Antes de que pudiesen seguir la conversación llegó Mike cargado de cajas. Adriana se fijó en lo mucho que había mejorado la relación de sus amigos, iban poco a poco, y todos sabían que estaban juntos, pero ellos no habían querido darle un nombre a su relación. Al menos, Mike no; Ana, a escondidas le llamaba novio y luego se reía ante la palabra que acababa de pronunciar. Incluso Ana se sentía tan bien con él que le había confesado a Adriana todos los celos que había sentido de la relación de ellos dos en un principio.

La casa se llenó de gente rápidamente, y no solo del instituto, había mucha más

gente de la que había pensado que habría en un principio. Raúl se había encargado de organizar la fiesta, incluso había puesto él la casa de su tía, que se había ido a pasar el fin de semana fuera. Alguien dijo que el invitado de honor estaba de camino, así que apagaron las luces y se colocaron para la sorpresa.

—Recordadme que nunca me preparéis una de estas a mí, os odiaría eternamente —susurró Adriana a Mike y Ana, que rieron provocando que les mandasen callar.

Se oían voces fuera de queja. Una de ellas decía que solo tenía que pasar a coger una cosa, que enseguida se irían. La otra que esperaba fuera. Y la primera, apremiante, que con el frío era mejor que esperase dentro, que no sabía dónde estaba, y que probablemente tardase. Entre quejas Nacho entró en el salón sorprendiéndose al ver la cantidad de gente que gritaba «felicidades» mientras se acercaban a él.

Adriana esperó pacientemente a que el grupo a su alrededor se despejase antes de acercarse a él. Ana había aprovechado el momento de revuelo para llevarla al baño y retocarla el maquillaje a pesar de las quejas de ella, pero el resultado fue inmejorable. Y Nacho lo notó cuando la vio. Se dieron tímidamente un abrazo y no tuvieron tiempo para más porque Raúl se llevaba a su amigo del brazo.

Le sentaron en una silla, donde le empezaron a dar regalos, uno tras otro, que agradecía a cada persona. Adriana se quedó atrás viendo cómo abría ilusionado cada uno mientras veía cómo Carlos se acercaba hacia donde estaba ella. Mike, como quien no quiere la cosa, le pasó el brazo por encima haciendo que Carlos no pudiese, con lo que se conformó con saludar y quedarse al lado comiéndose un sándwich que había cogido de la mesa. A medida que le daban regalos el grupo se iba dispersando hacia las mesas de

comida y bebida. Se formaron grupitos de gente charlando, algunos sacaron juegos...

Perdió a Nacho de vista y se encontró con el brazo de Carlos rodeándole los hombros. «Tendré que hablar con él», pensó mientras intentaba deshacerse del brazo. Lo logró cuando le dijo que iba a por algo de beber, a pesar de la insistencia de él en acompañarla. Pero su libertad duró poco porque en cuanto terminó de prepararse lo que iba a beber él apareció allí pidiéndola que le acompañase. Adriana le siguió hasta la puerta de una habitación.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó mirándole.

—Quería hablar contigo, sin bullicio. —Se acercó mucho a ella—. ¿Entramos?

—No creo que sea buena idea, Carlos. —Él hizo lo mismo de la noche anterior e intentó besarla, pero ella se movió rápidamente apartándose—. Esto... Carlos, no te ofendas, pero...

—Que no te gusto. —Atajó él apenado haciendo que ella no tuviese que explicar demasiado.

—No, lo siento.

—No lo sientas, es solo que he malinterpretado las señales. —Rio rascándose la nuca—. Debería ir a clases. Pero si cambias de opinión, ya sabes.

Suspiró aliviada de que su amigo no se hubiera tomado a mal su rechazo, por lo que salieron de ese pasillo y se unieron al resto que jugaba a algo parecido al «yo nunca he» con sus respectivas variaciones. El juego iba ganando adeptos, y a pesar de las insistencias, se mantuvo al margen. Pasó casi media hora escuchando las venturas y desventuras del juego, riéndose junto con el resto hasta que alguien la llamó con un suave toque en el hombro. Al girarse allí estaba Nacho, le hizo una señal con la mano para que le siguiese y le

tendió su abrigo.

—¿Nos vamos? —preguntó siguiéndole mientras se abrochaba el abrigo.

Él negó con la cabeza. La cogió de la mano haciendo que ella se sobresaltase ante ese simple gesto y la condujo hacia la parte de atrás de la casa, por un pequeño sendero que daba a la playa. El cielo estaba despejado, dejando ver una gran luna llena en lo alto mientras las olas rompían en la orilla creando un sonido melódico.

Anduvieron en silencio hasta alejarse un poco de la casa, con las manos aún cogidas y un gran vacío expectante en sus estómagos. Nacho sacó una toalla de debajo del brazo, la extendió y le ofreció a Adriana que se sentase primero.

—Quería hablar contigo —dijo él una vez estuvieron ambos sentados.

—Yo también —comentó ella mordiéndose el labio de nervios y mirando el hueco que había entre ambos—. Pero tú primero —añadió rápidamente.

—Esto... pensé que sería más peliculero con el «no, tú primero, no, tú». —Rio—. A ver... no sé cómo empezar. —Se quedó callado un momento mirándola—. Es sobre lo de ayer. —Ella levantó la mirada con millones de mariposas en su estómago deseosas de salir—. No sé...

—Bueno. —Le cortó al escucharle el «no»—. A lo mejor fue un error... —Volvió a mirar al hueco que había entre ellos en la toalla.

—¿Para ti fue un error? —preguntó seriamente.

—No —dijo tan sinceramente como pudo, tanto con la palabra como con la mirada—. No lo fue. ¿Para ti?

—¡No! —exclamó—. Para nada, Adri. Tú me pediste un deseo, y eso es lo que deseaba desde hacía tiempo. —La levantó la cabeza suavemente,

acercándose más, reduciendo el espacio que les separaba.

—Como has estado algo evasivo todo el día, luego ese «no sé», y... — Paró al pensar en lo que acababa de decir él—. Espera... ¿desde hacía tiempo?

—Eso he dicho. —Sonrió de esa forma capaz de derretir cualquier corazón—. Desde hace varios meses, para ser más exactos.

No supo qué impulso le llevó a salvar la distancia que había entre ambos y besarle. Fue un beso pequeño, en los labios nada más. Entonces se separó algo avergonzada.

—Perdón. Ha sido un impulso —dijo avergonzada.

—Vale, pues me gustan demasiado tus impulsos.

La atrajo hacia sí, mirándola primero los ojos, después los labios, y de nuevo los ojos. Parecía que pedía permiso para besarla, y sin esperar una respuesta lo hizo. La besó suavemente, pero no podían controlar más lo que estaban conteniendo y el beso se hizo más y más apasionado. Cayeron sobre la toalla de espaldas entre risas.

—Feliz no cumpleaños —dijo ella, que estaba sobre él, mirando su reloj.

—Es el mejor cumpleaños y no cumpleaños que podría haber tenido. —Señaló tirando un poco de ella hasta que estuvieron cara a cara otra vez—. Te estoy llenando de arena.

—No te preocupes. —Sonrió desde encima.

—No lo hago, hasta con arena estás guapa. —Le acarició la mejilla.

—Lo dices porque está oscuro. —Rio.

—Lo digo porque, aún, nunca te he visto fea.

Se sonrojó tanto que temió que la viese así, y al intentar levantarse él la retuvo

contra sí y volvió a besarla. Sentía como si cada vez que la besaba fuese la primera vez de su vida. Sí que había sentido mariposas en el estómago antes, pero eso era un vacío que aumentaba y disminuía, y se llenaba de mariposas que luego volaban y la dejaban vacía. Sentía magia. Porque no podía existir nada más que magia. Las olas sonando de fondo y la brisa del mar, hicieron que después de mucho aguantar Adriana empezase a temblar en los brazos de él.

—¿Tienes frío? —preguntó aun sabiendo que era obvio.

—No. —Mintió porque no quería irse de allí.

—Vamos, anda.

Se levantaron sacudiéndose la arena de la ropa y de la toalla. Él volvió a cogerla de la mano de camino a la casa, que ya habían abierto algunas ventanas. Dejaban atrás un pequeño paraíso donde la luna les cantaba con el sonido de la marea rompiendo en la playa de suave arena. Terminaron de sacudirse los últimos granos de arena en la puerta de la entrada, cuando justo se abrió. Salió un pequeño grupo de gente despidiéndose de él y volvieron a quedarse solos un momento.

—Nacho, ¿podemos, por ahora, mantener esto entre nosotros? —preguntó mirándole directamente a los ojos.

—¿Quieres hacer eso? —Sorprendido por la petición de ella.

—Sí. —Y al ver su expresión añadió—: Solo un poco, hasta ver qué pasa. Quizás en dos días no te guste y no quieras verme, y así sería más fácil fingir que seguimos siendo amigos.

—¿Sabes que eso no va a pasar, verdad? —preguntó más animado.

—Por si acaso. —Sonrió y le dio un rápido beso.

—¿A nadie?

—Mejor que no... Aunque tu abuela se llevaría una alegría.

Entraron riéndose en la casa. Al parecer nadie había notado su ausencia, pero cuando Ana les vio preguntó que dónde se habían metido las últimas dos horas. ¿DOS HORAS? Pero si no podía haber sido más de media hora, se decían ambos. Al menos la mayoría había bebido lo suficiente como para no darse cuenta. Ana les empezó a señalar con la boca abierta, y ellos desaparecieron antes de que ella pudiese decir nada. Al volver, Ana se hizo la loca, aunque con la mirada suplicaba a su amiga que le contase todo. Por mucho que quisiera no podía, le había hecho prometer a Nacho que aún no dirían nada.

Pero no podían dejar de mirarse el uno al otro, aunque estuviesen en la otra punta de la habitación. Mike le llevó una bebida nueva, quitándole la que ya tenía porque, decía, se le estaba llenando de babas. Ella le miró sorprendida y él, a modo de respuesta le guiñó un ojo. Casi a las cinco de la mañana, empezó a bostezar sin parar y pensó en irse, pero había prometido a sus amigos que se irían todos juntos. Al levantarse del cómodo sofá donde estaba escuchando las batallitas de gente que no conocía, no encontraba ni a Ana ni a Mike. Revisó su móvil por si acaso y no tenía nada.

Quedaba muy poca gente en la casa, e incluso Raúl se estaba quedando dormido en una silla mientras hablaba con Nacho. Este levantó la mirada al verla pasar, la cogió del brazo y la sentó en su regazo. Le susurró: «Nadie se acordará mucho», y ella decidió no oponer resistencia. Él, que la tenía abrazada por la cintura, seguía hablando con Raúl, al que cada vez le costaba más mantenerse despierto.

Al final, a regañadientes, Nacho se levantó y se despidió de su amigo antes de que se quedase dormido definitivamente. Se despidió de unas cuantas personas más y cogió a su vecina de la mano para ir a recoger sus abrigos. Ella escribió a Mike diciéndole que se iba a casa, que hablarían al día siguiente, y este no

tardó en responder diciéndola que se habían marchado hacía cinco minutos porque Ana no se encontraba bien.

Se pusieron los abrigos y salieron a la calle. Él la ayudó a ajustarse el casco aun sabiendo que ella sabía, pero quería hacerlo, y cuando se montaron ella rodeó su cintura pegándose mucho a él. Y, a pesar del frío que le entraba a través del vestido, disfrutó del viaje solo por el hecho de estar junto a él. Paró la moto frente a su casa y ella bajó tiritando aún. Cuando le tendió el casco, él los dejó sobre la moto y la abrazó moviendo las manos por su espalda para que entrase en calor.

—Gracias. —Y él le dio un beso—. Creo que no me voy a acostumbrar a eso.

—Pues tendrás que hacerlo. —Volvió a besarla y después la acompañó a la puerta de su casa—. Hasta mañana.

—Buenas noches. —Se puso un poco de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos, besándole con ganas.

Una vez en la cama no podía parar de pensar en él. Aún le latía rápido el corazón después de su último beso. Se tapó con la manta hasta la cabeza y con la cara tapada por la almohada dio un pequeño grito de alegría. No podía dormir, se sentía tan despierta que no paraba de recrear en su mente los últimos dos días con él. Apenas hacía tres semanas le había rehuido tras la escena de las cosquillas en la habitación del hotel de Madrid y ahora pensaba que ojalá pudiese haber pasado un rato más a solas con él.

Capítulo 19

Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien. No recordaba si quiera cuándo se había quedado dormida, y las pesadillas habían decidido no aparecer esa noche dejándola descansar plácidamente. Se duchó antes de bajar a comer para quitarse el olor a tabaco del pelo y del cuerpo. Una vez abajo ellos le preguntaron qué tal la fiesta de cumpleaños sorpresa que le habían organizado a Nacho, contándoles lo esencial.

—Por cierto, queríamos decirte que tus tíos os han invitado a pasar la Semana Santa con ellos —dijo Félix cambiando el tema de conversación.

—¡Yo voy! —exclamó Juan emocionado—. Encima que vienen a España... A parte estarán los primos, ¿no?

—Sí, vienen todos. —Le respondió su abuela—. ¿Adri, cariño, tú qué quieres hacer?

—Pues no lo sé —dijo dubitativa—. Es que esa semana, al final, es la boda de Víctor y Claudia, y también quería ir.

—No pasa nada si quieres quedarte, quizás puedas ir después, o no ir, si no te apetece —respondió su abuela.

—Bueno, si no vienes, no pasa nada. —Empezó Juan—. Incluso mejor, porque estaremos solo los chicos.

—Decídelo y así les escribimos lo antes posible, ¿vale? —comentó Félix.

Al terminar de comer Juan se encerró en su habitación y ella subió a la suya a hacer las tareas que tenía atrasadas. Se puso los cascos para no escuchar

ningún ruido y empezó a hacer los deberes. Al final no tenía tantos como había pensado, e hizo una pausa para escribir a Ana, a ver qué tal se encontraba. Al dejar el móvil, giró en la silla del escritorio y casi se cae al ver a alguien sentado en su cama.

—¡Qué susto! —dijo al ver a Nacho ahí sentado—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—¿Una hora? —Miró su reloj como si lo estuviese comprobando—. Sí, más o menos...

—No te creo...

Se levantó de la silla y se acercó hacia donde estaba él, se sentó en su regazo y le dio un beso.

—Hola. —Le dijo despacito y él le devolvió el beso.

—Hola. ¿Sabes que podría acostumbrarme a esto?

—Yo también —añadió sonriente—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Dos minutos, no estoy en modo acosador, no te preocupes. —Le guiñó un ojo—. ¿Has terminado de hacer lo que estabas haciendo?

—Aún no, pero puedo terminarlo esta noche, me queda poco. —Miró a su escritorio desordenado—. ¿Ibas a proponerme algo? —preguntó contenta.

—Simplemente pasar lo que queda de tarde juntos.

Se sentaron ambos encima de la cama y empezaron a hablar de lo bien que se lo había pasado él en sus celebraciones de cumpleaños, de los regalos... Y después de las anécdotas de la noche anterior como Raúl durmiéndose mientras hablaba, o Julio bebiendo en cada ronda del «yo nunca he» porque no se enteraba de cómo se jugaba, o de una chica llamada Rosa, que después de haber confesado algo en el mismo juego, se había ido llorando.

—Oye, ahora que lo veo —dijo señalando con la cabeza el montón de

folletos de universidades—. ¿Te has decidido por algo?

—Sí... ¿Y tú?

—Yo ya lo tenía claro desde hacía un tiempo, pero quería ver si había algo más que me llamase la atención. —Cogió un gran montículo de folletos y los llevó donde estaban sentados—. ¿De verdad te has planteado todo esto? ¿Ingeniería mecánica? —preguntó sorprendido.

—Es que regalaban una carpeta. —Se rio ella y le quitó el papel de las manos—. Mira, esto es lo que he decidido. —Cogió unos papeles del escritorio y se los tendió.

—¿Psicología?

—Sí. —Él la miraba sorprendido porque pensaba que cogería algo como magisterio—. Quiero ayudar a los demás, y como no voy a ser médico ni enfermera, la siguiente mejor manera creo que es esa. —Estaba sonrojada—. A mí me ayudó.

—No sabía que habías ido —comentó por lo bajo, como si le acabase de confesar un gran secreto.

—Bueno, sí, después de lo de mis padres fuimos. —Sonrió al ver la cara algo preocupada de él—. Es algo recomendado. No porque esté loca.

—¡Uffss! ¡Qué peso me quitas de encima! —bromeó.

—¡Oyeeee!

Fue hacia él como si estuviese enfadada y él se dedicó a hacerla cosquillas. Entre risas acabaron rodando por la cama, y a ella ya le costaba hasta respirar de la risa, con la cara muy roja logró pedirle que parase y lo hizo. Pero al recuperarse le lanzó un cojín y él volvió al ataque. Sentado sobre ella le agarraba las dos muñecas juntas por encima de la cabeza y con su mano libre le hacía cosquillas por las costillas mientras ella se resistía. Paró al ver las lágrimas que le resbalaban por las mejillas pensando que le había hecho daño,

pero ella seguía riéndose a pesar de que él hubiese parado.

Bajó la mano y tiernamente le secó una de las últimas lágrimas que caía por la mejilla. «¿Por qué no puedo resistir la tentación de besarla?», pensaba mientras se acercaba a besarla.

—Puag. —Sonó desde la puerta que ninguno de los dos había oído abrirse—. Os diría que no lo hicieseis en público, pero esto es un lugar privado. —Nacho y Adriana se sentaron cada uno a un lado de la cama como si hubiese sido un adulto quien los hubiese pillado.

—Esto... —Empezó Adriana.

—Dice mi abuela que si te quedas a cenar —dijo Juan ignorando a su hermana.

—No, no puedo. —Estaba algo sonrojado—. Pero dile que gracias.

—Lo haré. —Se giró cerrando la puerta cuando se volvió de nuevo y añadió—: Al menos me alegro que seas tú y no algún capullo.

Dicho esto cerró la puerta tras de sí y durante un rato ninguno de los dos dijo nada, ni se movió. Entonces fue Nacho quien se empezó a reír contagiándose a ella. La ayudó a organizar los papeles que había por el suelo, y después de mirar la hora se despidió de ella con un beso antes de bajar.

Entró en la cocina y se puso a ayudar a su abuela a preparar las cosas, y cuando le preguntó por su buen humor, Juan, que estaba poniendo la mesa, resopló antes de que ella respondiese que nada. Su abuela no se enteró, o no se quiso enterar, de aquello, así que dejó pasar el tema.

Ya de vuelta en su habitación terminó de hacer las cosas que tenía y tras preparar todo lo del día siguiente se fue a la cama con un libro en la mano. Se estaba quedando dormida cuando su móvil vibró en la mesilla.

«Día uno: aún no me he cansado, y sigo sin creer que lo haga. Además tengo la aprobación de un miembro de tu familia. ¡Buenas noches! Muchos besos».

Se le paró el corazón de la emoción. Las cosas que parecen más tontas son las que más felices pueden hacernos, y más cuando uno ya lo es. Miró el mensaje varias veces antes de contestar:

*«Tú tienes uno a tu favor por ahora, ¡yo tengo a dos (tu abuela y tu prima)!
¡Buenas noches! Muchos más besos para ti».*

¿Había escrito lo correcto? ¡Y ya lo había enviado! Se empezó a poner nerviosa, y poco tiempo después llegó la respuesta:

«¿A caso me estás declarando la guerra? ¿Quieres ver quién tendría la aprobación de más parientes? No sabes dónde te estás metiendo... Por cierto, me cobraré todos esos besos».

Respiró hondo, dejó el móvil a un lado y sonriente se acurrucó en la cama.

A la mañana siguiente, después de vestirse no se sentía guapa con lo que llevaba. Era la primera vez que le pasaba eso, y se dio cuenta de que era porque estaba pensando en si le gustaría lo suficiente a su vecino o no. Se miró al espejo. Los pantalones vaqueros eran ajustados y le marcaban cada curva de las piernas, y el jersey de punto blanco, quizás algo más ancho de lo normal, hacía que sus piernas pareciesen más delgadas. Se puso las botas y bajó a desayunar.

Cuando terminó, recogió, se puso el abrigo y salió para coger el autobús. De camino iba algo nerviosa. Obviamente sabía por qué, pero había sido sincera cuando le había dicho que, por ahora, prefería que no lo supiese nadie. Era más fácil fingir amistad si nadie más sabía lo sucedido. ¿Pero por qué se estaba poniendo en lo peor? No habían pasado casi ni dos días y ya estaba imaginándose situaciones horribles. Desechó lo malo de su mente y empezó a imaginar todo lo bueno.

Cruzó la entrada del instituto aún imaginándose posibles situaciones y sin poder quitar la sonrisa de su cara. Mike y Ana la miraron extrañados desde sus respectivos pupitres, acercándose a ella en cuanto se sentó. Ana la medía la fiebre, y Mike le tomaba el pulso, bromeando sobre la extraña enfermedad que estaba contrayendo. Adriana les echó de ahí diciéndoles que siempre estaba así, que no había nada nuevo, pero los dos sabían, aunque sin confirmación, a qué se debía su cambio de humor.

El móvil vibró en su bolsillo, y disimuladamente leyó el mensaje:

«Estás muy guapa hoy, más que normalmente, y yo sé por qué es. A las 10 pide ir al baño y sal de clase un momento».

Instintivamente sonrió y Mike carraspeó a su lado sacándola de su pequeño momento de ensoñación, devolviéndola a la realidad.

—¿Me lo contarás? —preguntó Mike durante el cambio de profesor—.

Yo te lo cuento todo.

—Lo sé. —Le respondió ella—. Pero por ahora yo no puedo contarte nada.

—¿Si lo adivino? —Volvió a preguntar divertido.

—Supongo que eso no rompería ninguna regla... —dijo pensativa—.

¡Pero no me lées!

Justo llegó el profesor haciendo que Mike se quedase con la palabra en la boca. No paró de mirar el reloj, nerviosa hasta que dieron las diez, cuando pidió salir al baño. Cerró la puerta de clase despacio y Nacho apareció delante de ella. Le dio un pequeño beso y empezaron a andar por el pasillo en silencio hasta la puerta de los baños, donde la besó de verdad.

—¡Qué romántico! —exclamó Adriana señalando la puerta del baño.

—Si me dejases decírselo a todo el mundo te besaría delante de todos —dijo dejándola sorprendida.

—Creo que Mike y Ana lo saben... —dejó caer—. Hacen muchas insinuaciones.

—Te propongo una cosa. —Ella asintió esperando—. Tenemos una cita de verdad, sin besos hasta ese momento, y si sale bien, te beso delante de todos.

—Ese trato no es del todo justo —protestó ella.

—¿Es por lo de los besos, no? —dijo con picardía—. Pero eso podemos solucionarlo ahora.

Ella se rio bajito y él volvió a besarla. Cuando estaba con él perdía la noción del tiempo. Pero esa vez le salvó el sonido de unos pasos acercándose. Él se despidió rápido y entró en el baño de chicos, y ella hizo lo propio en el de chicas. Después de refrescarse un poco la cara volvió a clase con la excusa de que los baños estaban siendo limpiados y le habían mandado a otros que estaban más lejos. Nunca hubiese pensado que era tan buena mentirosa.

Esa noche, cuando volvió a meterse en la cama, recibió otro mensaje:

«Día dos: sigo sin cansarme. Otro día superado. La cita la tendremos el jueves en nuestra hora de clases particulares, ya he pensado algo. ¡Buenas noches! Besos, besos y más besos».

Sonrió e instintivamente se acarició los labios con los dedos allí donde esa mañana le había besado.

«Pues entonces estoy deseando que llegue el jueves. Hasta entonces no habrá más besos, ni a escondidas. ¡Veamos qué tal sale! Jajaja. ¡Buenas nochees! Y... muchos besos (en la mejilla)».

La respuesta a su mensaje llegó rápida:

«Jooo, no quiero besos en la mejilla».

Se rio, y después de pensarlo le escribió a modo de respuesta:

«Son las condiciones del trato».

A la mañana siguiente sonrió divertida cuando recibió un mensaje de él pidiéndola verse durante alguna escapada al baño, pero ella le recordó los términos de su acuerdo, por lo que él le mandó caritas tristes.

—¿Me lo vas a contar ya? —Le pidió Mike cuando salían de camino a la cafetería.

—No puedo Mike, al menos aún no. —Deseosa de poder hacerlo.

—¿Os habéis enterado de la última? —preguntó Ana sentándose entre ambos en la cafetería.

—No, ¿qué ha pasado? —Curiosearon Mike y Adriana a la vez.

—Bueno. —Se acercó para decirlo lo más bajito posible—. Dicen que Laura está embarazada de Héctor.

—¡No! —exclamó Adriana sorprendidísima—. No puede ser... Espero que no sea verdad.

—Ya, pobre. —Se lamentó sinceramente Ana—. Yo también espero que no sea verdad, pero el rumor ha salido de la que es una de sus mejores amigas, así que no sé qué pensar.

—Pues yo pienso —intervino Mike por primera vez— que nadie se debería meter en su vida. Dejad de cotillear de la pobre.

—¡Eh! —Protestó Adriana—. Solo ha sido un comentario. Y aparte, de verdad espero que no sea verdad.

Justo vio aparecer a Nacho, algo enfadado, por la puerta de la cafetería, que

en ese momento estaba abarrotada. ¿Tanto le molestaba lo que hiciese su exnovia? Entonces les vio, se sentó con ellos y empezó a decirles que le habían suspendido un examen que él estaba convencido que había hecho perfectamente. Respiró aliviada, pensando que él a lo mejor aún no sabría nada, aunque si Ana no había sido la única en enterarse el rumor correría como la pólvora.

De vuelta a clase, como fue la última en pasar, el profesor la mandó a por unas fotocopias a la sala de profesores, y al pasar por la puerta de los baños escuchó a alguien llorar.

—¿Hola? —preguntó al entrar sin recibir respuesta, así que lo volvió a repetir—. ¿Hola?

—Pírate —respondió una voz desde uno de los baños.

—¿Laura? —preguntó sorprendida—. ¿Oye, estás bien?

—He dicho que te largues —dijo enfadada.

Adriana empezó a andar en dirección a la salida cuando la puerta del baño en la que estaba Laura se abrió y esta se asomó.

—Espera —dijo esta vez despacio—. No le digas a nadie dónde estoy

—Vale. —Se iba a ir cuando Laura volvió a llamarla—. Dime.

—Sé que no eres mi amiga, pero... ¿podemos hablar?

—Claro —dijo acercándose a ella—. ¿Necesitas algo?

—Sí, ¿sabes si ya están diciendo algo por ahí?

—¿Algo de qué? —preguntó haciéndose un poco la tonta.

—Verás. —Parecía vulnerable en comparación con la víbora que solía sacar con ella—. Le conté a una amiga que tenía un retraso y piensa que estoy embarazada, y seguro que se lo ha contado a todo el mundo. Yo no se lo había dicho ni siquiera a Héctor. —Se quedó callada un momento y Adriana no quiso interrumpirla—. Pero me acaba de bajar la regla justo ahora.

—Entonces solo ha sido una falsa alarma. —Adriana no sabía si sonreír o no—. No tienes por qué decírselo a nadie y menos aún preocuparte.

—Ya... —Se quedó pensativa y de repente le cambió el semblante—. Como le digas esto a alguien te juro que te mato, y ahora ¡lárgate! —gritó.

Salió rápidamente del baño y fue corriendo a la sala de profesores, donde dieron las fotocopias. Aún no entendía cómo era posible que Laura le hubiese confiado eso a ella. Debía tener algún trastorno de personalidad. Solo esperaba que el rumor de su supuesto embarazo no se difundiese para que no la tomase con ella. Evitó mirarla todo el tiempo que estuvieron en clase e incluso en el último recreo, donde se sentó relativamente cerca de donde estaba ella y podría haber escuchado cualquier conversación que se mantuviese a un tono normal.

A última hora el profesor la llamó a tutoría donde pasaron la última hora hablando de su mejoría en los estudios, y cómo los profesores habían notado el cambio. Tras eso pasó a hablarle de los resultados que había obtenido en los test de orientación que habían hecho ya semanas atrás. Cuando por fin terminaron le recomendó asistir a las clases de preparación de selectividad que iban a empezar a impartir los lunes después del horario lectivo. Acabaron justo en el momento en el que el timbre del final de clases sonó, por lo que ella aprovechó para irse corriendo a casa a comer.

Volvió a clase a recoger sus cosas y esta estaba casi vacía, a excepción de Laura, que la esperaba sentada en su mesa. Se acercó con precaución para recoger sus cosas mientras la chica no le quitaba el ojo de encima.

—¿Has dicho algo? —inquirió cuando estaba a punto de salir de clase.

—No, no he dicho nada, y tampoco tengo por qué —dijo volviéndose hacia ella—. Es tu vida, y no tengo por qué meterme en ella, ni publicarla.

—Pero ya hay rumores. —Se la notaba un poco preocupada—. ¿Y si

no has sido tú, quién?

—Piensa a quién más se lo has dicho.

—A ti, estúpida —espetó enfadada.

—¿Tú crees que después de todo lo que decíais sobre mí yo iba a querer hacer lo mismo? —Laura asintió como si fuese lo más obvio—. Pues no soy como tú.

Se giró y se fue lo más rápido que pudo. Pensó en que a lo mejor hace unos años hubiese dicho algo, pero había madurado, más rápido de lo que hubiese querido, y le parecía mal contar a decenas de personas algo que podría causarle problemas a otra.

Iba tan centrada en sus pensamientos que no se fijó en nada de su alrededor, ni siquiera se fijó en Nacho, que la saludaba desde su moto. Llegó a la parada de autobús en el momento en que este llegaba, se montó y aún molesta por las insinuaciones de una chica que ni siquiera le caía bien, llegó a casa. Según la nota de la nevera iba a pasar la tarde sola, porque sus abuelos estarían ultimando la venta del local que poseían. Comió enfurruñada, subió a su habitación, puso el volumen alto de la radio y empezó a hacer los deberes.

Cuando su teléfono sonó le cogió la llamada a Mike y le contó, en confianza, lo sucedido, pidiéndole discreción. Tras todas las malas noticias, Mike le dijo que tenía algo que contarle, pero que sería mejor en persona. Y justo llamaron al timbre. Al abrir se encontró con Mike sujetando unas llaves y detrás de él un Polo rojo nuevo. Dio un grito de alegría lanzándose a los brazos de su amigo para felicitarle. Le enseñó el coche y le contó que sus padres se lo habían regalado porque esa misma tarde le había dado el carnet provisional. Según le contó, el coche llevaba en el garaje casi quince días. Le llevó a dar un paseo y al volver le invitó a tomar algo.

El enfado se le había pasado completamente al pasar tiempo con Mike.

—Has sido la primera a quien se lo he dicho —dijo dándole un trago a su bebida—. Ni siquiera Ana lo sabe aún.

—¡Qué afortunada soy! —Rio Adriana—. ¿Vas a llevarlo a clase?

—No creo... Aunque si lo pienso bien, puede que alguna mañana me dé pereza levantarme diez minutos antes e ir andando —bromeó observando las llaves encima de la mesa.

—Y luego tendrás una panda de gorriones tras de ti para que les lleves de un sitio a otro. —Le siguió la broma—. ¿Cuándo se lo dirás a Ana?

—A la vuelta.

—¿Y... qué tal con ella? —Le preguntó ya que por fin tenían un momento tranquilo y solos.

—Sorprendentemente bien. —Sonrió—. No me agobia, es atenta, me hace reír... No sé qué decirte, sinceramente.

—Me alegro mucho. —Le dio un abrazo correspondido—. Creo que Ana te pega mucho, aunque a veces se le va demasiado la olla.

—Eso es verdad. —Rio—. Y otras le da por pensar cosas raras.

—¿Cómo que tú y yo estamos juntos?

—No, como que Nacho y tú lo estáis.

Se quedó paralizada. No sabía qué o mejor dicho, cómo responderle. Lógicamente se lo quería decir, y probablemente la expresión de su cara lo estaría diciendo todo, pero si era ella quien había hecho prometer a Nacho no decirlo, ella tampoco podía. Pero, si lo adivinaban, no era contarle, ¿no?

—Esto... —Puede que hubiesen pasado solo cinco segundos, pero seguía sin tener una explicación decente para darle—. Algo así —dijo por fin.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? —Estaba contento—. Yo lo sospechaba, pero Ana no deja de insistir diciendo que se os ve distintos. Pero

ser atento no es cosa de tíos.

—Es que decidimos no decir nada hasta ver dónde iba, ¿y si se cansa de mí? —Le asustaba esa idea más de lo que podía pensar.

—¿Y si te cansas tú de él? —respondió con otra pregunta igual de difícil.

—Además, solo nos hemos besado...

Pasó la siguiente media hora contándole todo, desde el fin de semana en Madrid hasta la pillada de su hermano el día anterior; incluso el trato de la cita. Mike escuchó callado, de vez en cuando haciendo alguna observación acerca de algunos sucesos, pero no le molestó la «charla de chicas» que estaban teniendo.

—Y eso es todo —concluyó.

—¿Te gusta tanto? —preguntó algo serio.

—Sí, al menos eso creo. —Se quedó pensativa un momento antes de añadir—: Y espero que yo a él también.

—No sé si debería decirte esto, pero él siempre me pregunta por ti, si dicen una palabra mala o rara sobre ti se molesta, e incluso no paró de preguntarme si entre Carlos y tú había algo —confesó Mike haciendo que el corazón de ella se encogiese ante esas las revelaciones—. Así que, sin haberlo hablado con él, supongo que le gustas, y me parece que mucho.

—¡Mike! No me digas eso si no lo crees de verdad. —Estaba medio emocionada, medio temerosa, pero en realidad eran cosas que le gustarían escuchar.

Poco después Mike se fue y la dejó sola, con todos esos pensamientos acerca de Nacho. Ojalá hubiese sido el propio Nacho quien se lo hubiese dicho, aunque al menos, se enteró del lado de investigador privado de su vecino.

Preparó algo de cena para todos y dejó la mesa preparada para sus abuelos después de que ella cenase.

«Día tres: aunque me hayas ignorado no he podido dejar de pensar en ti. Hubiese estado bien aunque fuese solo un abrazo. Recuerda que mañana tenemos una cita».

Decía el mensaje que llegaba antes de tiempo.

«Lo siento, te recompensaré en abrazos. ¿Me adelantas algo de la cita? Porfaplis».

«Tendrás que aguantar».

Tras lo que le había contado Mike y la petición de Nacho de un abrazo le apetecía realmente abrazarle. Rechazó el impulso y se puso a leer antes de caer dormida.

Capítulo 20

A la mañana siguiente sonó el despertador sobresaltándola. La noche anterior no se había enterado de nada, ni de la llegada de sus abuelos, ni de su hermano, ni de su teléfono sonando. Cuando se estaba arreglando decidió ponerse un poquito más de maquillaje a pesar de llevar la misma ropa que llevaría un día normal a clase porque no sabía a qué hora quedaría con Nacho y no quería arriesgarse.

Se moría de nervios. ¿Qué harían? ¿Le daría tiempo a volver a casa a arreglarse? ¿De qué iban a hablar? Solo había hablado un poco sobre que se gustaban, pero no habían aclarado nada. Adriana entendía que ya tenían una edad como para no tener que estar haciendo las mismas preguntas que cuando tenían diez años, pero quería saber hacia dónde iba eso.

Las clases se le pasaron tan rápido que no hizo caso de los insultos que Laura intentaba volver contra ella a pesar de que nadie le seguía ya el juego. Por mucho que buscó a Nacho en los descansos no le vio, y él ni siquiera le respondió al mensaje que le había enviado. Estaba un poco preocupada, aunque intentó tranquilizarse a sí misma diciéndose que se habría olvidado el móvil en casa.

A la salida tampoco le vio por ahí cerca. Esperó un poco en la puerta mientras hablaba con sus amigos y, después de mirar si había algún mensaje en su móvil y varios intentos frustrados de llamada, decidió irse a casa. Era la última en la cola para entrar en el autobús, y cuando le quedaban apenas tres personas alguien la llamó desde la calle adyacente. Aún a riesgo de perder el autobús

fue hacia la voz familiar que no terminaba de ubicar.

Nacho la esperaba allí, apoyado en su moto, con el abrigo desabrochado porque estaba empezando a hacer buen tiempo y con el sol se notaba un poco de calor. Sonrió al verla aparecer.

—Pensé que te montarías en el autobús —dijo a modo de saludo.

—He decidido arriesgarme, y parece que he acertado. —Se acercó a él—. No sabía si te vería hoy.

—He estado un poco liado toda la mañana.

Estaban uno frente a otro y ambos se morían de ganas por besarse, pero finalmente él se acercó a la mejilla de ella, dándole un suave beso. Al fin y al cabo, habían pactado no besarse. Le tendió uno de los cascos, y tras abrocharse la chaqueta subieron a la moto. Cuando llegaron a casa él aparcó la moto de mala manera y se bajaron.

—Gracias por traerme —dijo ella quitándose el casco—. ¿Nos vemos luego?

—¿Traerte? —preguntó divertido—. Vuelve a ponerte el casco y dame la mochila, anda, esto era una parada estratégica.

Le quitó delicadamente la mochila de la espalda y la llevó dentro de casa. Reapareció pocos minutos después con otra en la mano y se la puso a ella. Ya de vuelta en la moto, esta empezó a andar carretera arriba, dejando cada vez más atrás la pequeña ciudad en la que vivían. Solo se veía naturaleza y alguna que otra casa solitaria cerca de la carretera.

Más o menos media hora después Nacho empezó a reducir la velocidad y aparcó en un improvisado parking de tierra. Cuando bajaron, le cogió la mochila a Adriana, y empezaron a andar. A parte del hambre que tenían no hablaron de otra cosa, y ella, caminando pegada a él, deseaba algo más que el

leve contacto de sus manos cuando se rozaban. Le hubiera gustado que él se la hubiese cogido.

—Pues aquí es —comentó él sacando de la ensoñación a Adriana.

—¿Al final? —Él asintió.

Empezó a andar más rápido, hasta el final del pequeño tramo de camino rodeado de árboles que quedaba, y salió a una playa pequeña. Iba pocos metros por delante de él, que no podía parar de mirar cómo ella, sorprendida, miraba todo con detalle. La pequeña cala estaba desierta, tenía algunos troncos grandes que la gente usaba para apoyarse en la parte más alejada. El resto, arena, menos suave de lo que parecía desde lejos, se extendía ante ellos llegando hasta un mar en calma para la temporada que era.

La parte por la que habían entrado era un pequeño bosquecillo que escondía ese maravilloso y pequeño paraíso.

—¡Esto es precioso, Nacho! —exclamó girando sobre sí misma para volver a contemplar el lugar—. ¿Cómo lo has encontrado?

—No te burles, ¿eh? —dijo extendiendo una toalla enorme al lado de uno de los troncos—. Aquí es donde mi abuelo le pidió matrimonio a mi abuela —contestó sonrojado.

—Así que aquí traes a todos tus ligues, ¿eh? —bromeó sentándose.

—Eres la primera. —La miró directamente a los ojos y ella se ruborizó inmediatamente.

—Gracias. —Miró al suelo esperando que no se le notase la vergüenza.

—Bueno, te comento —dijo abriendo la mochila—. Tenemos ensalada de pasta, surtido de embutidos, sándwiches variados y luego postre. —A medida que lo nombraba iba sacándolo de la mochila y preparándolo—. ¿De beber coca cola? También tenemos agua.

—Coca cola está bien. —Le ayudó a colocar las cosas, acomodándose uno frente al otro y empezaron a comer—. ¿Tus primeras citas normalmente son así?

—Creo que esto es lo que podría llamar mi primera primera cita — contestó sinceramente comiendo un trozo de jamón.

—¿Con Laura no tuviste citas? —preguntó curiosa, arrepintiéndose al momento.

—No —respondió secamente—. Lo de Laura empezó de forma algo rara.

—Perdona, por haberte preguntado eso.

La sonrió y siguieron comiendo tranquilamente hablando de planes, bromeando sobre algunos compañeros de clase e incluso salió el tema de Laura y su supuesto embarazo otra vez. No le quería contar el pequeño encontronazo que había tenido con su exnovia por lo que procuró zafarse del tema.

—¿Tienes más hambre? —Le preguntó ofreciéndola el último sándwich. Ella negó y él le dio un bocado grande—. Lo siento. —Rio—. Es que estoy hambriento.

—¿Quieres lo que queda del mío? —Miró la mitad del mordisqueado sándwich y se lo ofreció—. Está mordido, si no te importa...

—¿No lo quieres? —Negó con la cabeza y él lo cogió—. Tenía que haber preparado más.

—¿Has hecho tú esto? —asintió—. ¿Todo? —preguntó de nuevo impresionada, y él volvió a asentir.

Terminaron de comer tranquilamente y Nacho sacó de la mochila un último táper lleno de fruta cortada. Comieron recostados en la manta escuchando las

olas romper en silencio. Estaban tan a gusto que ni se dieron cuenta de que no hablaban. No siempre son necesarias las palabras, y menos cuando uno está rodeado de gente que no hace que los silencios sean incómodos.

Nacho terminó por tumbarse entero y se quedó mirando cómo ella observaba el mar. Hacía sol y tenía los ojos algo achinados por el reflejo que este producía en contacto con el agua. Las pestañas largas, infinitas y negras enmarcaban sus ojos verdes. El pelo no paraba de moverse por el viento, pero a ella no parecía molestarle.

Algo empezó a hacerle cosquillas en el brazo y luego subió a la nuca. Abrió los ojos y vio a Adriana tumbada frente a él, con los ojos muy abiertos.

—No quería despertarte —susurró ella—. Vuelve a dormir.

—¿He dormido mucho?

—No, apenas diez minutos. —Sonrió—. Duerme un rato más, yo me quedo aquí.

Volvió a pasar sus dedos suavemente por el brazo de él y empezó a quedarse dormido de nuevo. Se le veía tan cansado, que cuando el gesto se le quedó completamente relajado parecía que todo el cansancio hubiese desaparecido. Pasó los dedos apaciblemente del brazo al cuello y de ahí a la cara, recorriendo sus facciones. ¿Cómo podía haberle llegado a gustar ese chico hasta tal punto? Pensaba en él más de lo que había pensado en ningún otro en toda su vida, incluso tenía esa extraña necesidad de verle, aunque fuese de lejos. Pero cuando sonreía, el mundo de Adriana se paraba y le daba la sensación de que nada podía ir mal. El chico de sonrisa perfecta. El chico que todo lo hacía bien. El chico que se había fijado en ella. El chico perfecto.

Cuando Nacho por fin abrió los ojos sintió como si hubiese dormido durante horas. Nunca había tenido problemas para descansar, pero desde que estaban organizando la boda de su hermano, su casa era un jaleo constante. Levantó la

cabeza buscando a Adriana y no la vio por ninguna parte. Al principio se asustó, pero cuando se sentó y la vio en la orilla, con los pies dentro del agua, una sensación de paz le inundó. Justo en ese momento ella se giró, con el pelo revuelto, le vio y sonrió. Una imagen que sin duda no olvidaría. Empezó a andar en su dirección.

—¿Has dormido bien? —Estaba de rodillas frente a él.

—Sí, aunque no sé por qué me has dejado dormir —dijo haciendo pucheros como un niño pequeño—. Así habremos perdido más de media tarde.

—Aunque te parezca mentira, solo media hora. —Sonrió ella—. ¿Qué quieres hacer?

—¿Qué te apetece? —preguntó aún algo soñoliento.

—Vamos a pasear.

Se levantó de un salto y le tendió la mano para ayudarlo. Él se hizo el remolón unos segundos y al final aceptó la mano de ella, que corrió tirando de él hacia la orilla. La playa en sí no llegaría casi ni al medio kilómetro, así que cuando llegaron ahí donde las olas rompían suavemente se remangó los pantalones.

—Gracias. —Le dijo una vez empezaron a andar—. Esto es... precioso.

—¿Verdad? —No podía más que confirmar lo evidente—. Ahora puedo traer aquí a todos mis futuros ligues —bromeó.

—Si eso es lo que quieres... —Le pareció algo molesta, pero más por estropear el momento que por lo que había dicho.

—Sinceramente, no querría traer a nadie aquí después de haberte traído a ti. —Se sinceró.

Adriana no podía responderle a eso, se había quedado boquiabierta y no le llegaba ningún pensamiento coherente. Se sentía frustrada y estúpida por no

responderle, así que le cogió de la mano y se la apretó mientras llegaban al final de la pequeña playa.

—Entonces espero que no lo hagas —contestó al fin.

Nacho sonrió satisfecho con la respuesta porque eso quería decir más de lo que él hubiese esperado escuchar. En su interior sus tripas habían decidido bailar un loco tango sin pausa que no le dejaba tranquilo. Había supuesto que le encantaría el sitio, sobre todo por la historia que tenía detrás. Su abuelo le había dicho la última vez que habían comido juntos, y a solas, que ese sitio para él era mágico. Nacho le prometió que llevaría ahí a la chica con la que soñase, y cuando pensó lo de la cita con ella, fue el primer lugar que se le pasó por la mente. Le pidió a su madre que le enseñase a hacer algo de comer para llevar y ella, sin atreverse a preguntar, le enseñó varios platos sencillos.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella—. Llevas un tiempo sin decir ni una palabra.

—Pensaba.

—¿En qué? —Curioseó.

—En ti. —La vio sonrojarse y sonrió. Le encantaba la inocencia de ella cuando la hacían un cumplido.

—No, en serio.

—Que en ti. ¿Por qué iba a mentir? —Ella se puso aún más roja.

—No sé... —dijo vergonzosamente—. ¿Y qué pensabas?

—Antes en cómo había preparado todo para hoy, y ahora... en que me gustaría besarte.

Ella dio un pequeño respingón y se quedó sorprendida de nuevo por la sinceridad de él. Obviamente ella también quería besarle, pero nunca se lo hubiese dicho. Se acercó a ella, que seguía de rodillas frente a él y la atrajo

hacia sí, mirándola los labios, que inconscientemente ella había humedecido con la lengua. Esos pequeños instantes antes de un beso, cuando lentamente uno se va acercando al otro, escuchando sus entrecortadas respiraciones y sus corazones latiendo rápido, son la lenta pero mejor agonía que precede al beso. Quizás mejor que el beso.

Pero besar a Nacho era mejor que no hacerlo, así que al final ella se acercó a él un poco más rápido y le besó. Una explosión de mariposas volvió a inundar su estómago cortándola la respiración y haciendo que respirase entrecortadamente. Esa señal inequívoca de pasión. Nacho, incapaz de resistir a tan dulce sonido, la besó con más ardor. Él la colocó sobre sí, con las piernas de ella rodeando su cadera. Ella le rodeó con los brazos y se dejaron llevar por todos los días que habían pasado sin besarse.

—Espera —dijo ella aún con la respiración entrecortada y viendo la cara de susto de él añadió—: No podía respirar. —Rio.

—Perdona. —Esta vez fue él quien se mordió el labio, aguantándose las ganas de seguir besándola.

—¿A dónde nos lleva esto? —preguntó de improviso Adriana—. Quiero decir que no sé qué es esto, y me asusta pensar que mañana ya no será nada así.

—Adri, esto va hacia delante. —Se sinceró—. Quiero estar contigo, si tú quieres estar conmigo. —La atrajo más hacia sí si era posible ya que seguía sentada sobre él y le dio un beso en la nariz—. Fuiste tú la que me pediste que no le dijera nada a nadie cuando estoy deseando subirme al tejado más alto y gritárselo a los cuatro vientos. Que todo el mundo se entere que a la única persona que quiero coger de la mano, a la única persona que quiero ver cada día, y a la única persona que quiero besar, eres tú. —Al acabar eso ella impulsivamente le besó con ternura.

—Y tú eres exactamente la persona con la que yo quiero hacer eso. —

Sonrió tímidamente—. Pero...

—¿Pero? —preguntó sorprendido y temeroso al mismo tiempo.

—Sí... Pero. —Continuó lo que había dejado a medias—. No entiendo cómo alguien como tú, puede haberse fijado en alguien como yo. —Terminó mirando hacia abajo—. Tú eres el tipo de chico perfecto, ese que solo encontrarías en una película o en un libro, y yo...

—¿Pero cómo puedes decir eso? —Estaba sorprendido—. ¿Tú te has visto? Adri, ¿quién no caería rendido a tus pies? Dices que yo soy perfecto, pero para mí lo eres tú. Lo eres en todos y cada uno de los aspectos. Y ojalá nadie más lo vea para poder ser quien te diga lo perfecta que eres cada día.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó sonrojada y riéndose mientras él le hacía cosquillas en los costados—. Gracias.

Le besó. Y le besó. Y le volvió a besar una y otra vez. Porque nadie podría haberle dicho nada mejor, y tampoco lo quería. Un poco a regañadientes se levantó de su regazo sentándose con la espalda apoyada en el pecho de él, ambos mirando al mar. Estaban tan a gusto que mirar el reloj resultaba un suplicio, al menos los días eran cada vez más largos. Cuando el sol empezó a caer, comenzaron a recoger todo entre risas cómplices.

—¿Puedo ya contarles a todos que estamos juntos? —preguntó Nacho a medio camino de su moto—. Era parte del trato.

—¿En serio es necesario publicarlo? —preguntó a modo de respuesta—. No entiendo la necesidad de tener que decirles a todos algo que no les debería incumbir.

—Me refiero a que si puedo cogerte de la mano en público, o llevarte a clase —dijo el señalando sus manos agarradas—. ¿O es que acaso no quieres?

—No es eso, de verdad. —Se paró al lado de la moto y le dio un

pequeño beso en los labios—. Es que quizás tu exnovia psicópata, con la que comparto clase, decida matarme —bromeó.

—O el tuyo quemarme vivo. —Le devolvió la puya.

—Ese no cuenta, estuvimos juntos hace años...

—Ya, y por eso hizo lo que hizo —comentó notablemente enfadado; ella le calmó abrazándole.

Se pusieron en camino de vuelta a casa, ella agarrada a su cintura viendo pasar rápidamente los árboles. Una vez aparcados entraron en casa de él para coger la mochila de ella, que no paraba de agradecerle, una y otra vez, la tarde que habían pasado. Iba directa a besarle en los labios cuando apareció su madre y tuvo que hacer un cambio de rumbo repentino, besándole, avergonzada, en la mejilla. Carmen les preguntó si lo habían pasado bien y, como siempre la invitó a cenar. Rechazó el ofrecimiento con educación, alegando que tenía muchas cosas que hacer.

Nacho la acompañó a la puerta de su casa y aprovechó que no había nadie para besarla. Fue un beso breve pero lo suficientemente largo como para dejarla sin aire. Una vez dentro su abuela le preguntó por su tarde mientras le ayudaba a preparar la cena. No tenía hambre porque aún tenía un nudo en el estómago de haber pasado la tarde con Nacho. Cada vez que estaba con él por su tripa revoloteaban miles de mariposas desesperadas por salir, y a su vez, el estómago se empequeñecía tanto que perdía el apetito. Aun así disimuló comiendo un poco de lo que había preparado.

Un rato después, bajo el agua de la ducha, pensaba en los besos de Nacho. Su hermano la sacó de su ensoñación aporreando la puerta del baño, de donde salió a toda prisa, aún con el pelo mojado. Una vez sentada en la cama, rodeada de papeles para hacer los deberes que no había hecho en todo el día, recibió un mensaje:

«Día cuatro: hacía tiempo que no era tan feliz. Gracias por hacer de esta

tarde algo perfecto. Te recojo mañana para ir a clase. Mil besos».

Se le paró el corazón. Puede que fuese simple, pero le encantaba que él fuese tan atento y que el chico perfecto pensase que ella lo era.

«Tú y solo tú, has hecho que el día sea inolvidable, así que las gracias te las tengo que dar yo. Hasta mañana! Muchísimos besos».

Se metió en la cama sonriendo. Aún no se creía todo lo que le estaba pasando con Nacho. Había sido sincera al decirle que no sabía cómo él se había podido fijar en ella, pero él le había sorprendido de sobremanera al decirle que para él ella era perfecta. No se consideraba así ni mucho menos, pero que él pensase que era perfecta la halagaba. Quizás, fuesen perfectos el uno para el otro.

Capítulo 21

Ahí estaba ella, en la puerta de casa, terminando de abrocharse la cazadora vaquera. Seguía haciendo frío, pero a partir de mediodía el sol empezaba ya a calentar. Bajó los dos escalones del porche y fue hacia casa de su vecino, que salía justo en ese momento con dos cascos en la mano. Sonrió al verla, haciendo que se le acelerase el corazón.

—Buenos días —dijeron justo a la vez, y él se inclinó para darle un suave beso en los labios.

Montaron en la moto y empezaron el corto recorrido hacia el instituto. Nacho, que tenía las manos de ella agarradas a la cintura, sonreía sin parar aun sabiendo que nadie podía verle. Pensaba cómo era posible que hubiese tenido tanta suerte con ella, que llevaba meses pensando en besarla y ahora por fin podía hacerlo. Aparcó la moto y se fijó en que había varias personas mirándoles. Él no solía llevar a nadie a clase, ni siquiera lo había hecho con Laura, por eso no le sorprendía las miradas.

Adriana se estaba peinando un poco ya que el casco le había dejado el pelo enmarañado y cuando terminó se pusieron en camino a clase. Pero, nada más cruzar la puerta, la cogió de la mano. Notó cómo ella se sorprendía y luego se ponía roja como un tomate al ver que muchos de sus compañeros de clase se giraban para mirarlos.

El camino de la entrada a sus clases no duraba más de tres minutos, pero a ambos se les hizo eterno. La gente miraba descaradamente, pero él se negaba a soltarle la mano. Cuando Mike y Ana se besaron por primera vez en público

pasó lo mismo y odiaba esa reacción de la gente. Ella sentía como si estuviesen actuando en un circo. La primera aula que se encontraron fue la de Nacho, pero él siguió andando en dirección a la de ella.

—No tienes que hacer eso —murmuró Adriana cortada por la situación.

—Si quieren espectáculo, ¿que lo tengan, no? —Le respondió divertido contagiándole la sonrisa.

Llegaron a la puerta de clase de ella y Nacho, siguiendo su instinto, le dio un suave beso en los labios antes de irse a su clase. Adriana, al entrar por la puerta, aparte de sentir las miradas de todos los que estaban en clase, notaba sus mejillas ardiendo. Se sentó y saludó a Mike, que la guiñó un ojo divertido y Ana no tardó en aparecer.

—¡Lo sabía! —exclamó contentísima—. ¿Pero por qué no me habías dicho nada? —No paraba de abrazarla.

—¡No hace falta que grites! Es que aún no había nada que contar —respondió bajito.

—Cierto... eso ya lo has hecho tú con ese beso en la puerta de clase. —Sonreía de par en par.

—Ana... —avisó Mike—. No seas pesada, anda, que poco más y se nos convierte en langosta —añadió riendo.

Y era verdad que estaba roja, pero porque nunca hubiese pensado que Nacho la habría besado en la puerta de clase. Lo de cogerla de la mano podría haberlo intuido, pero jamás el beso, ni siquiera uno pequeño como aquel. Lo que más duro se le hacía era la gente que no le quitaba el ojo de encima. Parecía como si hubiesen vuelto a principios de curso, solo que esta vez la miraban por otra cosa totalmente distinta que no sabía distinguir. No tuvo

tiempo de pensar mucho más porque el profesor entraba por la puerta en ese momento cargado de exámenes.

Pasaron gran parte de la mañana haciendo y corrigiendo exámenes de práctica para selectividad, por lo que agradeció que todos estuviesen tan ocupados como para no prestarla mucha atención. Al menos así fue hasta que sonó el timbre del primer descanso. ¿Se estaba volviendo paranoica o todos que pasaban delante se la quedaban mirando? Las ganas de cotillear de la gente no tienen precedentes.

—¿Me lo cuentas todo? —preguntó Ana sentándose a su lado a medida que la gente iba saliendo—. Tienes unos... catorce minutos.

—Es que no hay mucho que contar —respondió sonrojada.

—¡Venga ya! —exclamó con fingida indignación—. Ya estamos solas. —Le guiñó un ojo.

—¡Pues no sé! —Rio—. Empezó la noche de su cumpleaños. Yo solo quise regalarle algo especial...

—¡Y tan especial! —interrumpió Ana sonriente—. Perdona, sigue, sigue.

—Pues eso, le quise regalar algo especial por los dieciocho, y uno de los regalos consistía en llevarle a ese sitio que te conté no muy lejos de mi casa. —Se sentía un poco tonta con la sonrisa que debía tener en la cara—. No te rías, pero le regalé un deseo, y bueno... Me besó.

—Tu sonrisa tonta enamorada lo dice todo, pero ¡qué buena idea! ¿Sabías que lo haría?

—¡Ni por asomo! Pero si te digo la verdad. —Se sinceró—. Era lo que yo estaba deseando.

—Oiiss, pero cómo podéis ser tan bonitos —comentó abrazándola—. Ahora podéis pasear vuestro amor por todos lados.

—Sabes que yo no soy así —repuso—. Odio que la gente me observe,

y quita esa cara, que ya sé que no ha sido mi mejor año y que he sido el centro de atención más veces de las que he querido.

—Pero no os cortéis por la gente, que se mueran de envidia.

Y entonces Ana empezó una perorata sobre los miedos infundados de Adriana, sobre cómo Nacho haría que fuese más abierta y cosas por el estilo durante los últimos cinco minutos de descanso.

—¡Serás zorra! —exclamó Laura desde la puerta dejando a los pocos que había dentro en silencio—. Sí, tú —dijo señalando a Adriana—. No pongas cara de cordero degollado.

—¿Pero qué te pasa conmigo? —preguntó la aludida desde su silla.

—Ya me he enterado de todo —dijo con ira—. Vas de buenecita y luego ¿qué?

—De verdad que no te entiendo —comentó mirando a la furia que tenía en ese momento de pie delante de su mesa.

—Já. ¿Que no sabes de qué te hablo? —La rabia se le veía en los ojos.

—Laura, cálmate —intervino Ana—. ¿Qué tal si lo hablas luego?

—¡Ni de coña! —Y de repente tenía el pelo de Adriana agarrado y tiraba de él con fuerza, haciendo que esta diese un chillido—. Aléjate de Nacho.

—¡Pero si estás con Héctor! —protestó mientras Ana forcejeaba para ayudarla a que le soltase el pelo.

—Laura, suéltala y ¡pírate! —rugió Ana enfadada.

Y algo debió hacer que cambiase el chip porque segundos después su pelo quedaba liberado de la mano que tiraba de él. En ese momento el timbre sonó y Adriana salió pitando en dirección al baño con el pelo revuelto y el cuero cabelludo aún dolorido. Ana entró tras ella en el baño con cara de

preocupación.

—No sé cómo lo hago, pero hasta en los momentos en los que parece que todo está en calma y que va bien, ¡zas! —Movi6 la mano como si la hubiesen pegado una bofetada y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Adri, eso no es culpa tuya. —Intentó consolarla—. A Laura se le va mucho la pinza.

—¿Y por qué conmigo? Creo que no la he hecho nada malo. —Se estaba esforzando al máximo para no llorar—. ¡Oh, no! No me digas que en realidad sigue con Nacho y todo esto es la forma cruel que tienen todos de burlarse de mí.

—¿¡Quieres parar!/? —exclamó Ana enfadada—. Tranquilízate y no te emparanoies, que no es eso. ¿Quieres que llame a Nacho?

—No, por favor.

—Sabes que se va a enterar de todas formas, ¿verdad? —Adriana asintió—. Vale, te dejo sola un rato, voy a clase, así que ven cuando estés lista.

La puerta se cerró tras Ana, así que dio vía libre a las lágrimas que se agolpaban deseosas de salir y empezaron a rodar por sus mejillas. Algo cambió de repente en su cabeza. No lloraba porque le superase la situación, sino por la impotencia de no responder como era debido. No tenía por qué portarse bien con la gente que a ella no la trataba bien, y aun así siempre justificaba sus comportamientos.

Se levantó, y tras limpiarse el rímel que se le había corrido, se puso en marcha hacia su clase. Se llevó una buena bronca del profesor que, a modo de castigo, le mandó un trabajo adicional. Durante uno de los ejercicios, Mike aprovechó para someterla al tercer grado. Ella trató de responderle a todo lo que pudo, pero el tiempo no lo permitió. Las siguientes dos clases no tuvieron apenas

tiempo para hablar, pero no se cortó lo más mínimo en llevársela fuera en cuanto sonó el timbre de las clases.

A veces Mike la trataba como a una de sus hermanas pequeñas, y la protegía como tal, por eso al enterarse de lo de Laura se había puesto hecho una furia. No es que esa chica le hubiese caído nunca bien, pero no entendía tal fijación que tenía con su amiga. Ana, que les había seguido, apoyaba a su novio en todo lo que le decía. Logró tirar de su manga hasta que se sentó a su lado y le explicó su decisión. No iba a cambiar su personalidad por gente que no se preocupaba lo más mínimo, pero tampoco iba a justificar a quienes la trataban como a un trapo o la hacían sentir mal. Mike, que sabía todo lo que su amiga se había callado, no pudo disimular su sorpresa. Ana, fiel a sus instintos, abrazó a su amiga y la amenazó con que si no cumplía lo que había dicho sería ella quien la perseguiría.

Al entrar se fijó en cómo Carlos la miraba. No podía distinguir si eran celos, tristeza o enfado, pero sabía que se había enterado de lo de Nacho. Ella le había dejado claro que no le gustaba, pero no le había comentado que le gustaba otro. Todo había sucedido tan rápido que no sabía cómo actuar. Sabía que tenía que hablar con él y comentarle... ¿comentarle qué? No tenía por qué darle explicaciones. Aunque no quería perder la amistad con él. Había sido muy amable todo el tiempo. Y sin venir a cuento se le pasó por la cabeza la reacción de Héctor. Si la de Laura había sido así, y eso que pensaban que estaba feliz y a gusto con su nuevo novio, ¿cómo sería la del loco de su novio? Trató de apartar cualquier tipo de extraño pensamiento de su cabeza y empezar a pensar positivamente. Aun haciendo esfuerzos el resto del día se le hizo eterno y no veía el momento de que terminasen las clases. Ana, aburrida en la última fila, empezó a mandar mensajes proponiendo una «cita doble», consiguiendo que Mike y Adriana se riesen en clase de Historia y, por supuesto, se llevasen una buena riña de la profesora.

Sonó el timbre y la mayoría de sus compañeros salieron escopeteados. Estaba terminando de guardar algunos papeles en la mochila cuando vio a Nacho apoyado en el marco de la puerta. Se le encogió el estómago al verle ahí, con el pelo algo revuelto y una sonrisa irresistible. Sabía que los pocos que quedaban en clase la estaban observando, pero le dio igual, y con una sonrisa enorme se acercó a él. Esta vez, a pesar de las ganas, se abstuvieron de besarse ante tanto público, y salieron, cogidos de la mano, junto con Mike y Ana.

—Nacho, ¿a qué tú no verías como una locura que comiésemos mañana los cuatro juntos? —preguntó Ana aún molesta con la reacción de los otros dos.

—Esto... —Estaba confundido por la pregunta—. ¿Qué tendría que responder? Porque por las caras que tenéis me da miedo.

—¡Que sí! —suplicó—. Os invito a mi casa, no habrá nadie.

—¿Si alguien acepta te callas? —preguntó Mike gracioso.

—No, solo si comemos los cuatro. —Sonrió lo más amplia y dulcemente que pudo.

—Está bien... —Acabó resignándose Mike—. Tío, tú te encargas de convencer a tu novia.

Se hizo un parón en el tiempo en el que daba la sensación de que todo iba más lento. Aún nadie había dicho la palabra, era algo implícito, pero el mero hecho de decirla hacía que se respirase un aire un poco tenso. Y Mike se había dado cuenta.

—No tiene que convencerme de nada —dijo Adriana para quitarle tensión al asunto—. No había dicho que no, solo me he dedicado a reírme, ¿recordáis?

Ana y Mike se fueron juntos andando y de la mano y ellos se subieron a la moto. Adriana se agarró a su cintura y se pusieron en camino. Le resultaba tan extraño no esperar en la parada del autobús, que podía acostumbrarse a eso. Disfrutó durante el trayecto del viento, del sol y de los músculos del chico tensándose en las curvas. No estaba musculado, pero estaba fuerte, algo que notaba y que había visto. Aparcaron delante de la casa de él, y nada más quitarse los cascos Adriana se lanzó a besarle.

—Lo siento. —Se disculpó.

—Creo que deberíamos dejar de pedirnos perdón, y más con esas cosas.

Dejó su casco sobre la moto y le devolvió el beso. Se despidieron entrando cada uno en su casa con una enorme sonrisa. La abuela de Adriana, María, la esperaba con la mesa puesta. Le preguntó por su día y, al terminar de comer se sentaron ambas en el sofá a ver la tele.

—Cariño —dijo su abuela medio dormida—, he pensado que tenemos que ir a por un vestido para la boda.

—Ya encontraré algo, no te preocupes por eso, abuela.

—Estaba pensando que tengo cosas en cajas, pero... tienes más curvas que tu madre, y no creo que te sirva nada. —Estaba pensativa y se reía—. Además puede que sea demasiado antiguo para ti.

—Aún quedan unas semanas para eso, dará tiempo, ahora descansa.

Le dio un beso y subió a su habitación cargada con la mochila para hacer los deberes. Dio gracias porque no tenían tanto como otras veces ya que llegaban las vacaciones, pero el trabajo extra que le habían mandado por llegar tarde iba a llevarla más tiempo de lo esperado.

«No estarás enfadada, ¿no? Es que por fin te veo feliz y quería que lo

celebrásemos todos».

Ponía en el mensaje de Ana. Sabía que lo hacía con toda la buena intención del mundo, pero si ya le resultaba raro hacer cosas en pareja, más si eran cuatro y dos de ellos observando. Negó estar enfadada y acabó preguntándole qué harían para comer. Al fin y al cabo seguro que lo pasarían bien.

Cuando bajó a merendar su abuela había subido una enorme caja de cartón al salón y estaba revisando su contenido. La llamó para que la ayudase a colocar las cosas. Estaba llena de ropa vieja de hombre y de mujer. Su abuela le iba contando historias de cada una de las cosas que iba sacando, provocando que Adriana se riese ante lo absurdo de las mismas. Sacó un traje de hombre lleno de agujeros de color verde oscuro.

—¡Por fin! —exclamó su abuela sacando una bola revuelta de tela—. Sabía que tenía que estar en esta caja.

Desenrolló la prenda y dejó entrever un vestido blanco de gasa. La parte de arriba se componía de dos partes entrecruzadas y fruncidas con tirantes gruesos, que daban paso a toda la gasa suelta. La espalda tenía el tejido roto, y en general el vestido había degenerado en un blanco sucio, casi marrón.

—¿Te gusta? —preguntó su abuela—. Pruébatelo, venga. —Se desvistió y se metió en el embutido vestido, que a pesar de estar roto no la dejaba apenas respirar—. Bueno, arreglándolo, conseguiremos que te quede mejor.

—¿Arreglándolo? Si no puedo respirar, mírame. —Dio una vuelta para que la viese—. A parte, me queda muy ajustado aquí abajo.

—Espérate, que te tomo unas medidas y se lo doy a Juanita, que fue costurera y te lo arreglará. —Sacó el metro y empezó con la labor—. A parte, así no gastamos dinero innecesariamente. Aunque...

—No puedo ir de blanco a una boda —comentó intentando sacarse el vestido.

—No lo harás, anda trae, dámelo y mete el resto de cosas en la caja.

Se puso a hacer lo que le dijo mientras ella se ponía al teléfono a hablar con su amiga. El vestido le quedaba bastante mal, pero no podía decírselo a su abuela. A ella le hacía ilusión que se pusiese eso, pero podría pedirle algo prestado a Ana, que tenía mucha ropa. Seguía calibrando todas esas cosas cuando sonó el timbre. Al abrir se encontró con Nacho en la puerta, pero no sonreía. Le invitó a pasar, y tras que este saludara a su abuela y recibiera ofertas para comer o beber algo, acabaron subiendo a la habitación de Adriana.

—Estás... raro —dijo ella nada más cerrar la puerta—. ¿Te pasa algo?

—No sé, dímelo tú. —Estaba enfadado.

—¿Que te diga el qué? —Estaba manteniendo la calma—. No entiendo nada, Nacho.

—Pues llego a casa, como, y después de descansar recibo un mensaje en el que pone que te has puesto a pegar e insultar a Laura en clase.

—¿Perdona? —No podía esconder su asombro—. Déjame adivinar, ¿te lo ha escrito ella? —Al ver su cara él no tuvo que responder—. ¡Oh, Dios mío! ¿En serio me ves capaz de eso?

—Yo...

—No, no, lárgate, no quiero hablar contigo ahora mismo —dijo abriéndole la puerta.

—Espera. —Cerró la puerta y se puso entre medias—. Hablemos, perdóname.

—Es que no me puedo creer, que creas lo que ella te dice, y menos después de lo que te hizo. A parte, no puedes juzgar una historia si no tienes

las dos versiones.

—Tienes razón, en todo. —Se le notaba abatido—. ¿Qué ha pasado?

—No sé si quiero contártelo.

—Porfa...

—Entonces te lo tendré que contar desde el principio. —Le hizo un gesto para que se sentaran ambos en la cama—. Hace un tiempo salieron unos rumores sobre ella, sobre que estaba, esto... embarazada. —Hizo un gesto con la mano al ver la reacción de él—. Déjame que te lo cuente todo y luego opinas. Bueno, creo que todos sabemos que no es que ella y yo nos llevemos precisamente bien, pero para mí, mientras nos llevemos decente en clase, me vale. Volviendo a los rumores de su embarazo, ese mismo día me la encontré en el baño y acabamos hablando. Me contó un poco, y no, tranquilo, no está embarazada. Pues desde ahí no había vuelto a saber nada de ella, y parecía que todo iba bien. Hoy ha entrado en clase hecha una furia, me ha agarrado del pelo y me ha amenazado con que te dejase en paz. Eso es todo. Yo no la he tocado.

—¿Y por qué no me lo has contado? —Estaba sorprendido por lo que le acababa de contar.

—Porque tú no tienes que defenderme de todo, puedo hacerlo yo.

Se quedaron un rato en silencio, mientras ambos calibraban sus ideas. Nacho no se podía creer lo estúpido que había sido. ¿Cómo podía cagarla tan pronto teniendo a una chica como ella a su lado? Se quedó observando cómo ella se miraba las uñas y tiraba de los pellejitos que había alrededor. ¿Qué podía decirle que compensase el haberse comportado como un estúpido?

—Soy gilipollas.

—No —rebatió ella acomodándose frente a él—. Pero no puedes acusarme de algo que creo que todo el mundo podría decirte que no he hecho.

—Sí, sí, soy gilipollas. —Cogió las manos de ella y tiró suavemente hacia él—. ¿Cómo te puedo compensar?

—Creyéndome la próxima vez —contestó rápidamente Adriana.

—No va a haber próxima vez —prometió él.

—Pues... por si escuchas rumores, Carlos intentó besarme, pero no ha pasado nada con él. —Se calló un momento—. Ni con él ni con nadie desde hace mucho.

—¿Carlos? ¿Carlos Martínez? —La miró extrañado.

—Sí, el mismo. —Rio—. Pero a mí me gustaba otro en ese momento.

—¿Me tengo que preocupar?

Se acercó y le besó suavemente. Todo el enfado se había esfumado. Y como si ambos quisiesen olvidar los últimos momentos, el beso fue tomando fuerza. Las manos de Nacho subían por su espalda lentamente y pegándola más hacia sí. Los pocos momentos en los que se separaban un poco para respirar jadeaban, más incluso cuando la mano de él se coló bajo su camiseta. Entonces el móvil de él empezó a sonar haciendo que ambos se separasen sonrojados. Habló dos minutos con su hermano y colgó.

—Tengo que hacer un trabajo, ¿nos vemos mañana? —comentó ella sonriente.

—¿Te ayudo? He terminado lo que tenía que hacer.

Se sentó en la silla del escritorio de ella y la hizo sentarse encima mientras tecleaba en el ordenador. Paraban de vez en cuando para hacer el tonto y Nacho no paraba de distraerla haciéndole tiernas caricias en el cuello. Cuando por fin terminaron, su abuela ofreció a Nacho quedarse a cenar, a lo cual accedió. Juan, que acababa de llegar, encendió la PlayStation para que ambos jugaran y dejaron a Adriana en la habitación.

Antes de ponerse a hacer la cena con su abuela esta le dijo que ya estaba todo arreglado con lo del vestido, que no se preocupase más por ello. Aunque había estado relajada anteriormente con el tema de lo que iba a llevar, su abuela había acabado poniéndola nerviosa. Si lo pensaba bien, quedaba muy poco, y aunque la intentase convencer para ponerse el vestido ese, sabía que no entraría en él. ¿Y los zapatos? No tenía unos decentes, y sin saber qué iba a ponerse iba a ser difícil.

Capítulo 22

A pesar del incidente del día anterior con Laura, parecía que nadie se acordase de lo sucedido, aunque teniendo las vacaciones en dos días nadie repararía en una nimiedad del estilo. La suerte estaba de su lado porque la susodicha tampoco daba muestras de tomar interés en ella, lo que pronosticaba un día tranquilo. Anunciaron que desde ese día hasta las vacaciones terminarían una hora antes por la baja de un profesor.

Ana, que no volvió a tener oídos para otra cosa, estaba de los nervios por la cita que había preparado. Mike, de vez en cuando ponía los ojos en blanco ante los impulsos de su novia, pero aun así intento que se relajase.

Cuando por fin les dejaron salir, Nacho ya estaba esperando delante de la puerta, y al verla le dio un ligero beso y la agarró de la mano para ir juntos a casa de Ana, la cual no paraba de hacer comentarios acerca de la bonita pareja que hacían. A Adriana aún le resultaba extraño el ir de la mano de Nacho, o que le besase en público. No llevaban ni una semana juntos, aun así, las miradas de todos seguían posándose en ellos. Pero ni eso podía quitarle la sonrisa de la cara.

El camino a casa de Ana lo pasaron hablando del nuevo coche de Mike, el cual aún no había llevado a clase, y como habían perdido el último campeonato no tenían más entrenamientos, no necesitaba moverse mucho. Ana no se quejó de que solo hubiese sacado el coche una vez, pero le dijo que para coger práctica debía conducir de vez en cuando. Dejaron el tema aparcado una vez entraron en la casa y se pusieron a preparar la comida. Para su sorpresa

los chicos ayudaron poniendo la mesa sin necesidad de decirles nada, lo que ya era mucho. En cuanto acabaron, y cerveza en mano, se fueron al salón, dejándolas a ellas con todo el lío.

Ana, aprovechando que se habían ido, le preguntó en un medio susurro qué tal les iba. Aunque algo dubitativa, Adriana le contó la pequeña discusión del día anterior. No había sido para tanto, y lo sabía, pero necesitaba contárselo a alguien. Su amiga estaba muda cuando terminó de relatarlo, incluso había dejado de hacer lo que tenía entre manos. Adriana quitó hierro al asunto diciéndole que ya estaba arreglado, pero Ana despotricó contra Laura, la artífice de todo. Finalmente logró calmarse, aunque se notaba el resentimiento que tenía hacia su compañera.

Justo cuando la comida estuvo lista los dos desaparecidos entraron por la puerta como atraídos por el olor. Una vez servidos todos empezaron a comer y a charlar animadamente. Al terminar, y entre risas, obligaron a los chicos a recoger los platos sucios.

—¿Habéis pensado ya en lo del viaje de fin de curso? —preguntó Ana una vez estuvieron los cuatro juntos de nuevo en el salón—. Es que me ha mandado un mensaje Patricia diciéndome que ya estaban valorando sitios a los que ir.

—Yo aún no lo sé... —confesó Mike mirando a su chica—. Me gustaría, pero quería ir a un curso especial de entrenamiento para poder superar las pruebas de INEF.

—No me lo habías contado —comentó Adriana más aliviada de haber dejado el tema del viaje atrás, que enfadada con su amigo.

—Ya, es que solo lo he hablado con Nacho. —Se defendió dejando a ambas chicas confusas—. No me miréis así, que nosotros también hablamos. ¿Verdad, cariño? —bromeó.

—Pues si no vienes... podríamos hacer un viaje nosotros, bueno, los

cuatro —dijo Ana soltando una bomba—. Mis tíos tienen una casa que apenas usan a unas horas de aquí, y si pillamos días soleados sería genial.

—¿Para cuándo sería eso? —preguntó Nacho visiblemente agradado con la idea, al igual que Mike, que prestó más atención a la conversación.

—No sé, ¿cuándo queréis ir? Aunque yo esperaría un poco, al menos al buen tiempo, que ahora aún hace frío, y me da a mí que lloverá.

—¿Qué tal cuando terminemos los finales? —Propuso Mike—. De ahí a selectividad quedarán unas semanas, y con que nos tomemos el fin de semana libre no vamos a perder demasiado tiempo de estudio.

—¡Genial! ¿Fijamos la fecha?

—No hasta que no sepamos las fechas de los exámenes —comentó Nacho—. ¿Qué te parece, Adri?

Aún no había dicho ni una palabra al respecto y demasiadas dudas le asaltaban la cabeza. La primera era que no sabía si de ese momento a cuando fuesen seguiría con Nacho, esperaba que sí, pero no era una ciencia exacta. Y el segundo era estudiar. Sabía que eso no era una excusa, pero quería sacar buenas notas y sabía que la selectividad era crucial, aparte de ser unas pruebas duras.

—Esto... Sí, sí, claro —dijo con una sonrisa—. Pero creo que Mike va a tener que practicar bastante con el coche si nos quiere llevar.

Se pusieron a concretar detalles aun sabiendo que faltaba aún mucho tiempo para llegar a eso, pero la ilusión del momento superaba el sentido común. Nacho se acercó a su chica, y como ya habían hecho anteriormente, ella se recostó sobre el pecho de él mientras hablaban todos. A Ana no se le escapó ese detalle y no paraba de hacer gestos graciosos sobre ellos dos, consiguiendo que a su amiga se le pusiera la cara de todos los tonos de rojo

posibles.

Capítulo 23

Por fin llegó el último día de clase antes de las vacaciones. Una semana de libertad antes de empezar el último trimestre. Alguien volvía a dar una fiesta para celebrar el fin de otro trimestre y sus amigos insistían en ir. Aún no se sabía el sitio, ni quién la organizaba, no se sabía nada, solo que se juntaría gente de muchos cursos y distintos institutos. ¿No podían esperar hasta que acabase el curso? Adriana se sentía como una vieja porque a ella no le apetecía salir tanto como al resto, y odiaba ser una carga para ellos, aun así aceptó la propuesta a la primera, con una sonrisa en los labios. Y aunque nadie demostró estar sorprendido, lo estaban. Era bien sabido que a ella no le iban esos rollos, por eso nadie insistió más en ello.

Nacho estaba tanto o más sorprendido que el resto, aunque sabía de buena mano que a su novia no le apetecía nada ir a esa fiesta. La veía sonriente mientras pagaban, pero esa sonrisa que había observado durante meses y conocía tan bien no se reflejaba en sus ojos, por eso sabía que no quería ir. Se acercó por detrás y la abrazó.

Recogieron sus cosas y se fueron a sus respectivas casas a la espera de ver la hora y el lugar de la fiesta. Nacho había quedado con unos amigos, así que vio cómo Adriana se montaba en el autobús con Juan. En cuanto los hermanos llegaron y terminaron de comer se pusieron a recoger las cosas del chico lo más rápido posible, ya que se le había olvidado hacer la maleta. Esa misma tarde sus abuelos le llevarían a la ciudad para que cogiese un tren con destino a Madrid, donde sus tíos le recogerían para pasar la Semana Santa juntos.

El camino en coche fue más para discutir los suspensos del chico que otra

cosa, pero Juan solo pensaba en estar con sus primos. Pero por mucho que rebatía los argumentos de sus abuelos prometiéndoles estudiar para las recuperaciones, ellos eran incapaces de creerle. Pero en el momento de dejarle en el tren se les saltaban las lágrimas. El trayecto de vuelta fue silencioso, a excepción de algún comentario suelto. En cuanto el coche paró y se apearon, su abuela recibió una llamada y le dijo a su nieta que el vestido para la boda lo tendría el mismo día.

Se puso nerviosa al escuchar ese comentario. La boda era en menos de una semana y estaba convencida de que el vestido que su abuela había rescatado del baúl de los recuerdos no le iba a entrar, y seguía sin zapatos. Sonrió para que no notase las pequeñas taquicardias que estaba sufriendo y llamó rápidamente a Ana, con quien decidió pasar el resto de la tarde.

—¡Necesito tu ayuda! —exclamó en cuanto su amiga abrió la puerta—. No tengo qué ponerme para la boda.

—¡Jesús! Qué susto me has dado.

Pasaron hasta la habitación de Ana mientras le explicaba el problema. Esta intentó tranquilizarla diciéndola que tenía algunos vestidos en el trastero y se ofreció a llevárselos al día siguiente. Pero, como si eso le diese una idea, empezó a sacar modelitos para esa noche. Sacó varios vestidos que intentó poner a Adriana, pero, sabiendo que a su amiga le quedaban ajustados, a ella no le entrarían ni aunque quisiera, así que los descartó sin ni siquiera probárselos. Media hora más tarde les llegó el mensaje de la fiesta:

Estamos encantados de informarle que la fiesta se celebrará en Paseo de la Constitución, 16. Medianoche. Para entrar sin DNI enseñar en la puerta el código QR que le adjuntamos. No ir de blanco.

Ana acabó dando palmas, puso la música alta y descartó todo lo que llevase

blanco mientras se maquillaban. Finalmente logró conseguir, bajo coacción, que Adriana se pusiese uno de sus vestidos ajustados. A regañadientes y quejándose cada vez que su amiga le daba un tirón para cerrar el vestido, se dio cuenta de que el vestido era elástico y se ajustaba a su cuerpo, sin molestarla.

Al girarse y mirarse al espejo Ana soltó un «wao» en respuesta a sus propios pensamientos. En su vida se hubiese puesto un vestido así, ni se lo hubiese imaginado puesto. Hasta la cintura era ajustado, con unos tirantes gruesos, y gran parte de la espalda al aire. Justo en los costados tenía unas aperturas que dejaban ver más parte de su piel. De cintura para abajo tenía un poco de vuelo, pero era más corto de lo que pensó en un principio.

—No te lo quites —dijo Ana después de estar un rato mirándose al espejo—. Te queda genial.

—No puedo ir así, Ana. Es... demasiado.

—Te pones unas medias semitransparentes negras, unos tacones y lista. ¡Seguro que a Nacho le vuelves loco! —exclamó haciendo que ambas se riesen—. A parte, ¿sabes qué? Te lo regalo, te queda muchísimo mejor que a mí.

—¡Qué dices! —Se alisó el vestido mirándose al espejo—. Aunque te extrañe esto... Me veo genial.

—¡Pues claro que sí! A parte tengo un pintalabios burdeos casi del mismo color que el vestido. —Se puso a rebuscar en un estuche.

—¿No va a ser demasiado?

—Para nada. Ve poniéndote las medias.

Terminaron de arreglarse y Ana le retocó el maquillaje a su amiga antes de recibir la llamada de Mike avisando que ya estaba abajo esperando para recogerlas. Adriana terminó de abrocharse los tacones de tiras y tacón ancho

de la prima de Ana que se había dejado, cogió el abrigo y bajaron a encontrarse con él.

El Polo rojo esperaba ya en marcha frente al portal. Esa noche volvía a hacer frío, así que ninguno se quitó el abrigo. Mike les contó que habían quedado con unos cuantos para cenar en un sitio cerca del paseo marítimo. No tardaron en llegar y Mike había tenido la precaución de aparcar el coche lo suficientemente lejos de cualquier área donde pudiese haber un conflicto, por eso Adriana se arrepentía a cada segundo de haberse puesto los tacones.

—Podías haber aparcado en mi casa, que para el caso nos pilla igual de lejos —refunfuñó su novia al bajar del coche.

—Menos quejas, que en una revista que tienes en tu habitación dice que el frío es bueno para el cutis —bromeó él—. ¿Ves cómo Adri no se queja?

Siguieron las bromas hasta llegar al local. Al parecer todo el mundo había decidido ir al mismo sitio y estaba a rebosar. Sus amigos estaban en una mesa cerca de la puerta que no se cerraba por la gente que había de pie. Algún previsor les había guardado unas sillas. Adriana, extrañada de no ver a Nacho allí cogió el móvil para llamarle y entonces reparó en el mensaje que tenía sin leer:

«He ido a buscarte a casa y no estabas. Ceno con mi familia y la de Claudia, así que en cuanto termine voy. Muero de ganas de verte. Muchos besos».

Respondió rápidamente pensando en lo mucho que le gustaba ese chico. Hacía no muchas semanas habían hablado de las vacaciones que ella había pasado allí años atrás y de su pequeña promesa de ser novios. Eran muy pequeños cuando todo eso pasó, pero el recordarlo hizo reír a ambos y se pusieron a rememorar viejas historias. Hasta ese momento no habían hablado de ello, pero ambos habían recordado la promesa, guardándola como oro en paño en sus corazones. Y la promesa se había hecho realidad años después.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando les trajeron la comida y Carlos la metió en la conversación. Se llenaron a base de pinchos y tapas. Se sentía incómoda porque durante toda la cena Carlos no le había quitado la vista de encima. Adriana suponía que era por la cantidad de maquillaje que Ana había acabado añadiéndole, que si para agrandar su mirada, que si para destacar sus ojos, que si los labios... Pero no paraba de sonreírle. Cuando por fin se estaba haciendo la hora de ir a la misteriosa fiesta él se acercó mientras caminaban y la agarró por la cintura. Mike que lo vio intentó hacer algo, pero Adriana, con un gesto le avisó de que lo tenía todo controlado. Aun así, su amigo se quedó cerca.

Carlos le iba hablando de sus vacaciones cuando llegaron a la cola para entrar y logró zafarse de la mano que la envolvía la cintura. No quería hacerle otro feo a su amigo, pero ya le había dejado claro que no quería nada con él, y él ya sabía que estaba con Nacho. Quizás estuviese molesto, pero no lo demostraba, al contrario, estaba atento y simpático. Lo que no le gustaba era que estuviese sobón. Le había visto beberse alguna que otra cerveza, que probablemente era lo que le había hecho envalentonarse. Volvió a rodearla con el brazo y se quedaron así.

Pensaba en cómo decirle amablemente que quitase el brazo cuando justo apareció Nacho de frente y vio la situación. Le notó el cambio en la cara, y después de saludar a varios amigos llegó hasta ellos. Saludó primero a Mike y Ana y después a Adriana con un frío beso en la mejilla. Dejó por último a Carlos, que siguió sin mover el brazo de encima de la novia de su amigo. Cuando dio un paso para hablar con Nacho alguien le llamó y se fue de allí. Entraron sin que les pidiesen el DNI y fueron a dejar los abrigos.

—Adelántate, Mike —dijo Ana que hacía la cola para dejar el abrigo —. Ahora os buscamos.

—Vale.

—¿Qué narices ha pasado con Carlos? —preguntó Ana alucinada cuando se quedaron solas—. Creo que Nacho se ha enfadado.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —respondió su amiga abatida—. Pero cuando he ido a hablar con él se ha ido y no le he vuelto a ver. ¡Soy un desastre! Es que no podía decirle nada a Carlos porque le he rechazado tantas veces que no quería molestarle.

—Ya, pero no puedes ser amable con todos. Carlos va a pasarse la noche intentándolo contigo porque sabe que en las primeras semanas es más fácil que una pareja rompa.

—Pero yo no quiero nada con él, estoy con Nacho —replicó y justo le vio pasar por su lado sin siquiera dirigirle la palabra—. Y eso —dijo refiriéndose a la situación que acababa de vivir—, me mata.

—Vamos a hacer algo que no te va a gustar mucho.

Dejaron los abrigo y Ana la arrastró hasta una de las barras. Después de preguntarle varias veces qué quería beber decidió pedir por su cuenta. Unos chupitos de tequila y dos vodkas con limón, uno de ellos con poco alcohol.

—Sabes que no bebo alcohol. —Le dijo Adriana haciéndose oír por encima de la música.

—Siempre tiene que haber una primera vez.

Adriana no se quitaba de la cabeza cómo había llegado a ver a sus amigos después de beber alcohol, y con Ana esperándola a que tomase una decisión, finalmente lo hizo. Cogieron los chupitos y de un trago, como había visto en las películas, notó el líquido abrasador bajar por su garganta provocándole una pequeña arcada. Chupó el limón, que logró calmar un poco esa sensación. Ana le explicó que su copa la había pedido con poco alcohol, pero que si

quería la podía dejar y pedirse otra cosa. Probó la copa que le había entregado su amiga y notó de nuevo la misma sensación que con el chupito pero el limón ocultaba parte de la sensación de abrasión. A mitad de la copa decidió dejarla apartada y pedirse un refresco.

—¿Por qué lo dejas? —preguntó Ana haciendo pucheros—. Vale, vale, lo entiendo.

La cogió de la mano y fueron a bailar. Había algunos conocidos cerca, pero poco después Ana le dijo a su amiga que Mike les había escrito para decirles que estaban en la segunda planta. Fueron para allá y desde la parte de arriba de la pequeña escalera les localizaron.

Mike saludó a las chicas desde el centro de la pista y le dio un codazo a Nacho para que mirara. Y no pudo apartar los ojos de su novia. El vestido burdeos resaltaba su blanca piel dejando ver partes de su cintura, y se le ajustaba marcando curvas que no sabía que tenía.

—Si quieres te dejo un barreño —bromeó Mike.

Las chicas no habían terminado de bajar las escaleras cuando algunos chicos se las acercaron sin más dilación. Ambas sonreían ante esas muestras de atención que no habían buscado mientras escudriñaban de nuevo en busca de sus amigos. Nacho contempló a Adriana, siendo el centro de tantas atenciones, y muriéndose de celos al ver cómo otros se acercaban a ella. Y entre ellos Carlos, que no había tardado en aparecer atraído por la miel. Según ella le había dicho le había rechazado, pero ¿y si cambiaba de opinión? Lo del incidente con Laura estaba muy reciente y sabía que la había cagado, pero no por eso la quería menos.

Sin prestar demasiada atención a los chicos que había a su alrededor ambas se pusieron a bailar emocionadas por la canción que estaban poniendo. Adriana

había visto a Nacho mirarla pero no se había acercado y ahora se notaba algo mareada, pero por primera vez no sentía complejos. Quizás la poca cantidad de alcohol que había ingerido había empezado a hacer su efecto.

El diablillo de su hombro le decía que le pusiese celoso, pero en su hombro derecho tenía un pequeño angelito susurrándole lo contrario. No sabía a quién hacer caso de los dos. Pero no tuvo tiempo de decidir porque el tumulto había hecho que acabasen muy cerca de ellos, y Nacho la agarró suavemente del brazo y la atrajo hacia sí. Su corazón dio un vuelco cuando le tuvo tan cerca de nuevo.

—Parece que intentes darme celos —susurró sonriente al oído.

—Pensaba que no me ibas a hablar en toda la noche —dijo ignorando su comentario.

—No podría ni aunque quisiese.

Ella se lanzó a sus labios y le besó con pasión. No pensaba en nada, solo en él, en besarle, en que le había extrañado, en que no quería que estuviesen enfadados. Nacho se dejó llevar mientras ella le agarraba alrededor del cuello. Los tacones hacían que no tuviese que ponerse de puntillas para besarle. Estaba con el corazón saliéndosele del pecho y sin pensar en la cantidad de gente que tenían alrededor, moviéndose al ritmo de la música.

—¡Vaya! —exclamó Nacho cuando se separaron—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti —dijo al tiempo que volvía a besarle.

—¿Has bebido, Adri? —preguntó tras separarse de nuevo.

—Esto... —No quería mentirle, pero no podía decirle que sí—. No me quitaba de la cabeza la mirada que me habías echado cuando...

—¿Eso es un sí? —interrumpió Nacho sin dejarla acabar. Vio su mirada de arrepentimiento—. Adri, no tienes que beber. Tú no bebes, y menos por esa tontería.

—No quiero volver a verte mirándome así.

La agarró de la cintura y la atrajo hacia sí notando su piel desnuda entre las aperturas del vestido. Y ella notaba los dedos de él acariciándola, poniéndole el vello de punta. Con el corazón desbocado y el poco alcohol que había ingerido recorriéndole las venas volvió a besar a Nacho con pasión. Sabía que esa valentía no salía directamente de ella sino que era fruto del alcohol, pero también sabía que él tenía razón y que no necesitaba beber para no afrontar un problema. Pero el problema se les había olvidado a los dos tras ese primer beso, y este iba por el mismo camino. Un escalofrío le recorrió la espalda a Adriana mientras la mano de Nacho se deslizaba suavemente y le apartaba el pelo del cuello para besarla lentamente ahí. Era como si todo el mundo a su alrededor hubiese desaparecido y solo quedasen los besos que Nacho le iba dando.

Tenían la sensación de que hubiesen subido la calefacción, y les costaba respirar cuando Nacho volvió a bajar la mano por la espalda descubierta de Adriana y ella aumentaba la pasión en el beso.

Un pequeño empujón que les hizo trastabillar les devolvió a la realidad. Mientras sus respiraciones volvían a la normalidad, cayeron en la cuenta que se habían separado bastante del grupo. Ninguno tenía palabras suficientes para expresar esos momentos que acababan de vivir. Por una parte Nacho agradecía al alcohol que había ingerido su novia que les hubiese dado esos momentos de pasión, pero por otra parte sabía que no era todo gracias al líquido en cuestión.

La agarró de la mano y se acercaron al resto, donde sus amigos les guiñaron un ojo. Ana se acercó a ella contenta de que hubiesen solucionado el malentendido, pero también porque veía a su amiga más abierta a divertirse. Justamente pusieron una canción que le encantaba y convenció a Adriana para

bailar. Los chicos, a pesar de su insistencia para unirse a ellas, acabaron yendo a la barra.

Ana le enseñaba algunos pasos de baile que conocía de los videoclips y se divertían intentando imitarlos. Carlos volvió a acercarse a las chicas, que se habían separado un poco del grupo, pero Adriana, a pesar de notarse algo exaltada por el alcohol entendió las intenciones del chico. Este la había agarrado por la cintura e intentaba que bailasen juntos, y solos. Ana, cuya tolerancia al alcohol era mayor y a los sobones menor, se acercó y se llevó a Carlos unos pasos más lejos para dejarle claras las cosas.

A pesar de la cara de pocos amigos que le puso a Ana, se fue en dirección contraria a la que estaba el grupo.

—Gracias.

—De nada, pero no entiendo qué le pasa, sabe que estás con Nacho. ¡Ahora a divertirse!

La conversación fue breve, y procuraron no darle importancia. La cogió de la mano y una vez en la barra cada una pidió una bebida, aunque Ana se volvió a extralimitar y pidió otros dos chupitos. Insistió un poco y al final, de un trago, se lo tomaron. El líquido ambarino volvió a abrasarle la garganta provocando que se estremeciese. Regresaron hacia el grupo que iba moviéndose según las masas de personas que se trasladaban de un lado a otro. Pero esta vez alguien había sido lo suficientemente listo y se había hecho un hueco en uno de los reservados que se habían quedado vacíos.

Nacho estaba sentado junto con Mike y otros chicos de su clase, pero ella no podía quitarse de la cabeza los momentos anteriores. Aún sentía ese calor moviéndose por su cuerpo. Seguía habiendo mariposas cuando besaba a Nacho, pero esta vez se habían incendiado y revoloteaban envueltas en fuego. Por fin, su chico perfecto se levantó y se acercó a ella.

—Rober no paraba de hablar de ti, y he pensado que si no me levantaba igual lo intentaba contigo. —Le dijo al oído.

—¡Qué pena! —Rio—. Yo que me había pintado los labios por él.

—Creo que le gusta más tu vestido.

La besó y las mariposas volvieron a arder. Todo parecía sacado de una película, porque lo que había a su alrededor desaparecía cuando se besaban. Se separaron y al ver el reloj se dio cuenta de que llevaban más de media noche ya ahí dentro. Ana la sacó de su ensoñación dando un tironcito hacia ella y llevándosela hacia el baño.

Había una cola enorme en los baños, pero las dos amigas esperaban pacientemente su turno hablando del fin de semana que pasarían los cuatro juntos. Llevaban más de veinte minutos esperando cuando lograron entrar. Chicas maquillándose, peinándose, hablando de chicos, cotilleando, riendo... Terminaron retocándose el maquillaje antes de salir, aunque el pintalabios que habían usado no se había movido de su sitio.

Dejaron atrás el barullo del baño y entre risas fueron a encontrarse con sus amigos. Antes de entrar a la sala una mano agarró a Adriana del brazo dejándola apartada de su amiga. Intentó zafarse para alcanzar a Ana, que no se había dado cuenta que se había detenido, pero entonces se fijó en la persona que la sujetaba, con una sonrisa que la dejó helada.

—Hola, nena —dijo Pablo—. Te había echado de menos.

—Pablo... —No le salían las palabras—. ¿Qué... qué haces aquí?

—Divertirme un rato. —La acercó un poco más hacia sí—. No te he visto durante mucho tiempo. Y viéndote así... he pensado en ti, y en mí...

—Ya, pues yo en ti no. —Ana había desaparecido, y Pablo la agarraba cada vez más fuerte del brazo, y la acercaba más a él—. Me esperan, así que

suéltame.

—Solo un beso...

Sujetó su cara y sus labios se dirigían rápidamente a los de ella, y quizás fuese el alcohol, quizás no, pero le logró empujar lo suficiente como para que trastabillase. La insultó con cada una de las palabras hirientes que conocía, y ella aprovechando que la había soltado empezó a andar. Pero la agarró de nuevo fuertemente, apartando gente que había a su alrededor, que habían empezado a hacer hueco a su alrededor sin que nadie interfiriese en la pelea verbal, haciendo como si no pasase nada. Cuando volvió a intentar besarla ella le propinó un tortazo, pero eso solo hizo que el chico se enfadase más. La agarró las dos manos ante la mirada estupefacta de algunas chicas, pero ella logró soltar una y esa vez le dio un puñetazo con todas sus fuerzas.

—¡Putá! —gritó.

Alguien la agarró por detrás, vio fugazmente a Ana, que se había quedado parada al ver a su amiga agarrada por un hombre de seguridad. La llevó casi en volandas hasta la puerta, donde le dijo que esperase. El corazón le latía a mil por hora, era la primera vez que le daba un puñetazo a alguien, pero ya no podía más. La estaba sobando, intentando besarla y no iba a permitir aquello, no otra vez.

El de seguridad seguía con ella, y aún no le había dirigido la palabra, solo hablaba por el pinganillo. No tenía móvil, ni la cartera, todo estaba en el bolso de Ana. Y... ¿Y si iba la policía? Era menor, había bebido, se había peleado, estaba en una discoteca. ¿Qué le iba a pasar?

—Veamos —dijo una voz que acababa de entrar donde estaban ellos
—. Dame tu documentación.

—Esto... está en el bolso de una amiga.

—Empezamos bien. —Habló por el pinganillo apartado, y no lograba escuchar nada—. Siéntate aquí, por favor. Gracias. Por cierto, soy Sergi, director de seguridad de la empresa que ha organizado la fiesta. —Le enseñó unas acreditaciones antes de hacerle un gesto para que empezase a hablar.

—Creo que estoy en mi derecho a defenderme cuando me insultan en repetidas ocasiones e intentan hacerme daño.

—Ajam. —Movi6 un poco la cabeza antes de continuar—. Nosotros estamos en nuestro derecho de echar a los alborotadores de nuestras fiestas.

Sergi se levant6 y sali6 de la pequeña sala. Oía la música al otro lado de las puertas, el griterío de la gente, las risas... Le dolía el brazo ahí donde Pablo la había tenido agarrada, y al ir a comprobar si tenía moratones vio cómo su mano derecha se estaba hinchando. No había notado ese dolor, pero ahora que lo había visto había comenzado. El hombre que la había llevado hasta ahí sali6 de la habitación y volvi6 poco después con una bolsa de hielo. Se lo agradeci6 en el momento en el que Sergi entraba de nuevo y se sentaba enfrente.

—Vale, ya puedes irte, pero no volver a entrar. Nos hemos asegurado de que el chico también haya salido, se lo está llevando un compañero.

—Gracias.

—Por cierto, para la próxima, que espero que no sea en ninguna de mis fiestas, el pulgar fuera.

Un rato antes...

Cuando vio a Ana aparecer sin Adriana se qued6 algo sorprendido, pero la cara de Ana denotaba preocupación, y con solo una mirada supo que algo no

iba bien. La copa que llevaba en la mano estuvo a punto de caer, pero logró dejarla en la mesa antes de acercarse a su amiga.

—¿Qué ha pasado?

—Uno de seguridad se ha llevado a Adri, no sé dónde está... —Mike se acercó en ese instante—. La perdí un momento, de verdad, y cuando me giré vi cómo le daba un puñetazo a Pablo, y luego al de seguridad que se la llevaba.

No le dio tiempo a decir nada más porque Nacho ya había salido pitando en dirección a la salida. Mike y Ana le pisaban los talones, pero en ese momento le importaba poco eso. ¿Pablo? ¿Por qué le había pegado? ¿Dónde estaba su novia? Tenía mil preguntas rondándole la mente, pero estaba preocupado por ella. Necesitaba saber si estaba bien, solo eso para calmarse. Había tanta gente que le costó llegar hasta la entrada, pero no veía a nadie. Entonces reparó en los de seguridad saliendo de un pequeño cuarto medio oculto. Mike le agarró del brazo cuando notó que se movía hacia aquel punto. Cogió el móvil y la llamó, pero entonces Ana, avergonzada, sacó el móvil del bolso. Se estaba poniendo nervioso, y, en consecuencia sus amigos también.

Alguien más salió del cuarto hasta la puerta de salida y volvió al cuartito hablando por el pinganillo. «Ana, tu amiga te espera fuera», anunció de pronto el DJ como si de una broma se tratase. ¿Cuántas coincidencias podía haber? Esta, que se había recuperado del susto inicial empujó a Nacho a la puerta de salida. Allí, justo en frente de la puerta estaba ella, sentada en el suelo, sin abrigo, tiritando.

—¡Adri! —gritó Nacho—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Joder...

—Sí, sí, estoy bien. —Miró a sus amigos, que la ayudaron a levantarse—. Creo que le he dado bien a ese gilipollas —comentó sonriente—. Se le han llevado, espero que directo a la comisaría.

Después de abrazarse, Mike entró a por los abrigos de todos para no pasar frío. El chico no tardó en aparecer. Los tres esperaban nerviosos a que ella comenzase a relatar lo sucedido, pero Adriana parecía estar en su propio mundo.

—¿Qué? —dijo cuando se fijó en que no le quitaban el ojo de encima.

—¡Que nos cuentes qué ha pasado! —exclamó Mike nervioso.

—Ah, eso... —Les relató lo mismo que al de seguridad—. Y después uno de seguridad me cogió en volandas y me llevó a un cuartucho, le conté lo mismo a Sergi...

—¿Sergi? —interrumpió Nacho.

—Sí, es el jefe de seguridad de la empresa que ha organizado la fiesta o algo así. Pues eso, y me dejaron ahí hasta que sacaron de aquí al idiota ese. Sergi cree que él no podría denunciarme por haberle pegado porque no hay forma de demostrar que yo estaba aquí, aunque no cree que haga nada de eso.

—¿Le dolió?

—¿El puñetazo? Espero que tanto como a mí...

Les enseñó la mano palpitante en la que aún sostenía el hielo. Ana, a pesar del susto por lo de su amiga, se alegraba de que Pablo se hubiese llevado un pequeño merecido. Les animó a volver a entrar para celebrar la pequeña victoria pero entonces Adriana les explicó que a ella ya no le dejaban. Nacho decidió quedarse con ella, y Mike estuvo de acuerdo con él. Ana, un poco resignada, tuvo que dar su brazo a torcer. Pero Adriana insistió en que entrasen una y otra vez, diciendo que les esperaría ahí a que terminasen o se volvía en autobús a casa.

Mike se acercó a su amiga y, pasándole un brazo por los hombros, se pusieron a andar en dirección al paseo marítimo. Nacho y Ana les seguían de cerca,

escuchando cómo el chico la hacía reír y de vez en cuando le daba un beso en la mejilla.

—¿Te preocupan? —preguntó Ana agarrando el brazo de su acompañante.

—¿Debería?

—No, por eso mismo. —Se quedaron en silencio antes de que ella volviese a tomar la palabra—. No sé si te quiere, lleváis muy poco, pero sé que para ella eres muy importante. Igual que él. Yo al principio pensé que estaban juntos, pero Mike ha sido el apoyo más grande de ella aquí desde que volvió. Y Adri me ha dicho mil veces que entre ellos no pasará nada, que siempre ha pensado en otra persona.

—¿En quién?

—Ufsss... ¿en quién va a ser, idiota?

Volvió a mirar a Adriana, que justo en ese momento miró hacia atrás y le sonrió. ¿Cómo no iba a pensar en ella? ¿Cómo no se iba a preocupar por ella? El deseo que le regaló por su cumpleaños le daba la sensación de que había llegado más tarde que pronto. Pero apostó y ganó. Y ahora tenía a una chica impresionante a su lado. Le devolvió la sonrisa pensando en el poco tiempo que llevaban juntos y en lo mucho que había pensado en ella durante todos los años que no se habían visto.

Quizás no fuesen pensamientos de amor, sino de cariño, de recuerdo de los momentos vividos. Momentos en los que jugaban en la playa, iban con sus abuelos a comer o a cenar, al parque... El último verano que se vieron se prometieron estar juntos para siempre. Él aún recordaba eso, por eso había pensado muchas veces en ella. Pero no hubiese imaginado que, años después, siendo casi adultos estarían juntos de verdad.

Llegaron junto al coche de Mike y entraron todos para resguardarse del frío

nocturno. Entre risas sacó un alcoholímetro de la guantera diciendo que le habían regalado dos de usar y tirar con la compra del coche. Lo probó y salía por debajo del límite, así que decidió acercarlos a casa.

Mientras el coche salía de la calle, ellos andaban agarrados de la mano en dirección a casa de Adriana. Notaba cómo los efectos del poco alcohol que había ingerido habían disminuido muy considerablemente. Aun así se sentía más relajada. Quizás fuese por el beso en la discoteca con Nacho o por el liberador gancho de izquierdas que le había dejado la mano hinchada. Pararon frente a la puerta de su casa y Adriana le besó, casi con la misma intensidad que en la discoteca, pero sin gente alrededor, haciendo que el beso fuese más íntimo, más apasionado, más de ellos dos.

Se miraron esperando que uno de los dos diese el primer paso en direcciones opuestas, pero ninguno quería dejar al otro.

—¿Quieres... quieres pasar y hablamos un rato? —Se estaba volviendo loca al invitar a un chico, aunque fuese su novio, a entrar en su casa a las cinco de la mañana, pero le apetecía estar con él.

—¿No molestaremos a tus abuelos?

—Hasta las ocho no creo que se levanten, y no oyen tan bien como creen, porque hay noches que Juan tiene la música bastante alta.

Nacho asintió y aún cogidos de la mano la acompañó hasta su habitación, donde por fin pudo quitarse los tacones.

—¡Por fin! —exclamó sentándose al lado de su chico—. Me dolían tanto los pies que no sé cómo he conseguido estar en pie tanto rato.

—Pues yo no sé hacer masajes en los pies, así que... —La acercó a él divertido y le dio un beso en los labios.

—Ya, ya seguro...

—Vaaalee... la verdad es que te huelen los pies.

Lo dijo tan serio, tan sincero que Adriana se quedó paralizada pensando en lo horrible que era aquello, y por qué en casa nadie le había comentado nada. Se moría de la vergüenza, así que mientras pensaba en todo se levantó de la cama y puso rumbo al baño para cambiarse de ropa, desmaquillarse y lavarse los pies a conciencia. A mitad de camino Nacho la agarró por la cintura diciéndola que era broma, y como para demostrárselo la arrastró de nuevo a la cama y le besó la planta del pie mientras le hacía cosquillas, no solo en los pies, sino por todos los lados. Intentaba aguantarse la risa, pero se le escapó una carcajada más alto de lo que pretendía, y para no seguir así solo lograba balbucear la palabra «abuelos».

Y para callarla la besó. Adriana notó cómo el cuerpo de Nacho bajaba suavemente hasta levemente apoyarse sobre el suyo. Sus manos se deslizaban lentamente desde su cara hasta su cuerpo, haciendo que el extraño fuego que no había sentido hasta esa misma noche se volvía a prender en ella.

Sin darse cuenta se puso a pensar en sexo. No era algo que se hubiese planteado con anterioridad a excepción de las conversaciones que había tenido con sus antiguas amigas. Muchas de ellas habían perdido la virginidad con sus novios, pero ella no se sentía preparada para ello en ese momento, pero ¿y ahora? La mano de Nacho estaba en su cintura, no la había movido, pero la forma en que se estaban besando le decía otra cosa. Tiró un poco de él, atrayéndolo hacia sí. Una fuerza extraña hizo que su mano se colase bajo la camisa de Nacho, que contrajo un poco la tripa por el contacto de sus frías manos. Se aventuró un poco más allá, notando los músculos de él, que la observaba mientras movía la mano por su torso.

Parecía como si hubiesen subido la calefacción varios grados cuando la mano de Nacho empezó a bajar por su pierna y luego a volver a subir con cautela bajo el vestido. Cuando llegó al límite de las medias subió un poco más y le acarició la tripa haciendo pequeños círculos. Adriana temblaba, no sabía si

por los nervios o porque él había ido más lejos que nadie. Y de repente, sin quererlo, le vino a la mente que Nacho tendría mucha experiencia en esas cosas, había estado casi un año con Laura. No quería pensar en ello, y entendió que no era el momento, que, aunque tuviese ganas de estar con él, no podría pensando en esas cosas. Retiró la mano del torso del chico y le dio un beso. Nacho entendió que el momento había pasado.

La chica se levantó saliendo un momento de la habitación para volver al cabo de unos minutos con el pijama y desmaquillada. Se quedó en la puerta de la habitación observando a Nacho, que estaba tumbado bocarriba con los brazos cruzados bajo la cabeza. Cuando él se giró y la vio allí la hizo un gesto para que se acercase a él y encantada, lo hizo, se tumbó a su lado abrazándole.

—¿En qué pensabas?

—En ti.

—Siempre dices eso.

—Pensaba en todo lo de esta noche, en cómo ha empezado la noche, y en cómo ha acabado, en tus besos, en... todo. —Le cogió el brazo—. ¿Cómo tienes la mano?

—Me duele, pero supongo que con hielo se pasará. Lo que pensabas, ¿era malo?

—No, ¿por qué? —preguntó extrañado.

—Porque estabas serio.

—A excepción de lo de Carlos, que no me ha gustado nada lo que ha hecho, me da rabia no haber estado ahí cuando ha pasado lo de Pablo, para protegerte.

—Ya has visto que puedo hacerlo yo solita. —Sonrió mostrándole su mano magullada mientras él le daba un suave beso en ella—. Aunque luego duela un poco.

—¿Qué les haces?

—¿A quiénes? —preguntó extrañada.

—A todos esos tíos que te persiguen. —Volvía a estar serio, pero intentaba disimularlo con una sonrisa.

—Que yo sepa solo han sido dos, y no es mi culpa que estén locos — dijo intentando quitarle hierro al asunto—. Quizás les gustase.

—Adri, tú no gustas, tú enamoras.

Sonrió ante la respuesta rápida, sincera que le había dado, y le besó. No con la pasión de antes, pero sí suave, intentando decirle todo lo que quería y no podía, intentando transmitirle todo el amor que había empezado a nacer en su corazón. Tenía ganas de susurrarle las dos palabras más complicadas de decir, pero pensaba que era demasiado pronto para ello, y aun así intentó expresarlo con el beso. Dio un pequeño quejido de dolor cuando sin querer se apoyó sobre la mano que tenía dañada.

—Ven aquí, anda. —Le dijo casi en un susurro.

Abrió la cama e hizo que ella se metiese entre las cómodas colchas, pero no contenta, le hizo hueco a su lado. La cama era bastante grande para los dos. Después de descalzarse se metió con ella. La atrajo hacia sí, apagó la luz y, con un beso se quedaron en silencio, escuchando el latir de sus corazones.

Capítulo 24

Se levantó con un dolor espantoso de cabeza. Le costó un poco ubicarse y pensar en todo lo que había sucedido la noche anterior, y entonces se acordó de que Nacho estaba en la cama con ella cuando se fueron a dormir. Se giró y le vio ahí, mirándola. El corazón se le puso a mil por hora al contemplar al chico.

—¡Dios! Mis abuelos...

—Shh... —La mandó callar acariciándole la cara—. Me fui antes de que se levantasen y he vuelto hará escasa media hora. Por si te lo preguntas, son las doce y media. Les dije a tus abuelos que te sentó mal la cena y nos volvimos antes, y que había venido a ver qué tal estabas.

—¿Has dormido? —Asintió y volvió a recostarse junto a ella—. No voy a volver a beber, me encuentro fatal... ¿Cómo os puede gustar esa porquería?

Nacho, sonriendo ante el comentario, se giró y cogió un vaso de agua con una pastilla y se lo tendió para que se lo tomase. Volvieron a recostarse. Pasaron un rato hablando hasta que escucharon a su abuela por las escaleras, por lo que él cogió un libro cualquiera e hizo que lo había estado leyendo. Al entrar saludó a los chicos y le preguntó a su nieta que tal se encontraba. Adriana, le contó lo mismo que Nacho, con algún detalle más, para no preocupar a su abuela. Cuando sacó las manos de debajo del edredón, los tres se quedaron callados. Su mano se había hinchado y estaba un poco colorada.

—Esto... me caí, abuela. —Se miró la mano dolorida—. Ayer pensé

que no era nada, pero me tropecé, puse esta mano y se dobló un poco.

—Traeré hielo, si no te baja la inflamación en un rato te llevamos al médico.

—La boda de tu hermano es en unos días, y ¡mira mi mano! —Esperó a que su abuela se fuese para añadir más bajito—: No tenía que haberle pegado.

—Bueno, lo hecho, hecho está. —Se acercó a ella para mirarle la muñeca—. La próxima vez les zurro yo —añadió entre risas.

Después de comer la hinchazón había bajado un poco, pero su abuela no se había quedado del todo tranquila, así que decidió llevarla al médico. Nacho intentó acompañarlas, pero Adriana insistió en que debía dormir bien. Se pasó media tarde en el ambulatorio hasta que consiguieron que las atendiesen, y una vez dentro le confirmaron que tenía un pequeño esguince en la muñeca. Le recetaron ibuprofenos para la inflamación, le pusieron un vendaje para que hiciese los menos movimientos posibles y la mandaron a casa.

Se pasó todo el camino refunfuñando porque no quería ir a la boda con una venda en el brazo, pero su abuela se lo tomaba a risa. Al fin y al cabo, pensaba su abuela, un accidente lo tiene cualquiera. Y aunque a Adriana le supiese mal, prefería que su abuela no supiese toda la verdad sobre la noche anterior, aunque odiaba mentirla.

Cuando llegaron a casa, Ana estaba en la puerta, con una bolsa gigante al lado. La mujer, sabiendo lo que traía la amiga de su nieta, hizo una mueca, se sentía traicionada. Una vez dentro, se ofreció a prepararles algo para merendar, así que entre agradecimientos las chicas subieron. Después de una breve charla sobre los acontecimientos de la noche anterior, Ana fue sacando vestidos para que, con su ayuda, Adriana se fuese probando. Corto. Estrecho. Demasiado escotado. Muy largo. Blanco. El último, un vestido negro, no le quedaba mal. Era muy básico, pero cualquier cosa era mejor que nada.

Bajaron a merendar insatisfechas por la búsqueda infructuosa del vestido.

—¿Qué tal la vuelta a casa? Que se me ha olvidado preguntártelo.

—Bien, pero no pienso volver a probar el alcohol, no sé cómo lo aguantáis —replicó Adriana.

—Años de práctica. —Rio—. ¿Te dijo algo Nacho?

—No... Bueno, en el sitio hablamos un poco, pero no le dimos mayor importancia, y... Y eso.

—¿Y? —preguntó Ana curiosa—. Uyuyuy... ¿Qué pasó?

—Qué cotilla eres. —Dudaba si contarle a su amiga lo que llevaba rondándole por la cabeza desde la noche anterior.

—Eso no es algo que no supieses, pero de aquí no saldría.

—Nacho ha dormido en casa, en mi cama. —Y al ver la cara de su amiga añadió—: Pero no ha pasado nada, nada de nada. Ufsss... Yo no sé qué me pasó ayer, y te aseguro que no era cosa del alcohol, a esas horas se me había pasado todo, pero no sé.

—¿Sabes que eso es normal, verdad? Oh, espera... ¿tú no...? —Dejó la pregunta a medias porque la cara de su amiga lo decía todo—. Ya, perdona. ¿Y si queríais, por qué no pasó nada?

—Supongo que no era el momento.

—Eso suena a excusa —replicó Ana.

—Pensé, pensé demasiado. Pensé en él, en su experiencia, en Laura... Y no quería pensar en ello.

—La experiencia no es mala, Adri. Mi primera vez fue un desastre absoluto, ni él ni yo sabíamos nada más que lo que habíamos visto en las películas. Y ahora es maravilloso, sobre todo si es con alguien a quien quieres.

—¿Quieres a Mike? —Sonrió Adriana—. Porque has dicho que le quieres.

—No he dicho que le quiera a él... Bueno, a ver, es que querer es muy fuerte, pero si no le quisiera un poco no estaría con él, ¿no? ¡Dios! No me lées.

Pasaron un rato más riendo en la cocina, y poco tiempo después Ana se fue. Sus abuelos también habían salido sin decirle nada, así que se tumbó en el sofá a ver la televisión. Pensaba en llamar a Nacho, pero no quería agobiarle, aunque sabía que si le llamaba iría. Ella haría lo mismo por él. Por suerte sus abuelos no tardaron en llegar.

Antes de nada, Adriana llamó a su hermano para ver qué tal estaba. El chico solía olvidarse de llamar, y aunque esa vez lo había hecho quiso hablar con él. Era la primera vez que estaban separados tras el accidente de sus padres, y le echaba de menos. Como era lógico, las relaciones entre hermanos siempre tenían sus altibajos, pero, desde el duro golpe que habían sufrido, se habían unido más. Lógicamente seguían teniendo pequeñas riñas, pero sabían que se tenían a ellos como apoyo.

Colgó el teléfono con una sensación extraña. Por una parte le apetecía pasar tiempo con ellos, pero por otra le recordaban tanto a su propia familia que le entristecía. Su tío era muy parecido a su madre, no solo físicamente, sino en carácter, y eso le hacía pensar mucho en ella. Después del accidente habían vivido con ellos, mientras terminaban el curso, pero la tutela legal la tenían sus abuelos. Además ellos se iban a trasladar a Estados Unidos por motivos de trabajo.

Capítulo 25

Había llegado el día de la boda. Hasta el martes todo había estado tranquilo, a excepción de Nacho, que había decidido pasar más tiempo en casa de sus vecinos que en la suya, con su histérica madre. Víctor había intentado estar relajado ante el jaleo, pero tampoco había aguantado mucho y había pasado más tiempo fuera de casa que dentro. Pero para Carmen era su primer hijo quien se iba a casar, y a pesar de los nervios del novio, ella lo había estado más.

Adriana se levantó nerviosa. No sabía por qué, pero tenía un nudo en el estómago. Había pasado cuatro días geniales con Nacho. Después de desayunar su abuela había programado una cita con una esteticista para que les hiciese la manicura y pedicura, e irían a la peluquería. En este último se decantaron por un peinado clásico para María y a Adriana le hicieron un recogido con una trenza de espiga a modo de corona recogida en un moño bajo deshecho. Se sentía como una princesa solo con el peinado, y las chicas de la peluquería no hacían más que alabarla.

Después de comer llamaron al timbre. La amiga de su abuela que les había arreglado los vestidos había ido a entregárselos en persona. ¡A última hora! Tenían que estar a las seis y media en la iglesia para no tener problemas de aparcamiento y coger un buen sitio. Su abuela se probó el suyo después de maquillarse. Era un traje de dos piezas en color champagne, al que había puesto una camisa blanca. Le quedaba como un guante. Su abuelo se cambiaba de ropa mientras Adriana se maquillaba. Ana le había aconsejado que resaltase los ojos, y que en los labios pusiese un poco de brillo, y así lo hizo.

Cuando bajó, su vestido seguía en la funda y estaba nerviosa por verlo, aunque sabía que tenía el de su amiga de repuesto.

Juana, la amiga de su abuela había planeado todo al detalle, le puso unas gafas opacas, con las que no se veía nada, y la ayudaron a ponerse el vestido. Lo notaba cómodo, le abrocharon la cremallera y la pusieron frente al espejo de la entrada.

—¿Lista? —dijeron las mujeres a la vez.

—Sí.

Terminaron de arreglarla, pidiéndola que cerrase los ojos mientras le quitaban las gafas. Lo hizo y cuando por fin la dejaron abrirlos no se reconoció en el espejo. El vestido ahora era de color verde botella que resaltaba el color de los ojos y el blanco de su piel, dándole una apariencia etérea. No parecía el mismo.

—Cerré un poco el escote de delante y, como por detrás estaba roto, abrí la espalda... —Empezó a explicar la amiga de su abuela, pero Adriana ya no la escuchaba. Estaba absorta en su propia imagen.

Cuando se fue la señora, Adriana se había acostumbrado a verse así. Se puso los tacones, y dejó unas bailarinas en una bolsa para meterlas en el maletero. Justo antes de salir en dirección al coche su abuela apareció con unas tijeras y le cortó la venda.

—No podemos dejar que se estropeen las fotos por esa cosa fea.

Se hicieron algunas fotos, cogieron los abrigos y se metieron en el coche, rumbo a la iglesia. Hacía un día precioso, soleado, con algunas nubes blancas en el cielo, y a pesar de que hacía algo de frío, el sol calentaba el ambiente. Habían elegido una iglesia algo alejada del pueblo, pero al llegar al sitio

Adriana entendió por qué. El sitio no era muy grande, pero lo suficiente para los invitados que tenían; el edificio de piedra estaba rodeado de árboles y el sol de media tarde hacía que el entorno pareciese mágico, como sacado de un cuento.

La gente entraba a la iglesia adornada con velas, flores y la luz que entraba por las vidrieras. Los colores que la iluminación confería eran perfectos, dando la luz suficiente al altar y dejando el resto tenuemente iluminado. Olía a tierra mojada y flores recién cortadas que adornaban la iglesia.

Víctor y sus padres estaban en la puerta saludando a los invitados que llegaban. Se le notaba nervioso, pero no paraba de sonreír. Al llegar los saludó efusivamente y les pidió que tomaran asiento porque quedaba poco para que la ceremonia diese comienzo. Se sentaron lo suficientemente cerca del altar como para ver bien la ceremonia, pero lo suficientemente alejados como para dejar sitio a los familiares.

Poco a poco la gente terminó de entrar y de tomar asiento. Adriana buscó a Nacho pero no le encontró. Le apetecía volver a verle de traje, más que nada porque había sido Claudia quien lo había elegido. Víctor apareció del brazo de su madre y se situó frente al altar, dando así por comenzada la ceremonia. Pocos minutos después, Claudia andaba por el pasillo a ritmo de Mendelssohn. La novia, visiblemente emocionada, iba preciosa con un sencillo vestido de corte sirena.

Al finalizar la ceremonia, todos esperaban a los recién casados a las puertas bajo el grito de «viva los novios», lanzándoles pétalos de rosas mientras se dirigían al coche. A pesar de la aglomeración de gente intentó buscar de nuevo a Nacho, pero le estaba siendo imposible encontrarlo. Iban hacia el coche para ir dirección al convite cuando justo apareció el chico frente a ellos. Les dio dos besos a cada uno recreándose en las mejillas de Adriana, que se sonrojó.

Sus abuelos se ofrecieron a llevarle en el coche para que les guiase hacia el lugar, y este, sin dudarlo aceptó encantado.

El trayecto no fue demasiado largo, pero cuando llegaron faltaba aún mucha gente por llegar, incluidos los novios; pero los padres de los recién casados estaban ya en la puerta recibiendo a los invitados. Una vez dentro las mesas estaban designadas, así que, cada uno se dirigió a la suya. A Adriana le habían puesto en una con Nacho, así que fueron hacia allí casi sin haberse dirigido la palabra pero con una sonrisa en los labios.

—Estás... no encuentro la palabra adecuada... yo diría que espectacular. —Le susurró.

Sonrojada le dio las gracias y le devolvió el cumplido. ¿Por qué se sentía tan tonta? Llevaba poco tiempo con Nacho, pero no creía que se pudiese llegar a acostumbrar a esos comentarios. Fueron a disfrutar del cóctel de bienvenida mientras los recién casados saludaban a los invitados. Cuando llegaron hasta donde estaba Adriana con sus abuelos, Claudia se puso muy contenta, agradeciéndoles su presencia.

La cena fue tranquila y rodeada de los más jóvenes de ambas familias. Uno de los primos de la novia, que se sentaba a su lado, no paró de darle conversación en casi toda la noche, lo que estaba poniendo de mal humor a Nacho. Tras los postres muchos de los asistentes se levantaron para conversar entre ellos o animándose a bailar con la música que empezaba a sonar.

Se sentía rara entre tanta gente que se conocía y ella, una extraña, invadiendo su privacidad. No se había movido de su silla mientras casi todos se habían levantado para entablar conversación. Nacho estaba hablando con unos familiares junto a la pista de baile, y sus abuelos mantenían una agradable conversación con las personas de su mesa. Pensó en acercarse a hablar con

ellos, pero no quería molestarles. Cuando se volvió a girar, Sebas, el chico que había estado hablándola durante el convite, estaba allí, sonriente. Ella hizo lo propio y comenzaron a hablar. Un carraspeo les sacó de la conversación, haciendo que Adriana se girase para ver a su novio frente a ellos.

—¿Puedo robártela un rato? —preguntó mirando al chico.

—Claro, iba a ir a por una copa —dijo levantándose.

—¿Vamos? —preguntó con una sonrisa—. Van a inaugurar el baile, pensé que querías verlo.

Se acercaron a la pista de baile mientras los invitados se congregaban alrededor y cogieron sitio en primera fila, junto a los padres de él. En ese momento los novios salieron a la pista y empezaron a bailar el vals. Se les veía felices, dejando claro por la forma de mirarse lo mucho que se querían. Poco después salió el padre de la novia a bailar con ella y Carmen con su hijo. Los asistentes empezaron a animarse, dando a la escena aspecto de película de Disney.

Miraba sonriente el espectáculo cuando la mano de Nacho apareció delante de ella animándola a bailar. A pesar de negar repetidamente con la cabeza él la llevó a la pista y comenzaron a moverse al son de la música. Trató de explicarle una y mil veces que era una patosa, pero él insistió en que se dejase llevar. Finalmente, y a pesar de los pisotones y las risas, lo hicieron mejor de lo que ella se hubiese podido imaginar. Cuando por fin se acercó la madre de Nacho a bailar con él, ella se lo agradeció mil veces pensando que había escapado, pero Víctor la cogió por banda para bailar antes de que lograra salir de la pista.

Cuando por fin la dejaron libre, logró escabullirse y sentarse en una silla. Los pies le dolían un poco, pero estaba contenta de estar presente en un

acontecimiento tan especial. Decidió acercarse donde sus abuelos, que charlaban animadamente con los de Nacho. La abuela de él, al verla aparecer se alegró muchísimo y volvió a acribillarla a preguntas para saber si seguía soltera. Adriana, que no sabía dónde meterse ante esas preguntas vio que Elsa, la prima de Nacho, aparecía en ese momento por la puerta con un chico de su edad. Se acercó corriendo a saludar a los novios y de ahí directa donde se encontraban sus abuelos.

Se alegró mucho de ver a la vecina de su primo y le presentó a su novio. Charlaban animadamente en una mesa aparte cuando desapareció el chico de Elsa en busca de bebida.

—¡Aún no me creo que estés aquí! —dijo abrazándola—. El otro día estuve pensando en ti. Sí, sí, no pongas esa cara, pero pensé que me apetecía que vinieses. Y también pensé en otras cosas. —Su cara denotaba picardía.

—¿En qué?

—En que me pegas mucho para mi primo. —Vio cómo Adriana cogía colores por momentos.

—A mí también —añadió una voz tras ellas—. Pero creo que puede saberlo, ¿no, Adri?

—¿Es lo que yo creo que es? —preguntó Elsa emocionada mientras Nacho se sentaba al lado de Adriana—. Porque si es lo que creo que es voy a gritar de emoción, y tendría que contárselo a todo el mundo, y la abuela se va a emocionar porque no ha parado de hablar de los ojos de esta chica desde que la conoció, y...

—Caaaaaaalmate. —Rio él—. Pero sí, es lo que tú crees que es.

—Pues bésala —dijo muy seria, como retándole a demostrarlo.

Ambos se miraron entre divertidos y asustados. Asustados porque en ningún momento habían hablado de contárselo a sus familias y ahora, esta chica, les

pedía que se besasen delante de todos. Quizás no fuese el mejor momento y ambos sabían que no tenían que demostrar nada. Elsa les miraba impaciente, esperando el beso de la confirmación. Una parte de ella lo hacía por hacerles de rabiar, pero por otra porque él había pasado muchos veranos cuando eran pequeños diciéndole que tenía una novia muy guapa, y ahora que sabía que se habían reencontrado no podía sentirse más feliz por él. Intentó pincharles diciéndoles que eso significaba que no había nada, pero vio la mirada confusa de Adriana y calló.

Se le pasaban muchas cosas por la cabeza, pero el que Nacho no la hubiese besado ya, a pesar de saber que era una broma de su prima, la estaba torturando un poco. Lo que no sabía es que esa mirada estaba haciendo que Nacho pensase que ella no quería que la besase. Justo apareció el novio de Elsa rompiendo la tensión del momento, así que fue ella quien se acercó y le plantó un beso en los labios. Suave, no tan tierno como los que se daban a solas, pero un beso que a ambos les supo a gloria.

—¡Lo sabía! —exclamó otra voz por detrás haciendo que todos se girasen y viesen a Claudia ahí plantada—. Bueno, a ver, no es que lo supiese a ciencia cierta, pero me lo olía, y ¿sabéis qué? Que me encanta. —Rio abrazada a Adriana.

Estaba abrumada por tanta felicidad momentánea y más porque en ese momento Claudia estaba más pendiente de ellos que de su propia celebración, lo que llevó a que Víctor se enterase. No es que ya les importase, pero no querían ser los protagonistas de la fiesta. Los padres de Nacho, motivados por el revuelo de felicidad que veían se acercaron a ver qué sucedía. Así se fueron enterando uno a uno. No es que se hubiesen enfadado, al contrario, no paraban de sonreír y decir lo felices que eran por sus hijos. Nacho le dio un codazo imperceptible cuando se dio cuenta de que la mesa de los abuelos, que estaban

emocionados, no paraba de sonreír y saludarles.

A pesar de la emoción de la noticia, el corrillo que había a su alrededor se empezó a dispersar ayudándoles a relajarse después de los abrumadores momentos que habían pasado. Cuando los jóvenes empezaron a charlar de nuevo, Adriana se levantó sin decir palabra, alejándose despacio. Estaba en la pequeña barra pidiéndose un refresco cuando notó una mano en su espalda.

—Estás enfadada, ¿verdad? —Nacho la miraba a los ojos pidiéndola perdón en silencio.

—¡Para nada! Pero si te digo la verdad no me ha gustado nada tener que besarte para demostrar nada, y menos forzada. Me gusta besarte cuando quiero, porque tengo ganas y porque me gustas. —Soltó de golpe—. Y precisamente porque me gustas te beso.

La levantó suavemente la cabeza, acercándose a besarla suavemente. No le importaba quién mirase, pero quería transmitirla cuánto la quería sin necesidad de palabras. No duró demasiado, pero se notaba que ambos tenían ganas de más, y sin previo aviso tiró lentamente de su mano, llevándola a un pasillo intransitado donde la besó con pasión, como llevaba queriendo hacer desde que la había visto en la iglesia buscándole, o como cuando se había levantado pensando en ella.

Volvieron a la fiesta apenas unos minutos después, donde todo se animaba cada vez más. Quizás fuese gracias al alcohol o a la emoción del momento, pero los invitados reían, bailaban e incluso se dedicaban a hacer el ganso. Y a medida que fue pasando el tiempo, solo la gente joven permanecía en la pista de baile dándolo todo.

Sus abuelos se acercaron para ver si quería volverse con ellos puesto que estaban cansados. Miró al que ya era oficialmente su novio, en cuya mirada se notaba que no quería que se fuera; y volvió a dirigir la mirada a sus abuelos,

que esperaban una respuesta. A pesar de estar pasándose en grande, fue a recoger su abrigo al ropero, cuando los padres de Nacho se le acercaron para decirle que ya habían arreglado lo de sus abuelos, y que se podía quedar con ellos hasta que se fueran.

Muy agradecida se fue a despedir de sus familiares y tras comprobar que se iban tranquilos, volvió con la juventud, que estaba charlando animadamente en una mesa. Nacho acercó una silla a su lado y, muy sonriente, le pasó el brazo por encima. Esa sensación, esos momentos, decidió guardarlos en paños de oro en lo más profundo de su ser. Puede que para el chico, ese gesto no hubiera sido nada, pero para ella era un mundo. Sabía que había sido él quien había intercedido por ella, lo notaba, lo sabía.

Cada vez había menos gente, y los pocos que aguantaban eran amigos de los recién casados. La barra libre había causado estragos y sus consecuencias se veían, sobre todo en el chico que, cada hora perdía una pieza de ropa. Al menos le quedaban los pantalones, la camisa y un zapato.

Carmen y Roberto se acercaron a ellos pasadas las cinco de la mañana para informales que se iban. En la mesa que habían estado compartiendo con el resto de chicos de su edad apenas quedaban cinco personas contándoles a ellos dos, así que se despidieron y se montaron en el coche. Nacho intentó que Adriana se sentase en el asiento del medio, pero ella, más por vergüenza que por otra cosa, decidió sentarse lo más alejada posible de él. Ese gesto no le pasó desapercibido al chico, que no pudo sino ponerse en lo peor. La veía mirando por la ventana, sin dirigirle una simple mirada, sin siquiera integrarse en la conversación que estaban intentando mantener sus padres. No entendía nada. Apenas unos minutos antes habían estado a gusto, divirtiéndose con los demás, se habían besado, todo iba a la perfección. Entonces, ¿qué había pasado?

Al llegar a casa, la acompañó hasta la puerta, y cuando se inclinó para besarla

como llevaba tiempo queriendo hacer, ella apartó la cara.

—Creo que no es el momento. —Giró la cabeza mirando en dirección a casa de él—. ¿Hablamos mañana?

—Claro... —Estaba descolocado, no sabía cómo reaccionar.

Un tímido «descansa» y su posterior beso en la mejilla le dejaron patidifuso frente a una puerta cerrada. En cuanto oyó un carraspeo despertó de ese letargo y puso rumbo a su casa.

Capítulo 26

Se despertó con la misma horrible sensación con la que se acostó, y estaba seguro que no era culpa del sueño que había tenido. Tampoco del alcohol que había ingerido la noche anterior. Pensaba en ella y en el frío comportamiento que había tenido con él desde que se habían montado en el coche. ¿Acaso había bebido tanto que había dicho o hecho algo para molestarla? Imposible... Apenas se había tomado dos copas.

Miró el reloj. Las tres de la tarde y no se oía ni un ruido. Era raro que sus padres aún no le hubiesen despertado para comer, pero entendió el por qué al bajar y encontrarse una nota en la cocina. Estaba a punto de abrir la nevera cuando sonó el timbre. Abrió y se encontró de frente el motivo de sus desvelos. Su vecina, con un plato lleno de galletas, esperaba en la puerta boquiabierta a que reaccionase, pero él seguía ahí, parado, sin saber qué decir.

—¿Puedo pasar? —Estaba incómoda bajo la mirada de Nacho—. No es que haga precisamente muchísimo frío, pero...

—Esto... claro, pasa.

Le dio un repaso de arriba abajo por la forma en que le había abierto la puerta, y él parecía seguir sin darse cuenta. Adriana se estaba sonrojando por momentos hasta que consiguió mover la mano para señalar su torso desnudo apenas cubierto por la chaqueta. Cuando por fin se abrochó Adriana pudo concentrarse en lo que había ido a hacer. Le preguntó por sus padres de camino a la cocina y él, muy seco le dijo que no estaban.

—Vale, bueno... te dejo esto aquí. —Nacho seguía dándole la espalda, por lo que se giró para irse extrañada por el comportamiento del chico.

—¡Espera! —gritó cuando estaba abriendo la puerta para irse—. Creo que deberíamos hablar.

—Oh.

No se le ocurría nada mejor que decirle. Estaba raro. Muy raro. Apenas la miraba a la cara, y cuando le ofreció asiento en el sofá se sentó lo más alejado de ella que pudo. Un manto muy grande de inseguridad cubría la mente de Adriana y no entendía nada de lo que estaba sucediendo, por lo que se puso en lo peor.

—¿Hay algo que quieras decirme? —Le notaba inseguro cuando preguntó eso, pero no entendía el porqué de esa cuestión.

—¡Ah! ¿Por lo de las galletas? Las hizo mi abuela y... —Nacho se estaba revolviendo el pelo frustrado—... Me ha dicho que os las trajera. —Terminó casi susurrando—. Vale, no entiendo lo que quieres preguntarme, y por tu cara parece que no es eso.

—No, no es eso.

—¿Pasa algo? —Se acercó a él pero ni se inmutó.

—Eso creo, por eso te pregunto.

—Nacho... me estás asustando. Estás raro y no entiendo nada. —Le fue a poner la mano sobre la pierna justo cuando la movió—. Y esto... —añadió señalando alternativamente a uno y otro—... me está poniendo nerviosa.

—Está bien. —Parecía abatido—. ¿Quieres dejarlo?

—¿Yo? ¿Por qué me preguntas eso? —Sentía tanta frustración en ese momento que se le iban a saltar las lágrimas.

—Sí, tú. Desde ayer al montarnos en el coche te noto rara conmigo, pero la guinda del pastel fue en la puerta de tu casa, apenas me pude despedir y me cerraste la puerta en las narices. —Solo en ese momento se atrevió a levantar la vista hacia ella—. Y hoy te veo normal. No lo entiendo. Por eso te pregunto.

—¿Eres idiota? Tus padres no dejaban de mirarnos, ni por el retrovisor ni cuando estuvimos en la puerta de mi casa. —Le vio con intención de interrumpirla así que le paró—. ¿Te crees que besarte delante de toda una boda, tu familia incluida, fue fácil?

—¿Y por qué lo hiciste? No tenías que demostrarle nada a nadie —dijo rápidamente consiguiendo interrumpirla.

—Por ti. Tú estás ahí siempre, al pie del cañón, y yo en la sombra. —Ahora era ella quien no le miraba—. Siento cosas por ti, muchas, te veía ilusionado y con ganas, me contagiaste.

—¿Pero...?

—Pero. —Nacho le levantó la barbilla suavemente—. No sé si quería que se hubieran enterado todos tan rápido. Tus padres, a tu hermano y a Claudia seguro que les fastidiamos la boda; mis abuelos...

—No hemos fastidiado nada a nadie, te lo aseguro. Y estoy convencido de que todos se han alegrado por nosotros.

—Apenas llevamos un mes saliendo y podría soportar los comentarios en clase si decides que esto... —No quería decir esas palabras—. Que esto se

ha acabado. Pero no con nuestras familias.

—¡Por Dios! Esto. —Les señaló a ambos—. Va hacia delante, y si no se hubieran enterado ayer, se enterarían dentro de poco, y de peor forma, como tu hermano.

Los temores de Nacho habían sido infundados, pero se había temido lo peor. Esperó unos segundos a que se calmase un poco y se lanzó a besarla. Ella correspondió al beso, un beso que empezó tímido pero que no tardó en volverse cada vez más apasionado. Tanto que, con un poco de ayuda de su chico acabó sentada sobre él. Eso no hizo más que aumentar la pasión que había entre ambos y notó cómo la mano de Nacho subía lentamente desde su pierna hacia su espalda. En cuanto notó el frío contacto de su mano contra su piel le recorrió un escalofrío que no impidió que siguiese subiendo. Cuando sintió que llegaba al sujetador le apartó la mano con delicadeza y se quedaron parados respirando entrecortadamente.

—Así que tienes muchos sentimientos por mí, ¿eh? —dijo juguetón.

—¿Solo te has quedado con eso? —Estaba avergonzada.

—Es lo que más me importa en estos momentos.

Sonrió, le dio un beso en la nariz y la ayudó a levantarse. No es que tuviera mucha hambre, pero le estaban rugiendo las tripas y no quería espantarla. Una vez hubo terminado subieron a la habitación a ver una película, y después de discutir la mejor opción acabaron tumbados en la cama con el portátil sobre una silla.

Adriana no dejaba de darle vueltas a lo que estaba sucediendo entre ellos las últimas veces. Sí sabía que era el sexo, y por supuesto sabía que ambos tenían ganas de llegar al siguiente punto, pero como le dijo a Ana no se sentía preparada. Más que preparada lo que no se sentía era lo suficientemente

segura como para no compararse con otras chicas con las que Nacho hubiese podido estar. No podía negar que él había tenido una relación bastante larga con Laura, y no sabía si antes de ella había habido otra chica. Fuese lo que fuese él tenía más experiencia, o mejor dicho, solo él tenía experiencia. No quería que llegado el momento se agobiase pensando en que quizás, después de esa primera vez, no querría volver a estar con ella. O peor, que la comparase siempre con las otras.

Su cabeza daba vueltas sin parar pensando en ello, ni siquiera se estaba enterando de la dichosa película. Notó la mano de Nacho en su cadera, bajo la manta que se habían puesto y volvió a darle vueltas al tema. Quizás lo que necesitase fuera otra noche con chupitos de tequila. No es que ahora fuese fan del alcohol y se fuese a refugiarse en él, ni mucho menos, seguía sin gustarle. Pero, la única vez que lo había probado, le había ayudado a ser más abierta, más valiente, tanto que incluso le había pegado un puñetazo a Pablo. De todas formas sabía que no se podía tomar una copa, o un chupito o lo que fuera cada vez que iba a ver a su novio, porque acabaría en muy mal estado. Además, el sexo no es algo que pudiera llegar a planear. ¿O sí?

El único momento en el que prestó atención a la película le dio un susto y acabó más pegada a Nacho si es que aún quedaba espacio entre ellos. Él movió la mano de su cadera y la abrazó con una ligera sonrisilla mientras le olía el pelo. Terminó la película y bajaron la pantalla del ordenador, que hasta el momento había sido su fuente de iluminación. La luz de la calle iba desapareciendo lentamente, y la habitación apenas quedaba iluminada por la pobre farola de la calle.

Él se tumbó boca arriba dejando que Adriana se apoyase sobre su pecho. El silencio inundaba la habitación y solo se oían sus respiraciones. Nacho le pasaba la mano por la espalda, de arriba abajo, de arriba abajo... Le besó la coronilla y en cuanto levantó la mirada hacia él, aprovechó a besarla en los

labios. Era un beso ansioso, pero a la vez tierno. Estaba tan a gusto. No sabía por qué, pero quería pasar cada momento libre con ella, y eso no le había pasado con nadie.

Valoraba mucho su independencia, el que no le obligasen a estar cada segundo con alguien, y ella era justo lo opuesto a otras chicas. Le animaba a ver más a sus amigos, a estar tiempo con ellos, e incluso se molestaba (o se hacía la molesta) cuando no disfrutaba de ese tiempo con ellos. Por esos motivos, y por un millón más que no iba nombrar, adoraba estar con ella.

Se sentó apoyando la espalda en la pared y la ayudó a acomodarse sobre él mientras sus manos, guiadas por un instinto primario que no podía controlar, se colaban, por segunda vez en el día, bajo la camiseta de ella. Empezaron a subir poco a poco por su vientre. No quería acelerar las cosas, quería disfrutar de esos momentos. Ella había desabrochado la sudadera vieja que llevaba, dejando su torso al aire. Notó como su respiración se aceleraba mientras subía su mano hacia los pechos de ella. El beso se volvió más apasionado cuando llegó al punto deseado. Con la otra mano levantó un poco la sudadera de ella, como pidiéndole permiso para quitársela, y ella, quitándose de la cabeza cualquier idea que la ayudase a abstenerse, levantó los brazos permitiendo que la prenda acabara en el suelo.

En ese momento en el que ambos estaban más expuestos, sus nervios empezaron a traicionarla un poco. Estaba nerviosa, era lógico, se había pasado toda la tarde pensando en ello y ahí estaba, casi desnuda de cintura para arriba y el chico del que estaba enamorada observando, con la poca luz que había en la habitación, cada milímetro de su cuerpo. Temblaba un poco, por lo que Nacho la acercó hacia sí para volver a besarla, esta vez con delicadeza. Empezó en los labios, esos labios que le volvían loco y fue acercándose a su cuello. Al llegar ahí provocó otro escalofrío en la chica de ojos esmeralda que tenía entre sus brazos. Notaba la tensión del momento y

prosiguió con pequeños besos y mordiscos hasta la clavícula de ella. Acercó las manos al broche del sujetador blanco de ella.

—Para —dijo ella junto a su boca poniéndole la mano en el pecho—. Creo que... creo que no puedo.

—Vale, no hay problema.

Vio cómo ella se levantaba de su regazo y buscaba desesperadamente su sudadera, así que le tendió la suya, quedándose él sin nada. Se la puso rápidamente mientras buscaba en la penumbra hacia dónde había caído. En cuanto la encontró, se puso de espaldas y se cambió, tendiéndole la suya a Nacho.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado al verla sentada alejada de él. Iba a encender la luz para verla mejor.

—No enciendas, porfa —suplicó ella desde la cama.

—Vale, ¿quieres hablar?

—No.

—De acuerdo.

Se quedaron callados, sentados el uno al lado del otro. Había un mínimo espacio y Adriana quería salvarlo, pero primero necesitaba calmarse. En cuanto lo consiguió se acercó a él y se colocó bajo su brazo. Eso la reconfortaba y él se dejó hacer. No quería presionarla a hablar y ella se moría de ganas de explicarse, pero a la vez, la vergüenza era tal que no quería arriesgarse a fastidiarlo todo. Su cabeza le había pasado una mala jugada en cuanto él había tocado el broche del sujetador y no había podido seguir. ¿Por qué no podía obviar todo y seguir adelante?

Miró a ese chico que la traía loca y del que no quería separarse. Él miraba al

techo, suponía que intentando calmarse por los momentos vividos apenas unos minutos antes. Sabía que no era justo, pero tenía tantas dudas...

—Yo...

—No tienes que darme ninguna explicación, de verdad. —Le acarició la cara y besó su frente.

—Pero quiero.

—Está bien, pero no te sientas presionada.

—Yo... —Sabía las palabras, pero no le salían—... Yo... Esto... —Respiró hondo—. Yo nunca... —Suspiró—. Soy virgen, Nacho.

—Oh. —¿Qué más podía decir? Se lo intuía, pero no quería sacar el tema él. Al ver la cara de pánico que tenía ella quiso añadir algo—: No veo el problema.

—¿No? —No sabía si sorprenderse o asustarse—. No es que quiera saber nada, pero tú tienes cierta experiencia y eso, por decirlo de alguna manera, me asusta.

—Creo que no te sigo. —Estaba confundido, no entendía lo que quería decirle con eso.

—Pff... —Salió de debajo de su brazo e intentó que se mirasen a los ojos. Le daba miedo que se enfadase con lo que le iba a decir, pero si no lo soltaba sería como una olla a punto de estallar—. Me da miedo que me compares, Nacho. Es así de simple y terrorífico.

—¡Nunca haría eso! —Parecía molesto—. Oye, yo estoy centrado en esta relación, no en las que haya podido tener en el pasado. Tú eres mi presente y mi futuro. Nunca, y antes de que me interrumpas, podría ni querría compararte con ninguna otra.

Toda la tensión que podía haber acumulado por esa conversación se desvaneció con las últimas palabras del chico que tenía delante, así que le

besó. No de esa forma apasionada que habían compartido minutos antes, sino de esa con la que intentaba expresar todos sus sentimientos.

—Gracias —susurró junto a su boca—. Tú también eres mi presente y mi futuro.

—Y con respecto a lo otro... —No quería romper la magia del momento, pero necesitaba que lo supiera—. No tengo prisa, así que cuando sea el momento lo sabrás, lo sabremos.

Capítulo 27

Y sin previo aviso acabaron las vacaciones. Los últimos días los habían disfrutado sin apenas hacer nada. El único cambio significativo desde que prácticamente anunciaron a los cuatro vientos su relación fue que tanto los abuelos de Adriana como los padres de Nacho parecían haber hecho un pacto no verbal en el que se les prohibía cerrar las puertas de las habitaciones. Eso les causó alguna que otra discusión con sus respectivas familias, pero a pesar de sus esfuerzos, no lograron hacerles cambiar de opinión.

Las clases, a partir de ese momento se habían vuelto una práctica continua de exámenes de selectividad, y les anunciaron que tenían apenas un mes para los finales. Así que las semanas pasaron entre montañas de apuntes, libros y más libros. Salía de clase para irse directa a la biblioteca con Ana y allí pasaban gran parte de la tarde. Cuando llegaba a casa, casi siempre le dedicaba el tiempo a los trabajos y deberes del día siguiente. Pero sus días favoritos de diario eran los jueves, cuando tenía las clases particulares con Nacho. Le ayudaba con inglés y matemáticas, pero también aprovechaban los ratos que no había movimiento cerca de ellos para disfrutarlo con caricias y besos.

El fin de semana antes de comenzar los exámenes finales, Ana les reunió a los tres después de su tarde de estudio en la biblioteca.

—Vale, tenemos que hablar seriamente —anunció una vez se sentaron todos en la mesa—. En pocos días son los finales, después recuperaciones y luego tenemos tres semanas antes de la selectividad. —Hizo una pausa dramática mirando a cada uno de sus amigos—. ¿Nadie entiende lo que quiero decir?

—Cariño, creo que sería mejor si fueras al grano —dijo Mike divertido.

—¿En serio ninguno sabe de lo que hablo? —Al ver que todos negaban con la cabeza, añadió—: ¡Nuestra escapada de fin de semana!

—¡Ah! —exclamaron los tres a la vez—. Yo pensé que eso era cuando terminásemos todo —agregó Mike.

—Pff... No os enteráis, de verdad. Bueno, os comento. Da la casualidad de que justo el fin de semana que acabamos recuperaciones la casa que tienen mis tíos se va a quedar vacía. Hará buen tiempo, playa, relax... Podremos precelebrar mi cumple... Ya me entendéis. Y... lo mejor de todo es que... Redoble de tambores, por favor. —Miró a Mike que hizo el ruido con las manos sobre la mesa—. ¡Tengo las llaves!

—¡Bien! —exclamó Mike.

—¡Genial! —gritó Nacho.

—¿Adri? —preguntó Ana al ver el poco entusiasmo de su amiga.

—No me malinterpretéis, ¡no! Quiero ir, por supuesto, pero os recuerdo que todos sois mayores de edad y yo no.

—¿Y? —preguntó Ana.

—Que a ver cómo les digo a mis abuelos que nos vamos los cuatro cuando ni siquiera podemos estudiar juntos con la puerta cerrada —sentenció señalando a su novio.

—Pensaremos algo, no te preocupes —dijo Nacho pasándole el brazo por los hombros.

¿Un fin de semana a solas con ellos tres? ¡Pues claro que le apetecía! Pero después de la conversación que habían tenido se quedó bastante alicaída. ¿Cómo les iba a decir a sus abuelos que se iban? Lo que había dicho sobre la puerta era algo que Nacho sabía, y le daba la sensación de que él se lo tomaba a poca cosa. Ya llevaban un mes y pico en esas condiciones y no les había

importado mucho puesto que siempre encontraban la forma de pasar un largo rato a solas. Siempre había momentos en los que alguna de las dos casas se quedaba vacía unas horas. Pero una cosa era encontrar la forma de saltarse la censura durante un tiempo, y otra muy distinta hacerlo durante un fin de semana.

Mike se fijó en la preocupación de su amiga, y mientras iban de camino a tomar algo la cogió por banda para hablar. Ella le contó sus preocupaciones con respecto al viaje y el porqué de no querer mentir a sus abuelos. Mike, como siempre, se mostró comprensivo e intentó apoyarla todo, diciéndola que él mismo encontraría la solución.

Puede que fueran las palabras de Mike, o simplemente que el haber expresado sus sentimientos en voz alta la ayudó, pero se sintió mejor después de ello. Y le quitó tanto hierro al asunto que al llegar a casa esa noche apenas lo recordaba.

La semana de exámenes fue absolutamente abrumadora. Todos los de último curso andaban como zombis por los pasillos, con grandes ojeras, el pelo revuelto y los apuntes entre las manos, repasando entre los pocos momentos que les quedaban de tranquilidad. Adriana comía gracias a que su tripa le anunciaba la falta de alimento y a que su abuela la perseguía con comida allá donde fuese. Estaba tan concentrada que durante esa semana apenas le dedicó un ápice de atención a nadie. Parecía una autómatas controlada por otro ser.

El último día de exámenes, al llegar a casa se desplomó sobre la cama deseando dormir todo lo que no había conseguido en esos días de locos. Si alguien se lo hubiese dicho hacía un par de años no se lo hubiese creído, pero tenía la sensación de que a pesar de no haber sido nunca una mala estudiante, ese curso lo había sido.

Tumbada en la cama con la ropa del día puesta estaba dejándose caer a un

mundo donde no existía más que su colchón, su almohada y la manta que tenía por encima cuando alguien llamó a la puerta. Juan entró con sigilo al verla tirada en la cama y se tumbó a su lado. Apenas habían hablado las últimas semanas y necesitaba estar un rato con ella.

—No me contaste qué tal fue con los tíos —susurró Adriana intentando aún que el sueño no se la llevase.

—No quería molestarte, llegué y empezaste a estudiar como si se fuera a acabar el mundo. Pensé que tendría que lanzarte un cubo de agua helada o algo así.

—Nunca me molestarías, enano. Al contrario, tenías que haber venido a tirarme ese cubo de agua. —Le miró ya más despierta y vio la cara de su hermano maquinando algún tipo de plan que llevar a cabo—. No era literalmente.

—Bueno, no me des ideas.

—Cuéntame.

—Básicamente te conté todo por teléfono, pero me lo pasé genial. —La miró antes de proseguir—. Era como... como estar con ellos otra vez. —Estaba triste y ella lo notaba, así que le abrazó—. Yo... les pedí que fuéramos.

—¿Que fuerais dónde? —No estaba segura de haber entendido bien lo que quería decirle.

—Al cementerio. —Al ver la cara de su hermana quiso explicarse—. Quería ir contigo, de verdad, pero las últimas veces te negaste y no podía más... Necesitaba estar con ellos. Vale, sé que eso no es estar con ellos en el sentido literal de la palabra, pero lo necesitaba, Adri. De verdad que lo necesitaba.

—¿Por qué no me lo dijiste? Yo hubiese ido por ti. —Las lágrimas estaban a punto de salirsele, pero las contenía como podía.

—Porque yo no quiero que vayas por mí, ni por ellos, quiero que

vayas por ti misma.

—¿Seguro que tienes quince años?

Cuando el silencio volvió a caer sobre ellos Adriana empezó a deslizarse lentamente en un sueño. Sus padres, sus abuelos, su hermano... todos estaban allí. No entendía qué estaba sucediendo hasta que se levantó con el corazón acelerado. Hacía meses que no tenía ese tipo de sueños y le atormentaba volver a ellos, aún más después de la conversación con su hermano. Le había dejado apenada saber que él había ido al cementerio, pero más el saber que no le había dicho nada. Por una parte entendía sus motivos, pero por otra, no lograba comprender cómo había sido capaz de esperar tanto tiempo para decírselo.

Su tristeza se iba convirtiendo en enfado a medida que le daba vueltas al asunto. Se levantó de la cama, y con pocas palabras de despedida, salió por la puerta. Empezó a andar sin rumbo fijo en dirección al bosque. Simplemente necesitaba calmarse, quitarse de la cabeza todas las ideas negativas y el creciente enfado que iba acumulando. Nunca había pensado que andar pudiera calmar a nadie, quizás sí darle un par de puñetazos a un saco de boxeo o quizás correr, pero nunca andar.

Cuando por fin logró poner en orden sus ideas no sabía dónde estaba ni cuánto tiempo llevaba caminando. La luz del sol se iba apagando a medida que este descendía, así que decidió ponerse en marcha e intentar rehacer el camino. La vuelta estaba siendo más fácil de lo que pensaba, aunque le costaba recordar detalles de por dónde había pasado. Algo llamó su atención haciendo que se desviase del camino que estaba siguiendo y, tras atravesar un tramo complicado, llegó al claro al que tantas veces había ido. Desde el día del cumpleaños de Nacho no había vuelto y solo podía pensar que el haber llegado ahí tras la revelación de su hermano era lo mejor que le podía haber

pasado.

Encontró una roca plana en la que sentarse y se quedó ahí, ensimismada, viendo cómo el gran astro se perdía entre los árboles, dejando una luz rosácea justo antes de desaparecer del todo y dar paso a la oscuridad. Como cada día pensaba en ellos, pero después de lo de su hermano se había quedado bastante mal. Antes de mudarse con sus abuelos, nunca había querido volver al cementerio y se culpaba por ello. Quizás nadie lo entendiese, pero la sola idea de pensar en ir allí la ahogaba, la dejaba sin respiración. Era lo suficientemente consciente de lo que había pasado y de que ellos no volverían nunca más, por eso ni ella misma entendía su propia reacción.

Se asustó al ver una linterna moviéndose unos metros más allá. No tardó en enfocarla, pero no podía ver quién estaba al otro lado hasta que no estuvo relativamente cerca.

—¡Te he estado buscando! —Era Nacho, así que se tranquilizó y esperó a que se sentase a su lado—. Pensé que te encontraría aquí después de llamarte unas mil veces y que me salieses apagado o fuera de cobertura.

—Aquí estoy —dijo sin mucho ánimo.

Se quedaron en silencio y con la linterna apagada durante un rato. Nacho la notaba apenada, pero no quería decir ninguna estupidez. A veces se sentía tan tonto cuando estaba con ella... No sabía cómo reaccionar ante sus estados de tristeza por miedo a que le rechazase, pero tampoco soportaba verla así.

—¿Estás bien? —preguntó al fin.

—Ahora estoy mejor. —Vio cómo le sonreía—. Solo necesitaba pensar, desahogarme, más bien.

—No sé si te lo he dicho alguna vez, pero Adri, si necesitas cualquier cosa, de verdad, cualquier cosa, puedes contar conmigo.

—Lo sé, gracias. —Le dio un suave beso y recostó su cabeza en el

hombro de él.

No pasó mucho rato antes de que empezase a tiritar, así que Nacho la ayudó a levantarse y fueron directos a casa. Cuando por fin volvió la cobertura a sus móviles, ambos tenían mensajes de sus amigos en los que les pedían que se acercasen a cenar con ellos para celebrar el fin de exámenes. Así que veinte minutos después estaban sobre la moto rumbo a la pizzería.

Allí estaban todos, o al menos eso parecía. Las dos clases reunidas ocupando la mayor parte del local. Nacho se quedó hablando con algunos compañeros suyos de clase y Adriana se encaminó rápidamente donde estaban sus amigos. Mike le hizo sitio a su lado y le cedió un trozo de pizza recién hecha. Aún tenía en mente la conversación con su hermano, pero estar ahí, rodeada de los amigos que había hecho hacía poco y que habían llenado un hueco importante de su vida le hacía dejarlo en segundo plano. Ya tendría tiempo para lamentarse más adelante.

Durante la cena, todos hablaban a grito pelado del viaje que habían reservado para celebrar el final de su etapa de bachillerato. Habían tardado en hacerlo y al final había costado más de lo que en un principio tenían pensado. Saldrían una semana después de los exámenes de selectividad, casi a la vez que las notas, pero a nadie parecía importarle. Adriana los observaba. Se distribuían habitaciones, pisos, quién iba a limpiar, quién a cocinar... Incluso se peleaban por los sitios del avión.

Mike le preguntó si había ya ido a pagar, y a pesar de sentirse avergonzada por ello, reconoció que aún no. Era verdad que no había tenido tiempo, pero una parte de ella le decía que no se fuera con todos. Animándola, le dijo que la agencia les había dado una semana más para los rezagados.

Capítulo 28

La nueva semana había traído buenas y malas noticias. Los profesores se habían pasado sus días libres corrigiendo exámenes como si les fuera la vida en ello porque iban con retraso, así que el lunes a primera hora los tutores les dieron las notas. Había gente llorando, gente gritando... Todo por un folio. Un folio lleno de notas. A Adriana casi se le para el corazón al ver que solo le quedaba una asignatura pendiente y que tendría un par de días para prepararla. Las matemáticas se le habían atravesado, pero al menos su nota no era tan baja como habría podido imaginarse. Mike tenía dos asignaturas para recuperación, en cambio, Ana y Nacho ninguna.

Las clases terminaban oficialmente ese mismo día, pero viendo la cantidad ingente de suspensos iban a hacer exámenes de recuperación hasta la semana siguiente. Mike y ella se miraron apoyándose mutuamente ya que tendrían pocos días para preparar sus exámenes, que serían esa misma semana. Los que habían aprobado tenían la suerte de poder relajarse.

Nada más salir, su novio la cogió por banda e hizo que se despidiese de todos de forma rápida. La instó a montarse en la moto y la llevó rápido a casa. Una vez con sus abuelos les enseñó las notas, ante las cuales no se mostraron muy sorprendidos. Le dieron una pequeña charla sobre el suspenso y, tras terminar de comer, la mandaron a estudiar. Por fuera estaba serena, pero por dentro se estaba riendo ante el comportamiento de sus abuelos. Nunca le habían dicho nada por las notas, en todo caso a Juan, pero le hacía gracia verles en ese papel que no les pegaba nada.

Media hora después de sentarse en la mesa apareció Nacho en la puerta. Le dijo que pensaba ayudarla hasta que se le secasen los ojos si era necesario, así que se puso a explicarle todo aquello que no entendía. Un par de horas después le abandonó para ir a por algo para beber y picar. Al entrar otra vez en la habitación le dio un vuelco al corazón. Estaba tan guapo. Bueno, no, era tan guapo. Estaba centrado en los últimos ejercicios que había hecho, mordisqueando un bolígrafo y con el ceño fruncido. No parecía haberla oído llegar, así que se acercó sigilosamente, dejó todo en la mesa haciendo que él levantase la vista y se sentó en su regazo.

Le pasó los dedos por el pelo, tocándose como a ella le encantaba que le hicieran y él acabó cerrando los ojos. Aprovechó ese momento para besarle. No había nada mejor que un beso de él. Era cálido, tierno y a la vez seguro. Conseguía despertar todas las mariposas de su estómago de los suaves aleteos que daban mientras estaba con él, consiguiendo crear un verdadero tornado al besarse. Ese día las manos de Nacho estaban quietas entre su espalda y su pelo, y echaba de menos cuando intentaba colarse por debajo de su camiseta, así que se pegó más a él.

—Adri... —dijo intentando parar sin mucho convencimiento—. Tus abuelos están en casa.

—Están durmiendo —respondió antes de volver a besarle.

—Por mucho que me duela decirlo, tienes que estudiar. —Su cara mostraba el fastidio que sentía por no poder hacer lo que realmente quería.

—Pero es que es tan fácil distraerse.

—¿Con qué? Si aquí no hay nada, te he quitado hasta el móvil.

—Veamos... —Se acercó de nuevo a la boca de él sin llegar a besarle —... Quizás sea porque tengo un profesor particular que está como un tren y que me tienta al estar sentada a su lado.

—Debería ir a hablar con él.

Salvaron la poca distancia que había entre ellos y volvieron a fundirse en un apasionado beso, que como en otras ocasiones estaba pasando a mayores. Ambos sabían que no estaban solos, que no iba a pasar más, pero se estaban dejando llevar. Nacho, a pesar de estar centrado en el beso escuchó el crujir de la escalera justo a tiempo para separarse, sentándose cada uno en una silla, al tiempo que vieron a la abuela de Adriana pasar con toallas hacia el baño. Aún sonrojados por los acontecimientos se rieron por lo bajo y volvieron a ponerse a estudiar.

El día siguiente fue aún más estresante si cabe. Al no tener clases ya, se puso desde por la mañana a estudiar el examen, haciendo los ejercicios de clase una y otra vez. El examen era al día siguiente y, a pesar de saber hacer todo, estaba nerviosa. Tenía que aprobar como fuese si no quería tener que volver a repetir el año, por eso no paró de repetir cada ejercicio. Nacho se pasó un rato por la tarde para ver si podía ayudarla en algo más ya que había estado ayudando también a Mike esa mañana. Acabó despachándole pronto, pero no sin antes conseguir que él le diese un beso de buena suerte.

El examen pasó sin pena ni gloria, haciendo que Adriana no supiese describir la sensación que le había causado. A Mike le pasó lo mismo y eso no hizo más que aumentar la sensación de nerviosismo por el examen que tenía al día siguiente.

Estaba llegando a casa después de haber ido a dar un paseo cuando vio el Polo rojo de Mike aparcado en la puerta de su casa. Le había mandado varios mensajes tras su examen, pero no había respondido así que dio por hecho que estaba en casa durmiendo la siesta, o quizás con Ana. Por eso le sorprendió verle ahí. La escena con la que se encontró al entrar por la puerta la dejó algo asombrada. Mike estaba sentado en el sofá con sus abuelos y charlando

animadamente. Era habitual que hablase con ellos cuando iba a casa, pero normalmente ella estaba allí.

—¡Adri! —Saludó él al verla parada en la puerta—. Les estaba contando a tus abuelos lo de este fin de semana.

—¿Perdona, el qué? —Se acercó cautelosamente hacia donde estaban todos intentando, con la mirada, hacer que Mike se callase.

—Vaya cabeza la tuya... —Aprovechó a que los abuelos la miraban para guiñarle un ojo—. Lógico, que con lo de los exámenes no te hayas ni acordado de decírselo a tus abuelos.

—Nos ha contado que este fin de semana te vas con él, sus padres y sus hermanas a la playa —dijo su abuela—. Pero no sé yo... Es precipitado, y no deberías ser una carga para ellos.

—Señora María...

—María. —Le cortó sonriente la abuela.

—Disculpe, María. Es la costumbre. —Sacó su sonrisa más encantadora antes de continuar—. Fueron mis padres los que propusieron que viniera ella. Me ha ayudado muchas veces a cuidar de mis hermanas y están encantadas de que venga.

—Pero... ¿Y los gastos? ¿Y el coche? Tengo tantas preguntas... Quizás debería llamar a tus padres.

—Se han ido lo que queda de semana, vendrían directamente para irnos. Y por lo que me ha preguntado no se preocupe, en serio, la casa es de unos amigos de mis padres y solo es un fin de semana. Adri es una más de la familia.

—Yo sigo teniendo dudas —intervino su abuelo—. Estáis con los exámenes selectivos esos y para tus padres sería una carga más.

—Miren, hagamos una cosa, yo llamo a mi madre y hablan ustedes con ella, no hay problema. —Vio la cara de horror de su amiga al terminar la frase

y empezar a marcar.

Adriana sentía que el corazón no le latía. Estaba en ese momento de espera en el que no sabes qué va a suceder, y sobre todo tenía la horrible sensación de que les iban a pillar. Mike había tomado la iniciativa montando una película para intentar ayudarla. Le vio hablar por el teléfono y ofrecérselo a sus abuelos, quienes cogieron el móvil y se lo llevaron a la cocina para hablar tranquilamente.

—¿Estás loco? ¡Nos van a pillar! —gritó en un susurro—. ¿Con quién les has pasado?

—Calma, amiga, está todo pensado, y cuando digo todo, es todo. —
Sonrió.

—¿Y con quién hablan?

—¡Ah!, ¿esa? Es mi tía. Tranquila, no te vaya a dar un infarto. Es ese tipo de tía demasiado enrollada algunas veces y que para situaciones como esta es muy útil.

Se quedaron en silencio escuchando a sus abuelos hablar en la habitación contigua. No parecía que la conversación estuviera yendo mal, al contrario, se reían. Y de repente, Adriana cayó en un pequeño detalle.

—¿Y si se los encuentran? ¿Qué hacemos?

—Te he dicho que todo pensado, amiga. Se van a pasar el fin de semana fuera, no hemos mentido tanto.

—Aun así... yo me siento mal por mentirles. —Y era totalmente cierto.

—Lo sé, y no quiero que eso te fastidie el viaje. —Se quedó un momento mirándola—. Si quieres decirles la verdad...

Se sentía tan culpable por mentirles. Pero a la vez tenía esa necesidad de

hacerlo por una vez. Las dos reflexiones se mezclaban en su cabeza sin dejarla pensar con claridad. Miró a su amigo, que esperaba una respuesta y volvió a fijar la mirada en la cocina, donde sus abuelos seguían hablando con la tía de Mike sin sospechar nada.

—No, da igual... Pero, Mike, me llevas por el mal camino.

Capítulo 29

El viernes por la mañana estaba terminando de cerrar la maleta cuando escuchó el claxon del coche. Cogió lo último que le faltaba y bajó corriendo las escaleras para despedirse de sus abuelos. Pero estos ya estaban junto al coche de su amigo, charlando animadamente con él, o mejor dicho, interrogándole como si no hubiera un mañana. Que si iban a ir en dos coches, que si iban a salir todos a la misma hora, que si, que si...

Mike aguantó estoicamente cada pregunta y cuando consiguieron montarse en el coche y salir de allí, pudieron respirar tranquilos.

—¿Y Nacho? ¿Al final se queda? —No se podía creer que no hubiese pensado en él con anterioridad y menos que él les hubiera dejado tirados en el último momento.

—¿Qué querías? ¿Que se desbaratara nuestro castillo de naipes? Ana y él nos esperan en el pueblo. Nacho les ha dicho a sus padres que se iba a pasar el finde con Raúl.

No paraba de repetirse a sí misma lo tonta que era por no haberle preguntado. Habían hablado de la conversación de Mike con sus abuelos, pero a ella no se le había ocurrido mencionar nada más, y menos preguntarle.

Se encontraron con sus respectivas parejas a la entrada del supermercado, donde compraron todo lo que creían necesario para sobrevivir el fin de semana. Aunque más que para un fin de semana parecía para un apocalipsis zombi, comentó Adriana. No era medio día cuando se montaron en el coche esperando seguir las indicaciones del GPS que les llevaría directos a la

fabulosa casa de los tíos de Ana, según las palabras de la susodicha.

Pasaron el viaje entre risas, canciones absurdas del iPod que Ana había conectado al coche y algunos vídeos que esta se había empeñado en ir grabando. Y, después del par de horas que duraba el viaje, llegaron a la, realmente fabulosa, casa de los tíos de su amiga. Estaban frente a un bloque de apartamentos con enormes cristalerías por ventanas. Ana ya había bajado del coche mientras el resto seguía observando el edificio desde el coche. Siempre se habían imaginado un chalet, pero este edificio superaba todas sus expectativas. Las casas que se habían ido encontrando por el camino eran demasiado viejas, o demasiado nuevas, y este, a pesar de tener una arquitectura moderna se camuflaba perfectamente entre todo lo que había a su alrededor.

Descargaron lo que pudieron y se montaron en el ascensor, que les llevó directamente al ático. «Ático dúplex», apuntó Ana al abrir la puerta. A pesar de tener una decoración un poco impersonal (por la falta de marcos de fotos, y sobre todo de color), estaba exquisitamente decorada. Tenía los muebles justos para que no pareciese abarrotada, ni minimalista a pesar de ser un espacio bastante amplio. Cocina con barra americana que daba a un pequeño comedor, que a su vez estaba separado del salón por un biombo. Pero lo mejor de esa planta era, sin lugar a dudas, la terraza. No por las hamacas, ni por el jacuzzi que Mike y Nacho habían encontrado, sino por las vistas. Debía ser un cuarto piso, pero se veía el mar en todo su esplendor, incluso se oía mejor que cuando estaban en la calle.

Subieron corriendo el único tramo de escaleras y Ana, que había estado allí en varias ocasiones, repartió las habitaciones. Había tres, dos de matrimonio, y en medio una doble. El simple hecho de dejar la maleta en la misma habitación que Nacho le paró el corazón. Se había quedado mirando la cama con ojos temerosos mientras los chicos iban a terminar de subir los víveres que tenían

en el coche.

—¿Espectacular, eh? —preguntó su amiga acercándose a ella—. A penas la usa, y ni siquiera quiere alquilarla, así que se la he pedido como herencia. —Rio.

—La verdad es que es fantástica, me encanta absolutamente todo. —
Sonrió a su vez.

—Menos la cama —apuntó Ana al ver cómo volvía a mirar hacia allí.

—No, a ver. —Cerró la puerta—. La cama no me preocupa, me preocupa lo que pueda pasar ahí. Ya te conté lo de su casa y... No quiero volver a frenarle, no sé si me explico.

—Pues no le frenes, ¡no veo el problema! —dijo más alto de lo que a su amiga le hubiera gustado.

—¡Shh! Pero ¿y si no estoy lista?

—Ya empezamos, pero ¿y si lo estás?

Y ahí se quedó la conversación porque en ese momento entraba Nacho con la última bolsa de Adriana. Sonrió a las chicas y las animó a que bajasen a ayudar en la cocina antes de que Mike quemase algo. Ellos, gracias a la insistencia de Ana, se dedicaron a preparar un aperitivo y a beber cerveza.

Después de comer, los dos chicos y Ana se habían quedado dormidos, por lo que Adriana aprovechó a subir a la habitación y poner un poco en orden su ropa. No era algo que hiciera normalmente, pero no podía pensar con la televisión y los leves ronquidos de Mike. Volver a tener la enorme cama delante la ponía nerviosa. Sabía perfectamente que no tenía que pasar nada. A parte, si no querían no tenían ni por qué tocarse, porque la cama era enorme.

—Puedes elegir el lado que prefieras —dijo a su espalda—. A mí la verdad es que me da igual, supongo que serán igual de cómodos.

—No sé, ¿el derecho? —¿Cómo podía pensar en qué lado iba a querer? No era lo que se le pasaba por la mente cuando veía una cama—. La verdad es que también me da igual. Pensé que estabas dormido.

—Estaba, pero te has ido, y me he quedado frío. —La cara de Adriana era un poema, así que añadió—: No seas malpensada, anda.

Se rieron y empezaron a colocar sus cosas en el armario. El silencio entre ellos no era incómodo, era todo lo contrario. Seguía en una nube solo de pensar en que estaban los dos solos, o casi solos, pasando un fin de semana. Dos meses, eso era lo que llevaban juntos, y aun así tenía la sensación de haber estado con él mucho más. Era tan sencillo. Cualquiera que les mirase pensaría que llevaban juntos más tiempo del que en realidad llevaban, pero también habían pasado juntos cada momento que habían tenido libre.

Esa noche, cuando volvieron de tomarse algo en el paseo marítimo, volvió a su cabeza el dilema de por la mañana. La cama que hacía unas horas le había parecido enorme, en ese momento se le hacía enana. Y no era su único problema. Tenía que ducharse y el baño no tenía pestillo. Se sentía como una niña tonta a la que acaban de dejar salir de casa por primera vez en su vida. Se habían despedido de sus amigos apenas un minuto antes y ya estaba pensando en salir corriendo y pedirle a Ana que durmiesen juntas. Pero sabía que no podía hacer eso.

Le estaba dando la espalda a Nacho cuando él se acercó, le dio un beso, avisándola de que se iba a duchar. ¿Era una invitación? No, no podía ser. ¿Estaba malinterpretando las señales? Señales como que se acabase de quitar la camiseta delante de ella. Pero cuando le vio desabrocharse el pantalón casi le da un paro cardíaco y se giró haciendo que buscaba algo en una maleta que, punto número uno no era suya, y punto número dos estaba totalmente vacía. Le

oyó reírse mientras cerraba la puerta y pensó que sin duda le estaba dando señales.

¿Tenía que hacer ella lo mismo? No podía parar de darle vueltas al hecho de que estaba nerviosa, de que quizás tenía que haber ido más preparada. ¿Pero acaso se podía estar preparada para eso?

Nacho abrió un poco la puerta del baño dejando que el vapor saliera y ella aprovechó a coger todo lo que necesitaba para poder cambiarse en el baño. Cuando entró se fijó en la toalla que aún rodeaba la cadera del chico y agradeció mil veces que el vapor camuflase levemente su rubor. Una vez salió de la ducha se fijó en el pijama que le había regalado Ana específicamente para el viaje. Estaba loca si pensaba que se iba a poner eso. Llamarlo pijama era como decir que la luna estaba llena cuando apenas llegaba al cuarto creciente. ¿Por qué no habría abierto la maldita bolsa antes de meterse ahí?

La voz del chico preguntándole si se encontraba bien la sacó de su ensoñación. Era una mala idea ponerse eso. Vio su móvil encima de la mesa del baño y decidió mandarle un mensaje a su amiga:

«Estás loca, ¡completamente loca! Me has regalado un trozo de tela que apenas tapa nada... Te juro que yo mañana te mato».

Y la respuesta de Ana no se hizo esperar:

«Lo siento, amor, pero necesitabas un empujoncito y seguro que eso te hace sentir ¡sexy tigresa! Y mini punto para mí, que pensé que ibas a abrir la bolsa antes de tiempo».

Pensaba matarla, era lo mejor que podía hacer, o lo peor. Su amiga había confiado en que no abriese la bolsa aun sabiendo lo impaciente que era. Y ahora estaba ahí, sentada en el baño con dos piezas de seda de tirantes y

pantalón corto. Si es que a eso se le podía llamar pantalón. Al ponérselo se sintió algo nerviosa pero era verdad que estaba sexy, aun así cogió una de las toallas secas del baño y se la puso por encima.

Al salir se le cortó la respiración. Nacho estaba sobre la cama con un simple pantalón de pijama puesto. El torso subía y bajaba a medida que respiraba marcándole levemente los músculos. Agradecía que no fuera el tipo de chico que marcaba músculos, pero sí que se le notasen. La miró divertido al verla salir con la toalla

—¿Es para algún tipo de espectáculo? ¿Superwoman o algo así? —
Rio desde la cama.

—Todo lo contrario, es para no dar el espectáculo.

—¡Venga ya! ¿Es un pijama de ositos? —Ella se rio pensando en que eso sería mucho mejor que lo que llevaba—. ¿No? Vale... es de... ¿ranas? —
Cuando fue a intentar abrir su parte de la cama él se lo impidió.

—¡Nacho! Déjame meterme —refunfuñó.

—No hasta que no me enseñes el pijama, ¡no puede ser tan horrible!

—Es que no es horrible, ese es el problema. —Notó como otra vez se volvía a sonrojar al pensar en cómo le quedaba.

—Entonces no veo el problema.

Con una sonrisita se echó a un lado dándole la opción de quitarse la toalla o meterse en la cama. Obviamente lo último que quería era presionarla. Iba a ser la primera vez que pasasen un tiempo a solas, o mejor dicho, sin el control paterno que podría cohibirles. La notaba dudosa, podía sentir su nerviosismo, y no se le ocurría ninguna forma de apaciguar esos sentimientos. Se puso de rodillas sobre la cama, acercándose a ella. Cogió su cara entre sus manos y la besó. Un beso suave, dulce, tranquilo. No duró mucho, pero con eso pretendía calmarla.

Pero en Adriana surtía ese efecto. Un beso de él era pura electricidad, pero al verle apartarse y volver a su sitio consiguió calmar brevemente el latir de su corazón. Abrió la cama, pero en vez de meterse rápido, dejó la toalla caer antes de sentarse.

—Joder, ya lo entiendo.

Esas palabras la hicieron reír. Levantó la cabeza hacia el chico perfecto que tenía en frente y se acercó a besarle. No podía quererle más. Tenía miedo de decírselo, miedo de que él no sintiera lo mismo, miedo de que fuera pronto, miedo de tantas cosas... Era un miedo irreal, un miedo absurdo, pero al fin y al cabo su miedo.

El beso que empezó como el primero, se iba tornando cada vez más profundo. Nacho la colocó a horcajadas sobre él mientras saboreaba sus labios, su cuello... Empezó a bajar la mano por la espalda de ella hasta llegar al límite del top. Ella mientras tanto le pasaba las manos por el torso desnudo. Por una vez no estaba pensando, se estaba dejando llevar completamente por las manos de Nacho, por los besos, por el fuego abrasador que sentía. La mano de él se coló bajo el top de seda, provocándole un escalofrío que recorrió toda su columna vertebral. Fue subiendo poco a poco por la espalda, haciendo que cada vez que su mano se movía y se acercaba más a sus pechos, Adriana se quedase sin respiración.

Sintió la mano de él ahí donde había estado intentando llegar, consiguiendo que se estremeciese y se pegase más a él. La cogió, ayudándola a tumbarse sobre la cama, y cuando estaba a punto de volver a besarla sonó el teléfono.

—¡Mierda! —Soltó Adriana—. ¡Son mis abuelos! —añadió una vez alcanzó el teléfono.

—Respira hondo y cógelo, no pasa nada. —Le dijo sonriendo, aunque una parte de ella veía la frustración en su rostro.

Sus abuelos la regañaron por no haberles llamado en todo el día, y ella como excusa les dijo que con las hermanas pequeñas de Mike había sido todo un caos y que no habían tenido tiempo. Se sentía mal por mentirles, y sus sentimientos de culpa alcanzaban límites insospechados. Pero tras mirar al chico que tenía a lado, se dio cuenta que había perdido la batalla mental, no se sentía tan culpable como había pensado.

—Lo siento. —Le dijo en cuanto colgaron—. Se me olvidó llamarles y poner el móvil en silencio.

—No pasa nada, es normal que se preocupen.

La acercó a sí, dándole un beso en la nariz, un gesto que cada vez adoraba más. Después de apagar la luz y mientras le hacía caricias en el pelo no paraba de pensar en que no se merecía a ese chico. Y menos aun cuando después de su breve momento de pasión, que no había llegado a buen puerto, era él quien se sentía culpable. Ella aprovechó, tiró de las sábanas y los tapó a ambos.

Se recolocaron de tal forma que la cabeza de Adriana acabó sobre el pecho de él. Aún tenía el corazón desbocado, como ella, pero su respiración parecía calmada. Levantó la cabeza para darle un beso y volvió a recostarse sobre su pecho, cuya respiración apaciguada la estaba transportando a un mundo de sueños.

Capítulo 30

—¡A levantarse, cochinos!

Ana aporreaba la puerta entre risas mientras se oía a Mike regañarla de fondo. Adriana abrió levemente un ojo al sentir los brazos de Nacho rodeándola. Estaban tumbados de lado, él detrás, y al notar que ella se movía empezó a besarla primero el pelo y después el cuello. Cuando consiguió liberarse del abrazo de oso del chico se giró para besarle.

Estaba tan cómoda remoloneando en la cama que cuando Nacho se levantó para ir a cambiarse para bajar desayunar no quería moverse. Esperó a que terminase antes de ponerse ella a arreglarse. Seguía dándole reparo el pasearse, aunque fuera solo por la habitación, con el pijama que llevaba.

Una vez en la playa se montaron su propio chiringuito. Toallas, una bolsa llena de comida, una pelota... Parecía que se hubieran bajado a vivir ahí. Lo bueno de esa época del año era que a pesar de que el sol calentaba no hacía

demasiado frío. Pero lo mejor era que la playa no estaba llena. Había gente, sí, pero no las masas que solía haber en pleno verano. El grupo más cercano lo tendrían a unos cinco metros, así no se molestaban los unos a los otros.

Se estaban acercando al agua para aprovechar las horas de más calor cuando los chicos, sin previo aviso, las cogieron en volandas y las llevaron corriendo al agua mientras ellas gritaban. Ana fue la primera en volar hacia el agua después de que Mike la lanzase; mientras Adriana le hacía pucheros a Nacho, agarrándose a él con todas sus fuerzas para que no la lanzase como a su amiga. Cuando parecía que la iba a soltar, se tiró al agua con ella, haciendo que el agua fría les congelase a los dos. Ambas chicas intentaban salir rápido de allí, pero ellos volvían a meterlas hacia el mar.

Finalmente lograron salir del agua y, dejando a los chicos atrás con la pelota, se fueron a dar un paseo por la playa, arropadas por sus toallas para entrar en calor. Y cuando estuvieron a una distancia prudencial para que, a pesar del ruido de las olas al romper, no pudieran oírlas, Ana empezó a preguntar.

—Bueno, ¿funcionó el pijama? —Tenía esa sonrisa pícaro en la cara—. Porque anda que no me costó elegir uno que pegase contigo. Y el salto de cama me pareció muy agresivo.

—¿Y lo que me regalaste, no? Porque cuando lo vi casi me da por dormir en vaqueros.

—Na —dijo quitando importancia—. Era lo más modosito y sexy que había en varias tiendas a la redonda. Pero responde, ¿funcionó?

—Sí, y no —respondió haciendo que su amiga se quedase confusa y la animase a continuar—. Sabes que este tema me pone nerviosa hablarlo, no sé por qué insistes.

—Cierto, soy una amiga pésima. —Se disculpó—. Si quieres te cuento cómo fue mi noche...

—¡No! No quiero saber vuestra vida sexual —añadió haciendo que ambas riesen.

—Pues es bastante interesante... Mira, estábamos...

—Callaaaaa —interrumpió—. Antes que escuchar eso prefiero hablar yo.

—Te escucho. —Ana tenía una sonrisa de suficiencia. Sabía que funcionaría.

—Es una tontería, estaba... surtiendo efecto, que digamos.

—¿Y? ¿Qué pasó? —Estaba histérica.

—Que llamaron mis abuelos.

—¿Tan tarde?

—Sí...

—¿Y..., esto, por qué no lo volviste a intentar?

—Porque no sé qué me pasó, me bloqueé y lo peor fue que quien se acabó sintiendo mal fue él. Antes... —No sabía si continuar, pero Ana la escuchaba seriamente—. Antes pensaba en su experiencia, en que yo no sabría cómo comportarme, en todo. Pero ayer dejé de darle vueltas y empecé a dejarme llevar. Y cuando lo conseguí, pum, llaman mis abuelos y después sentía la situación forzada.

—Eso es precisamente lo que tienes que hacer, dejarte llevar, y hacer lo que te apetezca, sin sentirte forzada a nada. —Le cogió la mano—. Y no pienses que por estar a solas tienes que hacer nada si no estás preparada. Nacho entendería perfectamente que no estuvieras cómoda.

—Lo sé, es tan perfecto.

—¡Eh, eh! Perfecto es Mike.

Estaban riéndose y discutiendo de lo perfectos que eran sus chicos cuando llegaron al sitio que habían cogido. Seguían bastante mojadas después de su

incursión en el agua, por lo que se tumbaron aprovechando que el sol estaba en el punto más alto. Estaban tiradas bocarriba en sus toallas tapadas con las de ellos hablando con los ojos cerrados y apenas se hubieran dado cuenta de que los chicos habían vuelto si no fuera por sus risas.

Fueron a comprar bebidas a un quiosco cercano y sacaron de las bolsas todo lo que tenían de comida, empezando a picotear. Estaban tan relajados que ninguno pensaba en otra cosa que no fuera el momento que estaban viviendo. Ana, fotógrafa oficial del grupo, se dedicó a sacar fotos para inmortalizar el momento. Por lo que decía llevaban más de cien en el poco tiempo que llevaban de vacaciones.

En cuanto terminaron de comer se tumbaron disfrutando del tiempo. Adriana se puso la fina chaqueta que había llevado y se tumbó entre los dos chicos. Mike y Ana estaban compartiendo un iPod y Nacho se había llevado el suyo. Se acercó un poco más a él buscando calor y tras recostarse sobre su pecho se quedó dormida escuchando el latir del corazón del chico y el relajante sonido de las olas al romper.

No sabía cuánto tiempo llevaba dormida, pero se despertó con frío. El resto también se habían quedado fritos, así que intentando no molestarles se levantó y cogió una de las sudaderas de Nacho. Le quedaba gigante, pero era reconfortante ponerse algo que abrigase y que encima tuviese el plus de oler al chico que quería. ¿En serio estaba diciendo que le quería? No había más respuesta a eso que sí, y lo sabía, pero le daba miedo confesarle eso. Decir «te quiero» era complicado y aunque sabía que él estaba muy implicado en la relación y que sus sentimientos también eran muy fuertes, no quería meter la pata y decírselo antes de tiempo.

Era increíble que estuvieran ahí, en la playa, lejos de cualquier problema, sin pensar en nada, disfrutando de ese fin de semana de relax. Una parte de ella se alegraba de pasar esos días con sus amigos, pero a la otra, a la parte más

fuerte, le hubiera gustado disfrutar de esos días a solas. Ellos dos y el mar. Le observó un rato mientras dormía, profiriendo suaves ronquidos. Se le veía tan tranquilo que era capaz de transmitir paz.

Se recostó de nuevo a su lado, haciéndole caricias en el pelo. A ella siempre le había relajado que su madre le hiciera eso y lo entendía como un acto de amor básico, íntimo. Apenas llevaba así un minuto que Nacho la atrajo hacia sí impidiéndola seguir. Pero tenía otros planes. La besó. A ninguno le gustaban los actos de amor demasiado públicos, y una playa, por la tarde no era el lugar más despejado, por lo que duró poco.

Cuando se sentaron, Nacho se puso la otra sudadera que había llevado y se quedaron en silencio contemplando los movimientos del agua. Estaban cogidos de las manos haciéndose caricias mutuamente, y no se dieron cuenta de que los otros se habían puesto en movimiento hasta que escucharon el sonido de una foto al hacerse y la posterior risa de Ana.

Empezaba a hacer bastante frío a pesar de que aún no se había puesto el sol, por lo que recogieron sus cosas y subieron al piso. Cada vez que Adriana entraba por esa puerta la daban más ganas de quedarse allí. El apartamento le encantaba, pero las vistas eran aún mejores, así que después de ducharse le robó otra sudadera a Nacho y se sentó en una de las tumbonas de la terraza acompañada de una manta y se relajó con el sonido del mar.

Mike no tardó en salir y sentarse junto a ella. No dijo nada, simplemente cogió otra de las mantas y la imitó. Definitivamente a él le gustaba hablar mucho más que a ella, eso no había duda, pero hablaba bastante menos que Ana y sabía respetar sus momentos de silencio. Estaba tan agradecida de tenerle como amigo que aún no se lo creía, por eso lo repetía tan a menudo.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó Mike al cabo de un rato de silencio.

—Mucho, ¿y tú?

—También. —Sonrió—. Va a ser un viaje para no olvidar, ojalá podamos repetirlo dentro de poco.

«Ojalá que sí», pensó Adriana al tiempo que asentía. No quería perder a sus amigos ahora que se acercaba la universidad, y tampoco quería perder a Nacho, por eso esperaba que después del verano, y a pesar de que acabasen en universidades distintas, todo siguiera igual.

Capítulo 31

Después de un breve paseo por el pueblo se fueron a cenar a un sitio que les había recomendado la tía de Ana, cerca del puerto. Al llegar pensaban que iba a ser caro, y no solo por los gustos de la adorada tía, sino por el aspecto del local. Pero era de esos sitios que engañan. Sí, había platos caros, pero otros muy asequibles, y tuvieron la suerte de que los dueños conocían a la tía de Ana, por lo que aparte les hicieron un descuento adicional en la carta.

Decidieron no tomar postre porque Ana estaba ilusionada con tomarse el primer helado de la temporada, así que fueron a por él. Acabaron acompañándola los dos chicos, mientras que Adriana aprovechó a coger un chocolate caliente, algo que sus amigos agradecieron después de que terminarse la primera bola a la intemperie, pidiéndole que les dejase darle un traguito de su calentito vaso.

Esa noche el cielo estaba despejado y se podían ver algunas estrellas perdidas. La brisa del mar hacía que se les congelasen hasta los huesos. Se lo estaban pasando genial, por eso alargaron el tiempo que pasaron en la calle. En el último tramo del paseo marítimo acabaron las chicas subidas a caballito mientras hacían una carrera hasta el apartamento. Carrera que lógicamente ganó Mike.

Una vez arriba, Ana les dijo que les iba a haber llevado a un sitio a tomar algo, pero que al ser temporada baja aún no habían abierto, por lo que les había preparado una sorpresa. De detrás de su espalda sacó dos botellas de alcohol mientras se reía. Se giró hacia su amiga para ofrecerle aun sabiendo que no bebía. Adriana le agradeció el gesto pues sabía que lo hacía con su

mejor intención, pero con la última vez había tenido suficiente.

Pusieron música y se sentaron en el salón a tomarse sus copas mientras hablaban. Ana sacó de un cajón un juego de mesa dividiéndose en equipos para jugar a pesar de las quejas de que Adriana sería la única que no bebía. Ana y Mike iban por la segunda copa cuando perdieron la tercera ronda del juego, por lo que decidieron dejarlo ahí para no sentirse más humillados. Una vez todos se terminaron sus bebidas y viendo la hora que era, decidieron irse a dormir para aprovechar el día siguiente antes de volver a la dura vida del estudiante.

Como la noche anterior, Nacho fue el primero en entrar al baño. Una vez ella hubo terminado se quedó frente a la puerta cerrada durante un largo rato. Al salir la luz grande había sido sustituida por la de la mesilla de Nacho, que esperaba recostado mirando su móvil. Levantó la vista en el momento exacto para verla salir y correr hacia la cama, donde se tiró de un salto haciéndole votar. Había decidido salir solo con el pijama, por lo que se fijó en la cara de sorpresa del chico y se echó a reír.

Se metió rápido entre las sábanas y se acercó a Nacho. Notó cómo se le cortaba un poco la respiración al apoyarse contra él para apagar la luz. Se habían quedado casi en tinieblas, con la única fuente de luz proveniente de la calle. Nacho se estaba levantando para cerrar las cortinas que se habían dejado abiertas y ella le frenó poniendo una mano sobre su pecho.

Cuando volvió a recostarse se acercó a darle un beso de buenas noches, un beso que se alargó, cogiendo intensidad. Como en las anteriores ocasiones, las manos de Nacho se metieron bajo la camiseta del pijama. Su corazón palpitaba tan rápido que apenas notó que se aceleraba cuando las manos del chico cruzaron hacia delante. Seguían conectados por ese apasionado beso y Adriana decidió dejarse llevar totalmente. No estaba pensando, solo actuaba

cuando tiró de la camiseta de Nacho, dejando su torso al descubierto.

Se miraron, con las respiraciones entrecortadas y los corazones latiendo a mil por minuto. Nacho la ayudó a recostarse y se colocó sobre ella, volviendo a besarla con pasión. Sus manos se enredaron en el pelo de ella el tiempo justo antes de volver a adentrarse entre la camiseta. Tiró un poco.

—¿Estás... estás segura? —preguntó antes de seguir tirando de la camiseta hacia arriba.

—Sí.

Nunca había estado más segura de algo. Cuando terminó de quitarla la camiseta se sintió expuesta, pero él solo la miraba a los ojos. Nacho la atrajo hacia sí y volvió a besarla. Pronto, la mano del chico se empezó a deslizar por su costado hasta llegar al elástico del pantalón. Sintió un escalofrío cuando pasó suavemente un dedo entre el pantalón y su piel. Tiró lentamente de la prenda hasta que terminó en el suelo. Observó el cuerpo semidesnudo de Adriana pensando en lo increíble que estaba siendo la noche y no supo qué fue pero vio un brillo distinto en los ojos de la chica al volver a mirarla.

Adriana se movió tomando un poco de iniciativa. No tenía ni idea de qué hacer salvo por lo que había visto en las películas, pero se dejó guiar por su instinto. Le temblaban las manos cuando recorrió el torso de Nacho llegando al límite de su pantalón, al igual que había hecho él apenas un momento antes. Tiró hasta quitárselo, y observó los calzoncillos. Imitando al chico pasó un dedo entre el elástico y la piel provocándole un suspiro. Le miró mientras le bajaba su última prenda.

Él la cogió y volvió a tumbarla sobre la cama mientras la besaba. De su boca se fue dirigiendo a la oreja, su cuello, donde se recreó un rato. Su respiración volvió a agitarse cuando siguió bajando en dirección a su pecho, dando pequeños besitos y mordisquitos ahí donde él consideraba importante. Los

suaves besos siguieron bajando por su estómago. Llegó al límite de sus braguitas y dio el último beso antes de empezar a bajárselas. Unos segundos que a ambos se les hicieron eternos.

Lo primero que sintió fue molestia a pesar de la disculpa de Nacho al ver su cara. Respiró hondo cuando él volvió a entrar para intentar que fuera menos incómodo y así fue. A medida que pasaba el tiempo se volvía bastante soportable. Sabía que la primera vez iba a ser así, pero esperaba que no tardase mucho en empezar a sentir placer.

Cuando Nacho terminó se tumbó a su lado, la atrajo hacia sí y la abrazó durante un rato. Sin palabras, solo sus respiraciones intentando volver a la normalidad.

—¿Estás bien? —preguntó él rompiendo el silencio.

—Sí, claro que sí. —Le besó antes de ponerse en pie.

«¿Cómo no iba a estar bien?», pensaba Adriana. Vale que no había sido una experiencia de lo más placentera, pero le preocupaba más que él no hubiera disfrutado el momento que otra cosa. Terminó de vestirse y volvió a la cama al mismo tiempo que él.

—Te noto rara, ¿seguro que estás bien?

—Seguro. —Sonrió.

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿Te duele aún? —Parecía preocupado, y era lo último que ella quería.

—No, no me duele. —Le acarició mientras se acomodaba a su lado—. Es solo que, a ver, que no sé cómo explicarme. Yo quería que tú también... Disfrutases.

—Y lo he hecho, de verdad que sí.

La abrazó y terminaron de ponerse cómodos antes de que Nacho empezase a

hacerla caricias en la espalda. Estaba tan a gusto escuchando lo latidos del corazón de él que se dejó llevar por el sueño.

Se les había olvidado bajar las persianas, por lo que la luz del día estaba dando directamente sobre la cara de Adriana haciendo que se despertase. El reloj marcaba las diez de la mañana. Se desperezó y se levantó para cerrar las cortinas evitando así lo máximo posible los rayos de sol que se colaban descaradamente. La habitación se quedó en una penumbra lo bastante plácida como para poder volver a dormir, pero a pesar de notarse cansada no quería volver a dormirse, sino aprovechar lo que les quedaba de vacaciones.

Nacho seguía tumbado boca abajo roncando suavemente. Despacio se tumbó sobre él y mientras le hacía suaves caricias le empezó a dar pequeños besos por la cara, el cuello y la espalda, haciendo que el chico se despertase entre leves quejidos. Pero cuando consiguió que se girase y besarle mejor desistió en sus quejidos, dejándose llevar.

Esta vez fue Adriana quien tomó la iniciativa quitándole la camiseta al chico, quien tardó en reaccionar debido a que seguía bajo los efectos del sueño. Pero no tardó en sonreír pícaramente y coger la batuta para dirigir la situación.

Capítulo 32

A medio día bajaron esperando encontrar a sus compañeros de viaje listos para irse a la playa, pero no había rastro de ellos y la puerta de la habitación seguía cerrada, así que cogieron las cosas y bajaron los dos solos.

La playa estaba mucho más concurrida que el día anterior a pesar de que el tiempo estaba nublado y corría algo de brisa. Pero a la gente parecía darle igual. Unos corrían, otros jugaban a las palas o simplemente se sentaban a hablar o leer.

—No quiero que estos días terminen —comentó Adriana una vez se hubieron sentado.

—Yo tampoco, pero piensa que en unas semanas seremos libres y podremos pasar todo el verano en la playa, juntos —añadió con un guiño.

—Ojalá sea así.

El lunes tendrían las notas de los exámenes y les dirían si podían presentarse a la selectividad, pero si así era tenía dudas de que pudiera aprobar. Le había costado mucho sacar el curso adelante y pensar que tenía por delante los exámenes más complicados le daba pánico. Aunque tenía más o menos claro lo que quería estudiar seguía sin estar segura de poder conseguir plaza en la universidad. La nota de corte había subido ese último año y aunque seguía siendo baja le daba miedo no llegar.

Volvieron a subir a la hora de la comida y se fijaron en que los otros seguían sin aparecer, pero en cuanto la cocina empezó a oler a comida recién hecha aparecieron cual zombis bajando las escaleras. Sus caras detonaban una noche

de fiesta que no había acabado donde lo habían dejado, sino que había continuado hasta altas horas de la madrugada o mejor dicho, de la mañana.

—¿Qué? ¿Intentando sobrevivir? —preguntó Nacho entre risas al ver sus caras.

—Algo así —susurró Ana.

—¿No se suponía que os habíais ido a la cama? —Adriana vio cómo se miraban entre ellos antes de contestar.

—Ana tuvo la fantástica idea de subirse la botella a escondidas y acabamos a chupitos y no sé qué más —respondió Mike más resolutivo—. Quizás se nos fue un poco de las manos, pero me extraña que no nos escuchaseis reír.

—¡Lógico que no! Bajamos otra vez y creo que antes de perder el conocimiento volvimos a subir. —Terminó de relatar Ana—. Aunque mi idea era irnos de fiesta y él no quiso —añadió señalando a Mike acusatoriamente.

—Sí, quería que saliésemos a las cinco de la mañana. —Levantó una ceja y miró al resto buscando aprobación—. En pijama...

—Pues hubiera sido divertido...

Acabaron riendo a pesar de las protestas de Mike y Ana por el ruido. En cuanto terminaron de comer volvieron a la playa donde los fiesteros disfrutaron de una siesta. Nacho y Adriana estaban tumbados en la misma pequeña toalla, evitando la brisa arropados por otra. El chico se quedó dormido al poco y aunque Adriana intentó imitarle no lo consiguió por lo que acabó yéndose a dar una vuelta.

Aún no se podía creer todo lo que había pasado ese último año, y ahora estaba ahí, con un novio increíble y dos amigos insuperables. Tener a Mike en su vida le había ayudado a superar muchas de sus inseguridades y su pasotismo inicial, haciendo un amigo de esos que esperaba que durasen toda la vida. Él

estaba ahí a cada momento, a veces sabiendo más de ella de lo que le contaba porque era ese tipo de persona detallista y atenta. Y lo demostraba cada día, porque a veces una sonrisa suya bastaba para calmar sus nervios.

Ana no podía haber llegado a su vida en un mejor momento, tampoco. Eran polos opuestos en muchos aspectos porque su amiga era desenfadada, despreocupada y se dedicaba a aprovechar los momentos. Sus situaciones personales por supuesto no eran parecidas, pero Adriana pensaba que si sus padres siguieran viviendo ella seguiría siendo igual, quizás algo menos cerrada, más como era antes.

Y por supuesto estaba Nacho. Tantos veranos juntos de niños, jugando a las parejas a pesar de que su hermano Víctor se metiese con ellos y al final, muchos años después lo habían sido. No podía negar que desde esa primera noche se había fijado en él, pero aun así nunca se hubiera planteado que él se hubiera fijado en ella. El tiempo había pasado y ahí estaban, juntos, de viaje y ella planteándose cómo decirle que le quería. Lo tenía claro, pero una parte de ella tenía miedo a decírselo. No es que dudase de lo que él respondería, sino de sí misma, de que por culpa de eso todo empezase a ir mal. Era demasiado pesimista, lo sabía, pero no podía remediarlo.

Al volver se encontró a Mike despierto, que se levantó y se acercó a ella para irse a pasear un poco.

—Ahora que estamos solos, ¿lo estás pasando bien? ¿De verdad? Sé que soy pesado, pero quiero verte feliz—preguntó cuando ella se agarró de su brazo.

—Puedo decirte con sinceridad que está siendo uno de los mejores fines de semana de mi vida. —Sonrió—. Dime que para ti también.

—¡Por supuesto! A pesar de las locuras de Ana, claro. —Rio—. Aunque he de reconocer que me encantan.

—A todos nos pasa lo mismo con ella, pero la queremos igual.

—La queremos, sí. —Adriana puso cara de sorprendida, por lo que añadió—: ¿Qué pasa? En algún momento tendría que decírselo, ¿no?

—¿Y cuándo fue? —Curioseó con verdadero interés.

—Ayer, resulta ser que yo he tardado bastante más que ella en decirlo, a pesar de que ya lo sentía —explicó—. Por cierto, se me olvidó preguntarte... ¿no tenías problema en dormir con Nacho, verdad? Lo digo porque lo dimos por hecho.

—Para vuestro regocijo ya habíamos dormido juntos, pero siempre había padres, abuelos y eso cerca, así que puedo decir que ha sido raro y agradable a la vez.

—¿Podrías explicarte? Estoy un poco espeso. —Se rascó la cabeza como si estuviera confundido.

—¡Oh, Dios! Me vas a hacer que te lo cuente, ¿no?

—Claro, para eso me he despertado.

Se habían sentado a una distancia prudencial de los otros por dos motivos. Para no molestarles y para que no les escuchasen, pero Adriana miraba el mar buscando las palabras adecuadas para contarle a Mike lo sucedido la noche anterior. Tenían muchísima confianza, pero él seguía siendo un chico, y hablar de ese tema se le hacía complicado.

—Tengo tooooooda la tarde —dijo después de un rato Mike.

—Pfff... Es agradable porque no hay tensión esperando a que te pillen, pero es raro porque... hay más libertad, digamos.

—Ahora como a los tontos, por favor.

—¡Que ha pasado todo! Y con todo me refiero a todo —soltó al fin.

—¡Ah, vale! Ya lo pillo, pero, ¿qué tiene de malo?

—Nada, absolutamente nada, es solo que yo...

—Lo pillo, lo pillo. —Sonrió mientras la atraía hacia sí para

abrazarla—. ¿Bien?

—Bien.

Había veces como aquella en la que Mike no necesitaba mucho más. Sabía que en el momento en el que Ana se enterase le haría un interrogatorio propiamente dicho, a pesar de que no era lo que más le apetecía. Aun así se alegraba de las escuetas preguntas de Mike y que entendiese con monosílabos ciertos aspectos.

Una vez de vuelta se pusieron a recoger sus cosas y a limpiar la casa antes de que se les hiciera demasiado tarde para regresar a la realidad. Apenas tardaron una hora en terminar porque Ana no paraba de insistir en no limpiar mucho porque la asistenta iría dentro de unos días para poner el piso a punto. Pero el resto era reticente a dejar todo manga por hombro.

Nacho estaba echando un último vistazo a la habitación, revisando que no se dejasen nada cuando Adriana entró a por la última bolsa. Al verle se acercó a él y le rodeó la cintura por detrás, quedando su cara pegada a la espalda. Echaría de menos los pocos días que habían pasado ahí, y le daba pena que todo hubiera acabado tan rápido, pero se contentaba con saber que en unas pocas semanas podrían pasar todo el verano juntos.

El viaje en coche estaba siendo tranquilo a pesar de que Ana había recuperado toda su energía tras tomarse un último café antes de salir. Les quedaba menos de una hora para llegar cuando Ana empezó a quejarse de querer ir al baño, y a pesar de las reticencias del resto hicieron una parada.

—¿Me acompañas, no? —preguntó esta nada más parar el coche—. Y así me cotilleas, que no hemos estado ni un momento a solas —añadió al bajar del coche.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó sonriendo.

—¿¡Pues qué va a ser?! Tu brillo en los ojos, las sonrisitas y miraditas que os estáis echando os delatan, pero ¡quiero que me lo cuentes tú! —decía a través de la puerta del baño.

—Resulta ser que tu dichoso pijama funcionó. —No sabía por qué pero se estaba poniendo roja aunque su amiga no podía verla—. Y al final pasó.

—¿Y cómo fue? ¿Te dolió mucho? ¿Se portó bien? ¿Qué sentiste? ¿Te gustó? —sabía que le iba a someter al tercer grado, así que como respuesta se echó a reír.

—No me dolió como si se fuera a acabar el mundo, era más bien... incómodo. —Seguían encerradas en el baño por lo que no se arriesgaba a que pudieran escucharlas—. Y sí, se portó bien, pero no te puedo decir que me gustara.

—Aún no, pero en breves te volverás adicta, ya verás. —Le guiñó el ojo—. Y... ¿sangraste?

—¡Ana! —exclamó sorprendida por la pregunta—. ¿Cómo se te ocurre preguntarme eso?

—Pues porque es lo más normal del mundo, querida amiga, si no no te lo preguntaría.

Terminó de responderle a las preguntas lo más rápido que pudo, sin entrar en detalles, para contentarla y salieron de vuelta al coche, donde los dos chicos las esperaban con una bolsa gigante de patatas. Reemprendieron el viaje con una nueva Ana que parecía haberse tomado varios litros de café y se dedicaba a hacer un karaoke grabado. Recuerdos del viaje no les faltarían, de eso no había duda.

Ver a Ana en plena acción, emocionada, con su móvil le dio una idea a Adriana. Quedaba apenas una semana para el cumple de su amiga y aún no le

habían comprado nada. Suponía que Mike le haría un regalo aparte, pero habían creado un grupo para hacerle un regalo entre un grupo bastante amplio, por lo que escribió para proponer su idea, la cual recibió comentarios positivos.

Con una sonrisa en la cara aceptó las mil fotos de Ana que poco después empezó a grabar un vídeo despedida del viaje, incluso siguió grabando al bajar del coche. Estaba totalmente convencida de que esa noche tendría todo colgado en las redes sociales.

Para no llamar la atención, dejaron a Nacho primero en casa, quien se metió a toda prisa. Finalmente aparcaron delante de la casa de Adriana, donde sus abuelos no tardaron en salir. Era increíble que escuchasen tan mal unas cosas y tan bien otras, por eso le preocupaba que se hubieran enterado de que habían dejado a Nacho en casa. Lo bueno era que después del interrogatorio que le habían hecho a Mike, no dijeron ni una palabra.

Se despidió de su amigo en la puerta con un abrazo y un beso antes de volver a entrar en casa, donde sus abuelos ya se habían sentado en la mesa para empezar a cenar y escuchar sus batallitas.

—¿Sabías que Nacho también se había ido este fin de semana? —preguntó su abuela con cierto retintín.

—Sí, se fue con un amigo suyo. —Tenía el corazón a mil por hora. Era verdad que se había aprendido la mentira de pe a pa, pero aun así le daba miedo meter la pata—. Y ahora mismo no sé si con alguien más, al menos nadie que yo conozca.

Sus abuelos parecían más calmados aunque seguían con la mosca detrás de la oreja, cosa que notaba con cada pregunta en la que intentaban encontrar algún pequeño error. Juan sonreía pícaramente cada vez que la veía dudar o que sus abuelos hacían otra pregunta con trampa, consiguiendo llevarse alguna que

otra patada por debajo de la mesa. El problema llegó cuando le preguntaron por las fotos. Sintió como le bajaba el color poco a poco hasta quedarse blanca, si es que aún podía más. Les enseñó todas las que salía con Mike y ellos solo preguntaban por las que tenían todos juntos. La única respuesta que se le ocurrió dar era que las hermanas estaban en un momento de su vida en el que no querían salir en fotos.

«¡Lo saben, lo saben, lo saben! ¡Mierda!», se repetía una y otra vez mientras intentaba buscar explicaciones lógicas a las preguntas que iban a pillar. Seguía intentando salir del atolladero cuando sonó el timbre. «Salvada por la campana», pensó mientras suspiraba.

Juan volvió con Nacho y ella se levantó rápido para ir a abrazarle. Seguía sin atreverse a besarle delante de sus abuelos ni de los padres de él a pesar del espectáculo que habían dado el día de la boda. Tras ponerles al día de su fin de semana con «unos amigos», consiguieron dejar satisfechos a los abuelos de la chica y subir las escaleras no sin antes escuchar el sermón de cada día con las puertas.

—Si supieran... —comentó Adriana por lo bajo mientras subía las escaleras a toda prisa de la mano de él.

Nada más entrar se lanzó a besarle como si de verdad hubiera pasado todo ese tiempo sin verle. Por cómo él le devolvía el beso sentía lo mismo. Pararon antes de que se les fuera de las manos, pero Adriana notaba que, al igual que ella, él quería más.

—No sabes lo mucho que voy a echar de menos el pasar todo el día juntos —dijo él rompiendo el silencio—. Creo que me he acostumbrado demasiado rápido.

—Yo igual, creo que ha sido de los mejores fines de semana que he tenido en mucho tiempo.

—¿De los mejores? —Estaba extrañado porque pensaba que había

sido el mejor.

—Sí. El primero fue el de tu cumpleaños, y ahora mismo este tiene el segundo puesto. —Sonrió con un poco de timidez—. Te parecerá una tontería.

—Al contrario, creo que ahora mismo también es el orden que elegiría.

Capítulo 33

La semana empezó con buenas noticias. Todo aprobado, por lo que las siguientes semanas tendrían que ponerse a estudiar como locos. El instituto les había dado la opción de ir a repasar o practicar exámenes por las mañanas, por lo que seguían despertándose temprano. La mayoría de las tardes las pasaban en la biblioteca, pero había tanto revuelo que en muchas ocasiones era imposible concentrarse.

El resto de tardes estudiaban en casa de Adriana bajo supervisión exhaustiva de sus abuelos, o en la de Nacho, donde aprovechaban los momentos a solas

para descansar y disfrutar de lo que era no tener a nadie merodeando alrededor.

Ese primer fin de semana de estudio coincidía con el cumpleaños de Ana, por lo que dedicó la tarde del viernes para ultimar los preparativos del regalo de su amiga. Parecía ser que todos estaban demasiado ocupados para poder ir a comprarlo o a destinar un poco de su valiosísimo tiempo a otra cosa que no fueran sus libros o, mejor dicho, disfrutar de la libertad haciendo que estudiaban. Mike quedaba exculpado porque le había tocado cuidar de sus hermanas porque sus padres no habían logrado conseguir un canguro a tiempo. Pero con Nacho sí que estaba molesta. Le había dicho que tenía que «hacer unas gestiones», algo que ni siquiera él debía saber qué significaba.

Ana había organizado una cena en su casa con todos sus amigos el sábado así que tendría que ir a ayudarla desde temprano a pesar de que la mayor parte de su familia estaría allí. Sus padres le habían dejado hacerlo con la condición de que todos los familiares que quisieran pudiesen quedarse el tiempo que estimasen necesario, y ella, como no tenía problema con eso, había accedido sin dudar.

Al llegar el sábado a casa de su amiga se encontró con un montón de familiares, la mayoría demasiado felices como para haberse tomado solo una copa. La invitaban a beber con ellos, diciendo que ya habría tiempo para preparar todo. Cuando por fin lograron llegar a la habitación Ana se tiró sobre la cama haciéndole un hueco para que se tumbara con ella para empezar a relatarle cómo estaba yendo el día.

Notaba la frustración en sus palabras a medida que le iba relatando sus problemas, entre los cuales estaba que a pesar de haberles dicho a sus padres que no le importaba que hubiera familiares en casa, la verdad es que le hubiese gustado que no. Decía que esperaba que su cumpleaños fuera una

fiesta de jóvenes para jóvenes.

Esperó a que Ana se cambiase y se retocase el maquillaje antes de volver a salir listas a poner un poco de orden, hacer hueco en el salón, recoger lo que los mayores aún no habían hecho y encargar una cantidad ingente de pizza para que llegase a una hora prudente.

Estaba casi todo listo cuando sonó el timbre. Ana, con cara de terror, miró la puerta preguntándose quién llegaría antes de tiempo. Adriana ejerció de anfitriona, a pesar de que no era su casa, y fue a abrir la puerta. Mike y Nacho estaban en la puerta con el regalo de su amiga, regalo que trataron de ocultar lo mejor posible entre la pila de abrigos de la entrada. Aunque seguía molesta con Nacho le dio un breve beso, pero suponía que el chico sabía que algo no iba muy bien porque le agarró del brazo intentando que se quedase un momento para hablar. Le sonrió como si todo fuera bien y se acercó hasta donde estaban los otros esperando.

Presenció cómo su amiga presentaba oficialmente a Mike a su familia. Sabía que la madre de ella ya le conocía, pero la cara del padre de Ana fue espectacular. Intentaba reaccionar cuando de repente le abrazó, dejando al chico paralizado. Desde ese momento el ambiente fue mucho más distendido y los más jóvenes respiraban tranquilos. Lo que más risas generó fue que desde el momento del abrazo, a Mike le era casi imposible librarse del padre de su novia, que le llevaba de un lado para otro, hablándole de mil cosas. Ana, desde una esquina y custodiada por ellos dos, comentaba que jamás se hubiera esperado esa reacción de su padre.

El resto de los invitados empezó a llegar a cuentagotas, tanto era así que dejaron la puerta abierta para no tener que estar levantándose. Muchos de los que llegaron se quedaron cortados al ver gente mayor, pero al ver la jovialidad de estos, la timidez que les había atenazado en un principio desapareció igual de rápido que como había llegado.

Pizza, alcohol, música... Todo estaba yendo según los planes de Ana y Adriana lo veía en su cara de felicidad. Parecía que ya no le molestaba que sus familiares siguiesen por ahí, mezclándose entre sus amigos. Incluso parecía divertida mientras hablaba con sus amigas de toda la vida, Susana y Rocío. Se sentía culpable por hacer que últimamente las viese menos, pero a pesar de haber salido varias veces con ellas no conseguía tener el mismo *feeling* que con Ana.

Envidiaba esa relación que tenían porque se seguían llevando genial entre ellas aunque tuvieran más amigos. Ella en cambio ya no mantenía ningún tipo de relación con sus amigos de antes. Veía sus post en las redes sociales, pero nadie la echaba de menos, ni siquiera aquellas que habían sido sus amigas desde la infancia. Sabía que la gente con el tiempo cambiaba, pero fue muy duro soportar el resto del curso con unos amigos tan pésimos como los suyos tras el accidente de sus padres.

—Eres una traidora —dijo Mike rodeándola los hombros con el brazo—. Te he visto reírte y has sido incapaz de ayudarme.

—Estabas confraternizando con tu suegro, ¿cómo me iba a meter en temas familiares?

—Para serte sincero pensé que me ignoraría o me trataría mal o... pff... ¡a saber! Pero lo último que me imaginaba era que me fuera a abrazar.

—Creo que nos ha dejado a todos igual. —Sonrió a su amigo—. Probablemente te invite a quedarte a dormir, en camas separadas, por supuesto.

—Ja, ja... Muy graciosa. Aunque... Si él supiese... —Puso una sonrisilla malvada.

—¡Mike! —Se zafó de él y le dio un puñetazo suave en el hombro.

—No te escandalices, que tú vas por el mismo mal camino. —Rio.

—¿Mal camino de qué? —preguntó Nacho acercándose a ambos.

—Que últimamente está muy mentirosilla —intervino Mike—. Bueno, realmente ambos.

—Todos, di la verdad —sentenció Adriana con un guiño.

Se alejó de ellos para llegar hasta donde estaba Ana con el resto de su grupo y ponerse a charlar.

Cuando iban a sacar la tarta se levantó corriendo para coger el regalo y tras cantar el cumpleaños feliz y soplar las velas se lo dieron. La madre de su amiga, que estaba enterada de la sorpresa, estaba grabando la reacción de su hija, la cual casi se desmaya ahí mismo al ver la cámara réflex que había en la caja. Se abalanzó sobre todos sus invitados dando las gracias y besándolos, incluso de los que no habían participado y tenían otros paquetes esperando para ser abiertos. Su única pega fue que no tuviera batería para poder hacer fotos en ese momento.

—¿Ha sido idea tuya? —Le preguntó en petit comité a Adriana.

—Puede.

—¡No hay mejor amiga! ¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía, pero te vi tan emocionada haciendo fotos con el móvil y con la cámara esa hipervieja que pensé que para ti no podía haber mejor regalo que ese. ¡Incluso puede que te hagas *youtuber* o algo de eso!

—No me des ideas, no me des ideas... —Rio abrazada a su nueva cámara.

La noche estaba pasando tan rápido que apenas se dieron cuenta de que eran las cuatro de la madrugada. Se levantó y se fue a despedir de los que había en la fiesta hasta llegar a su amiga, que intentó persuadirla para que se quedase hasta el final. Llegó hasta Nacho, que también estaba terminando de despedirse y salieron en dirección a la moto.

Vivir cerca del mar tenía sus ventajas y sus desventajas, y una era que a pesar de hacer calor durante el día, por las noches refrescaba. Adriana se había olvidado de coger algo más gordo para ir en la moto y no llegar helada a casa. Reconocía que le encantaba el frío, pero no era motivo para ponerse enferma. Parecía que Nacho le había leído la mente porque le estaba tendiendo una sudadera nada más salir del portal. Le encantaba esa, precisamente esa.

Se subieron a la moto y sin darse cuenta ya estaban en casa.

—Te podías haber quedado en la fiesta, ¿lo sabes, no? —preguntó ella nada más quitarse el casco—. Lo digo porque he visto que te lo estabas pasando bien y a lo mejor querías haberte quedado —añadió al ver la cara de estupefacción del chico—. Yo me podía haber vuelto en autobús.

—Espero que estés de broma. —Estaba serio—. Sí, me lo estaba pasando genial, pero me apetecía mucho más volverme a casa contigo que quedarme allí. Y, chs —chistó para hacerla callar—, ni de coña iba a dejar que volvieras en autobús sola.

—Lo he hecho muchas veces —contestó beligerante.

—Tampoco me gustaba que lo hicieras.

—Pues lo hacía. —Se giró para irse a su casa.

—Para, para, para. —Pidió él agarrándola del brazo—. ¿Qué te pasa?

Llevas rara desde ayer.

—Nada.

—Vamos...

—Que nada, de verdad.

—Si te vas y te metes en casa llamaré al timbre —dijo al ver las intenciones de ella—. Tú verás. No creo que a tus abuelos les haga mucha ilusión que aparezcas a las cuatro y pico de la mañana.

—Pfff... ¡Me sacas de quicio!

—Pues dime qué te pasa. —Estaba tranquilo y eso la estaba poniendo

nerviosa. Al ver que no contestaba añadió—: Puedo estar aquí toda la noche.

—¿Por qué no podías venir conmigo a por el regalo de Ana?

—Te dije que tenía que hacer unas gestiones.

—Ya...

—¡Ah! ¡Es eso! No me crees. —Al ver la cara de ella supo que estaba en lo cierto—. Estuve comprando yo otras cosas. —Y como ella no daba su brazo a torcer siguió—. Para ti. O para mí, no sé. ¡Pero no te lo pienso dar!

Estaba anonadada. Pero no por lo que él había dicho, sino porque cada vez que tenían una discusión se sentía estúpida por desconfiar de él. No era la primera vez y le daba la sensación de que no aprendía, que con él siempre cometía las mismas estupideces, y le daba miedo que se cansase de ella.

—Lo siento, me siento tan sumamente tonta —reconoció al fin acercándose a abrazarle—. No sé por qué siempre reacciono así.

—Yo tampoco, y no me gusta cuando pasan estas cosas. Sabes que me puedes preguntar.

—Creo que es porque tengo miedo a perderte.

—No me vas a perder.

Se besaron sellando esas palabras.

Una vez de vuelta en su habitación se prometió a sí misma que intentaría calmarse con respecto a esos horribles sentimientos que le asaltaban cada vez que él le decía algo que no la encajase. Era verdad lo que le había dicho, que tenía miedo a perderle, pero se había olvidado matizar que el miedo era a que la dejase por su culpa. Le quería y sabía que tenía que decírselo. Pero aún no era el momento.

«Quiero fines de semana como el pasado, quiero discusiones tontas como la

de hoy, quiero verte contenta y enfadada, quiero verte feliz, quiero despertarme a tu lado cada día. Adri, te quiero en mi vida».

Aquel mensaje hizo que le latiera el corazón millones de veces más rápido. ¿Era eso un «te quiero» oficial? Tenía el corazón latiéndole a mil por hora.

«No podría desear tener a nadie mejor. Yo también te quiero en mi vida. Siempre».

A ella no le salían las palabras tan bonitas como a él. Claro que quería despertarse a su lado cada mañana, claro que quería todo lo que él había dicho, pero sobre todo a él. Superaría todas sus locuras ocasionales y discutirían sobre cualquier otra cosa que no implicase desconfiar.

Se cambió, se desmaquilló y antes de meterse en la cama se volvió a poner la sudadera de Nacho. Era la que había estado usando los días que habían estado en la playa y le había comentado que le encantaba. Quizás fuese porque era enorme y calentita. Quizás porque le hacía sentirse cómoda. Quizás porque oliese a él. O quizás por todos esos motivos a la vez. Estar arropada por esa sudadera era igual que estar entre sus brazos, o al menos lo más parecido posible.

Le encantaría volver a dormir con él y que al meterse en la cama estuviera esperándola como había hecho cada noche durante el fin de semana. Pero le gustaría aún más acostarse con un *buenas noches* susurrado al oído y que le pasase el brazo por encima. Y después, por la mañana escuchar *buenos días*, porque si empezaba así el día, seguro que era bueno.

Capítulo 34

El lunes por la mañana recibieron una carta «oficial» del instituto en el que se les invitaba a celebrar el acto de graduación el viernes en el instituto junto a padres y profesores, además de un posterior refrigerio en el patio. No tardaron en llegar las quejas por hacer el acto tan tarde, haciendo que no pudieran celebrar la graduación como ellos realmente querían, con su posterior fiesta.

Habían creado un grupo para hablar del tema y mientras que unos decían que podrían celebrarlo mientras estuvieran en la playa, otros se quejaban de que era el primer año que habían organizado la graduación tan tarde. Ambos bandos se servían de sus propios argumentos, creando un ambiente horrible, sin aportar soluciones del agrado de todos. Los que querían fiesta dijeron que iban a buscar un local en el que poder hacerla y que, por supuesto, todos estaban invitados. Y así pasaron la semana, entre quejas de unos y de otros.

Sus abuelos estaban tan emocionados por poder asistir a la graduación que querían ir de etiqueta. Fue Juan quien consiguió convencerles para que fueran lo más normales posible para no llamar la atención. El mismo viernes recibió un millón de mensajes de Ana preguntándole por su modelito e informándola de todos los cambios que iba haciendo ella.

Fue a última hora cuando realmente se preocupó por lo que se iba a poner. Sabía que nadie iba a ir demasiado elegante, pero tampoco era su intención ir como un día cualquiera. Llevaba un largo rato mirando el armario sin decidirse cuando vio un vestido lavanda entre otras prendas. Era ceñido en la parte de arriba mientras que a la cintura quedaba un corte suelto. Se recogió el pelo en una trenza francesa deshecha lateral, se puso los pendientes y bajó las

escaleras justo a tiempo.

Sus abuelos eran de esas personas a las que les gustaba llegar con tiempo más que suficiente para aparcar cerca y coger un buen sitio. Y allí estaban los primeros. No es que se sintiera avergonzada, ni mucho menos, pero era apabullante tener a todos los profesores rodeándola haciendo preguntas y dándole su enhorabuena por la mejoría desde el inicio del curso. Sus abuelos daban las gracias y hablaban con todos sintiéndose orgullosos.

Adriana agradeció el momento en el que empezó a llegar gente puesto que el corro de profesores empezó a esparcirse para hablar con otras familias. Cuando vio aparecer a los padres de Mike se le cayó el alma a los pies. Apenas habían pasado dos semanas de su viaje secreto y ahí estaban, a pocos segundos de encontrarse. Su amigo parecía despreocupado, como si no hubiera caído en la idea de que podrían tratar el tema. Sonreía nerviosa cuando por fin empezaron a hablar y apretaba el brazo de Mike esperando a que él reaccionase. Y justo cuando su abuela sacó el tema aparecieron los padres de Ana, cuales ángeles salvadores de su destino. Pero sus mentiras se tambaleaban como un castillo de naipes.

La ceremonia dio comienzo en cuanto lograron que todos se sentasen. Adriana estaba con la cabeza en otra parte, echando rápidos vistazos hacia donde estaban sus abuelos, sentados entre los padres de Mike y los de Nacho. Con este último había podido hablar poco porque habían llegado muy justos. Además estaba el problema añadido que al tener que estar sentados en orden alfabético por apellido, les había tocado sentarse bastante separados. Volvió la mirada hacia las filas de delante en el momento justo en el que él se giraba y la sonreía. Él bien merecía que la castigasen por haber mentido. Le devolvió la sonrisa e intentó concentrarse en el resto del discurso.

Llegó el momento en el que les entregasen los diplomas, por lo que les tocó desfilar por el escenario improvisado saludando a las cámaras de todos los

familiares que enfocaban a todos los lados a la espera de que alguna foto saliese bien. Sus abuelos también se habían sumado al resto con una cámara de carrete, de esas que ya no se veían.

Cuando acabaron empezaron las fotos de rigor con profesores, familiares y compañeros. Ana, que no había pedido el tiempo, tenía la cámara en mano y se dedicaba a hacer reportajes a todos. Adriana creía que iba a ser de las primeras veces en las que iba a estarla eternamente agradecida de que hiciera fotos, porque temía que las que hubiesen hecho sus abuelos saliesen todas borrosas.

El aperitivo que el instituto había encargado era mucho mejor de lo que ninguno de los asistentes hubiera podido imaginar, pero aun así escuchó a sus abuelos haciendo planes con los de Nacho para ir a cenar por ahí y celebrar en condiciones que tanto su hijo como su nieta hubieran superado una dura prueba.

—Adri, cariño —dijo alguien por detrás. Al girarse vio a la madre de Héctor—. Solo queríamos felicitarte.

—¡Oh! Muchísimas gracias —respondió agradecida por el gesto—. Ha costado, pero bueno, aún queda lo peor.

—Tú puedes, con eso y mucho más —añadió la madre—. Aunque nos hemos visto poco, estamos muy orgullosos de ti, y seguro que tus padres lo estarían también.

—No lo dudes —intervino el padre.

—Seguro que sí.

No entendía todavía cómo su hijo podía ser tan horrible teniendo unos padres tan amables. En ese momento pasó Héctor a su lado con cara de malas pulgas, como había hecho los últimos meses y anunció a sus padres que se iba con sus amigos. La cara de estos reflejaba tristeza, así que se despidieron de su hijo

después de Adriana, y emprendieron la marcha de camino al coche.

—¿Qué te han dicho, muñeca? —No podía odiarle más, y menos cuando la llamaba así.

—Darme la enhorabuena.

—¿Vienes luego, no? —Ya tenía su cigarro en mano y estaba en el plan chulesco de siempre.

—No.

—Pues no estaría mal que te pasases, pero sin el idiota.

Se giró y se fue. No quería discutir con él, ni hablar con él, ni tener ningún tipo de contacto con él. Había logrado evitarle durante los últimos meses lo suficiente como para que le fastidiase el resto del curso.

Nacho estaba con Raúl y los padres de este, así que no quiso molestar y fue junto a Ana y el resto de sus amigas, que charlaban animadamente.

—¿Vas a venir? —preguntó Susana al verla aparecer.

—¿Dónde?

—A la fiesta, esta noche, en casa de... ¿Cómo se llamaba? Pff... El moreno este, amigo de Carlos —decía Rocío intentando aclarar sus ideas—. Bueno, da igual, a casa de uno. —Rio.

—No creo, tengo cena y luego no tengo cómo ir.

—Con Nacho, por supuesto —intervino Ana—. Yo os voto como pareja más mona, después de Mike y yo.

—Tú te llevarías el segundo premio. —Le rebatió Susana graciosa—. Sin duda el primero se lo llevarían esos dos —señaló a Laura y Héctor—. Que aún nos preguntamos cómo han durado tanto.

—Será una fiera en la cama. —Rocío se tapó la boca por lo alto que lo había dicho.

Pasó un rato más con ellas, riendo y comentando el *top ten* de las personas más graciosas, los más raros, las mejores parejas, las rupturas más sonadas, los mejores momentos... La verdad es que se lo estaba pasando bien. Apareció Nacho con Juan piándole los talones, y se despidió de las chicas mientras iba con dos de sus tres chicos favoritos en dirección al coche. Se despidió de Mike con un abrazo y salió tras el grupo.

Fueron a un sitio no muy lejano a tomar algo y a media noche estaban de vuelta en casa. Adriana respiraba tranquila al saber que no había salido el tema de su escapada, ya que era eso lo que le había estado quitando el sueño toda la tarde. Llegaron los dos coches a la vez y les pidió permiso a sus abuelos para ir a casa de Nacho, que había pasado una parte de la cena insistiendo en verse más tarde.

No habían empezado a subir las escaleras cuando ya les estaban avisando de que mantuviesen la puerta abierta. El chico bufó ante la idea, por eso dejó la puerta entre abierta, que como decía, no era cerrado.

—Pensé que ibas a ir a la fiesta —comentó sentándose en la cama del chico.

—La verdad que lo he pensado, pero no sé si tengo ganas.

—¿No será porque yo no quiero ir, no? Porque eso sí que no lo acepto.

—Lo último que quería era que dejase a sus amigos de lado.

—No, lo que no me apetecía era quedarme hasta las mil, en pocos días es la selectividad y no puedo arriesgarme. —Sonrió—. Ya lo celebraremos en la playa.

—Nacho, hijo —dijo su madre abriendo la puerta de par en par—. La puerta, abierta. —Hizo el gesto intentando no reírse.

—Entendido, capitana. A lo mejor bajamos a ver una película o algo.

—Vale. Buenas noches, cariño. —Le dio un beso en la frente—. Y a ti también. —La besó con cariño igual que había hecho con su hijo.

Bajaron al mismo tiempo que Roberto subía. Sabía que lo de ver una película era una excusa de Nacho para no tener a sus padres encima, pero aun así el chico puso la televisión «por si acaso». Hablaron de la graduación y de lo poco que quedaba para que terminase la pesadilla de la selectividad.

—¡Mierda! —exclamó él—. Se me olvidó darte el recuerdo que te trajeron Víctor y Claudia de su luna de miel. Espera aquí.

Se quedó sola unos minutos que se le hicieron eternos. Eternos porque el chico llevaba trasteando por la parte de arriba casi veinte minutos cuando por fin apareció. Llevaba dos paquetes encima que soltó sobre el sofá.

—Perdona, no los encontraba.

—¿Dónde han estado? —preguntó curiosa cogiendo el paquete que llevaba su nombre.

—París y Nueva York, y luego en verano creo que se van a Tailandia o algo así. —Cogió su paquete también.

—El mío tiene una nota —dijo cogiéndola y leyéndola en alto—. «Ábrelo junto a él».

—«Ábrelo junto a ella». Es la letra de Claudia. —Giró el paquete esperando encontrar algo más—. Me dijo mi madre que le había dicho Claudia que cuando te lo diera abriera el mío. Y me sorprende, porque me han traído mil cosas.

—¿A la vez? —preguntó divertida ante la idea.

—Una...

—Dos...

—¡Tres! —dijeron a la vez.

Desgarraron el papel de regalo a la vez y se encontraron con una sudadera

negra con el logo de Disneyland París en pequeño sobre el pecho.

—¿Para esto querían que lo abriéramos juntos? —Se quejó Nacho levantando la sudadera para verla mejor.

—No, creo que por lo de detrás. —Rio ella.

Cada sudadera tenía en la parte de atrás un guante de Mickey Mouse señalando hacia un lado con el texto «*She's mine*» en la de él y «*He's mine*» en la de ella.

—¡No me puede gustar más! —exclamó ilusionada Adriana—. Había visto los montajes en internet, pero nunca pensé que se vendieran.

Al verla tan contenta la animó a ponerse la sudadera y ver cómo quedaban ambas puestas. Después de varios intentos consiguieron hacer varias fotos con el móvil que habían quedado muy bien.

—Es tarde. —Le dijo ella sonriendo aún—. Me voy a casa. ¿Mañana nos vemos para estudiar?

—Creo que no estarán mis padres —dijo con sonrisa pícara.

—He dicho estudiar, sin dobles sentidos. —Vio cómo aun así sonreía ante la idea de pasar tiempo a solas.

Una vez se hubo quedado solo le mandó las fotos a Adriana y configuró su móvil para poner su favorita de fondo de pantalla. Lo que no sabía es que ella estaba haciendo lo mismo unos metros más allá.

Su hermano se había coronado con el regalo, aunque sospechaba que la idea había sido de Claudia. Le gustaba que su novia y su cuñada hubieran hecho tan buenas migas a pesar de lo poco que se conocían, pero le alegraba saber que conocía lo suficiente a su vecina como para saber que le encantaría el regalo. Aun sabiendo la hora que era le mandó un mensaje a la ya mujer de su

hermano para agradecerle el regalo de parte de los dos, aunque no dudaba que Adriana ya le habría escrito por el mismo motivo.

Apenas quedaban un par de días para selectividad y Nacho no había parado de estudiar junto a Adriana. Apenas levantaban los codos de la mesa. Y aunque se habían estorbado poco esos días decidieron que los últimos estudiarían por su cuenta para molestarse lo menos posible.

Y sin darse cuenta estaban en el autobús de camino a los exámenes. Se fijó en que muchos de sus compañeros iban hablando, otros riendo y otros, como su novia, seguían repasando cosas de último momento.

—Va a salir genial.

—Espero.

Llevaba toda la mañana poco comunicativa y aún quedaban dos días, pero ella no se separaba de sus libros ni ante las quejas de Ana y Mike. Incluso Héctor se atrevió a acercarse a decirla algo, llevándose algún que otro insulto por su parte y un silencio absoluto por la de ella.

El día pasó rápido, entre un examen y otro. Lo mismo pasó los dos días siguientes, en los que la presión parecía no terminar nunca. Pero al salir del último examen no podían más que suspirar aliviados de haber terminado.

Al salir él, la vio hablando con un grupo de clase entre los que se encontraba Carlos, que parecía que seguía sin comprender que estaban juntos y le pasaba el brazo por encima. Le invadió una oleada de celos mientras se acercaba intentando dejar esos sentimientos horribles a un lado. Pero de ella no podía desconfiar. Al verle aparecer se le iluminó la cara y se acercó a él, dejando a Carlos, y a su brazo, sin saber qué hacer. Le dio un ligero beso en los labios antes de empezar a interrogarle sobre qué tal le habían salido los exámenes. Parecía como si su preciosa novia hubiera salido del letargo en el que se

había encerrado la última semana y estuviera deseosa de olvidar la selectividad. Lo mismo que le pasaba a él.

Se unieron al resto del grupo mientras este se iba haciendo cada vez más y más grande a medida que el aula quedaba vacía. No habían llegado al autobús cuando ya estaba decidido el sitio al que irían a almorzar para celebrar el fin de una etapa. Lo que no calcularon era que no habían sido los únicos con la misma idea, así que su sitio de hamburguesas estaba hasta arriba de gente que se apelotonaba en la puerta deseosa de hacerse un hueco para comer.

La mayoría se conocían de antes, ya fuera de clases extraescolares, equipos de deportes, por ser vecinos... lo que hacía que el ambiente fuera distendido y festivo. Incluso a la mayoría no le estaba importando hacer una cola larga.

—¿Te han salido bien? —preguntó la vecina de Raúl a Nacho mientras hacían la cola.

—No lo sé, la verdad es que prefiero no darle muchas vueltas —reconoció el chico.

—Ya... yo tampoco. —¿Le estaba pestañeando? ¿Era eso lo que estaba haciendo?—. Me alegro de haber acabado. ¿Dónde vas a solicitar plaza?

—Tengo muchos frentes abiertos. Ya lo pensaré, pero por ahora voy a disfrutar de unos días tranquilos.

—Siempre te puedes venir a casa. —Se quedó callada esperando una reacción—. Como hacías antes, ya sabes.

—Esto... gracias, pero creo que...

—No decidas ahora, es una invitación abierta. —Le interrumpió coqueta.

Era realmente incómodo tener una conversación así. Miró a su novia que estaba charlando animadamente con Ana, Susana y Rocío, y se acercó a ellas para alejarse de la loca de la vecina de Raúl. Esa chica era capaz de

tergiversar cualquier situación y convertirla en algo que nunca había pasado. La conocía, claro que sí, habían pasado muchas tardes juntos, pero la única vez que había estado en su casa había sido con Raúl. Resultaba ser que la piscina de su amigo tenía más cloro del necesario y la madre de esa chica les había invitado a la suya. Esperaba no tener que darle explicaciones a nadie con respecto a esa breve conversación.

Adriana parecía no haberse enterado y por una parte esperaba que así fuera. No porque tuviera ningún tipo de historia con la chica, sino porque no quería que dejase de disfrutar del primer día de vacaciones.

La veía sonreír y se le aceleraba el corazón. Se sentía bastante idiota al pensar esas cosas y agradecía que nadie pudiese escuchar sus pensamientos porque si no pensarían que era el tío más cursi del mundo. Pero lo que sentía con ella no lo había sentido con nadie más. Lo peor es que sentía que había engañado a otras chicas con las que había estado porque hubiesen durado más o menos tiempo les había hablado de sentimientos sin realmente saber lo que eran. Incluso había llegado a pronunciar las palabras «te quiero» sin entender lo que significaba querer de verdad.

Y ahí estaba ella, desbaratando su mundo. Podría asegurar que casi desde el día que la volvió a ver en la cena, con su cara triste, algo gruñona. Había sido un proceso lento, por supuesto, en ese momento él estaba con Laura, mal, pero al fin y al cabo estaba con ella. Había habido momentos tensos, momentos alegres y momentos en los que se habían enfadado y había temido perderla. El proceso, aunque lento, había dado sus frutos.

No sabía cómo era posible que una simple persona pudiera causar sentimientos tan grandes en otra. Pero cada segundo que pasaba con ella, era el mejor segundo de su vida. En ese momento, y delante de todos, le hubiera gustado gritar a los cuatro vientos que la quería, pero sabía que ella se moriría de la vergüenza. Se merecía algo mucho mejor, se merecía que la forma en la

que se lo dijese se le quedase grabada. Como a él le había pasado el día de su cumpleaños. Un día que sin lugar a dudas, recordaría siempre.

Se estaba poniendo sensible, y tenía la horrible sensación de que cualquiera podría darse cuenta de ello así que intentó cambiar el chip y disfrutar del día que tenían por delante.

Capítulo 35

No es que hiciera un día magnífico. Para ser junio, estaba nublado y parecía que fuese a llover de un momento a otro, pero Nacho la había llamado para ir a la playa ellos solos. Decía que tenía una sorpresa. ¿Cómo no se iba a ilusionar?

A pesar de los pantalones cortos decidió ponerse una sudadera en vista del tiempo, y en la mochila, donde llevaba la toalla, había metido otros pantalones largos por si el tiempo no mejoraba. No es que tuviera intención de meterse en el agua, ya había tenido suficiente agua helada por un tiempo desde su escapada.

Estaba esperando escuchar la moto del chico para salir cuando llamaron a la puerta.

—¡Sorpresa! —dijo él al abrirle—. He pensado que era mejor dártelo ahora, para que no se rompiera.

—¡Me intrigas! ¿Está fuera?

—No, vamos a tu cuarto.

Subieron con él delante, que según pensaba Adriana parecía que hacía aposta lo de ir lento para fastidiarla sabiendo lo mucho que le gustaban las sorpresas. Una vez arriba la hizo sentarse en la cama y se sentó a su lado poniéndole un paquete delante. Le quitó importancia al detalle, pero para ella era ilusionante recibir algo porque sí de su novio.

Abrió el paquete y se encontró con un marco rodeado de conchas, igual que el

que le había regalado ella por su cumpleaños, y una foto de ellos dos en la playa, de espaldas. Sabía que esa foto la había hecho Ana, ya le había enviado todas y estaba pensando en ponerlas en un álbum para que no se perdieran. Esa foto, en la que salían sentados mirando al mar, ella con la cabeza apoyada sobre el hombro de él, era una de sus favoritas.

—No me puede gustar más —susurró. No le salían las palabras—. ¿El marco...?

—Sí, lo he hecho yo. Bueno, he pegado las conchas, el resto no.

—¿Cuándo...? ¿Cuándo lo has hecho?

—¿Te acuerdas del día que tenía recados? —asintió—. Fui a por ellas, esos eran los recados que tenía que hacer. Te dije que había ido a comprar, que fue el marco.

—¿Te fuiste a la playa a por conchas?

—No a cualquier playa, fui a la playa que fuimos juntos en nuestra primera cita oficial.

Se levantó, lo colocó sobre su mesilla con cuidado y se lanzó sobre él a besarle. Le encantaba que fuera tan detallista, pero adoraba aún más que hubiera sido capaz de irse a un lugar que había sido especial para los dos y que se hubiera puesto a buscar conchas.

Aprovechó que estaban solos en casa para besarle con ganas. Se había puesto a horcajadas sobre él, besándole el cuello, mordisqueándole la oreja. Le había cogido el gusto a todo lo que había ido aprendiendo las últimas semanas. Y no se refería a lo que había estudiado para selectividad. Por ello aprovechó la ocasión de tener la casa vacía para volver a practicar lo aprendido.

—Creo que me voy a malacostumbrar si me das las gracias de esta forma —comentó Nacho terminando de ponerse la camiseta.

Se pusieron en camino para aprovechar el día. Al llegar era casi la hora de la

comida, pero agradecieron que el tiempo no acompañase porque la playa estaba vacía. Montaron su pequeño chiringuito en mitad de la playa. Adriana seguía pensando que era un lugar mágico. De frente tenían el inmenso océano, ente medias una playa silenciosa de arena y a su espalda un bosque. Quizás no se le pudiera denominar así, pero para ella era como si lo fuese.

La madre de Nacho había vuelto a prepararles la comida, solo que esta vez todo iba en recipientes para tirarlos directamente, por lo que no tendrían que cargar nada de vuelta a casa.

—Me encanta este sitio —dijo apoyando su espalda contra el pecho de su novio—. Cada vez más.

—A mí también, pero más desde la primera vez que vinimos.

—Siempre será nuestra playa, bueno y de tus abuelos.

—Podemos dejarlo en que es nuestra.

Llevaban un rato en la misma posición, en silencio, disfrutando del sonido del mar, de los brazos de Nacho rodeándola. Era reconfortante. En unos días se irían junto con el resto de sus compañeros de vacaciones de fin de curso y no podrían disfrutar de momentos como ese. Por eso estaba aprovechando y disfrutándolo.

Nacho se tumbó, dejándola bocarriba, por lo que aprovechó a hacerla cosquillas. Cuando logró zafarse, se tumbó sobre él y le dio un beso. A ella todos le decían que tenía unos ojos preciosos por ser claros, pero los del chico, a ella, le parecían espectaculares. El color que tenía no era un marrón oscuro, pero sí muy intenso. Le parecía que podía perderse en ellos, como si fueran hipnóticos. Le gustaba todo de aquel chico perfecto.

—Te quiero.

Acababa de soltar las palabras que tenía hechas un nudo en la garganta desde esa mañana cuando él le había dado el marco. Vio cómo abría mucho los ojos,

como si lo último que se esperase era que le dijera eso, y en realidad era así, porque siempre pensó que sería él el primero en decirlo.

—Repítelo —pidió.

—Te quiero. —Esta vez le vio sonreír antes de besarla.

—Te quiero —dijo él esa vez—. Desde hace mucho y... y creo que nunca podré dejar de quererte, no ahora que sé lo que es.

—Sé que no ha sido el momento perfecto, pero necesitaba decírtelo, desde hacía mucho, y siempre estaba buscando el momento que más te impresionase.

—Me ha impresionado, te lo puedo jurar. —Le había cogido la cara entre las manos y besaba cada parte de ella—. Para mí ha sido perfecto.

—Me alegro.

—Repítelo.

—Te quiero.

—Otra vez.

—Te quiero.

—Repítelo más alto —dijo mientras la levantaba.

—¡Te quiero! —gritó mientras se reían.

Y justo en ese momento empezó a llover, como si el cielo quisiera sellar ese momento guardándolo en las entrañas de la tierra, para que no se perdiese. Se levantaron lo más rápido que pudieron mientras recogían todo y salían corriendo en dirección al bosque, donde pudieron refugiarse momentáneamente. Ella aprovechó a ponerse los pantalones largos para protegerse lo más posible del impredecible tiempo del norte.

Esperaron entre la poca espesura de lo que Adriana denominaba bosque, a que arreciase. Pero los minutos pasaban y parecía que el cielo se iba a partir en dos. La lluvia empezó a caer con fuerza, salpicando el suelo y manchando los

pantalones y zapatillas de ambos de barro. Como dicen, después de la tormenta siempre llega la calma y parecía que después del fuerte diluvio de los últimos minutos, la lluvia había llegado a su fin.

Salieron de entre los árboles y tras secar la moto se montaron para volver a casa. Apenas eran treinta minutos de trayecto, pero Nacho decidió ir más despacio porque el suelo seguía mojado y las ruedas con un poco de barro, a pesar de que había intentado quitar todo lo posible.

Estaban disfrutando del trayecto, con el olor a tierra mojada a pesar del frío que les inundaba la piel.

—Dímelo otra vez —gritó Nacho a través del casco.

—¡Te quiero!

—Te juro que no me cansaré de oírtelo decir, y menos de decírtelo yo.

—¡Pues dílo! —Le gritó desde detrás.

—¡Te quiero!

Y de repente, una fuerza la separó del torso de Nacho a la vez que oía un fuerte golpe en el lado derecho de la moto. Estaba volando, literalmente, cuando cayó de costado sintiendo un fortísimo dolor en el brazo. Justo antes de golpearse la cabeza.

Capítulo 36

Pi. Pi. Pi. Pi. Solo oía eso. Intentó abrir los ojos, pero no podía. Se estaba preguntando si sería ese tipo de pesadillas en las que se está consciente pero la persona es incapaz de despertarse.

Se le aceleró el pulso y con eso aumentó la frecuencia de los pitidos. «No, no, no», se repetía intentando no creerse donde estaba. «Por favor, no». Notó cómo se le humedecían los ojos y después de varios intentos logró abrirlos. Definitivamente sus peores pesadillas se habían hecho realidad. Estaba en un hospital. Intentó moverse pero sentía el cuerpo pesado y dolorido, le consolaba saber que al menos no estaba intubada.

—¡Estás despierta! —susurró alguien a su lado—. Qué susto nos habías dado.

Era su abuela, y un poco más atrás estaban su abuelo y su hermano, que en cuanto la vieron mirar hacia ellos se acercaron corriendo a la cama. Las lágrimas de su hermano hicieron que ella empezase a llorar también.

—No llores, cariño —decía su abuela acariciándola el pelo.

Su hermano se fue por el otro lado de la cama y se recostó sobre ella abrazándola, intentando no tocar ningún cable. Le dolía tanto el cuerpo que no tenía fuerzas ni para levantar la mano y poder reconfortarle. Se sentía tan impotente que lo único que quería era llorar.

—¿Qué pasó? —preguntó al fin.

—Esto... —Se estaban mirando los unos a los otros, lo que la hacía

ponerse en lo peor—. Os dio un coche —dijo su abuelo sin detallar nada.

—¿Y él? —Se quedaron callados, haciendo que se temiera lo peor.

—En la habitación de al lado —respondió rápido Juan—. Quiere venir, pero los médicos no le dejan.

Se quedaron un rato en silencio. Recordaba ir hablando con él, un golpe y luego su aterrizaje en el suelo. Pero no había visto ningún coche. No se habían cruzado con nadie.

—Me han dicho que esta señorita ya está despierta. —Era el médico el que hablaba acercándose a ella y haciendo que sus familiares se separasen—. Veamos.

Empezó a pasarle una pequeña linterna por los ojos, a mirarle las piernas, el brazo izquierdo, y cuando llegó al derecho se fijó que lo tenía escayolado. Era por eso por lo que no había podido moverlo. No sabía cómo no se había dado cuenta de eso.

—¿Cómo te llamas?

—Adriana.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—¿Sabes qué día es hoy?

—¿Quince de junio? Me duele todo, tanto que apenas puedo moverme —dijo intentando cambiar de tema.

—¿Y qué recuerdas? —dijo tras hacer un gesto extraño con la cara.

—Iba... Íbamos hablando y luego un golpe. —Se quedó pensativa—. Y... y luego dolor, y después nada.

—Bueno, es normal. Parece ser que el coche que os dio salió a bastante velocidad de un camino y os dio. Has sufrido una conmoción

cerebral, parece que no hay traumatismo, pero estamos haciendo todas las pruebas pertinentes. La conmoción del golpe más la rotura del cúbito y del radio hicieron que perdieses el conocimiento durante varias horas y tuvimos que sedarte. —Hablaba apenas sin parar, haciendo que se sintiera aún más confusa.

—¿Tengo... tengo el cerebro mal y por eso no siento el cuerpo? —
¿Qué podía preguntar? Estaba aterrada.

—No, creo que eso es por el golpe. Te colocaron y escayolaron el brazo al llegar a urgencias, pero tendremos que hacerte algunas radiografías para comprobar que vaya bien, y ahora, en un rato vendrá una enfermera a llevarte a hacer unas resonancias.

No sabía si debía preguntar más. Estaba sin palabras. Se fue el médico y con él sus abuelos, que se quedaron hablando fuera de su habitación un rato.

—Es la segunda resonancia que te van a hacer —comentó Juan poniéndose a su lado para acariciarle el pelo tal y como había hecho su abuela unos minutos antes.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Creo que unas doce horas, aunque a mí se me han hecho eternas. —
Le veía apenado y a la vez aliviado, pero eso no le quitaba la horrible sensación que tenía encima—. Nos llamaron después de cenar y vinimos corriendo. No me querían dejar venir. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero no podía permitirlo, no podía quedarme en casa sabiendo que estabas aquí.

—Ven, tumbate conmigo.

Logró, no sin dolor y esfuerzo, mover el brazo y hacerle un hueco junto a ella. No tardó en calmarse al notarla ahí, pegada a su costado.

—Siento hacerte pasar por esto. —Le dijo después de unos minutos observando a sus abuelos y al médico hablar—. Otra vez.

—No lo sientas, ha sido culpa del otro. Pero... he tenido miedo de perderte a ti también. Bueno, todos.

—Me siento tan culpable... De verdad, no puedes hacerte una idea. — Estaba llorando otra vez—. Si hubiéramos esperado a que se secase la carretera, pero yo le apremié.

—Nacho sabe que no es culpa tuya, todos lo sabemos.

—Sí, es mi culpa —susurró cuando Juan se levantó al ver aparecer a la enfermera.

La enfermera era bastante más joven de lo que se hubiera esperado. Se acercó a ella con una gran sonrisa mientras le preguntaba qué tal se encontraba. Movi6 cables, bolsas de suero y demás cosas que tenía enganchadas al cuerpo y con la ayuda de un celador movieron la cama en direcci6n a la sala de resonancias.

Iba pasando de un tubo a otro mientras los m6dicos y enfermeras que la rodeaban hablaban en t6rminos m6dicos de ella y de lo que le estaban haciendo. Dej6ndola m6s confusa. Le pareci6 que llevaban horas ah6 cuando finalmente la llevaron a otra habitaci6n, donde se encontr6 a una mujer regordeta viendo la televisi6n desde su cama.

—¡Chica! ¡Pero qu6 mala pinta tienes! —exclam6 la se1ora.

No le dio tiempo a decir mucho m6s porque justo entraron sus abuelos, su hermano y los padres de Nacho. «¿No deber6an estar con 6l?», se pregunt6 al verles aparecer. Se les ve6a preocupados, y al igual que le hab6a pasado al mirar bien a su hermano, con alivio. Estuvieron charlando un buen rato, intentando por todos los medios, evitar el tema del accidente, aunque no era algo que ella pudiera quitarse de la cabeza f6cilmente.

Cuando los padres de Nacho se estaban levantando para irse, apareció el médico seguido de varias personas. Le explicaron que en su resonancia cerebral no habían encontrado daños preocupantes pero que quedaría en observación durante un tiempo. La preocupación se reflejó en la cara de todos, pero el médico le quitó importancia explicándoles que lo más importante era vigilar que no se hubiesen dado daños en el cerebro, por lo que les pedían que le hicieran preguntas fáciles de responder con tal de ir controlando su comportamiento.

Pasaron el resto del día observándola, haciéndole preguntas e intentando dejarla dormir. Finalmente, cuando se acercaba la hora de la cena los médicos les instaron a sus abuelos y a su hermano a irse a casa. Ninguno de los tres quería marcharse y dejarla sola, pero tuvieron que hacerlo.

Su compañera de habitación no dejó de hablar desde el momento en el que salieron por la puerta, sobre el mal aspecto que tenía e intentando sonsacarla alguna palabra. Pero no quería hablar. Se recostó en su cama con la voz de su vecina como ruido de fondo mientras se centraba en sus oscuros pensamientos. Había estado preguntando constantemente por Nacho, pero la información que le daban era poca. Solo quería saber si estaba bien. Bien de verdad. Se sentía terriblemente culpable de lo que había pasado, echándose la culpa a pesar de que le hubieran contado lo sucedido. Tenía la sensación de tener una sombra negra a su alrededor, como si hubiera llegado al tope y hubiera caído al vacío rápidamente. ¿Y si había distraído ella a Nacho y la realidad era que él no había visto el coche?

Todo tipo de preguntas con final horrible le venían a la mente, y empezó a llorar. No quería causar dolor a la gente que quería y odiaba pensar que quizás por su culpa él hubiera sufrido daños. No se lo merecía. Siempre había sido perfecto con ella, hasta cuando se habían enfadado. No podía perderle.

Seguía llorando en silencio esperando a quedarse dormida. Pero solo le sirvió para pasarse la noche soñando con accidentes. El de sus padres, el suyo... Se levantó sobresaltada a mitad de la noche porque estaban zarandeándola para despertarla. Había dos enfermeras, una a cada lado de la cama. Tenía el corazón a mil y seguro que con la máquina esa se estaba enterando todo el hospital. La revisaron las pupilas e inyectaron algo en la vía. Después todo se desvaneció.

No sabía qué hora era cuando empezó a abrir los ojos. Se sentía cansada, le pesaban los párpados y a pesar de encontrarse así, solo quería seguir durmiendo. Habían recostado su cama, por lo que se encontró allí a su hermano. Le contó que sus abuelos estaban en la cafetería comiendo. No sabía que era tan tarde hasta que le explicaron que por la noche tuvieron que sedarla.

Poco después de la hora de la comida, cuando estaba volviendo a quedarse dormida escuchando el leve pitido de la máquina, Mike y Ana aparecieron en la puerta. Sus caras denotaban toda la preocupación que sentían y se acercaban despacio, como si intentasen molestar lo menos posible.

—¡Adri! —susurró Ana como si no se creyese que estuviera ahí.

—¡Chicos! —Se sentía grogui después de todas las medicinas que le estaban metiendo en vena.

—¿Cómo te encuentras? —Mike ya estaba junto a ella, sentado en una silla—. Nos habéis dado un buen susto.

—Sigo dolorida, pero me están dando tantos calmantes que siento como si flotara. —Se notaba la voz ronca.

—Tienes... buen aspecto. —Estaba cortada, algo que a Ana rara vez le pasaba—. Teniendo en cuenta lo ocurrido, claro.

—No mientas, estoy horrible. —Sonrió para que no se sintiera

culpable.

Pasaron gran parte de la tarde evitando el tema del accidente, charlando de otras cosas. Cuando Ana se fue a por café y bollos para ella y Mike, este se puso serio.

—¿Seguro que estás bien?

—No. —Sabía que estaba esperando una respuesta más larga—.

¿Cómo está?

—Físicamente bien, le han tenido en observación hasta esta mañana. Fuiste tú quien se llevó la peor parte, fuiste directa hacia las únicas rocas que había.

—¿Hasta esta mañana? ¿Físicamente? —Estaba confusa.

—Pensé que te lo habían dicho... —Se notaba cómo se debatía entre contárselo o no—. Le dieron el alta esta mañana, pero no le han dejado venir.

—¿Quiénes?

—Sus padres y... tus abuelos.

—Piensan que es culpa mía —reconoció en alto.

—No, Adri, no pienses eso. Piensan que hay que dejarte descansar. Nosotros hemos tenido que negociar con tus abuelos.

—Pero, Mike, es que es culpa mía, de verdad.

—¿Por qué dices eso? —Estaba preocupado.

—Yo le insté a que cogiera la moto, yo le distraje mientras conducía.

—Sabes que no es verdad.

—Sí, lo es. —Estaba llorando—. Y no puedo soportar hacerle sufrir, pero aún menos perderle de esa forma.

Justo en ese momento entraron Ana y sus abuelos. Al verla alterada, pidieron a los chicos que se fueran y llamaron a la enfermera, quien también les pidió a

ellos amablemente que se fueran para dejarla descansar. Misión imposible teniendo a la mujer esa en la cama de al lado. Pero aún más complicado después de lo que le había dicho Mike. Eran los propios padres de Nacho quienes no le dejaban verla.

A la mañana siguiente se levantó sola en la habitación. Habían dado de alta a la mujer de la cama de al lado y no había nadie más cerca. Tras la revisión rutinaria del médico, llegó una enfermera que le ayudó a ponerse en pie e ir a la ducha. Después se la llevó a rayos-x, para valorar cómo iba la fractura. Al volver a la habitación, donde ya esperaban sus abuelos, el médico le comunicó que tendrían que operarla porque los huesos no estaban bien colocados, por lo que le tendrían que poner placas.

Pasó el resto de la mañana meditabunda, encerrada en sí misma, aún con la corta conversación que había mantenido con Mike en la cabeza. Sus abuelos intentaron animarla después de que el fisioterapeuta se fuera por la tarde, pero no tenía muchas ganas de hablar con ellos. Tenía la intuición de que, en parte, el no poder ver a Nacho era más cosa suya que de los padres del chico. Al igual que era cosa suya no dejarla mirar el móvil.

El médico, que se pasó a última hora de la tarde, casi cuando sus abuelos se iban, les comentó que la operarían al día siguiente ya que había quedado un quirófano libre por la tarde. Corría prisa la operación porque si los huesos comenzaban a soldarse tendrían que romperlos de nuevo para repararlos. La información no dejó a sus abuelos con buen sabor de boca, y se resistían a marcharse.

Faltaba poco para que le llevaran la cena cuando se quedó sola. Una parte de ella lo necesitaba, quería incluso no tener que pensar, pero por otra parte tenía la necesidad de desahogarse, de llorar y que alguien la escuchase, la abrazase, todo hasta que se quedase dormida. Cada minuto que pasaba se sentía peor,

todos le decían que no había sido culpa suya, pero en su interior tenía claro que sí, que había distraído a Nacho y por eso no había visto el coche para poder esquivarlo. Solo de pensarlo se le aceleraba el pulso y le costaba respirar.

La enfermera apareció con la cena y se la dejó sobre la mesa guiñándola un ojo. Estaba confusa, se había ido sin ayudarla a preparar todo como en otras ocasiones. Gruñó al quitar la tapa de la bandeja y ver el contenido. Un puré de un color demasiado verde y algo que parecía un filete de carne. Lo único apetecible era el pan, así que cogió el plástico en el que venía para desgarrarlo con los dientes.

—¿Te ayudo? —No podía ser él, no le dejaban ir y su moto estaba rota—. ¿Adri? ¿Estás bien? —Se había quedado sin palabras.

—Sí, a todo.

Se acercó y primero abrió el pan. Le notaba tan nervioso como ella lo estaba, pero dudaba que fuera por los mismos motivos. Aun así, ahí estaba él, mirándola a los ojos esperando que empezase a hablar. Y ahí estaba ella, parada, sin saber qué decir.

—Me llamó Juan —empezó Nacho—. Pero mis padres no me han dejado salir hasta hoy. He estado llamándote.

—No han querido darme el móvil. —Notaba el ambiente raro entre ellos. Deseaba que se acercase más—. Además... —No sabía si decir lo que pensaba—... Me han comentado que tus padres no querían que nos viéramos.

—Tus abuelos tampoco... —Lo había dicho sin pensar, pero era la verdad—. Pero no por lo que piensas. —Y por fin se acercó a ella, aunque no tanto como le hubiera gustado.

—¿Entonces, por qué?

—Por lo de tu golpe. —Se quedó, un instante, meditabundo—. El médico les dijo que «evitémos las emociones fuertes», y creo que piensan

que somos eso el uno para el otro.

—Ni que fueras el tío de Crepúsculo...

El comentario hizo reír a Nacho, y en consecuencia a ella. No era que comparase a Edward Cullen con él, para ella él seguía siendo muchísimo más guapo. Aunque como es bien dicho, para gustos los colores. Nacho terminó de salvar la distancia que había entre ellos y, con la mirada, le pidió si podía besarla, a lo que accedió.

—¿Cómo has venido?

—Me ha traído Mike, le he pedido el favor.

—¿Qué te dijeron a ti los médicos?

—Esto... —La ayudó a sentarse para que pudiera empezar a cenar mientras pensaba su respuesta—. Me tuvieron en observación aquí, pero quien se llevó la peor parte fuiste tú. No sé cómo pasó, de verdad...

Y entonces, por primera vez, vio a Nacho llorar. Le confesó lo culpable que se sentía, que odiaba verla así, que estaba convencido de que si hubiera prestado más atención no hubiera sucedido nada. Pero lo peor de todo es que ella era incapaz de creerle. Le consoló, le enjuagó las lágrimas, le besó, pero en ningún momento le confesó que sobre ella también pesaba la culpa. Sabía que tenía que decírselo, quitarle ese peso de encima, pero no podía. Le había hecho daño, y eso era algo que no podía perdonarse. Se sentía casi igual que cuando se enteró del accidente de sus padres, la culpable de todo.

Cuando por fin se calmaron ambos, entró la enfermera para pedirle al chico que se marchase ya. Se despidieron con un beso y la promesa de Nacho de volver en cuanto pudiera.

En el momento en el que salió por la puerta, toda la tensión que había estado conteniendo ese rato salió disparada. Su corazón latía a mil por hora,

temblaba y le faltaba el aire, como si le estuvieran apretando el pecho fuerte. Empezó a llorar ante todas las emociones y sensaciones que estaba pasando. La enfermera apareció corriendo ante el aumento de los pitidos. Estaba mareada y le costaba escuchar lo que le estaba diciendo. Le pusieron algo en la vía y logró calmarse, entrando en un estado letárgico.

Cuando llegó el médico por la mañana pidió a sus abuelos que les dejaran a solas. Le preguntó por los ataques de ansiedad, motivo por el cual acabó derivándola al psicólogo para ver cómo podían solucionarlo.

El resto de la mañana la pasó de prueba en prueba, antes de que por la tarde la metieran en quirófano. La operación fue bien, el único pero era que tendría que llevar la escayola casi tres meses.

Dos días después estaba pasando una hora al día con el psicólogo y otra con el psiquiatra, quien le había recetado antidepresivos. Mike llegó en cuanto terminó su hora de terapia.

—¡Sabía que estabas loca! —exclamó abrazándola como todas las tardes cuando iba a verla. Aún no había faltado ni un día.

—No estoy loca, al menos aún no me lo han diagnosticado.

—Porque tú lo digas. —Se sentó en la cama después de ayudarla a colocarse.

—¿Os vais mañana? —preguntó sabiendo que su amigo quería hablar de ello.

—Sí, salimos por la mañana. —La miró apenado—. Ojalá pudieras venir, de verdad.

—Me encantaría, pero me quedan unos días aquí. —Señaló a su alrededor—. Lograste... —No quería volver a sacar el tema, pero necesitaba confirmarlo—. ¿Lograste que se decidiera a ir?

—Sí, pero no me gusta lo que estás haciendo.

—Lo sé. —No podía mirarle a la cara porque habían tenido esa

conversación muchas veces en los dos últimos días.

—Es tu decisión, Adri, pero eso no quiere decir que esté de acuerdo en cómo vas a hacer las cosas. —Ella le miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo sé, pero me ha costado mucho tomar la decisión.

—Te entiendo, pero, pff... Odio esto.

Ana se unió a ellos una hora más tarde para despedirse también de ella. Incluso había llevado merienda para todos, la cual no se olvidó de grabar. Les comentó que se estaba pensando seriamente abrir un vídeo blog como le había dicho Adriana en broma el día que le regaló la cámara. Mike no parecía muy contento con la idea, pero sabía que debía apoyarla.

No tardaron mucho en irse para terminar sus respectivas maletas y, a modo de sorpresa apareció Nacho. Sus abuelos le saludaron y sin decir una palabra salieron de la habitación.

—Hola. —Se acercó y le dio un beso—. Parece que no están muy contentos.

—Culpa mía. ¿Tienes ya la maleta hecha?

—Sí, apenas faltan unas cosas. Acabo de cruzarme con Mike y Ana, que no habían terminado las suyas. —Rio ante la idea—. Te vamos a echar de menos.

—Y yo a vosotros. —Sonrió.

Se quedó a cenar con ella a pesar de los intentos de quejas que profería la enfermera de guardia. Pero la tenía en el bolsillo. Desde el primer día se la había ganado y lo sabía, por eso sacaba todo el beneficio que podía de ello.

—No quiero irme —dijo él después de un momento de silencio.

—Pero no te puedes quedar. —Señaló al puesto de control que había

un poco más lejos—. Por mucho que intentes chantajear a Pilar.

—Podría convencerla, y lo sabes. —Hizo el amago de ir a hablar con ella cuando Adriana le agarró del brazo para impedirselo—. ¿No quieres?

—No es eso, pero ¿mañana cómo irías al aeropuerto?

—Ya buscaría una solución. —Estaba extrañado, pero entendía lo que decía—. Pero tienes razón. Mis padres deben estar abajo ya. —Ella le sonrió—. Te voy a echar de menos, mucho.

—Y yo a ti. —Él se acercó a besarla y ella aprovechó a abrazarle—. Te quiero, no lo olvides.

—Yo también te quiero.

No quería soltarle, y él parecía pensar lo mismo. Le dio un beso y se soltaron.

—Te quiero. —Le repitió queriendo que se le grabasen a fuego las palabras—. Siempre.

—Siempre.

Capítulo 37

—¿Estás segura? —preguntó su abuela.

—Sí, necesito hacer esto.

—Vale.

Salió de su habitación, dejándola sola con la maleta. Metió las últimas cosas y se sentó en su escritorio, cogiendo papel y boli:

Mi queridísimo Nacho:

Me voy. Suena horrible, pero es lo que necesito hacer ahora mismo. Me voy a pasar el verano con mis tíos.

Sinceramente no sé qué más ponerte en esta especie de carta, pero lo que te dije ese día en el hospital era verdad. Te quise, te quiero y te querré. Siempre. Has dado sentido a mi vida, has conseguido hacerme la persona más feliz de la Tierra, y es algo que no olvidaré. Como tampoco olvidaré el dolor en tus ojos al verme en esa horrible cama de hospital. Y eso es algo que no me puedo perdonar. No puedo soportar la idea de hacerte sufrir, y probablemente ahora que estás leyendo esto, lo estés haciendo. Pero será como tirar de una tirita, dolerá al principio, y después... se pasará. Te lo prometo.

Pero yo... tengo un dolor dentro que no quiero volver a sentir. Te conté que

me costó mucho darme cuenta de que el accidente de mis padres no había sido culpa mía, pero estoy convencida que el nuestro sí lo fue. Yo te distraje. No fuiste tú. Fui yo. Y eso me desgarró por dentro. Cada vez que pienso en ello siento como si me quitasen la piel a tiras, como si fuera un papel que rasgaran una y otra vez, y mi corazón se rompe en millones de pedazos al pensar que te podía haber perdido. Para siempre. ¿Sabes lo horrible que suena ese «para siempre»? Te juro que no hubiera sido capaz de levantar cabeza. Agradezco, aunque no lo sientas así, que yo me llevase la peor parte.

No te sientas culpable, por favor. No sé si esto es lo más sensato que podría hacer, pero necesito alejarme. Porque si me quedo sé que no podré separarme de ti. No me odies por la forma en la que lo estoy haciendo, pero sé que si me quedo dejaré en un segundo plano el dolor y algún día estallaré y seré como un huracán.

Perdóname. Si no es ahora, algún día.

Te quiero.

Con toda mi alma. Con todo mi ser. Con cada célula. Y así será siempre.

Cerró el sobre llorando aún y escribió el nombre del chico. Era irónico cómo una carta de despedida podía parecerse tanto a una carta de amor. Se odiaba a sí misma por hacer lo que estaba haciendo, pero sabía que era lo mejor para ambos, pero sobre todo para ella. No podía pedirle que le esperase hasta que estuviera bien, sería lo más egoísta que podría hacer. Pero quería ser egoísta.

Bajaron las maletas. Salió corriendo y llamó a la puerta de sus vecinos. Ahí

estaban Carmen y Roberto, con esa sonrisa de bienvenida tan acogedora que ponían siempre. Les pidió dejar la carta en la habitación de Nacho y se despidió de ellos rápidamente para no tener que dar muchas explicaciones.

Volvió a casa con el corazón encogido y se despidió de sus abuelos, quienes no paraban de recordarla que debían llamarles en cuanto pudieran. El taxi llegó y Juan metió las maletas en el coche con la ayuda del taxista. Ese día les recordó al primero que llegaron allí. Tan tristes, tan desolados, tan desconsolados. Y en menos de un año todo parecía haber cambiado. Menos la tristeza para Adriana. Esa vez no era por sus padres, pero sí por un accidente y una persona a la que también quería.

Ver pasar el paisaje dejando lejos todo lo que había ido amando con el tiempo, le hacía pensar en si su decisión era la acertada. La mayor parte de ella pensaba que sí y una pequeña y horrible parte, la que suprimía los antidepresivos, le decía que no. Pero la decisión la había tomado antes de que le recetasen las pastillas, así que no había sido una consecuencia de ello.

Después de la primera visita de Nacho y su posterior ataque de ansiedad había comentado la idea con sus abuelos y Juan. A los mayores les había parecido una buena idea que pasaran una temporada con sus tíos, y a Juan también. Pero el pequeño de la familia había sospechado y se lo había preguntado en cuanto se hubieron quedado a solas. La regañó por la decisión, pero lo entendía.

Lo mismo pasó cuando se lo contó a Mike. No creía que fuera la decisión más acertada, pero entendía a su amiga. Él iba a ser el encargado de contárselo a Ana, y, por desgracia, de consolar a Nacho. Mike había insistido en que se lo dijera antes de irse, pero no podía mirarle a la cara y confesarle todo lo que la atormentaba por dentro.

Así que ahí estaba, a punto de coger un vuelo a Michigan, donde pasarían los próximos dos meses. Estaba nerviosa, no tanto por el vuelo como por saber

cuál sería la reacción de Nacho al enterarse de la bomba que le había dejado en su habitación en forma de sobre.

Se sentía la peor persona del mundo por esa apestosa despedida, pero ya no había marcha atrás. El avión iba a despegar, y ella estaba a punto de dejar atrás la vida que había construido. Porque sabía que, aunque había personas que la querían, el regreso no sería fácil. Sus abuelos la apoyaban, Mike estaba molesto por cómo había hecho las cosas, Ana estaría enfadada y le costaría perdonarla, y Nacho... No creía que Nacho pudiera perdonarla. Pero todos y cada uno de ellos le importaban y esperaba que la quisieran lo suficiente para perdonar sus errores, sus delirios, sus paranoias. Rezaba por ello.

Capítulo 38

Estaba tan nostálgica que se había puesto a recordar mientras miraba el muro de su habitación del que colgaban cientos de fotos de sus pequeñas pincitas agarradas en cuerdas de esparto. Era la única decoración que le había llamado la atención, y no podía negar que se sentía muy orgullosa de ello. Cada foto que tenía ahí colgada era especial de todas las formas habidas y por haber.

Los últimos tres años habían sido algo caóticos. Había vivido con Mike durante sus primeros meses de universidad, pero convivir con él y otros cuatro chicos había resultado ser una experiencia de lo más incómoda, y no solo por los problemas con las tapas del váter o el ir y venir de chicas.

Después había ido a vivir con unas chicas de su carrera, pero la experiencia no había sido tal cual lo había esperado, así que en su segundo año de carrera se había mudado a una casa con dos chicas mayores, y desde entonces no se había vuelto a mover. Eran simpáticas, ordenadas, limpias y no se metían en asuntos que no las concerniesen, pero lo mejor de todo era que su habitación era mucho más grande que cualquiera que hubiese tenido, por no decir que parecía un salón.

Lo mejor de haberse ido a vivir a Madrid era que había tanta gente y era tan grande que no había problemas a la hora de encontrarse con nadie que uno no quisiera. Comía con Mike cada día. Al principio lo habían hecho en sus respectivas facultades, pero se cansaron de eso y pasaron a probar lugares distintos. Finalmente se dieron cuenta que no era tan rentable como les gustaría y comían en casa de uno o de otro.

Juan había empezado ese año la carrera, pero había decidido que prefería

vivir en una residencia junto con algunos amigos que también se habían mudado. Lo más gracioso es que lo había decidido después de que ella encontrase el piso perfecto para los dos, pero era lógico que, con dieciocho años, no le apeteciera vivir con su hermana. Aunque eso no quitaba que se vieran cada poco tiempo.

A Ana, por el contrario, la veía unas dos veces al mes y siempre en fin de semana. Le tocó plaza en la universidad de Salamanca y a pesar que deseaba cambiarse a Madrid, decidió quedarse. Se había enfadado mucho después de enterarse de su marcha a Estados Unidos el último verano de instituto, pero acabó entendiendo una pequeña parte y perdonándola, no sin recordárselo alguna que otra vez con cierto re tintín. A pesar de eso, su relación se había estrechado, lo que a Ana le hacía tanta ilusión que acababa haciendo vídeos sobre ellas en su canal de YouTube.

Mike y Ana habían pasado por muchos altibajos los últimos años, dejándolo y volviendo. Pero parecía que en los últimos meses todo había mejorado entre ellos. Adriana no podía alegrarse más.

—Adri, tu novio está aquí —dijo Nerea, su compañera de casa llamando suavemente a la puerta.

—¡Voy!

Terminó de vestirse y salió a recibirle. Siempre esperaba en la entrada a que saliera ella porque a Carla, su otra compañera de piso, no le gustaba que él anduviera solo por ahí, pero siempre la esperaba con una sonrisa de oreja a oreja y una sonrisa que la encantaba. Se habían reencontrado justo al empezar el curso. Él había acabado la carrera hacía dos años, pero fue a dar una charla para un profesor y la reconoció. Ella en cambio a él no, y se había sentido fatal, pero su memoria no era tan buena.

Los ojos azul oscuro de él se iluminaron como dos focos al verla y se acercó a besarla. Iban a salir a cenar para celebrar lo que él llamaba su «mesversario», ya que iban a hacer cuatro meses juntos, algo que él no paraba de recordarle.

—Estás muy guapa, cariño. —Le sonrió recolocándole el pañuelo.

—Gracias, tú también. —Le sonrió terminando de abrocharse el abrigo—. ¿Vamos?

—Tú primero.

A veces era tan atento y amable que podía olvidar los defectos que le encontraba. No era que tuviera muchos, pero parecía como si intentase buscar lo malo de él para dejarle. Odiaba hacer eso, que era lo que había hecho durante los últimos años, pero le salía solo. Le costaba no pensar en ello. Ana la regañaba porque no entendía que hiciera eso, y eso que Bruno no era su persona favorita en el mundo.

Habían ido a un restaurante de comida china no lejos de su casa. Casi siempre iban al mismo sitio, por lo que el camarero les conocía y a veces incluso les regalaba un postre.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos? —preguntó él cuando estaba a punto de llegar el postre.

—¿Cuál de los dos?

—El primero, el de Aula. Te di mi número, pero nunca me llamaste. — Siempre le recordaba ese momento.

—Perdí el papel, supongo que se metió entre muchos otros que acabaron en la basura. —Sonrió quitándole importancia.

—Lo sé... No sabes durante cuánto tiempo estuve esperando que me llamasen. —Se quedó callado esperando a que, como siempre le respondiera, pero no lo hizo—. Así que en cuanto te vi en esa clase perdí hasta el habla. Te juro que no sé ni cómo terminé la charla. —Rio—. Creo que había estado esos

tres años esperándote.

—¡Eres un exagerado! —Le recriminó en broma—. Siempre exageras esas cosas. Te recuerdo que tenías novia.

—Pero pensaba en ti.

—Y dale perico al torno... No te voy a creer, ya te lo he dicho mil veces.

—¿Ni con esto?

Sacó del bolsillo de su abrigo un estuche de terciopelo, como los de los anillos de compromiso. Estaba horrorizada ante la idea de que pudiera estar dándole realmente un anillo de pedida, pero a veces se volvía loco y le compraba cosas exageradamente caras que, después de mucho insistir, él tenía que devolver. La caja seguía ahí, entre los dos, esperando a ser abierta, con la mirada esperanzada de uno y la horrorizada de la otra.

—Vamos, ábrelo. —Le apremió acercándosele.

—Creo que no estamos en ese mismo punto, Bruno... —Seguía mirando la caja, no la cara divertida de él.

—Adri, ábrelo, no es lo que piensas.

Cogió el estuche de terciopelo negro y lo abrió, no sin cierto temor. Suspiró, más alto de lo que pretendía al encontrarse con una pequeña medalla en forma de corazón. Era pequeña, y el grabado solo incluía su propia inicial. Sin fechas, ni nombres. Dentro de todas las cosas que le había querido regalar hasta el momento era la que más le gustaba por su sencillez.

—¿Ves? Nada del otro mundo. —Sacó la medalla y una cadena de plata que no había visto que también iba en el estuche—. Incluso solo he grabado tu inicial, porque de quien estoy enamorado es de ti.

—Yo no te he comprado nada. —Estaba intentando salir del atolladero

en el que se estaba metiendo.

—No pasa nada, quería que fuera una sorpresa.

¿Por qué estaba tan contento? No se lo podía explicar, como tampoco el que después de tan poco tiempo juntos ya le estuviera diciendo eso. No es que creyera que no fuera posible porque ella lo había sentido hacía mucho tiempo, pero le resultaba raro que le pasara eso con Bruno.

Era indudable que sentía algo por él, si no no estarían juntos, pero era demasiado pronto para llamarlo amor. Suficiente que había dado su brazo a torcer poniéndole nombre a la relación, pero le había costado meses de insistencia al chico.

—Adri, el collar no es solo para celebrar nuestro mesversario. —
Tenía su mano cogida encima de la mesa, como en las películas.

—¿Ah, no? ¿Entonces? —No entendía a dónde quería llegar.

—Te quiero.

Lo soltó así, como si nada. Y ella no sintió mariposas en el estómago ni le dio un vuelco el corazón. Solo sintió como si le tirasen un cubo de agua helada por la cabeza, con esos momentos posteriores en los que no se es capaz de reaccionar. Se quedó boqueando como un pez, sin saber qué responder mientras él esperaba pacientemente.

Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si no le salieran las palabras. Estaba totalmente bloqueada. Primero le había dado una caja que parecía la de un anillo de compromiso, después le había dicho que estaba enamorado de ella y finalmente le había soltado esas dos palabras, que no sabía si había querido escuchar.

—No hace falta que me digas nada —dijo por fin él—. Solo quería decírtelo porque es lo que siento por ti, y era la ocasión perfecta.

Pero ya no podía disfrutar de la noche como habría querido porque no paraba de revivir ese momento una y otra vez. Pero a él parecía no haberle afectado. Seguía con sus bromas de siempre, intentando picarla y que se enfadase. Eso era algo que le gustaba de Bruno, que sabía dejar a un lado lo malo y disfrutar de lo bueno. Pero estaba convencida que se iría a casa dándole vueltas a la no respuesta que le había dado a su declaración. Como ella.

Una vez estaba de vuelta en su habitación pensó en llamar a Ana para contárselo, pero estaba en un evento al que se había llevado a Mike, por lo que ambos quedaban descartados. Necesitaba contárselo a alguien y desahogarse. Sus amigos de la facultad también habían quedado descartados, y no porque no se llevase bien con ellos, pero no era precisamente conocida por desvelar demasiado de su vida privada.

Llevaba casi dos horas dando vueltas en la cama, sin poder pegar ojo y aunque sabía que no tenía nada que hacer al día siguiente, se estaba frustrando cada vez más. Se levantó y fue a la cocina intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a sus compañeras de piso. Se preparó un vaso de leche con chocolate y se sentó en la mesa sintiéndose más reconfortada al tener el vaso ardiendo entre las manos.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —dijo Nerea entrando en la cocina y preparándose un té caliente.

—No... Ha sido una noche rara.

—Pequeña, ya sabes que me puedes contar lo que quieras. —Le pasó una reconfortante mano por la espalda.

Nerea era ese tipo de persona que está siempre alegre, pero que escuchaba como ninguna otra. En parte le recordaba a Ana, solo que la diferencia era que la alegría de Nerea era mucho más sosegada que la de su amiga. A sus treinta y

tres años seguía, como ella se autodenominaba, semisoltera porque «era lo que quería». Pero tenía novio desde hacía seis años y como aún no le había pedido que se casaran le decía a todo el mundo que no se ataba. La realidad es que estaba enamorada hasta las trancas.

—He estado con Bruno y me ha dicho que me quiere. —Soltó rápidamente.

—Vaya, ¿y eso es malo?

—Sí y no. Es malo porque no siento lo mismo que él y para mí va muy rápido. Y es bueno porque... no sé por qué, la verdad.

—Yo creo que a ti él no te gusta —sentenció Nerea.

—¿Por qué dices eso?

—Fácil. ¿Os conocisteis hace cuánto? ¿Cuatro años o algo así? —Adriana sintió—. Bien, a ti él no se te quedó grabado en la retina, pero tú a él sí. Os reencontráis tres años más tarde y él se acuerda de ti como si te hubiera visto hacía dos días y empieza pico pala, pico pala hasta que consigue una cita contigo. ¿Cuánto tardaste en dársela?

—No sé, no mucho creo recordar...

—¡Un mes, Adri! —Se sorprendió de que supiera eso—. Sí, no pongas esa cara. Tardaste un mes en concederle ir a tomar un café del que te escaqueaste en menos de dos horas. Bien, después decidiste darle una segunda oportunidad.

—Tampoco fue exactamente así... No es que fuera una segunda oportunidad. —Al menos ella no lo había considerado así porque se lo había pasado muy bien el día del café. El único problema era que había olvidado que ya tenía planes con otras personas.

—Fue así, o al menos así se ve desde fuera. —Hizo un parón para que lo pensara bien antes de continuar—. Bueno, pues en vuestra segunda cita, que gracias a Dios duró más que la primera, ¡pagaste la cena!

—¿Y qué hay de malo en ello? No me parecía justo que tuviera que hacerlo él. —Se justificó.

—Pues tenías que haberle dejado porque heriste su hombría.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo él.

—No sabía que hablabas con él.

—Sí, ya que Carla no le deja pasar del pasillo, intento darle conversación mientras sales. —Sonrió—. A ver, que sigo. Estuvisteis quedando... Déjame recordar... ¿Tres meses? Más o menos, sí. Bueno, tres meses quedando y el chico a dos velas.

—No fue a dos velas. Nos besamos.

—¡Con veintiún años la gente no se pasa tres meses besándose! —exclamó como si le sorprendiese—. Espera, que hay más... Después de esos tres meses de tórridos y sexuales besos...

—Solo besos, ni tórridos ni sexuales.

—¡Shh! No interrumpas a tus mayores —dijo divertida—. Bien, después de tres meses de tórridos y sexuales besos en los que te insiste en que seáis algo más que «amigos con derecho a besos», porque lo que es roce, pequeña, no hubo. Así que aceptas.

—No sé dónde quieres llegar a parar.

—Que si te gustara de verdad no le dejarías escapar, no le hubieras hecho esperar tres meses a base de besos y te lo hubieras comido con patatas.

—Quizás tengas razón, pero sí que me gusta. —Nerea seguía esperando una respuesta más larga—. Me encanta pasar el tiempo con él, me siento querida y arropada. Me apoya en todo, es detallista, a veces extremadamente forfofo del fútbol, pero lo bueno compensa lo malo.

—Vale, te concedo el que te gusta, pero no estás enamorada. No veo esa chispa en tus ojos cuando le ves. Y sé que sabes lo que es estar

enamorada...

Siguieron la conversación hasta que sus bebidas se acabaron. No sabía si su conversación con Nerea le había dejado más hecha polvo que sus propios pensamientos. Pero entendía por qué su compañera de piso le había dicho eso. Sabía que en ese momento no le quería, pero estaba segura de que podría llegar a quererle o amarle, para ser más exactos, con el tiempo. Era un chico que llamaba mucho la atención, que caía bien, que se llevaba bien con sus amigos, que era detallista, pero sobre todo, que como él le había dicho, estaba enamorado de ella. ¿Entonces, por qué se había sentido así cuando le había dicho que la quería?

Se sentía fatal por no haber sido capaz de responderle, pero no podía forzarse a sentir más de lo que sentía en ese momento. Sería como mentirle, y no se merecía eso. Él, que había movido cielo y tierra para que estuvieran juntos, que hacía que los momentos fueran especiales, se merecía un gesto bonito.

«Me he bloqueado antes con todo lo que me has dicho. Sabes que no te voy a mentir, pero aún no puedo decir esas palabras que tú esperas. Lo que sí puedo asegurarte es que estoy a gusto contigo y me gustas. Siento mi reacción».

Las palabras no eran su fuerte, eso era algo que tenía claro, pero al menos parte de la opresión que sentía en el pecho se había esfumado.

Capítulo 39

Ya habían pasado unas semanas desde la horrible situación ante la que se había encontrado con Bruno. Él había estado algo distante unos días hasta que ella se atrevió a sacar el tema y hablarlo. El problema era que ahora le veía más distante, quedaba más con sus amigos y a veces se iba antes para ir a ver un partido de fútbol, o del deporte que fuese. Intentó no darle más importancia de la necesaria, sobre todo porque le gustaba que quedase más con sus amigos, pero Ana no tenía la misma idea al respecto.

—Han pasado un par de semanas ya no debería comportarse como un capullo integral. —Soltó Ana mientras compraban café.

—Le hice daño, entiéndelo —dijo defendiéndole.

—Bah, excusas. Él fue un acosador desde el minuto uno, y además, nadie aguanta tres meses a base de besitos.

—¡Eh! Eso ha dolido. —La recriminó riendo.

—Vale, tú sí. Pero ningún tío decente. A parte, ya te lo he dicho mil veces, no me gusta para ti. No te veo... —No quería meter la pata, pero Adriana sabía a dónde quería llegar—. No te veo siendo la persona más feliz del mundo.

—Soy feliz, y lo sabes.

—Eres feliz por tus clases, tus prácticas, tus amigos...

—Mi novio... —Terminó su frase.

—Si tú lo dices... Pero todo no dura siempre.

—Algunas cosas sí.

Le molestaba cuando Ana se ponía a hacer suposiciones que ni le iban ni le venían, pero últimamente todos la estaban haciendo pensar demasiado, y no era algo que la atrajese especialmente. Estaban en la estación de trenes esperando a que llegase el que llevaría a Ana de vuelta a Salamanca. Apenas faltaban treinta minutos, pero su amiga sabía aprovechar cada instante, como por ejemplo en ese momento, en el que sacó su cámara para hacer otro vídeo para su canal.

Era increíble lo mucho que le gustaba eso a Ana. Normal que estudiara periodismo, pero lo mejor es que la cámara la adoraba. Había comenzado el canal hablando de sus viajes de verano, de ropa, maquillaje, cremas, más viajes, e incluso alguno que otro despotricando sobre Adriana. Pero sus seguidores habían ido subiendo como la espuma. Tanto que algunas marcas habían contactado con ella para que fuera a sus eventos a comentar sus productos.

Lo mejor fue cuando a principios de año habían contactado con ella para regalarle una experiencia en un crucero para dos personas ese verano. Mike estaba emocionado, desde el principio había sido el primer seleccionado, pero le emocionaba más imaginarse qué estaría planeando la retorcida mente de Ana para su aventura.

Aún le quedaba toda la tarde por delante cuando dejó a su amiga en el tren, y últimamente, para ser abril, estaba haciendo un sol espléndido. Un mes que le llenaba el corazón y a la vez se lo estrujaba hasta dejarlo seco. Tenía sentimientos encontrados cuando llegaba abril, pero procuraba dejar que la opresión de su pecho no le amargara los treinta días siguientes.

Le quedaban apenas tres meses para terminar la carrera, y su tutora de prácticas quería hacer lo posible para contratarla. Le parecía mentira cómo le estaban saliendo las cosas. Compró un libro en la cuesta Moyano, que más que

de segunda mano parecía de cuarta, y se fue a su banco favorito del parque. Le gustaba pasar los días fríos con sol ahí. Realmente le gustaba pasar cualquier día ahí. Era ese tipo de lugar en el que a pesar de haber gente podía evadirse, relajarse, pensar... Podría decirse que, junto con el Parque del Capricho, era su lugar favorito de Madrid.

El jueves siguiente había quedado a comer con Mike después de sus prácticas, como siempre, solo que esta vez comían en casa de ella. Era raro que pudiesen ir ahí, pero Carla, la rara de su compañera de piso, se había ido de viaje de negocios y podrían respirar tranquilos. No era que tuviera ningún problema con Mike, al contrario, era de las pocas personas a las que no les ponía pegas porque se paseasen por la casa, pero le gustaba sentarse a comer con ellos y no tenían tiempo de relajarse.

—¿Has vuelto a dejar otro libro en el banco de abajo? —preguntó él al subir.

—Sí, no lo quería y seguro que alguien lo disfrutará más que yo.

—No lo dudo. —Rio—. Aún me acuerdo cuando empezaste esa tontería, y lo más divertido es que me he encontrado alguno de tus libros viajeros por la calle.

—¡No te burles! —Le dio un puñetazo cariñoso en el hombro—. ¿Cómo sabías que eran míos?

—Por lo de: «Disfruta con el libro viajero».

—Pues es una iniciativa chula, la empecé porque me encontré uno de esos libros viajeros en...

— ...En el aeropuerto. —Terminó él—. Ya lo sé, me lo dices siempre que te digo lo de los libros.

Comieron tranquilamente, riendo, intentando averiguar qué tenía planeado Ana para su crucero, metiéndose con Carla, hablando de todo, como hacían

siempre. Fueron a la habitación de Adriana y se tumbaron en la cama para seguir viendo la serie que seguían rigurosamente con cada comida.

—Adri... —Paró la serie en el momento más interesante, así que ella se quejó—. Perdona, es que me he acordado que no te he dicho algo.

—Pues dilo rápido para que podamos terminar el capítulo. —Le apremió nerviosa.

—Viene este finde.

Se sentaron los dos en la cama mientras Adriana procesaba la información. Su cerebro iba a mil por hora.

—Vale, iré a visitar a mis abuelos —sentenció.

—¿Por qué haces esto cada vez que viene? Me pregunta por ti. — Siempre la misma conversación—. Llevas tres años huyendo, incluso has convencido a tus abuelos para que paséis las navidades con tus tíos para no ir allí.

—Lo sé, pero no puedo, ¿vale?

—Te ha perdonado.

—Pero yo no.

—Pues no te vayas, habla con él, creo que ya es hora... —Siempre la misma historia.

—No puedo, de verdad, hice todo tan mal que... —Respiró hondo—... que no creo que se pueda perdonar.

—Han pasado tres años, ¡tres! ¿Cómo no te va a haber perdonado? Estoy harto de esto, te lo juro. No quiero seguir avisándote para que no te lo encuentres. Es mi mejor amigo, lo sabes, en algún momento os tendréis que ver, además sabe que te aviso. ¿Sabes cómo se pone cada vez que le digo que te has ido? Mejor, ¿que te has ido porque viene él? Se queda destrozado. Quiere ser tu amigo.

—Puedes odiarme, los dos podéis hacerlo.

—No te creas que no lo pienso cada vez que pasa esto. Pero he seguido avisándote porque la vez que le viste de lejos te volvió a dar un ataque de ansiedad, pero es la última. Si no, dile a tu hermano que no le invite.

—¿Mi hermano? —Estaba sorprendida.

—Sí, ha sido él quien le ha dicho que viniera. Además, ¿qué piensas que va a pasar cuando le veas?

—No... No lo sé, no lo sé. —Le repetía con los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, Dios, Adri... —Había caído en la cuenta del por qué no quería verle.

—¡Ni se te ocurra decirlo! —Le espetó.

—Le sigues queriendo —susurró y ella se echó a llorar—. Por eso no quieres verle, no porque te sientas culpable.

—Me siento culpable, ¿vale? Pero ya no por el accidente. —Mike la estaba abrazando—. Me siento culpable por haberle destrozado el corazón, por habérselo hecho pedazos y haberlo pisoteado. Por haber huido, por no haber sido valiente y llamarle cuando volví.

—Pero ha pasado tanto tiempo... Y tienes a Bruno. —Cuando Mike la reconfortaba le acariciaba el pelo como hacía su abuela—. ¿O ya no?

—Sí, sigo con Bruno, pero...

—Tienes dudas. ¿Desde ahora o desde hace tiempo? —Quiso saber.

—Desde que me dijo que me quería.

Se hizo un breve silencio en el que ambos asimilaban las palabras del otro. Mientras que ella no creía que hubiera sido capaz de desvelar su secreto mejor guardado, Mike empezaba a encajar todas las piezas del rompecabezas que se había ido formando en los últimos años. Siempre había achacado todo a

los ataques de ansiedad que había estado sufriendo su amiga durante años. Pero decidió ayudarla cuando, durante el primer año de carrera, llamó a Nacho para que fuera a verle y se le olvidó decirle nada a Adriana. Fue entonces cuando le dio el ataque de ansiedad al verle de lejos.

Nacho siempre le preguntaba. Al principio había sido duro, sobre todo ese primer verano porque su amigo estuvo de lo más irritable, pidiéndole información, que la llamase, que le contase todo, el por qué se había ido. Incluso llegó a pegarle cuando se enteró que él sabía todo lo que pensaba hacer Adriana. No entendió el puñetazo, pero sí su dolor, y acabaron solucionándolo.

Y ahora, ver a su amiga así, destrozada por dentro, habiendo guardado ese secreto durante tanto tiempo le daba rabia.

—¿Por qué nunca me lo has contado? —Le preguntó al verla más calmada.

—Porque te meterías por medio, porque acabarías contándoselo, porque todo saldría mal y acabarías tomando partido. —Reconoció.

—Das muchas cosas por hechas. Pero si no me lo has contado a mí, supongo que sí se lo habrás contado a Ana —comentó—. Y Ana me hubiera dicho algo.

—Por eso no se lo conté tampoco a ella. Lo supone porque a veces saca el tema, pero procuro evitar contárselo, sería capaz de publicarlo y sabes que, aunque salga en alguno de sus vídeos, valoro mucho mi intimidad.

—¿Entonces? ¿A quién se lo has contado?

—A Mari Luz, la psicóloga. Hará cosa de dos años me dijo que debería hablar con él, y le llamé con número oculto muchas veces, pero en cuanto descolgaba me bloqueaba.

—¿Eras tú! —Se sorprendió—. ¿Sabes que casi llama a la policía?

—Claro, me lo dijiste tú, por eso dejé de llamar. El año pasado, en

varias ocasiones, cuando te dije que me iba a ver a mis abuelos, me quedé y fui donde sabía que ibais a estar para intentar forzar un «encuentro casual», pero no podía pasar de la puerta.

—Estoy flipando —dijo más enfadado que sorprendido.

—Lo sé, lo siento. He ido a Barcelona varias veces los últimos dos años para intentar encontrármelo, pero acababa aterrorizada pensando en que no sabría qué decirle.

—¿Y en serio no has podido decirme ni una palabra? Tanto que si soy tu mejor amigo, la persona en la que te puedes apoyar y luego, a la hora de la verdad, eres incapaz de contármelo.

—No te enfades, perdona, de verdad. —Se acercó a él para abrazarle—. Por supuesto que eres eso para mí, y mucho más, pero no podía comprometerte, no podía hacer que perdieras un amigo.

—¿Pero sí que perdiera la confianza en ti?

Esa pregunta la dejó totalmente descolocada. Le soltó y sin poder evitarlo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eso es lo último que quería.

—¡Pues me siento traicionado! Has preferido soltarle todo eso a tu psicóloga que a tu mejor amigo.

—¿Y qué hubieras hecho cuando te hubiese contado todo? —Le preguntó algo más valiente—. ¿Forzarme a que hablase con él? ¡No puedo! Te lo acabo de contar, me bloqueo.

—Terapia de choque.

—¿Ahora vas a saber tú más que la psicóloga?

—No, por supuesto que no, pero a veces esas cosas funcionan.

Le suplicó que ese fin de semana se quedase, que hablase con Nacho, que se liberase de todas las dudas y preguntas que tuviera, que zanjase ese tema para

que dejaran de jugar al gato y al ratón, para que no tuviera que esconderse o huir cada vez que el chico aparecía. Le prometió que lo pensaría, pero era demasiado precipitado. Mike le repetía una y otra vez que no necesitaba un discurso, que sería mejor algo natural, que se abriese.

Pero el viernes, nada más salir de las prácticas, le dijo a Mike que estaba verdaderamente enferma, que tenía fiebre y que no podía ni moverse. Sabía que le estaba mintiendo, pero él le pedía algo que ella consideraba imposible, que solo de pensarlo se bloqueaba.

Bruno se pasó a verla el sábado por la mañana.

—No pareces muy enferma —sentenció después de un rato ahí—. Te veo bien.

—Estoy mejor que ayer, pero me sigo encontrando fatal, tengo el estómago revuelto, ganas de vomitar...

No sabía si se estaba tragando la mentira, pero parecía que así era. No se consideraba buena mentirosa, incluso le costaba creer que hubiera sido capaz de ocultarles la verdad a Mike y Ana. Sabía que eran conceptos distintos, uno era mentir, es decir, inventarse algo, mientras que el otro era ocultar.

Su, últimamente distante, novio no tardó demasiado en irse. Era la primera vez que la «veía tan enferma» y no quería contagiarse. Siempre se había quedado con ella, el chico era lo contrario a hipocondríaco, pero esa vez había alegado tener una reunión importante el lunes. Por una parte lo prefería así, no tendría que fingir ni darle explicaciones a nadie.

Mike le mandó varios mensajes a lo largo del día por si quería que se pasase a verla, pero entendía sus intenciones y no tenía ganas de enfrentarse a lo que su amigo pretendía.

—No me esperaba esto de ti —dijo Nerea desde la puerta de su

habitación—. Fingir que estás enferma para no ver a tu novio.

—Si fuera eso... —Le relató lo mismo que le había ocultado a Mike—.

Pero, por favor, te pido que no me eches la charla igual que él.

—Pero...

—Ni pero ni pera, necesito hacerlo sin presión.

—Pues llevas dos años sin presión. —Le recriminó—. Pero bueno, yo tengo el finde libre, Tomás está de viaje.

—¿Peli y comida china?

—No, pizza y comida china, quiero guarrear.

—Y tanto. —Rio.

—¡Casi se me olvida! Tengo una muy buena noticia. —Sonreía pero Adriana no sabía interpretar esa sonrisa.

—¿Te casas? —preguntó entre ilusionada y temerosa de haber fallado.

—No, ese anillo no llega. —Estaba un poco frustrada, pero volvió a sonreír—. ¿Quieres seguir intentando adivinar?

—¿Lo voy a conseguir?

—No creo. —Adriana le dio paso para que le contase lo que quería contarle—. Carla, la odiosa y repelente Carla... ¡se va del piso!

—¿Sí? ¿Cuándo?

—La semana que viene, por eso ha estado todo este tiempo desaparecida, porque ha estado buscando piso para ella sola.

Pasaron la tarde despotricando de la otra compañera de piso y hablando de la libertad que tendrían. El casero ya había expresado su interés en tener a alguien nuevo pronto, pero querían que fueran ellas quienes decidieran eso, lo que Nerea se iba a tomar con toda la calma que pudiera.

Capítulo 40

Las dos últimas semanas habían sido bastante caóticas. La primera había sido la mudanza de Carla, y había estado tocándolas las narices hasta el mismo viernes que se fue, como si intentase dejar huella. A parte de eso había intentado encasquetarlas a dos amigas suyas, que cuando fueron a ver el piso daban la sensación de ser iguales que la que las recomendaba.

Pero a pesar del caos de la mudanza de Carla y la posterior búsqueda, infructuosa, de nuevas compañeras, la relación de Adriana con Bruno había vuelto a su cauce. Él se disculpó por haberse portado tan mal cuando ella se había puesto enferma, diciendo que había pasado unas malas semanas. Pero parecía que todo volvía a su estado original, lo que hacía que Mike frunciera el ceño.

Pero debía decir que por muchos sentimientos que siguiera albergando hacia su antiguo novio, debía mirar hacia el futuro, y su futuro, en esos momentos, estaba junto a Bruno. Había vuelto a ser el chico detallista y enamorado de su mesversario, y, por lo que le decía Ana, colgaba fotos de ellos dos en las redes sociales. Adriana había cerrado sus cuentas hacía tiempo para no caer en la tentación de contactar con nadie que no quisiera, en especial con Nacho. Pero tenía a su amiga informando de cada foto suya que aparecía en la red.

Ana sospechaba de esas fotos y del cambio de actitud de él, por lo que no dudaba en decírselo cada vez que la llamaba por teléfono. Adriana intentaba pasar de los comentarios de su amiga, pero cada vez le costaba más obviar lo que le decía.

Su novio había vuelto a ser el mismo que antes del inesperado «te quiero», y a

ella le gustaba verle así de contento, no huraño y escurridizo como las últimas semanas.

—¡Amor! —exclamó nada más verla en la puerta de su casa—. He pensado que esta noche cenamos fuera, ¿te apetece?

—¡Claro! ¿Dónde vamos?

—No sé, ahora miramos, queda un rato.

Empezó a besarla mientras la ayudaba a quitarse el abrigo. Pero no paró ahí, siguió besándola mientras la llevaba hacia su habitación. Sus padres no debían estar, porque reaccionaba así cuando estaba solo, por eso pasaban más tiempo en el piso de ella que en casa de él.

El sexo con Bruno era muy básico, no primitivo, sino básico. Le gustaba hacer siempre lo mismo y casi siempre en el mismo orden. No era que le molestase, pero a veces echaba en falta que hubiera algo distinto. No se consideraba la mayor experta del mundo en ese campo, y por supuesto que disfrutaba, pero cada vez que habían intentado algo distinto, habían acabado frustrados los dos. Siempre había supuesto que se debía a que en ciertas cosas era un poco maniático, pero no le había dado mayor importancia porque al fin y al cabo, en ese aspecto, eran bastante activos.

Se arreglaron lo más rápido posible al escuchar el sonido de la llave en la puerta. Sabían que no iban a entrar en la habitación y que sabrían lo que habían hecho en cuanto salieran, pero al menos había que disimular lo máximo posible.

Una vez arreglados y después de hablar un rato con los padres de Bruno, salieron por la puerta en dirección al primer restaurante que se encontrasen porque se estaban muriendo de hambre. Descartaron varios sitios por estar llenos de gente o por el tipo de comida que ponían, así que acabaron en un italiano. Durante la cena, Bruno recibió una llamada para invitarles a una

fiesta, y aunque tardó en convencer a su novia, esta al final accedió. Sabía que no era muy fan de esas cosas, pero le veía tan ilusionado que aceptó.

Aún les quedaba un rato para ir, así que fueron paseando tranquilamente hasta la casa de su amigo. Adriana sospechaba que en realidad la fiesta llevaba organizada más tiempo que unas horas, pero no podía recriminarle el que no se lo hubiera dicho antes porque sabía que hubiera dicho que no. No podía echárselo en cara, todos sabían que no era una apasionada de la fiesta, y menos desde el incidente con Pablo unos años atrás. Si iba lo hacía, sobre todo, con Ana y Mike, ya que sus compañeros de clase habían desistido.

Llegaron al portal, cuya puerta permanecía abierta y subieron a la casa, que también mantenía la puerta abierta y la gente entraba y salía a su antojo. Al edificio le llamaban «la residencia» a pesar de no serlo. Todos los pisos estaban ocupados por estudiantes o gente que había terminado los estudios pero adoraba ese estilo de vida.

Ya había estado allí en varias ocasiones, aunque siempre con Bruno. Algunos de sus amigos de la carrera seguían viviendo ahí, y los que no, iban de visita con frecuencia. Nadie se quejaba del ruido, ni de los gritos, ni de nada. Allí tenían fiesta casi todos los días.

Bruno la condujo hasta un salón lleno de gente, donde se encontraban sus amigos. Los saludó a todos y pronto la conversación empezó a derivar a temas deportivos, dejándola un poco al margen. La novia de uno de sus amigos, la que mejor conocía, no había ido y las otras chicas estaban desperdigadas por la fiesta con sus amigas. No podía presumir de conocer bien a los amigos de su novio porque casi siempre que les veía era cuando había partido de fútbol o alguna fiesta, por lo que las conversaciones habían sido escasas.

Se giró para ir a por algo de beber y se encontró con un compañero de clase con el que se llevaba bastante bien. Llevaban hablando un rato cuando los brazos de Bruno la agarraron por detrás, como si intentara protegerla del chico

con gafas que hablaba con ella. A veces le daban pequeños ataques de celos como ese, ya fuera con o sin motivos. Pero logró que su compañero se fuera y ella volviera a quedar integrada en el grupo, mientras Bruno seguía agarrándola como un pulpo.

Se escabulló y fue a por una coca cola a la nevera. Sabía que no era suya, pero la gente ya iba lo suficientemente alcoholizada para darse cuenta de ese pequeño detalle. Necesitaba tomar algo que la despertase lo suficiente, ayudándola a aguantar el horrible y atronador sonido del tecno y la conversación que estaban teniendo a unos metros de ella.

Cuando llegó, el corro se había hecho más grande, así que pensó en buscar a su compañero de clase y despejarse hablando con alguien. Pero la mano de Bruno fue más rápida, agarrándola suavemente del brazo para que se acercase a ellos.

—Y esta es mi novia, Adriana. —La presentó al grupo.

Empezó a saludar uno a uno a los nuevos chicos sin prestar atención a sus caras. Seguramente ellos no la recordarían al día siguiente, por lo que no tenía mucha intención de aprenderse sus nombres. Solo veía mejillas con o sin barba y pies.

—¿Adri? —Esa voz hizo que se le parara el corazón—. No, no puedes ser tú.

Le dio un vuelco el corazón mientras levantaba la vista para encontrarse con quien menos lo hubiera imaginado. Nacho, el mismo que había estado evitando los últimos tres años estaba ahí, delante de ella, indudablemente más guapo que nunca. Se había dejado barba de algunos días, confiriéndole un aspecto más adulto, pero no le quedaba mal. No quería repasarle de arriba abajo, pero lo estaba haciendo porque no le salían las palabras.

—¿Os conocéis? —preguntó Bruno acercándose y dividiendo al grupo en dos.

—Sí, del instituto —respondió Nacho mirándola aún, lo que hizo que su novio le pasara el brazo por encima—. Pero hacía mucho que no nos veíamos.

—Pues vaya casualidad, mira que Madrid no es grande. —Bruno quería llevar las riendas de la situación y ella no podía ni despegarse de él.

—Ya, bueno. Es difícil encontrarse por aquí. —La echó una mirada reprobatoria, como si supiera que había estado escondiéndose de él—. Pero da la casualidad que este fin de semana hemos venido a unas charlas y que tu amigo también es mi amigo. —Rio.

Bruno dejó de agarrarla para entablar conversación con Nacho ahora que había visto que no era un peligro, por lo que ella aprovechó a escabullirse a una de las terrazas y coger aire por primera vez desde que le había visto. No había sabido reaccionar, estaba bloqueada y no había, ni siquiera, podido decirle «hola». Estaba temblando, pero no era por el frío. Y el agujero de su corazón seguía ahí, haciendo presión.

—No esperabas verme, ¿verdad? —dijo Nacho a su espalda entrando en la pequeña terraza, en la que solo entraban ellos dos. Le veía decepcionado, triste—. Dios mío, Adri, podrías al menos saludarme.

Boqueaba como un pez, intentando buscar las palabras adecuadas porque un simple «hola» no podía ser suficiente. ¿O sí? ¿Podría comportarse de la forma más normal y natural del mundo? Esperaba algo peliculero, una frase ingeniosa o graciosa, pero sentía como si su cerebro se hubiera congelado y no mandase ninguna orden. Además, se sentía estúpida moviendo la boca sin emitir sonido.

Por fin cerró la boca, respiró lo más profundo que pudo y cuando hubo soltado el aire bajo la atenta mirada de Nacho, dio un paso hacia delante y le abrazó.

—Hola. —Le dijo al fin tras soltarle.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. —Sonrió derritiendo cualquier estaca de hielo que tuviera clavada en el corazón—. ¿Ya has dejado de huir?

—No, no sabía que venías... Bueno, ni siquiera sabía que venía yo, pero por lo que veo, te lo ha contado Mike. —Estaba avergonzada.

—Sí, pero me lo lleva contando desde el principio, así que no te enfades con él.

—Suponía que lo estaba haciendo, es peor mentiroso que yo. —Reconoció y ese nudo que le había estado atenazando el corazón se soltó un poco más—. ¿Por qué nadie me ha avisado de que venías?

—No se lo dije a nadie, tampoco es que esperase verte en una fiesta, pero sí esperaba verte en algún sitio, tengo mis contactos —guiñó un ojo y fue como retroceder el tiempo.

—Bueno, no es lo normal. ¿Y qué haces aquí?

—Divertirme, es una fiesta. —Señaló a su alrededor como si fuera lo más normal del mundo.

—Digo en Madrid, has dicho algo de unas charlas. —Sonrió ante lo que él había dicho.

—Estamos dando unas charlas por un proyecto que hemos hecho en clase y que ha resultado ganador. —Estaba gratamente sorprendida de escuchar eso—. Así que estamos en algo así como una gira promocional con la universidad.

—¡Es estupendo! —Él sonrió al verla así—. La verdad es que te mereces eso y más.

Estuvieron un rato hablando sobre sus carreras, sus prácticas y sus amigos en

común. Y con cada palabra, Adriana sentía que el nudo opresivo y oscuro de su corazón se deshacía, que el tiempo podría no haber pasado. Cuando empezó a sentir que todo estaba yendo bien, que se lo estaba pasando bien, que estar con Nacho hacía que el tiempo se detuviese, se disculpó para ir al baño, pero en cuanto llegó a la esquina giró al lado contrario y salió del edificio que había empezado a hacerse pequeño por momentos.

Necesitaba aire y llamar a Ana, quien tardó bastante en coger el móvil y regañarla por despertarla. Pero en cuanto le contó el porqué de su llamada el cerebro de su amiga se puso en marcha tan rápido como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Le pidió que le relatase todo, que al fin y al cabo era poco, y la regañó por haberse ido de ahí tan rápido. Sabía que tenía razón, pero no quería volver a subir.

Quedó en llamar a su amiga en unos minutos, cuando consiguiera despedirse de Bruno, quien estaba decidido a acompañarla a casa. Pero consiguió convencerle para que se quedase con sus amigos. Le dio un beso que él alargó más de la cuenta para la sensación de prisa que tenía ella.

Salió rápido de la residencia y empezó a andar en dirección a su casa. Pensaba coger un taxi, pero si andaba los casi veinticinco minutos que la separaban de su casa, quizás lograría aclararse un poco más las ideas y controlar sus sentimientos. Justo sonó su teléfono y lo cogió sin mirar.

—Ana, perdona, ahora sigo contándote, estoy de camino a casa. —
Soltó rápido a su amiga.

—No soy Ana, soy Nacho —dijo la voz al otro lado del teléfono, paralizándola—. Por si te lo preguntas, sí, me ha dado ella tu número. ¡No cuelgues! —dijo rápido viendo las intenciones de ella.

—Ya no estoy en la fiesta, me he ido a casa. —Se justificó.

—¿Puedo acompañarte? —Se quedó paralizada al oírle decir eso.

—¿A casa?

—Sí.

—No sé... no sé si es buena idea, además ya estoy lejos —mintió.

—Te estoy viendo en la esquina de la calle, aún no has cruzado el paso de cebra.

Colgó y se acercó a ella, cuyo primer instinto había sido correr. No correr para huir de un atracador, correr para huir de todos los sentimientos que se estaban volviendo a despertar en su interior. Nacho no tardó en alcanzarla, y empezaron a andar en dirección a casa de ella.

Nacho le contó que después de mucho esfuerzo le quedaban unos meses para acabar la carrera, y gracias a eso, que probablemente consiguiera un puesto en una empresa internacional como becario. Le estuvo hablando de sus proyectos, del Erasmus que había hecho en Londres, de los viajes a Madrid a ver a Mike. Pero no se quedó callado mucho tiempo, no paraba de preguntarla cosas, por la carrera, por su familia, por la casa en la que vivía, por todo lo que se le ocurriese. Adriana sabía que muchas de esas preguntas eran innecesarias, que sabía la respuesta, pero le reconfortaba saber que él quisiera enterarse por ella.

Llegaron al portal y se hizo el silencio. Los veinticinco minutos los habían ido alargado lo máximo posible al reducir el paso, exprimiendo los temas de conversación lo suficiente como para agotarlos. No era que no les quedasen cosas por decir, ambos tenían la mente llena de preguntas, de dudas sin resolver, pero no querían fastidiar el momento.

—¿Nos volveremos a ver o vas a desaparecer otra vez? —preguntó Nacho sin poder mirarla a la cara.

—Es más probable que nos volvamos a ver. —Le comentó intentando transmitirle con la mirada lo que llevaba tanto tiempo queriendo decirle.

—Está bien, pero que no pasen casi cuatro años. —Sonrió tristemente.

—No pasarán cuatro años, lo prometo.

Se acercó a él, le dio un rápido beso en la mejilla y se metió en el portal con el corazón latiéndole a mil por hora. Pero no terminó de cerrar la puerta porque algo se lo impedía. El pie de Nacho estaba ahí.

—¿Mañana?

—¿Mañana, qué? —Estaba confusa por todo lo que había pasado esa noche.

—Vernos. Mañana. Tengo la tarde libre, podríamos quedar. —Sonreía esperanzado.

—Está bien.

Se giró pensando en la cara ilusionada que había puesto él. Pero ella estaba igual. Esperaba que él no se hubiera dado cuenta de la urgencia que había sentido cuando él le había dicho de verse al día siguiente. No entendía cómo era posible que hubiera pasado de estar completamente aterrada al pensar que podría verle, a sentir que flotaba después de haberlo hecho. Mike, Ana, Nerea... todos tenían razón, lo que había necesitado era tirar de la tirita rápido, dejar de pensar en que le iba a doler y que solo le doliera un momento. Lo había conseguido y se sentía mucho mejor.

Capítulo 41

A pesar de la tensión por haberse reencontrado con Nacho, había dormido casi igual de bien que cuando tomaba los antidepresivos. Hacía años que no probaba uno, pero recordaba perfectamente la sensación de levantarse sin recordar apenas el sueño, con la sensación de estar en paz. Esa mañana, mejor dicho, tarde, se había levantado especialmente bien. Tenía la sensación de haberse quitado unos zapatos de plomo e ir andando sobre nubes.

Al mirar el móvil se encontró tropecientos llamadas tanto de Ana como de Mike, así que, sabiendo que estaban juntos les llamó para ponerles al día. Sabía que sonaba a cotilleo, pero después de haberles confesado a ambos la verdad sobre los últimos años, se sentía en la obligación de contarles todo. Necesitaba saber su opinión al respecto, y ambos le dejaron muy claro sus puntos de vista.

Ana le decía que siguiera adelante con Nacho, que dejase a Bruno, lo que le hizo llevarse una buena reprimenda por parte de su novio. Aun así, siguió insistiendo en lo mismo que hacía años, que debían estar juntos. Pero Mike no era de la misma opinión. Le dijo que debía ir despacio, que volvieran a ser amigos, pero sobre todo que solucionaran lo del verano que huyó, que era algo que les estaba haciendo mucho daño a ambos.

Mike era la voz de la conciencia que parece un angelito y grita desde el hombro derecho lo que uno debe hacer sin lastimar a los demás; mientras que Ana era el diablillo juguetón del hombro izquierdo que sacaba a relucir los deseos más oscuros y profundos de uno mismo. Por eso hacían tan buena pareja, porque sabían llegar hasta un punto en el que ambos estuvieran de

acuerdo.

Les prometió pensarlo y contarles las novedades de lo que pasara esa tarde. Pero ahí no quedaron sus conversaciones sobre Nacho. Bruno la llamó minutos después de colgar para ver qué tal había llegado a casa. Suponía que, como buen post adolescente, habría estado bebiendo hasta altas horas de la madrugada y se acabaría de levantar. Le preguntó por Nacho, por la relación que habían tenido e intentó averiguar si se habían ido juntos. Le mintió, y se sentía fatal por ello, pero no podía decirle que habían sido novios y mucho menos que le había acompañado a casa.

Parecía que se había quedado satisfecho ante lo que le contaba y la invitó a ver un partido esa misma tarde con sus amigos. Pero declinó la oferta mintiéndole otra vez al decirle que tenía planes con una compañera de clase.

Nerea no se quedó corta al regañarla también, pero porque tenía sentimientos encontrados después de lo que le había contado hacía varias semanas. Sabía que Bruno no era el santo de devoción de su compañera de piso, pero aun así le apreciaba. No le había gustado nada que le mintiera al respecto de Nacho, pero opinaba como Mike, que debía solucionar todos los problemas con su antiguo vecino para poder seguir adelante con su vida y ser amigos.

Nacho le había mandado un mensaje para verse a las siete en Sol e ir a dar una vuelta por el centro, así que a las cinco y media se metió en la ducha. Tenía tiempo de sobra así que se quedó bajo el chorro de agua caliente todo el rato que pudo. Cuando estaba Carla no podía hacerlo, pero Nerea normalmente no se quejaba. Era su pasión dejar que el agua recorriese su cuerpo y ver cómo se movían las nubes de vaho por el baño.

Nerea aporreó la puerta con un «tu chico está aquí», sacándola de su perfecta ensoñación. No esperaba a Bruno, aunque muchas veces se pasaba por su casa antes de ir con sus amigos. Se tomó su tiempo para salir de la ducha y secarse un poco antes de ir a la habitación. Había dejado toda la ropa allí porque no

esperaba visita, así que después de secarse un poco fue a vestirse.

—Pensé que habías quedado —dijo entrando sin prestar atención.

—Sí, contigo.

Metió un grito al girarse y ver a Nacho sentado en la silla de su escritorio. De repente le vino a la mente el horrible pensamiento de que estaba mojada, en toalla y con su exnovio en su habitación.

—¿Qué haces aquí? —Cogió la manta que tenía sobre la cama y se la echó por encima. «Cómo si no hubiera visto lo que hay ahí debajo», le dijo la vocecita malvada de su cabeza.

—He terminado antes, y como ya sé dónde vives... —La estaba observando, que no mirando y se estaba poniendo colorada.

—¿Te importa ir al salón? Necesito cambiarme.

El chico salió con una sonrisita en la cara y cerró la puerta tras de sí. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que le temblaban un poco las piernas. Se cambió lo más rápido que pudo y fue al baño a maquillarse y secarse el pelo. Su idea desde un principio había sido ponerse bastante guapa, pero no podía hacerle esperar más de la cuenta.

Se miró en el espejo. Se había puesto una falda vaquera con botones, un jersey finito blanco y unas botas marrones con un poco de tacón. En el breve tiempo que había tenido había conseguido hacerse unas ondas suaves y maquillarse mejor de lo que esperaba. El resultado era un aceptable, quizás un seis. No era que normalmente se preocupase demasiado por su aspecto, pero quería causarle una buena impresión.

Fue directa al salón para avisarle que estaba lista, pero allí no estaba. Al pasar frente a la habitación de su compañera esta le hizo gestos divertidos burlándose en parte de ella. Su única reacción fue sacarle la lengua, como una

niña pequeña.

Le encontró de nuevo en su habitación, mirando tranquilamente la pared llena de fotos, pero parecía estar observando una en concreto. Siguió pasando la mirada por el resto y se posó en otra. Ella estaba apoyada contra el marco de la puerta prestando atención a cómo observaba todo.

—¿Encuentras algo interesante? —preguntó después de un rato.

—Más que interesante sorprendente, pero bueno. —Se giró y la miró —. Estás muy guapa.

—Mentira, ahora coge tu abrigo y vámonos. —Estaba girada sacando una chaqueta del armario intentando calmar las pulsaciones de su corazón y bajar el tono rojo de sus mejillas.

Se puso la chaqueta de ante y se despidió de Nerea, cerrando la puerta antes de que su acompañante se diera cuenta de los gestos burlones que estaba haciendo su compañera de piso. Pararon en la primera cafetería que encontraron para coger un café para llevar, donde Adriana cogió chocolate caliente y le puso una pajita al vaso por la ranura pequeña.

Iban hablando tranquilamente por las calles poco conocidas, en dirección a Sol.

—¿Por qué tienes fotos nuestras en tu pared? —Soltó de repente Nacho, como si ya no se pudiera aguantar más.

—Vaya, pensé que ibas a tardar algo más en preguntarme eso.

—Yo también —reconoció.

—Porque en ese muro he puesto todo lo que es importante para mí.

—¿Si soy tan importante para ti como para tener fotos de cuando estábamos juntos, por qué te fuiste? —Se quedó parada en mitad de la calle.

—Eso ha sido un golpe bajo, sabes por qué me fui. —No lo dijo enfadada, sino triste.

—Ya, pero necesito oírtelo decir.

Nacho señaló un banco en un parquecito enano, lleno de niños que correteaban de un lado para otro mientras sus padres les perseguían gritando para que tuvieran cuidado. No era el mejor sitio para hablar, y él lo sabía, pero no quería alargar la agonía, sino quitarse esa espina lo antes posible.

—Lo dices en serio —afirmó. Era repetir todo, pero sabía que en parte ambos lo necesitaban—. Fue culpa mía, el accidente digo, y lo último que podía permitirme era hacerte sufrir. Sentía un nudo horrible, agobiante... asfixiante, sería la palabra correcta, que no me dejaba respirar.

—No fue... —Empezó a decir.

—Sh. —Le hizo callar—. Ya que quieres oírlo de mí, intenta no interrumpirme, por favor. —Le pidió respirando hondo antes de seguir—. No podía soportar perder a alguien más, eso me estaba matando por dentro. El simple hecho de pensar que pudieras odiarme más de lo que yo me odiaba me partía el corazón en mil pedazos. Y me lo partí yo misma al tomar la decisión. Necesitaba alejarme, pero no solo de ti, de todo. Si hubiera podido me habría alejado de mi misma. He de decir que me sirvió irme, me ayudó más de lo que pensaba. Bueno, y la psicóloga también. —Río ante su mala broma—. Pero te juro que todo lo que puse en esa carta —continuó mirándole a los ojos—, todo, cada palabra, era verdad.

—¿Por qué no me dejaste hablar contigo? Quizás así hubieras comprendido que yo no te culpaba de nada, que culpaba solo al tío que nos dio.

—Porque no hubiera servido de nada —reconoció—. Estaba tan obcecada en mi pena y en mi culpa que no veía dos palmos más lejos de mi propia nariz. Te hice daño a ti, a Mike, a Ana... A tanta gente que me costó mucho recuperar la confianza de cada persona. Mike, cada vez que me pasa

algo, piensa que me voy a escapar a vivir a una isla desierta e incomunicada.

—Pero sigues sin responderme, ¿por qué no quisiste hablar conmigo ni siquiera después? —Estaba triste, molesto.

—Siendo cruelmente sincera, porque no quería que volvieras conmigo.

—Pero decías que me querías siempre. —Ya no la miraba.

—Te he dicho que no te mentí, pero no podías volver conmigo por pena o cualquier otro motivo que no fuera el correcto. Igual que yo no podía hacerlo contigo. Era ser egoísta.

—Fue más egoísta el que decidieras por mí, ¿no crees? —Era el segundo golpe bajo que recibía de él, y era como sentir un puñetazo en el estómago.

—Lo sé, lo siento. —Y lo decía con el corazón en un puño.

—¿Y después? ¿Por qué después seguiste huyendo, desapareciendo cada vez que venía, dejando de celebrar las fiestas en casa de tus abuelos...?

—Creo que sabes lo de los ataques de ansiedad... —Él asintió—. La primera vez que te vi aquí, en Madrid, me dio un ataque de ansiedad, estaba con Mike, supongo que te lo habrá contado. Pues hubo muchas otras veces que aun sabiendo que venías me quedaba aquí e intentaba ir a verte. Pero, sin llegar al límite del ataque de ansiedad, me quedaba bloqueada, y por decirlo de alguna manera, perdía el habla.

—Pero ni siquiera lo intentaste...

—He estado en Barcelona ocho veces en los últimos años, deseando encontrarte por la calle y a la vez paseando por calles poco conocidas para no verte. ¿Ves la paradoja? Lo había intentado, pero me bloqueaba de tal forma que había veces que, estando en Barcelona, era incapaz de salir del sitio en el que estuviera.

—¿Y qué ha cambiado?

—¡La situación! —Rio sin querer—. Perdona. Mike me dijo que debía

hacerlo sin pensar, pero nunca pensé que serías tú el que me encontrarías a mí. Fue un shock verte ahí, actuando como si nada, mintiendo un poquito. —Se guardó para sí el «a mi novio» que terminaba la frase.

—Tuve tiempo de sobra de reponerme mientras saludabas a todos mis compañeros, pero yo tampoco me esperaba verte ahí.

—Fue improvisado.

Se quedaron un rato en silencio, mirando al frente, escuchando a los pocos niños que quedaban por ahí correteando porque estaba anocheciendo. Ninguno se miraba, pero Adriana se había quitado un peso de encima al poder soltar todo eso. Sabía que cada uno llevaba su ritmo a la hora de afrontar pérdidas, problemas, etc., pero ahora que se había deshecho de una parte de la tortuosa verdad de sus pensamientos, sentía que, gracias a haberse reencontrado fortuitamente con Nacho, era más libre.

—Te necesitaba y te fuiste —dijo al cabo de un rato—. ¿Te crees que eras la única que se sentía culpable? Verte en esa cama de hospital fue terrible, saber que podías haber muerto por mi culpa fue el peor momento de mi vida...

—Pero no fue culpa tuya. —Apoyó una mano sobre la de él.

—Ni tuya.

—Sí, mía sí, al menos en cierta manera.

—Entonces mía también. Entiéndelo, tú viste la situación de otra forma distinta a la que la vi yo. —Le dijo intentando que entendiese.

—Lo sé, prometo estar curada de mi culpa. Me costó lo mío, ¿eh? Pero ya no pienso de la misma forma que pensaba antes. Aunque te parezca mentira he cambiado bastante.

—No lo parece —dijo mirándola de arriba abajo—. Yo te veo igual, quizás algo más segura.

—¡Lo soy! Ven, te invito a cenar.

Se levantó de un salto del banco y empezó a andar esperando que le siguiera, pero pronto se dio cuenta que él seguía sentado en el mismo sitio. Tuvo que volver y tirar de él para que empezase a andar. Desde que habían soltado lo que pensaban, la conversación entre ellos volvía a ser casi como hacía años. Tardarían un tiempo en curar las heridas que el tiempo había abierto en sus corazones, pero se repondrían.

Llegaron a un bar de pinchos en la Cava Baja que estaba a rebosar de gente, y del que milagrosamente se iba un grupito que dejó un hueco lo suficientemente grande para los dos. Pidieron, y colgaron los abrigo. Adriana se remangó haciendo que la cara de Nacho cambiara de golpe. Le agarró suavemente el brazo y pasó un dedo por la cicatriz que tenía a lo largo del antebrazo.

—¿Es del accidente? —Parecía preocupado.

—Sí. —Ambos miraban la cicatriz—. Muchos tienen tatuajes voluntarios, el mío es involuntario, pero con un significado más chulo. —Rio —.

—¿Y cuál es?

—Que el amor duele.

A ella le hacía gracia desde que lo había pensado, pero la cara de Nacho demostraba que para él no era tan divertido.

—¡Vamos! —Le animó—. No queda tan feo una vez que te acostumbras, y no es un Pikachu ni el logo de PlayBoy.

Consiguió sacarle una sonrisa con esa horrible comparación, pero se fijó en que cada vez que podía miraba la cicatriz con tristeza. La realidad era que no debería haber quedado marca, y al principio le daba vergüenza hasta ir en

manga corta. El aspecto inicial de la cicatriz había sido espantoso, de un color rosáceo muy raro, pero se había ido aclarando. Un médico la ofreció quitársela con cirugía estética, pero en parte ella no quería. No era agradable recordar lo que había pasado, pero por otro lado esa cicatriz era la que le había ayudado a superar su pena.

Salieron del bar después de una pequeña discusión sobre quién pagaba la cena que acabó ganando Adriana, y se fueron a tomar algo por la zona. Entraron en un local que desde fuera no llamaba la atención, pero que dentro estaba lleno de jóvenes tomando copas.

—¿Desde cuándo bebes? —preguntó intrigado al verla pedir una copa de vino.

—Sigo sin hacerlo, pero de vez en cuando tomo esto. Creo que es el único alcohol que tolero —dijo mirando su vino blanco—. Pero a lo sumo dos, sino acabo peor que esa vez en la fiesta esa rara que organizaron misteriosamente y acabé con un esguince en la muñeca.

Empezaron a recordar momentos del pasado, disfrutando de cada palabra de cada instante, comentando cómo vivieron cada uno esos momentos, riéndose de las diferencias y de los equívocos que cometieron. Nacho la torturaba recordándole que estuvo celosa de su prima. Hubo momentos que se rieron tanto que a Adriana le acabó doliendo la tripa y saltándosele las lágrimas. Hacía tiempo que no se reía tanto al recordar esas cosas.

Salieron de allí riendo aún. Ninguno quería irse a su casa, ni siquiera despedirse, pero tampoco se atrevían a expresarlo en voz alta. Al llegar a la boca de metro se quedaron parados hablando en la calle. Refrescaba pero ninguno encontraba las palabras precisas para no decirse adiós.

—¿Te acompaño a casa? —preguntó al fin Nacho—. Creo que ya no hay metro, por las horas y eso...

—Pero tu hotel está más lejos, si vienes tardarás mucho más en llegar... —Obviamente quería que la acompañara, pero por disfrutar del rato con él.

—Era más fácil cuando éramos vecinos, ¿eh? —Rio él—. No me importa coger un taxi luego.

—Entonces como quieras.

Le sonrió y él la devolvió la sonrisa, pero apartó rápido la mirada y empezó a andar. La conversación se volvió más relajada mientras Nacho le hablaba de su sobrino y de lo contentos que estaban su hermano y Claudia esperando el segundo bebé, que ya sabían que era una niña. Adriana estaba nostálgica, tenía mucho cariño a esa pareja, pero había ido recibiendo noticias de ellos porque Claudia la escribía varias veces al año para ver qué tal iba todo. Sabía que Nacho era consciente de ello, pero no le interrumpió porque estaba como loco de contento contándole todo eso.

El portal de Adriana no tardó en aparecer ante ellos y ambos ralentizaron el paso lo máximo posible, pero la llegada fue inevitable. Se hizo un silencio incómodo, no como esos de los que disfrutaban antaño, y ninguno sabía qué decir. Era la primera vez que le veía con las manos metidas en los bolsillos, sin saber bien qué hacer.

—Espero contigo aquí hasta que venga el taxi, ¿vale? —Le dijo ella al llegar.

Nacho asintió y llamó al taxi, que le dijo que en dos minutos estaría ahí. Pero volvió el silencio incómodo a instalarse entre ellos.

—Me alegra que volvamos a ser amigos —reconoció ella sacando las llaves—. Ha sido genial pasar toda la tarde contigo.

—Yo también me alegro —dijo sonriendo.

Y en ese mismo instante apareció el taxi. Adriana aprovechó que estaba en el escalón para pasarle los brazos alrededor del cuello y abrazarle. Después de darle un beso largo en la mejilla le dejó irse hacia el taxi.

Volvía a tener el corazón latiéndole desbocadamente. Su diablillo personal le había sugerido, demasiado tentador, que le besara, y casi cae en la trampa que su propio cerebro había creado. Había estado tan cómoda, que le había dado la sensación que apenas había pasado el tiempo y que seguían siendo los mismos de antes. Pero su ángel de la guarda le había susurrado que no se dejara tentar.

Lo peor de todo era que los pensamientos que había tenido hacia Nacho le habían hecho pensar en Bruno, y en que no se merecía una novia que pensara en otro más que en él. No había tenido tantas dudas de su relación hasta esa misma noche, al pensar en que no se quería despedir de Nacho, lo que la había hecho sentir culpable.

No era que no le quisiera, porque le quería, pero no de la misma forma que él a ella. Él la quería en el sentido de amar, pero ella le tenía cariño. Esos pensamientos la estaban devorando por dentro cuando abrió la puerta de casa y se encontró a Nerea saltando de la emoción.

—¡Tengo noticias! —gritó su compañera de piso cerrando rápidamente la puerta para que los vecinos no escuchasen ruido.

—Pues estás tardando. —Le apremió intrigada.

Entonces le puso una mano en la cara, mostrándole el reverso, donde llevaba un anillo sencillo pero precioso en el dedo anular.

—¡Me caso!

—¡Enhorabuena!

Visiblemente emocionadas, estuvieron un buen rato en el salón hablando de cómo había sido la pedida, de lo emocionada que estaba Nerea porque llevaba mucho tiempo queriéndolo pero no se lo había esperado. Estaba triste porque su ahora prometido, se había tenido que ir de urgencias al hospital en el que trabajaba.

—Vale, yo ya te he puesto al día. —Seguía mirando su anillo como si fuera la posesión más valiosa del mundo—. Ahora cuéntame tú.

Y Adriana empezó a relatarle todo su día.

Capítulo 42

Habían pasado dos semanas desde su fortuito reencuentro con Nacho. El domingo se tuvo que ir nada más terminar de comer, así que no habían tenido la oportunidad de despedirse. Desde entonces se habían estado mandando mensajes todos los días, lo cual le había hecho mantener varias conversaciones con sus amigos, que tenían opiniones dispares al respecto.

Mike, al igual que Nerea, le aconsejaba ir despacio, ver qué pasaba. Pero a la vez no se querían meter en esos asuntos porque no les incumbían. Lo único que querían es que ella fuera feliz, algo en lo que Mike insistía mucho. Mientras que Nerea le daba más espacio aunque la hiciera reflexionar, Mike aprovechaba para recordarle que estaban cada uno en una punta y que no podían comenzar de nuevo su relación a distancia. Relación de amistad, aclaraba.

Ana, por su lado, tenía una cruzada en la que no paraba de recordarle lo bien que habían estado juntos y que era lo que debían hacer. Le decía que no debía perder el tiempo, que a lo mejor llegaba otra y se lo quitaba, que debían intentarlo... Y para ilustrar todo ello le mandaba fotos y vídeos de ellos dos cuando habían estado juntos.

Todos habían tomado partido en el tema. Mike y Ana habían pactado no hablar de eso debido a sus opiniones dispares, pero Ana trataba de convencer a Nerea para que la hiciera cambiar de opinión. Por otro lado, Nerea y Mike hacían piña y mantenían su opinión común.

Adriana acabó enfadándose con ellos por querer meterse donde no les llamaban. Por una parte entendía la postura de ambos, pero no quería que nada

influyera en su decisión. Era algo que debía decidir ella sola, y por el momento prefería tener a Nacho como amigo que volver a perderle. En esos momentos su amistad seguía siendo muy delicada y no quería meter la pata con él, ni quería volver a huir.

Ese fin de semana fue como el primero que se vieron. Estuvieron a gusto disfrutando del tiempo que pasaban a solas y del que pasaban con el resto de sus amigos. Al parecer, ambos habían hablado con ellos para que se guardaran los comentarios suspicaces. Pero, como había pasado siempre, Ana no terminaba de saber morderse la lengua y, de vez en cuando, soltaba alguno de los suyos.

Esta, al ver que se habían vuelto a reunir los cuatro, «como en los viejos tiempos» decía, se había emocionado con la idea de salir de fiesta. Su idea cayó en saco roto porque nadie más secundó la moción. Preferían ir a tomar copas a algún sitio en el que pudieran comunicarse sin tener que gritar.

—¿Sigues con esa foto de fondo de pantalla? —preguntó sorprendido Nacho haciendo que los otros tres se quedaran callados mirando la pantalla iluminada del móvil de Adriana.

—Esto... —No sabía cómo explicárselo.

—No la ha quitado nunca —intervino Ana.

—¿Y tu novio no dice nada? —Siguió preguntando.

—Le ha dicho que es su hermano. —Volvió a mediar su amiga.

—Es un poco raro...

Mike les miraba como si no se creyera la inesperada y totalmente extraña conversación de apenas cinco frases que acababa de tener lugar que nadie se hubiera visto afectado. La noche seguía su ritmo, pero él se fijó en cómo miraba Nacho a su mejor amiga, por lo que se lo llevó fuera a hablar.

—¿Estás bien? —Le preguntó una vez salieron a la calle.

—¡Claro! ¿Por qué no lo iba a estar? —Nacho miraba al suelo como si eso le fuera a salvar de la conversación.

—Déjame pensar... Quizás porque hace apenas unas semanas que te has reencontrado con tu exnovia, la que huyó de ti y ahora te enteras que no ha quitado esa foto de su móvil. Nunca. —Le recriminó—. No sé, ¿eh? Digo yo que es para estar, como mínimo, confuso.

—Y lo estoy —reconoció—. En su habitación también hay fotos nuestras.

—Lo sé.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque fui yo quien se las regaló. Todas y cada una de ellas.

Nacho le miró asombrado, algo enfadado. Estaba confuso por el hecho de que su amigo, el que podría decir que era el mejor que tenía, le había regalado fotos de ellos cuando eran pareja; y enfadado porque no se lo había contado.

—¿Por qué?

—Porque le dijo la psicóloga que sería buena idea afrontar los problemas, y eso era una buena forma de hacerlo. Y ahora dime, ¿estás bien?

—Confuso, es mucha información para estos últimos días.

—Piensa que tú llevas la estrella fugaz de cartulina con el deseo que te regaló por tu dieciocho cumpleaños en la cartera. Ella tiene esas dos cosas. Así que tómatelo con calma, y ella también. Me alegra que seáis amigos otra vez.

Volvieron a entrar poco después un poco más relajados. Mike sabía más de lo que quería dar a conocer al resto, pero no debía meterse en los asuntos de sus amigos, sino dejar que fueran averiguando lo que querían por sí mismos. Lo que procuraba siempre era recomendar paciencia.

Estaba orgulloso del paso que había dado. Sabía que Adriana podía haber salido corriendo de esa fiesta, pero le alegraba inmensamente que no lo hubiera hecho porque ahora la veía mucho mejor. A lo largo de esos tres años había conocido todos los estados de ánimo posibles de su amiga, y veía el cambio a mejor que se había producido en ella. Ahora estaba más segura, se dejaba influenciar menos, pero sobre todo, meditaba sus decisiones, rumiándolas hasta sacar en claro la decisión que era mejor para ella.

Las semanas iban pasando, convirtiéndose en meses y se acercaba el final de muchas cosas. Adriana entregaba su proyecto de fin de carrera en apenas unos días y le quedaba poco para acabar las prácticas. Mike estaba en la misma tesitura que ella, por lo que pasaban el tiempo libre estudiando sus presentaciones y ayudándose mutuamente.

Cuando por fin llegó el día de la presentación Adriana pensaba que estaría tan nerviosa que tendría que tomarse una tila. Recibió mensajes de todos sus amigos y no se sorprendió al ver el de Nacho, animándola y sacándole una sonrisa. En cuanto entró en la facultad los nervios desaparecieron como si nunca hubieran existido. Tenía claro todo lo que tenía que decir, así que cuando le tocó el turno, entró en el aula con una decisión que pocas veces había experimentado.

Al salir, Mike la esperaba con una expresión de duda en el rostro, intentando preguntarle qué tal le había salido todo. Pero ella simplemente se lanzó a sus brazos riendo.

—Ha sido estupendo, de verdad. —Estaba ilusionada—. Pensé que tendría que tomarme algo, pero he entrado y me he comportado como la adulta responsable que soy.

—¿Y las preguntas?

—Facilísimas, parecía que no se hubieran leído el trabajo.

—Pues... ¡Bienvenida a la vida adulta!

Salieron de allí riendo, decididos a despejarse y divertirse antes de volver a la realidad. Mike había presentado su proyecto el día anterior, por lo que la llevaba ventaja en la celebración.

Llegó a casa a las tantas de la madrugada cuando su móvil empezó a sonar. Ver el nombre de Nacho en la pantalla le dejó sin aliento. A pesar de haberse visto durante los últimos tiempos y hablar casi cada día, sentía un hormigueo en el estómago que no la dejaba pensar.

—Hola —susurró al chico que esperaba al otro lado del teléfono—. ¿Cómo sabías que estaba despierta?

—Me ha avisado Mike —advirtió una sonrisa al otro lado de la línea—. Quería saber qué tal tu presentación, en el mensaje has sido muy escueta.

—¡Genial! Creo que nunca había tenido tanta confianza en mí misma como hoy. Ha sido impresionante.

—No lo dudo, siempre has sido impresionante. —Se hizo un silencio entre los dos—. Como aquella vez que te preparaste un trabajo de historia tú sola y saliste a presentarlo, dejándonos como idiotas a los demás.

—No fue exactamente así...

—Sabes que sí.

—Vale, solo un poquito. —Rio—. Gracias por llamarme.

—No hay de qué, para eso están los amigos.

—Buenas noches, Nacho.

—Buenas noches.

Colgó sonriendo como una estúpida. Odiaba que causase esas emociones en ella, y más aún que la dejase pensando toda la noche.

Lo peor fue despertarse al día siguiente para tener que ir al último viernes de sus prácticas. Meses atrás, su tutora de prácticas le había dicho que querían hacerla fija en la consulta, pero no había vuelto a escuchar una palabra al respecto, y eso la estaba matando.

Pero la determinación que había sentido el día anterior al entrar a la defensa de su trabajo no había desaparecido, así que reunió fuerzas y se decidió a preguntar qué iba a pasar con ella. Cuando llegó a la consulta estaba casi vacía y no veía a nadie por los pasillos. Entró en la sala común y se encontró con un enorme cartel de «Enhorabuena» y a sus compañeros esperando con una tarta.

La jefa se acercó a ella para explicarle que habían querido esperar a que terminase oficialmente la carrera, pero no habían podido esperar, por lo que habían decidido que le ampliarían las prácticas hasta después de verano y que en septiembre la contratarían como parte del equipo. Estaba emocionada. Llevaba haciendo prácticas allí desde que le habían permitido realizarlas, y habían sido ellos los que, después de un año trabajando sin cobrar, habían insistido en empezar a pagarla. No podía dudar de la palabra de sus compañeros porque desde el principio habían estado ahí, apoyándola, tratándola como una más, enseñándola, ayudándola con sus errores.

No podía terminar el año de mejor manera, se sentía completamente renovada.

Capítulo 43

El último fin de semana que Mike iba a pasar en Madrid decidió invitar a Ana y a Nacho para despedirse de la capital hasta nuevo aviso. Había acabado la carrera y las prácticas por lo que había decidido tomarse el verano sabático y disfrutar de su libertad antes de ponerse a buscar trabajo, aunque lo cierto era que no le faltaban ofertas.

Adriana estaba apenada. Se quedaría sin su mejor amigo, sin su compañero de comidas y series, pero se alegraba por él tanto como él lo había hecho por ella al enterarse de que la contratarían a finales de verano. Era algo insólito debido a la situación actual del país, pero tal y como la habían explicado posteriormente, uno de los empleados se prejubilaba y querían darle el puesto a ella.

Mike y ella estaban esperando en Atocha a que los trenes de sus amigos llegaran. No había planeado nada especial para el fin de semana, pero quería que fuera memorable. La primera en llegar fue su novia, que aprovechó a besarle como si estuvieran solos, haciendo que Adriana se sintiera incómoda. Pero parecía que a ninguno le importase.

Habían cuadrado los horarios perfectamente porque Nacho tardó más o menos media hora más que Ana, quien dijo que había preparado un fin de semana de turistas.

—Esto... chicos —dijo su amiga como si realmente estuviera pensando si decir lo que quería decir—. Si no os importa querría dormir este finde con Mike. Para despedirnos de su casa y esas cosas —añadió guiñando un ojo de manera suspicaz.

—Por mí no hay problema. —Le respondió su chico—. Adri, ¿te importa si Nacho duerme en tu casa? Creo que sigues teniendo una habitación libre.

—Emmm... Vale, sí, creo que no habrá problema. —Sonrió sin convencimiento, pero el resto pareció no darse cuenta.

Excepto en contadas ocasiones, Nacho siempre se había quedado en casa de Mike, donde normalmente quedaba libre una habitación porque alguno de sus compañeros se iba a visitar a su familia, a su novia o simplemente viajaba. Además era raro que siendo final de curso todos sus compañeros estuvieran ahí.

Lo peor era que Adriana se sentía taquicárdica. Iba a ser la primera vez en años que dormiría tan cerca de Nacho, y por una parte no le hacía ninguna gracia verse en esa situación. Aun así, se dividieron en dos grupos para ir a dejar las maletas y quedaron en verse a la hora de cenar.

En los últimos meses Nacho había estado en su casa en varias ocasiones. Para recogerla, para ir a tomar un café... Pero nunca había pasado la noche, y no porque Nerea no hubiera insistido. Su compañera de piso puso cara de sorprendida al ver la maleta del chico, pero no hizo ningún comentario al respecto.

La habitación que había dejado libre Clara hacía meses aún no había sido ocupada. Las chicas que iban se quejaban del precio y no volvían, por lo que estaba limpia, sin apenas nada más que los muebles. Mientras Nacho colocaba sus cosas, Adriana fue a por sus sábanas para ponerlas en esa cama aunque fuera mucho más pequeña que la suya.

—Tienes suerte —empezó a decir—, esta es la habitación más fresquita de la casa.

—¿Y por qué ninguna os habéis cambiado?

—En mi caso básicamente porque mi cama es mucho más grande, la habitación tiene más muebles... A Nerea le pasa igual.

Terminaron de hacer la cama y cada uno se fue a su habitación para arreglarse para salir. Ella acababa de terminar de maquillarse cuando su puerta se abrió de golpe.

—Vale, me tienes que explicar eso —susurró Nerea señalando la puerta del otro lado del pasillo.

—Mike no tenía sitio en su casa y se queda aquí estos días porque Ana «quería despedirse de la casa». —Entrecomilló con los dedos.

—Ya, claro, de la casa...

—A ver qué clase de locas cavilaciones estás haciendo tú... Siempre le has invitado.

—¿Lo sabe todo? —preguntó intrigada.

—Todo lo que tiene que saber.

—Adri...

—Nerea, las cosas están genial así, somos amigos y eso es lo que quiero.

—No te creo —sentenció.

—Pues allá tú —dijo haciéndose la digna de forma que Nerea se echó a reír.

—Entonces ponte vestidos más largos.

Y con esas palabras salió de la habitación en el mismo instante en el que Nacho salía del cuarto que le habían prestado.

Cogieron el metro para llegar al restaurante en el que iban a cenar, donde ya les esperaban sus amigos. La cena fue divertida, entretenida, nostálgica y cualquier otro adjetivo que se les pudiera ocurrir. Contaron anécdotas de sus

días universitarios hasta que se quedaron solos en el restaurante, por lo que se trasladaron al bar de copas más cercano para empezar a celebrar.

—¡Brindemos! —Empezó Ana alzando su copa—. Por la vida después de los estudios.

—Espera, espera —dijo Mike—. Y porque sigamos viéndonos.

—¡Eh, eh! Yo tengo otro brindis —añadió Nacho antes de que chocaran las copas—. Por nosotros.

Adriana observaba cómo los tres se achispaban con cada nuevo trago. En cuanto se terminaron la primera copa, se les empezó a soltar la lengua. Fue entonces cuando Nacho, después de coger un poco de valor líquido, les dijo que tenía que darles una noticia importante.

—Me han salido prácticas. —Terminó de decir.

—¡Qué bien! —exclamaron los tres a la vez—. ¿Dónde? ¿Cuándo empiezas? —Siguió Mike.

—Es una multinacional, y empiezo a mediados de la semana que viene.

—¡Enhorabuena! Seguro que en esa te cogerán. —Le infundió ánimos Ana—. Porque es una distinta, ¿no?

—No, es la misma, pero me cambian de sucursal.

—¿A dónde? —Se interesó Adriana.

—Esto... —No había querido decirlo hasta ese momento por no fastidiarle la despedida a Mike—. Aquí, en Madrid.

Se hizo un silencio entre ellos mientras sus amigos asimilaban lo que acababa de decir. Era una gran noticia, pero todos esperaban lo mismo, que se la hubieran contado antes.

—¿Y cuándo pensabas decírnoslo? —preguntó Ana rompiendo el breve silencio. —Mañana, no quería fastidiar la despedida de Mike.

—Miró a su amigo antes de continuar—. Lo siento, tío. Quizás tenga que

quedarme en tu habitación.

—¿Con los locos de mis compañeros de piso? —bromeó el aludido—. Sexo, drogas, alcohol y rock and roll.

—Creo que podré con ello.

Después del momento incómodo inicial volvieron los festejos por partida doble. Por unas cosas o por otras estaban emocionados, aunque Adriana tenía el corazón tan acelerado que le daba miedo que cualquiera pudiera sentirlo. Seguía pensando en la idea de Nacho en Madrid. Todo el verano. Con ella. Bueno, no exactamente con ella, pero sí que se verían más, y eso la tenía emocionada y aterrada a partes iguales.

La noche se acabó en cuanto los tres bebedores empezaron a desvariar más de la cuenta. Ana quería salir a bailar, pero Mike tenía «mejores planes» para ellos. Adriana suponía que eso lo había querido decir susurrando y no tan alto que varias personas se giraron riendo. Era una de las cosas buenas que tenía el no beber, escuchas las idioteces que decían sus amigos, incapaces de ser discretos.

Acompañaron a la parejita a casa, ya que vivían cerca, y ellos dos se debatían entre coger un taxi o ir andando.

—Si no te importa —pidió Nacho—. Yo prefiero ir andando, para que se me pase el pedo y eso.

—Lo que usted mande. —Rio.

No tenía problemas de equilibrio ni se iba dando contra las farolas, por lo que el camino a casa fue silencioso y tranquilo. De vez en cuando sus manos se rozaban, provocando en Adriana un intenso hormigueo donde se había producido el contacto.

Pudieron haber estado andando fácilmente media hora cuando por fin se encontraron con el portal. La casa estaba silenciosa, pero la habitación de

Nerea vacía, por lo que no tuvo que pedirle que no hiciera mucho ruido.

Se despidieron dándose las buenas noches con un breve beso en la mejilla y cada uno se metió en su habitación. Adriana notaba la situación rara. Llevaba toda la tarde dándole vueltas a que Nacho durmiera en la habitación de enfrente, pero encima se le habían sumado los pensamientos de él pasando el verano con ella. Entendía estar nerviosa por todo ello, pero a su vez se sentía tranquila. No se entendía ni ella misma.

Después de lavarse los dientes se metió en la cama pensando en que su exnovio estaría por ahí el verano. Le producía un leve revoloteo de mariposas en el estómago que intentaba apartar lo más lejos posible de ella. ¿Tendría razón Nerea? Esperaba que no, pero era cierto que tenía razón más veces de las que quería reconocer, y no le gustaba nada. Era como reconocer que su compañera y amiga la conocía mejor que ella misma.

Sonaron unos leves golpecitos en la puerta y esta se abrió.

—¿Puedo pasar? Es que he visto la luz encendida —preguntó Nacho desde la puerta.

—Sí, pasa.

En ese momento se dio cuenta de lo terriblemente corto que era su pijama, por lo que cogió la sábana y se la puso por encima, haciéndole hueco en el lado opuesto de la cama. Él se sentó y se quedó ahí en silencio, mirándose las manos.

—¿Sigues borracho? —Le preguntó después de un rato en silencio.

—No, el paseo me ha ayudado bastante. Es simplemente que no podía dormir.

—Vaya, ¿quieres algo? Creo que Nerea tiene una infusión que te deja cao en un momento.

—No, no. Solo quería... —Se quedó pensativo un momento—. Quería

preguntarte qué te parecía lo del trabajo.

—¡Pues qué me va a parecer! ¡Es estupendo! Me alegro muchísimo por ti. —Sonrió infundiéndole ánimos.

—¿Sabes? Me ofrecieron Pamplona, pero les pedí que me mandaran aquí...

Eso dejó a Adriana totalmente descolocada. No sabía qué responderle. En ningún momento se hubiera imaginado que él había sido el artífice del cambio.

—En Pamplona no conozco a nadie. —Se justificó ante el silencio de ella—. Por eso en parte pedí venir aquí. Tengo amigos en Madrid. Aparte es una ciudad mucho más grande y creo que tengo más posibilidades de encontrar algo o incluso de que me hagan fijo.

—Ya verás como sí. —Le sonrió y le apretó la mano al verle alicaído—. Y si no, como amiga, me ofrezco a ayudarte a encontrar algo, lo prometo. —Se puso una mano en el corazón y la otra en alto, como los juramentos de los americanos en los juicios, haciendo que el chico se riera.

—Gracias. —Sonrió un poco triste.

—Los amigos están para algo.

La cara de Nacho cambió. Sonreía tristemente. No entendía por qué si le estaba ofreciendo ayudarle en lo que quisiera.

—¿Qué te pasa? —Le preguntó al final.

—Joder, Adri, no he pedido venir a Madrid por ser tu amigo. Te juro que llevo meses intentándolo, hablando contigo por teléfono, haciendo bromas, mandándote mensajes... pero no puedo ser solo eso. —Se había acercado a ella tanto que apenas quedaba espacio entre los dos—. Lo quiero todo de ti, quiero estar contigo de todas las formas imaginables. Quiero poder besarte, agarrarte de la mano, reír, llorar, incluso, si fuera necesario, enfadarnos. Quiero poder dormir pegado a ti y despertarme cada mañana a tu lado. Quiero viajar contigo. Quiero estar en las buenas y en las malas. Quiero estar contigo.

Siempre. —Lo había soltado todo de carrerilla, pero necesitaba añadir algo más—. Pero me mata que estés con otro.

—Hace meses que no estamos juntos. —Fue lo único que consiguió decir en un susurro, con millones de mariposas intentando hacerse hueco en su estómago, con el corazón latiendo tan fuerte que podía haberlo sentido cualquiera.

—¿Desde cuándo?

—Desde el fin de semana que nos vimos.

Y entonces Nacho se abalanzó sobre ella, dándose ese beso que llevaban meses, años, esperando. Queriendo decirse todo lo que se habían ocultado mutuamente durante tanto tiempo. Sus bocas, al igual que sus cuerpos, se anhelaban, y acabaron fundiéndose en uno.

—Te quiero —dijo Adriana en cuanto recuperó la respiración—. Te dije que te quería, que te quiero y que siempre te querré.

—Y yo a ti —respondió él volviéndola a besar—. Creo que nunca he perdido la esperanza, pero el día que vi la foto de tu móvil... Fue como renacer, ¿sabes? Tenía que intentarlo, pero quería intentarlo teniéndote cerca.

Epílogo

Ahí estaba, esperando en la sala de espera a que la llamasen. Había llegado con tiempo, pero no lograba distraerse. La llamaron y entró a la consulta, como cada tres meses.

—Buenas tardes, Adriana. —Sonrió Mari Luz.

—Buenas tardes. —Sonrió sentándose en su butaca.

Hacía tiempo había tomado la decisión de dejar la terapia, pero finalmente la había reducido a sesiones de una hora cada tres meses. No lo necesitaba realmente, pero se sentía más a gusto así.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo van las cosas? —preguntó la psicóloga con su libreta en la mano.

—Tan bien que, ni siquiera yo, me lo puedo creer. —Sonrió—. Hace unos meses que compramos una casa y la semana pasada nos fuimos a vivir allí. Por una parte me da la sensación que todo ha ido muy rápido entre nosotros, pero por otra parte creo que era necesario ese parón.

—¿Por qué dices eso?

—El otro día estuve pensando... Empezamos muy jóvenes y reconozco que los sentimientos que empecé a tener por Nacho eran muy fuertes, pero después del accidente no quise volver a sufrir. Cada chico que pasaba por mi vida lo hacía sin pena ni gloria porque no conseguía abrir mi corazón.

—¿Y qué me dices de Bruno?

—Bruno... No sé. Fue insistente, se curró el tener una relación, aguantó mis locuras, pero el día que me dijo que me quería no podía responderle. Por

ese entonces te comenté que no podía sentir nada, que me bloqueé porque por él solo sentía cariño. Y entonces apareció Nacho. Cuando yo aún no estaba preparada para verle. Pero fue como Mike dijo que tenía que ser. Quitarme la tirita. Pero cuando lo hice, mis sentimientos por él volvieron aún más fuertes. Fue como... —Se quedó pensativa buscando un símil—. Como si abriese las compuertas de una presa que llevaba años al límite de su capacidad, y al verle cayó esa última gota que lo reventó.

—¿Por eso crees que fue necesario el parón?

—No, creo que fue necesario porque maduramos, porque aprendimos a querernos como amigos de nuevo, porque, a pesar de contener nuestros sentimientos durante tantos años, aprendimos de todos los errores.

—Pero, tardasteis muy poco en iros a vivir juntos.

—Cierto. Fue una decisión arriesgada. Hacía apenas seis meses que habíamos vuelto juntos, pero habíamos pasado todo ese tiempo juntos y a la vez separados. Disfrutamos de nuestras respectivas vidas y a la vez empezamos a compartir una. Todos nos dijeron que era algo precipitado, y ahora, viéndolo con perspectiva, quizás lo fuera, pero no me arrepiento.

—¿Y ahora? ¿Qué tal siguen las cosas?

—Para ser sincera es increíble. Nunca hubiera pensado que pudiéramos tener la relación que tenemos y a la vez sentirnos tan libres. Él queda con sus amigos, yo con los míos, y luego con los que tenemos en común, sobre todo con Mike y Ana. Pero el tiempo que pasamos y compartimos es único. Siento que cada instante con él es especial. No me canso de despertarme y verle a mi lado.

—Por lo que veo, seguís siendo amigos de vuestros amigos del instituto.

—¡Eso es lo mejor! —Sonreía como una tonta—. Ana consiguió trabajo en Madrid hará cosa de un año. Mike la siguió hasta aquí y también

consiguió un trabajo de lo suyo. Y ahora somos prácticamente vecinos.

—¿Sientes que ellos han tenido una mejor relación que la vuestra?

—Para nada. Somos muy distintos. Mike y Ana han tenido sus altibajos, pero consiguieron superarlos todos y siguen juntos. Nacho y yo, como te he dicho antes, necesitamos eso.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —preguntó confusa—. Ahora puedo decir que soy feliz. Mejor, no podría ser más feliz.

FIN

Agradecimientos

Estar escribiendo esto me parece un sueño. Cuando empecé esta

historia no imaginaba que acabaría poniéndole punto y final; pero mucho menos que saliera del cajón para que acabara publicándose.

Esa valentía a la hora de permitir que ahora esté en tus manos se la debo a mi familia, quienes siempre me han animado a hacer lo que me gusta, pero sobre todo a perseguir mis sueños. Así que, mamá, papá, gracias por tanto, pero sobre todo por animarme a leer cuando no quería hacerlo. Eso es lo que, años más tarde, me hizo tener ganas de escribir. A mi hermana, de quien sin enterarme he aprendido muchas cosas. Sin saberlo, vosotros tres me habéis animado a hacer esto, que sino, no existiría.

A mi abuela, mi cómplice y confidente en este proyecto, a quien le conté todo desde el principio y me apoyó en secreto. Puede que ahora no te acuerdes, o puede que si, pero yo no lo olvidaré jamás.

No me olvido de esas personitas, mejor dicho, amigas, a las que no he parado de agobiar. Gracias por soportarme a pesar de haber sido monotemática, eso dice mucho de vosotras. ¡No podéis ser mejores!

Y, por último, a ti, lector, por haberle dado una oportunidad a la historia. Espero, de todo corazón, que hayas disfrutado.